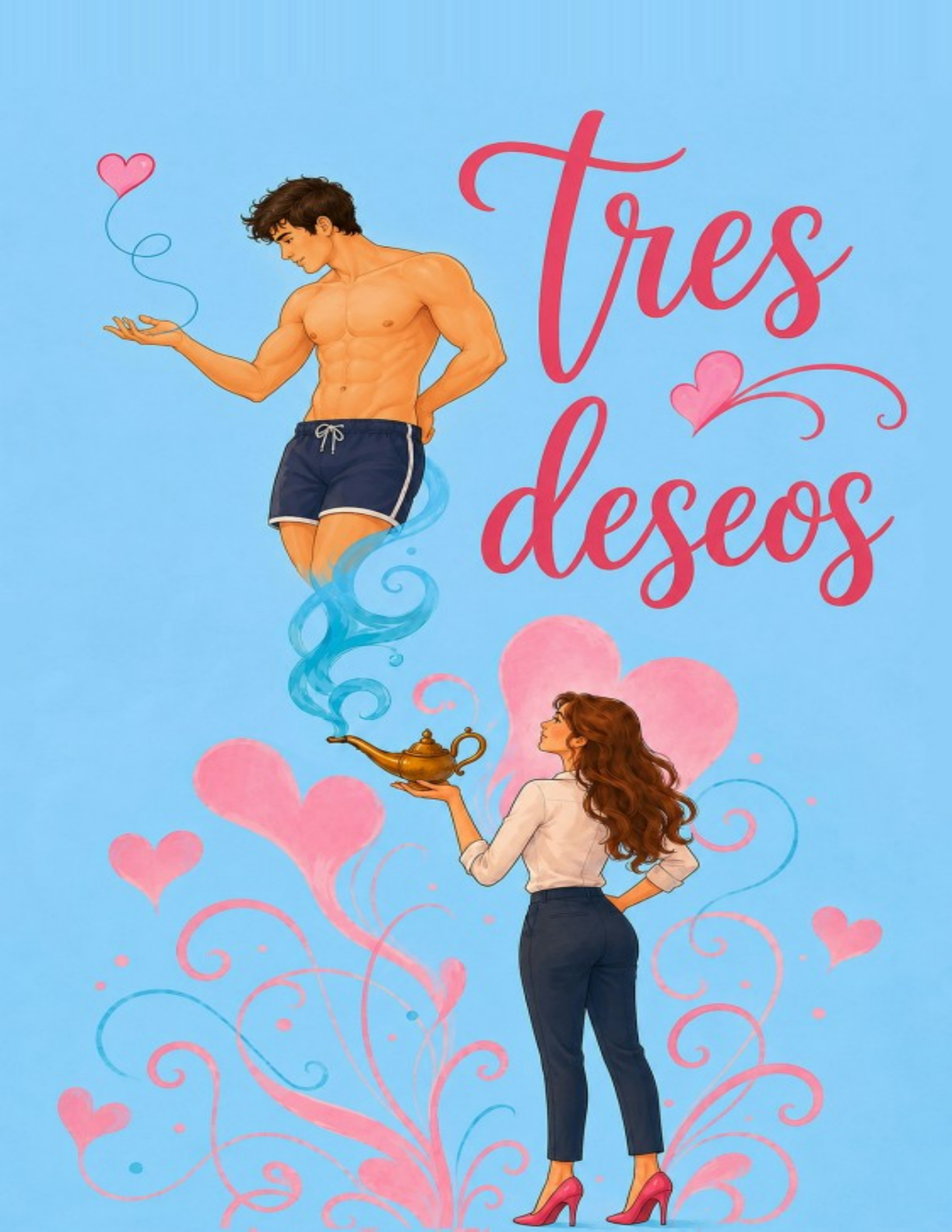

tres
deseos

tres deseos

NORAH WALLACE

@NORAH WALLACE
TRES DESEOS

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

Prólogo
Un día de perros
Una noche para olvidar
El inicio del caos
Un sábado extraño
Primer deseo
El trato
De vuelta al trabajo
Fin de la jornada
Un gran apoyo
Un sábado diferente
Magia
Altercado en la calle
Confesiones a medianoche
Una cita informal con Ace
Segundo deseo
Una noche especial
Una tarde de chicas
Un lunes complicado
Hora de pedir ayuda
La vuelta a la rutina

La vida continúa
Epílogo
Un poco de la autora

PRÓLOGO

Tres años antes

La limusina se detuvo junto al puente y el chófer se apresuró a abrirle la puerta a su jefa. La mujer, con un elegante vestido de gala y unos zapatos rojos con tacones de vértigo, salió con cuidado del vehículo, ayudada por su solícito empleado. Una inesperada ráfaga amenazó con liberar algunos mechones de su refinado peinado y se llevó una enguantada mano a la cabeza para evitarlo. Aunque ya anochecía, la mujer se había puesto unas gafas de sol enormes que apenas permitían verle el rostro. Era algo habitual en ella en los últimos tiempos.

Aquel era un día sombrío que anunciaba la llegada del invierno, pero la mujer no sentía el frío, pues su mente y su cuerpo estaban centrados en lo que debía hacer a continuación. Aunque el corazón le gritaba que no, sabía que no había vuelta atrás. Demasiado lo había postergado ya.

—Espera aquí —pidió al hombre, mientras miraba a un lado y al otro para asegurarse de que estaban solos.

Había elegido aquel puente por ser uno de los menos transitados de la ciudad. Lo que tenía que hacer no debía verlo nadie. Así funcionaba y de esa forma se lo había explicado él. Además, allí había empezado todo y sentía que debía acabar en el mismo lugar.

Como si el destino la hubiese guiado para encontrarlo. Y ahora para despedirlo.

Cuatro meses antes, la mujer que ahora lo tenía todo había estado a punto de saltar desde aquel mismo punto para terminar con su miserable vida. La pérdida del trabajo, de la casa y del hombre al que amaba había sido demasiado. Ya no le quedaba nada y, en su desesperación, pensó que seguir a su difunto esposo a la muerte era lo único que podía hacer. Estaba sobre la barandilla cuando un brillo extraño en la orilla la hizo retroceder, asustada por si había alguien allí observándola.

Fue la curiosidad la que le hizo bajar por la ladera y dar con una lámpara similar a la que aparecía en el cuento de Aladino que su madre le leía cada noche. Parecía antigua y pensó que, tal vez, valdría mucho dinero. Estaba sucia y decidió lavarla en el río para asegurarse de que no fuese una baratija. Fue así como lo conoció. Y como cambió su vida para siempre.

Ahora ya no lo necesitaba, no podía hacer nada más por ella, aunque, de manera egoísta, todavía lo quisiese a su lado, y su deber era devolverlo al mundo para que otra persona, tan desdichada como lo había sido ella por aquel entonces, pudiese ver cumplidos sus deseos más profundos. Así había sido durante siglos y así debía continuar.

—Te voy a echar tanto de menos —le susurró a la lámpara—. Gracias por todo. Nunca te olvidaré.

Revisó de nuevo que no hubiese nadie cerca y miró hacia el chófer para asegurarse de que nunca sabría lo que se disponía a hacer allí. Las instrucciones eran muy claras. Nadie debía descubrir lo que lanzaba al agua, pues la lámpara debía llegar al siguiente

destinatario en el momento correcto, no antes. Y no debían buscarla porque era ella la que elegía, no al revés. La fortuna, fuese del tipo que fuese, se debía entregar a la persona que la necesitaba de verdad. Forzarlo solo lo complicaría todo.

—Espero que puedas ayudar a alguien más como lo has hecho conmigo. —Abrazó el objeto una última vez, reacia a abandonarlo a su suerte—. Ojalá no fuese una despedida, pero ambos sabemos que no volveremos a vernos. Buen viaje… mi dulce genio.

Extendió los brazos hasta que quedaron suspendidos en el aire sobre el agua. Le temblaron las manos y apretó el objeto con fuerza, rogando que la magia le permitiese estar más tiempo con el genio. Sin embargo, sabía que no podría ser. Abrió los dedos de golpe y cerró los ojos. El gorgoteo del agua al engullir la lámpara no tardó en subir hasta ella y giró sobre sí misma para dirigirse a la limusina, donde la esperaba el conductor.

—¿A la fiesta, señora? —preguntó este.

—A la fiesta —asintió, dejando escapar un suspiro.

Ni una sola vez echó la cabeza hacia atrás para mirar al puente, aunque pareciera que el corazón quisiera huir en esa dirección. Habían sido cuatro meses maravillosos junto al genio que le había concedido todo lo que había deseado. Hubiese preferido pedirle que se quedase con ella para siempre, pero esa nunca fue una opción.

—Buena suerte, mi dulce genio —murmuró en voz baja, apenada, mientras se alejaban.

Para cuando llegaron a la fiesta, blandía una gran sonrisa y se movió entre los demás invitados con un poderío que solo la confianza en sí misma le podía otorgar. Cuatro meses antes había

estado a punto de dejarse morir y ahora era una de las mujeres más ricas e influyentes del mundo.
Y todo gracias a un genio metido en una lámpara mágica.



UN DÍA DE PERROS

El despertador sonó demasiado pronto para su gusto y lo apagó de mala gana. Apenas había podido dormir cuatro horas porque la agenda de su jefe estaba descuadrada y se la había tenido que llevar a casa para solucionarlo.

Odiaba que añadiese citas de última hora como si a ella le resultase sencillo encajarlas entre las demás. Porque, claro, quería ver y hablar con más gente que horas tenía el día, y además esperaba que le encontrase un hueco para el gimnasio, para su esposa y para disfrutar de unas copas con los amigos. Quizá la culpa era suya por estirar tanto el tiempo para acomodarlo todo sin protestar, a pesar de que pareciese imposible.

Se miró en el espejo después de lavar la cara con agua fría, por si conseguía despejarse de ese modo, y solo vio dos manchas oscuras bajo los ojos, prueba de la falta de sueño. Ese día tendría que ponerse un extra de corrector si quería lucir bien en el trabajo. Su aspecto era importante, pues era la primera cara que veían los clientes al entrar y la primera con la que hablaban siempre. Aunque no le gustase mucho el maquillaje, no tenía más opción que usarlo. Por suerte, no necesitaba que se notase demasiado, así que siempre iba muy discreta, pero perfecta para el puesto que ocupaba.

La ropa no era tanto problema, pues con un pantalón de tela y una camisa blanca iba elegante y cómoda. Y lo completaba con una chaqueta y un abrigo los días de más frío. El conjunto ideal para un

día largo y con los mil desafíos que seguro que se le presentarían. Hacía tiempo que no tenía un momento relajado en el trabajo.



—Buenos días, Gardner. ¿Tiene mi agenda?

—Es Gardiner, señor.

Alexis le tendió el cuaderno después de corregirlo por enésima vez. El hombre lo tomó sin mirarla porque tenía al teléfono a alguien más importante, supuso. Estaba convencida de que ni la había oído.

Había firmado un contrato como recepcionista en uno de los bufetes de abogados más prestigiosos de la ciudad dos años atrás y aquel había sido uno de los mejores días de su vida. Adoraba el trabajo. Sin embargo, sin saber muy bien cómo, seis meses antes había acabado organizándole las citas a uno de los socios principales. Lo único que le habían dicho era que habían pasado demasiadas secretarias por sus manos y que no podían permitirse contratar a más, cuando duraban, con suerte, una o dos semanas. «Eso desprestigia al bufete», dijeron, así que le encargaron a ella la tarea, so pena de despedirla si no lo hacía bien. Aunque esa parte se la saltaron, lo entendió a la perfección. «Es sencillo», le dijeron, «algo que puedes hacer en las horas muertas de la recepción». Pero no lo era en absoluto y lo que llamaban horas muertas, que en realidad no tenía, no le servían porque el jefe exigía la agenda a primera hora de la mañana. El problema radicaba en que añadía citas hasta última hora de la tarde para el día siguiente y le descuadraba la agenda.

En ocasiones, como había pasado el día anterior, no era capaz de arreglarlo en unos pocos minutos y se la tenía que llevar a casa. Y no es que esperase ascender, porque le gustaba ser la recepcionista y no quería cambiarlo, pero tampoco quería perder el puesto, así que apechugaba con las horas extra sin protestar.

Su vida laboral se había vuelto caótica y le preocupaba no saber gestionarlo bien y acabar abandonando por estrés o, peor aún, siendo despedida si cometía un error. Era una responsabilidad para la que no se sentía preparada, por más que lo hubiese estado haciendo bien en los últimos meses. De hecho, había durado más que cualquiera de los que se habían encargado antes que ella. Pero el agobio al que se sometía a diario no lo compensaba.

—Buenos días.

Siempre saludaba con una sonrisa a los empleados que iban llegando. Algunos eran más simpáticos que otros y respondían con cordialidad. Los que no, solían ignorarla. Y eso era lo que sucedía con Ace Coleman, uno de los abogados más prometedores, que optaba a ser el próximo socio de Harlow & Lambert.

Dejando aparte la gran labor en el bufete, Ace era un dios griego. Llevaba siempre el cabello rubio peinado a la perfección y tenía unos ojos azules que le alegraban la mañana. Los músculos, tan trabajados, se ajustaban de una forma tan precisa a su traje que la hacían babear cada vez que se cruzaban. Tenerlo cerca la volvía tonta en segundos. Y que el hombre de su vida la ignorase era duro, pero eso no le impedía soñar con que un día abriese los ojos y la viese. Entonces tendrían un bonito noviazgo en el que Ace le llevaría ramos de rosas al trabajo cada día y cenarían cada noche en algún elegante restaurante después de dar un paseo romántico por la

ciudad. Al final se casarían y tendrían un par de niños tan preciosos como el padre y…

—Gardner.

Su jefe, el señor Harlow, la llamó desde el despacho, equivocando una vez más su apellido, lo que la hizo regresar al presente de golpe.

Como no debía dejar desatendida la recepción, casi corrió para reunirse con él. No solo sentía curiosidad, pues era la primera vez que la hacía ir, sino que le preocupaba. Lo normal era que tomase la agenda y no se dirigiese a ella hasta que se la entregara de nuevo a última hora para que le organizase el día siguiente. Había intentado hacerlo de forma semanal para ahorrar trabajo, pero cambiaba tanto de planes que fue imposible.

—¿Sucede algo, señor Harlow? —preguntó.

Solo había estado una vez en aquel despacho: cuando los socios originales la entrevistaron en persona para el puesto, después de pasar el corte de Recursos Humanos. Había estado tan nerviosa que temió estropearlo haciendo alguna estupidez o diciendo algo que no debía. Por suerte, ambos habían quedado impresionados.

En dos de las cuatro paredes había altas estanterías repletas de carpetas numeradas y ordenadas por fecha. Frente a la puerta estaba el escritorio, justo al fondo de la sala, y había dos cómodos sillones para los clientes delante del mismo. Las amplias ventanas tras él mostraban una vista impresionante de la ciudad. No era un mal sitio para trabajar.

El hombre revisaba la agenda en silencio y no quiso interrumpirlo, pero no pudo evitar mirar hacia la entrada, por si algún cliente entraba en la sala mientras no estaba y se la encontraba vacía. De

forma inconsciente, su pie empezó a temblar, lo que provocó que su jefe escuchase el ruido que hacía al tamborilear y le prestase atención.

—No veo por ningún lado la reserva del restaurante para la cena con mi esposa de esta noche. —Lanzó la agenda sobre la mesa—. ¿Qué ha pasado?

—Su esposa me llamó anoche para que la anulase —le indicó, tratando de mantener la calma, porque no era su culpa—. Según dijo, tendrán invitados en casa.

—Oh, cierto —asintió al recordarlo—. Puede volver a su puesto, Gardner.

—Gardiner, señor —lo corrigió de nuevo. Sabía que no conseguiría que se lo aprendiese porque no prestaba atención, pero no podía evitarlo. Era su apellido, después de todo.

—Dígale a la señorita Minnet que me traiga un café —le gritó cuando ya casi cerraba la puerta.

Alexis no soportaba a Robyn, la nueva secretaria del señor Harlow. No solo porque debería ser quien se ocupase de la agenda y no lo hacía, sino porque se creía mejor que nadie solo por el puesto que ocupaba dentro del bufete. No era consciente de que seguía allí porque ella se encargaba de la parte más delicada en su lugar. De cualquier otro modo, habría sido despedida como las anteriores en pocas semanas. Desde luego, aquel odio nada tenía que ver con que codiciasen al mismo hombre o que Robyn tuviese muchas más posibilidades. Tampoco tenía que ver con que luciese muchísimo mejor, incluso si usaba un trapo como vestido. No, la odiaba por tener que hacer su trabajo.

—El jefe quiere café —le dijo, al pasar por su lado sin detenerse. ¿A quién quería engañar? La odiaba porque, con toda seguridad, acabaría siendo ella la que recibiría las flores de Ace y tendría a sus hijos.

—Señor Harlow —la oyó hablar mientras regresaba a su puesto—, ¿podría esperar unos quince minutos por el café que me pidió? Estoy redactando el informe urgente que me encargó esta mañana y…

—Dile a Gardner que me lo traiga ella.

Alexis lo escuchó y apretó los puños para evitar gritar de rabia y frustración.

—Ya lo has oído, Gardner.

Que Robyn pronunciase mal su apellido a propósito la enfadaba más que cuando lo hacía su jefe. Después de todo, él no sabía cómo era.

—Esta me la pagarás —susurró por lo bajo mientras cambiaba de rumbo.

Pero, en el fondo, lo que más le molestaba era que, en realidad, no se vengaría, porque temía demasiado perder el trabajo. Robyn se había ganado el favor del jefe y podría hacerle daño si se lo proponía, así que callaría como hacía siempre y obedecería.

Estaba tan ofuscada por tener que perder el tiempo en preparar un café que, cuando salió de la sala de descanso, ni siquiera miró por dónde iba y se chocó contra algo duro pero suave, y se derramó el líquido caliente por encima.

—Maldita sea. —No pudo evitar gritar cuando notó que le quemaba la piel bajo la camisa y separó esta con rapidez para evitar un mal mayor.

—Deberías mirar por dónde vas, estooo… —¡Cómo no! Tampoco recordaba su nombre.

—Gardiner. Alexis Gardiner —dijo con enfado, justo en el momento que alzaba la mirada y se topaba con la intensidad azul de los ojos de Ace—. Yo… eh… yo no… eh…

Cómo odiaba balbucear así cuando lo tenía cerca. Parecía una quinceañera con el primer enamoramiento.

—Tengo prisa, Alexia —dijo, pero ella tardó bastante en comprender a qué se refería y no reaccionó hasta que le indicó con la mano que se apartase.

Un intenso sonrojo le cubrió el rostro y bajó la cabeza para romper el contacto visual. Entonces, vio el desastre en que se había convertido la camisa blanca y se le hundió el ánimo todavía más. Apenas empezaba la mañana y tendría que pasarse el día entero con la mancha de café en la ropa. Cuando Ace salió de la sala, llenó de nuevo la taza y la entregó lo más rápido que pudo para que no viesen lo que le había pasado. Aquella fue la primera vez que se alegró de que su jefe no la mirase nunca.

Se puso la chaqueta para ocultar el desastre, pero la calefacción estaba bastante alta porque el frío amenazaba con invadir la oficina cada vez que alguien abría la puerta, y no tardó en sentir cómo el calor le coloreaba las mejillas. Esperaba que el maquillaje aguantase el tirón, pero los nervios no ayudaban. Estaba siendo un día complicado y no parecía que fuese a mejorar.

Pronto le empezaron a llegar mensajes de correo del jefe con nuevas citas que tendría que ajustar en el horario del día siguiente y las añadió a un archivo de Excel en el que lo organizaba todo antes de anotarlo en la verdadera agenda. Atendió varias llamadas, que

derivó al abogado pertinente, y habló con los clientes que llegaban a la oficina para pedir cita o para encontrarse con su representante. Estuvo tan ocupada que se le pasó bastante rápido la mañana. Incluso se le olvidó hacer el descanso pertinente.

Siempre se llevaba el almuerzo de casa porque no tenía tiempo de ir y volver. Si el clima lo permitía, se sentaba en un banco del parque que había frente al edificio, y hasta allí se fue, a pesar de que el frío la obligó a ponerse el abrigo. Necesitaba despejar la mente y bajar el sofoco de usar la chaqueta en una oficina demasiado caldeada.

Mientras comía, observó a la gente que paseaba. Le gustaba imaginar cómo serían sus vidas y, por alguna extraña razón, siempre le parecían más magníficas que la suya. Como aquella madre que llevaba al bebé en el carro, mientras el hijo mayor correteaba alrededor con una gran sonrisa pintada en la cara. O el anciano que se movía con lentitud porque no tenía ninguna prisa. Los envidiaba. No por querer tener sus vidas, sino porque no sentían el estrés diario con el que debía convivir ella. Durante año y medio, Alexis había tenido una vida casi perfecta, según su criterio, pero desde que el señor Harlow le había asignado un papel extra dentro de la empresa, sentía que se asomaba al borde del abismo cada día y que no conseguía alejarse de él por más que lo intentase. Le preocupaba el día que colapsase.

De repente, la lluvia comenzó a caer sin previo aviso y la obligó a regresar a la carrera a la oficina para cobijarse del agua, pero el tráfico estaba imposible y tardó varios minutos en alcanzar el objetivo. Para cuando llegó, el abrigo pesaba el doble de lo habitual. ¿Es que le iba a salir todo mal ese día?

—Oh, Ace, qué gracioso eres.

La falsa risa de Robyn precedió a la pareja, que entró al edificio tan seca que le molestó, después de haber ido, como casi siempre, a comer juntos. Otra razón más para odiar a aquella mujer.

—No es broma —le aseguró lanzándole una mirada que Alexis deseaba para ella—. Te lo puedo mostrar algún día si quieres.

—Me encantaría.

Robyn lo obsequió con una coqueta y perfecta caída de pestañas que le terminó de hundir la autoestima a Alexis. Jamás sabría hacer esas cosas y, por eso, no podría conseguir a un hombre como Ace en la vida. Se sentía miserable cada vez que los veía juntos, disfrutando de una conversación que no se parecía en nada a sus balbuceos incoherentes.

—Alexia. —Que Ace le hablase siempre resultaba estimulante, incluso si confundía el nombre o lo olvidaba por completo—. Estaré en una reunión, pero espero una llamada importante. Me la pasas de inmediato, aunque siga ocupado. No la puedo perder, asegúrate de que la recibo.

—Sí. —No se atrevió a decir nada más porque Robyn la observaba sin perderse detalle. No quería darle más motivos para burlarse de ella.

No pudo evitar seguirlo con la mirada hasta que su perfecta figura se perdió por el pasillo. Habría suspirado por él si no supiese que la otra seguía mirando.

—No está a tu alcance —escuchó susurrar a su lado—. Ni lo sueñes siquiera.

—No es de tu propiedad, Robyn —le respondió—. Tú no decides con quién puede o no puede estar.

—Supongo que tienes razón —admitió sin perder la sonrisa—. Ace puede elegir a quien quiera y yo no puedo impedírselo, pero te dejaré algo claro, Alexia, ya que parece que no lo captas. Nunca se fijaría en una mosquita muerta como tú. Le sobran mujeres con las que estar para que se rebaje contigo.

Remarcó el nombre equivocado para recordarle que, si no memorizaba un detalle tan importante como ese, mucho menos pensaría en ella fuera del trabajo. Alexis guardó silencio porque nada de lo que dijese le haría ganar aquella lucha verbal, y continuó trabajando sin levantar la vista del ordenador, salvo para saludar y atender a los clientes que llegaban.

Cuando apenas faltaba una hora para el cierre, estaba deseando meterse en la cama y dormir hasta que el sueño le borrase ese horroroso día de la mente. Por desgracia, le esperaba una última sorpresa. Una poco agradable.

—¿Qué? —Buscó el archivo donde guardaba la programación del día siguiente para el jefe, pero no lo encontró y empezó a ponerse nerviosa—. No puede ser. No es posible.

Durante más de quince minutos, comprobó carpeta por carpeta, por si lo había traspapelado sin querer, pero no había rastro. Tampoco estaba en la papelera, ni encontró el archivo temporal, por si lo podía recuperar. Era como si nunca hubiese existido. Miró a su alrededor por si alguien la observaba y se enteraba de lo que había pasado. Si no lo encontraba pronto, su jefe la iba a matar. Por último, miró hacia Robyn, esperando encontrarla riéndose de ella, pero parecía ocupada en sus propios asuntos y ni siquiera fue consciente de su escrutinio, así que también la descartó. Puede que se llevasen mal, pero quería creer que no jugaría con su puesto de

trabajo, así como ella no lo haría con el suyo. Eso sería llevar la rivalidad demasiado lejos.

En un intento desesperado, llamó a una de sus mejores amigas para ver si podía ayudarle. Era una informática increíble y tal vez supiese algo que ella no. Si Mae no lo podía encontrar, estaría acabada. ¿Con qué cara le pediría al señor Harlow que le indicase de nuevo las citas del día siguiente? ¡Como si este las fuese guardando después de enviárselas! En última instancia, podía revisar los correos, pero recibía tantos a lo largo de la jornada que le llevaría una eternidad encontrarlos todos. Eso si no se le escapaba alguno, lo que causaría más daño, o que se le olvidasen las citas que le había anunciado de forma verbal. Aquella no era la solución.

—Mae —sonó aliviada al escuchar su voz al otro lado del aparato—, gracias al cielo que todavía estás disponible. Tengo una emergencia en el trabajo y necesito que me ayudes. Por favor. Si no lo arreglo, me despedirán.

—¿Qué ha pasado?

—He perdido el archivo donde guardaba las reuniones de mi jefe. No hay rastro de él por ninguna parte —explicó—. He buscado en cada rincón, pero ni siquiera encuentro el documento temporal. Eso es raro, ¿verdad? Debería haber dejado algún rastro. Un archivo no puede desaparecer sin más.

—¿Estás en la oficina todavía?

—Sí. Tengo unos cuarenta minutos para encontrarlo y solucionar este lío. ¿Me ayudarás?

No le importaba rogar si, con ello, lograba que le hiciese el favor, pero sabía que, si era posible, Mae le ayudaría encantada sin tener que llegar a eso.

—Vale, te voy a indicar los pasos que debes seguir para que me pueda conectar de forma remota al ordenador, ¿de acuerdo?

—¿Eso es legal? —preguntó. No quería meterse en otro lío para salvarse de aquel.

—Aquí lo hacemos todo el tiempo. —Mae le restó importancia.

—Son vuestros clientes y tenéis su consentimiento —insistió—. No quiero perder el trabajo.

—No pasará nada. Tú solo haz lo que te pido. Nadie sabrá que he estado ahí, te lo prometo.

Minutos después, Mae controlaba el ordenador de Alexis, mientras esta intentaba aparentar normalidad. Sin embargo, no dejaba de mirar a un lado y a otro por si alguien veía cómo las carpetas se abrían solas. Ni siquiera podía llevar la mano al ratón para disimular porque su amiga insistía en que la entorpecía.

—Vamos, vamos —murmuraba cada vez más nerviosa, y rezaba para que ningún cliente llamase en ese momento para pedir cita porque no podría usar el ordenador—. Por favor, Mae.

—Listo —dijo su amiga después de otros diez minutos—. No sé cómo ha terminado tan escondido, pero lo tienes ya en el escritorio. Te recomendaría que la próxima vez lo guardes en la nube, de esa forma, es más difícil que se te borre.

—Lo que haré será tener una copia en papel —dijo, aliviada—. Muchísimas gracias, Mae. Me has salvado la vida.

—Es viernes. Agradécemelo tomando unas copas con Nat y conmigo esta noche.

Ni siquiera esperó a que le respondiese para evitar que se negase. En cuanto lo dijo, colgó. No es que no quisiese salir nunca,

pero el último mes había sido un desastre y les había estado dando largas más veces de lo habitual.

A pesar del tiempo perdido por culpa del archivo desaparecido, logró preparar la agenda antes de que el bufete cerrase las puertas. Y podría decir que aquello fue lo único bueno que le pasó en todo el día porque, cuando se disponía a salir de la oficina, una gruesa capa de lluvia la esperaba, decidida a empaparla una vez más.



UNA NOCHE PARA OLVIDAR

Esa mañana, mientras se duchaba, habían anunciado en la radio que el frío estaría presente todo el día, pero no así la lluvia, y se había alegrado porque su coche estaba en el taller y tendría que ir caminando al trabajo. Ni siquiera se le había ocurrido llevar un paraguas. Ahora maldecía la fe que había puesto en el meteorólogo de la emisora.

—Buenas tardes —la saludó la mujer de la limpieza y ella le devolvió el gesto de forma automática, pero también supo que ya no podría retrasar más la salida del edificio.

Corrió por la acera con el maletín sobre la cabeza para intentar librarse de la lluvia. Pretendía alcanzar la marquesina del autobús para resguardarse en ella mientras lo esperaba, pero el suelo estaba encharcado y las suelas de sus zapatos se deslizaron por él como si caminase por hielo. No sabría decir si le dolía más el golpe en las posaderas o la vergüenza de verse tirada en medio de un enorme charco de agua, con la ropa empapada y el contenido del maletín esparcido por el suelo húmedo.

—No, no, no, no. —Olvidó la vergüenza cuando vio varios papeles importantes fuera de la funda protectora. Los recogió del suelo y los guardó en el maletín con prisa y sin cuidado. Ya los revisaría en casa con más tiempo para ver si se habían malogrado.

—¿Está bien, señora? —le preguntó un hombre que tendría dos o tres años menos que ella.

Y aunque había sido amable al preocuparse, pues el resto ni se inmutó al verla, lo fulminó con la mirada por haberla llamado así. Aquello ya era el colmo del mal día que había vivido, pero no tenía ganas ni fuerzas para contestarle, así que asintió con sequedad y se concentró en escurrir la ropa todo lo que pudo sin quitársela de encima. El abrigo no se había secado todavía de la hora de la comida, así que solo servía para enfriarle más el cuerpo. Empezó a tiritar y, para cuando llegó el autobús, creía que le había subido la fiebre. Enfermar ahora sería la guinda del pastel.

El movimiento del autobús le ayudó al sueño atrasado a adormecerla y, antes de que pudiese darse cuenta, había cerrado los ojos, con la cabeza apoyada en el cristal de la ventana. Había varias paradas antes de la suya y se permitió dormitar unos minutos. O eso se dijo antes de que caer en un sueño profundo del que solo despertó por el sonido de sus ronquidos. Avergonzada, miró a su alrededor para ver si alguien más los había oído, pero nadie parecía haberlo notado y dejó ir el aire, aliviada. Entonces miró por la ventana, solo para descubrir que se había pasado su parada.

—Mierda.

Apretó el botón de aviso para que se detuviese en la siguiente y bajó a toda prisa. La lluvia había cesado, pero el cielo seguía demasiado oscuro. No quería que un nuevo chaparrón la pillase a medio camino y la mojase más de lo que ya estaba. Sobre todo, porque seguía tiritando de frío.

Al llegar a casa, lo único que quería era meterse en el baño durante horas para entrar en calor y después en la cama para dormir hasta el día siguiente, pero se obligó a revisar los papeles que se habían mojado, después de una ducha corta. Los colocó por

separado para que se secasen y rezó para que las manchas no se notasen tanto al final, o se metería en un lío.

Mientras esperaba, decidió cenar. Se inclinó por algo ligero porque quería poder dormir bien esa noche. El sueño la estaba acosando desde hacía varias horas y pensó que, tal vez, no era tan mala idea dormitar un poco en el sofá, antes de revisar las hojas húmedas.



—¿Todavía así, Ale?

Mae irrumpió en el piso como si fuese suyo, cuando su amiga abrió la puerta. Natasha la siguió de cerca, pero con más mesura.

—¿Cómo es posible que siempre tengas esa energía? —se quejó Alexis—. Es ofensiva.

Se había vuelto a quedar dormida y, cuando despertó por el sonido el timbre, descubrió con asombro que ya había anochecido. No había hecho, en absoluto, nada de lo que había planeado. Tampoco es que le sobrase el ánimo cuando llegó a casa.

—Quizá deberías probar a dormir más por la noche y menos durante el día —sugirió Natasha—. La vida es demasiado interesante para perderla tirada en un sofá. Salvo que haya un hombre contigo. En ese caso, solo disfrútalo.

Un fuerte estornudo interrumpió el monólogo positivo de Natasha. Alexis buscó un pañuelo de papel en la mesa de la sala. Esperaba no haberse constipado.

—En un mundo ideal —Alexis ignoró el comentario de su amiga sobre el hombre—, todos tendríamos el trabajo soñado y mucho tiempo para disfrutar de la vida después de cumplir con nuestras

obligaciones. Pero este no lo es y debo hacerme cargo de una tarea que a veces me quita el sueño. Así que siento no ver la vida tan interesante como la pintas, Nat.

—Deberías buscarte otro trabajo —le sugirió Mae—. Desde que tu jefe te encargó esa tarea extra estás insoportable.

—Como si fuese tan fácil —bufó—. Oye, ¿qué haces?

Mae se dirigía a su habitación y Alexis la siguió. Nat fue tras ellas, con una sonrisa de anticipación.

—Te dije que no se acordaría —rio, al ver la cara de sorpresa de Alexis cuando Mae comenzó a rebuscar en el armario.

—¿Recordar qué? —No pudo evitar que otro estornudo tronase la última palabra. Se limpió la nariz una vez más, mientras seguía hablando—. Que yo sepa, no tenía plan…

—Me debes una salida por ayudarte en el trabajo —la interrumpió Mae, sacando un bonito vestido del armario—. Este es perfecto. Póntelo, Alexis. Voy a buscarte zapatos.

—Hoy me he empapado —protestó—. Dos veces. Lo último que deseo hacer es salir de fiesta y menos con un vestido. Hace frío. Y creo que me he resfriado.

—Necesitas desconectar —la regañó su amiga—. No puedes seguir perdiendo los mejores años de tu vida encerrada entre cuatro paredes solo porque tu jefe no entienda dónde está el límite. En serio, Alexis, no puedes seguir así. Me preocupas.

—¿No podemos dejarlo para mañana? Será sábado y estaré descansada. Lista para lo que queráis.

Necesitaba al menos doce horas de buen sueño para recuperarse por completo de aquel día.

—Mañana salimos de nuevo si quieres —sugirió Mae —, pero hoy vamos a ir a tomar unas copas al nuevo bar que acaban de inaugurar y no te vas a escaquear.

Al final, Alexis no tuvo más remedio que hacerle caso. Después de todo, eran dos contra una. Y Mae la había amenazado con llevarla a la fuerza. Tampoco podía decir que no necesitase con urgencia aquella desconexión.

Seguía teniendo dudas sobre el vestido, incluso si era de manga larga, porque era demasiado corto y dejaba las piernas al descubierto. Ni las medias podrían librarla del frío. Por eso, se decantó por unas botas altas, a pesar de que tenían demasiado tacón para su gusto. Cuando sabía que estaría muchas horas de pie, le gustaba llevar calzado cómodo pero, en esa ocasión, ganó el mantenerse caliente. Sobre todo, después de estornudar de nuevo.

—Y ahora un poco de maquillaje para ocultar esas horribles ojeras que tienes y la nariz roja. —Natasha se ofreció—. Ni se te ocurra dormirte mientras, Ale.

—Me pides demasiado.

Después del cambio de vestuario, su humor también había mejorado. Era increíble cómo la ropa adecuada podía influir en el estado de ánimo de una persona. Para cuando Nat terminó de peinarla y maquillarla, Alexis se sentía tan bien que les regaló una sonrisa deslumbrante, dispuesta a darlo todo.

—¿Listas para romper la noche? —preguntó Mae.

—Listas —gritaron las otras dos, eufóricas.

Tomaron un taxi pues, cuando salían, ninguna quería dejar de beber alcohol, por lo que habían decidido pagar entre todas a un conductor sobrio antes que arriesgarse a coger el coche después de

beber. En las ocasiones en que no volvían juntas, cada una se buscaba la vida por su cuenta y no había enfados por eso.

El nuevo local estaba muy concurrido, como era de esperar en una inauguración, y se emocionaron con la idea de conocer gente nueva. Al menos Mae y Nat, porque Alexis siempre había sido la tímida del grupo y solía necesitar ayuda de las otras dos para romper el hielo. Puede que un par de copas la ayudasen, así que lo primero que hicieron fue ir directas a la barra. Alexis quería una buena dosis de alcohol para entrar en ambiente.

—No os ofendáis si esta noche no me vuelvo con vosotras —las avisó Natasha después de echar un vistazo—. Ya he visto a un par de chicos con los que no me importaría enredarme un poco si se dejan.

Natasha era pelirroja, lo que llamaba la atención de por sí, pero además tenía un cuerpo bien esculpido, con curvas perfectas y proporcionadas que atraían la mirada de los hombres de una manera irremediable. Aquel conjunto se completaba con dos esmeraldas por ojos. Y, por si eso no fuese suficiente, su trabajo le proporcionaba las herramientas para atar a un hombre a su cama todo el tiempo que quisiese. Claro que no era tanto como a muchos les gustaría, porque Natasha prefería experimentar y enseguida se aburría de lo mismo.

—¿De uno en uno o los dos juntos? —bromeó Alexis.

—Estoy abierta a negociaciones. —Le lanzó una mirada pícara.

—La sexóloga ya está al acecho —rio Mae. Sus ojos azules destacaban mucho más sobre su piel morena en el ambiente nocturno y Alexis los admiró como hacía cada vez que eso pasaba.

Cuando su amiga la descubrió, le guiñó uno—. Te los regalaría si pudiese.

—Me gustan los míos. —No pudo evitar sonrojarse.

Sus amigas eran despampanantes en todos los sentidos. Llamaban la atención allí donde iban, ya fuese por su cuerpo, sus ojos o su personalidad. Alexis no se podía quejar de físico porque la genética en su familia era buena, pero solía esconderlo porque era demasiado tímida. Prefería ser ignorada antes que tener toda la atención sobre ella. Al menos así no metía la pata como le pasaba cada vez que tenía a Ace Coleman delante. Claro que no se fijaba nunca en ella por esa razón. Era como la pescadilla que se muerde la cola.

Sin embargo, esa noche iba preparada para arrasar, sus amigas se habían encargado de ello, y pensó que, por una vez, podía dejar que las cosas fluyesen. Había tenido unos días difíciles en la oficina y se merecía disfrutar de la noche con ellas. Y con quien se terciase. ¿Por qué tenía que conformarse con soñar con Ace si podía encontrar a alguien más tangible?

—Vayamos a bailar —sugirió Nat—. Justo en aquella esquina, por favor.

Al parecer, su objetivo estaba allí y Alexis apuró la copa antes de aventurarse a la pista de baile. Mae, que la conocía bien, las siguió un minuto después y le llevó otra bebida.

—Gracias. —Se tomó la mitad de un trago.

—Con calma, Ale —rio—, que luego se te sube.

—¿No queríais que desconectase? —Alzó la copa y la imitaron—. ¡Por una noche memorable!

—¡Por una noche memorable! —corearon el brindis y bebieron.

Bebieron y bailaron juntas, olvidando a las posibles conquistas por un tiempo. Poco a poco, Alexis consiguió dejar a un lado el desastroso día que había tenido, e incluso el resfriado parecía haber remitido con todo el alcohol que le había metido al cuerpo. El sueño también le resultaba esquivo ahora y no le importaba quedarse allí hasta el amanecer si sus amigas querían. Aquello era justo lo que necesitaba.

—Me toca ir a por otra ronda —arrastró las palabras—. No os mováis de aquí.

Ya en la barra, el camarero le sirvió sin necesidad de que le dijese qué quería, pues habían pedido lo mismo toda la noche y lo recordaba.

—Una propina para ti por ser tan atento —le entregó un billete aparte y el hombre le sonrió, agradecido. Seguro que tenía que soportar muchas cosas y que no todas serían agradables, así que Alexis pensó que se había ganado ese dinero con creces.

Como no podía con todas las copas a la vez, le pidió al camarero que le guardase la suya, mientras llevaba las de sus amigas. Cuando regresó más tarde a por ella, se permitió guiñarle un ojo al hombre, que le envió un beso por el aire de forma coqueta. Tal vez su cabello rubio ceniza y sus grandes ojos marrones no llamasen tanto la atención como el pelo rojo de Natasha o los ojos azules de Mae, pero tenía su encanto cuando dejaba a un lado la timidez. Y el alcohol lo había hecho por ella esa noche.

Planeaba pedirle el número al camarero en un arrebato de locura ebria, cuando su mirada se congeló sobre una pareja que se comía a besos en el extremo de la barra. Había algo en ellos que le resultaba familiar, pero solo cuando se separaron para tomar un poco de aire

los reconoció: Ace y Robyn. El suelo se tambaleó bajo sus pies y tuvo que sujetarse a la barra para no acabar tirada en él. Aunque no podía verse, sabía que se le había ido el color del rostro.

—¿Te encuentras bien, preciosa? Estás muy pálida.

El camarero la miró con preocupación y Alexis se vio forzada a sonreír.

—Creo que necesito ir al baño. —Buscó la primera excusa que se le ocurrió, aunque no la dejase quedar en muy buen lugar—. El alcohol, ya sabes.

Sin pensar mucho en lo que hacía, acabó junto a sus amigas y, en cuanto las vio, se propuso convencerlas para volver a casa. Sabía que estaban allí por ella, para que desconectase, pero ver al hombre de sus sueños besar a la mujer que más odiaba le había destrozado el corazón. Y las pocas esperanzas que le quedaban de conseguir al amor de su vida. Sabía que pasaría tarde o temprano, porque Ace se veía muy interesado en Robyn, pero el tonto órgano que tenía en el pecho se había empeñado en latir igual por él y ahora estaba llorando por la decepción. No podía seguir allí por más tiempo. No cuando sus ojos no dejaban de mirar hacia la feliz pareja, que le confirmaba que había perdido.

—Chicas, no me encuentro bien, creo que mejor me voy a casa ya —les dijo—, pero vosotras continuad la noche, sé que lo estáis deseando. Llamaré a un taxi y me…

—No puedes irte ahora —Mae protestó y la arrastró al centro de la pista para que continuase bailando—. Estamos en lo mejor de la noche. Hemos pedido nuestra canción.

—En serio, chicas, no puedo —insistió—. Se acabó para mí.

—La última copa mientras esperamos que pongan la canción —propuso Nat—. Después tú te vas y yo me uno al guapo que me hace ojitos desde, por lo menos, unos veinte minutos. Mae que haga lo que le dé la gana. ¿Trato hecho?

—Por mí vale —respondió la aludida, aunque se veía tan molesta que Alexis dudaba que le pareciese tan bien como decía.

Y aunque ella no quería quedarse ni para una última copa, decidió que lo haría por ellas. Después de todo, estaban allí para animarla, se lo debía.

—De acuerdo —claudicó.

—Sí —gritó Nat, entusiasmada.

Mae parecía más animada también y, cuando sonó su canción, ambas tomaron a Alexis por los brazos y la arrastraron hacia la pequeña tarima que había en el centro del local. Antes de que pudiese asimilar lo que estaba pasando, ya se habían subido en ella.

—Estoy muy borracha, chicas —les advirtió—. Esto es peligroso para mí.

—Nosotras te sostenemos —gritó Mae por encima de la música, antes de ponerse a cantar.

Nat ya estaba inmersa en la letra y Alexis se olvidó, por un momento, de lo que la había llevado a pedirles a sus amigas que se fuesen. Cerró los ojos y comenzó a cantar con ellas. Había ido a desconectar. ¿Qué importaba si Robyn le comía la boca a Ace? Podía ser solo un rollo de una noche.

Se abrazó a sus amigas y empezaron a saltar en la plataforma. Muchos de los que estaban cerca, las coreaban y aplaudían. El subidón de adrenalina fue tal, que se acercaron al borde y se dirigieron a la gente como si fuesen famosas en un concierto.

Entonces, Alexis vio a Ace y a Robyn en la distancia. Ella debía haberla reconocido porque la señalaba al tiempo que hablaba al oído de Ace, que entornó los ojos para verla mejor. Se puso nerviosa cuando la pareja se acercó a la plataforma y, en su intento por desaparecer, perdió pie y acabó cayendo sobre la gente más cercana. El golpe habría sido mucho peor si no la hubiesen sostenido. Pero no la bajaron, sino que se dedicaron a pasearla sobre sus cabezas, como si de un cantante de rock se tratase. Alexis gritaba, desesperada, porque ya se veía en el suelo cuando alguien más borracho que ella fallase al agarrarla.

Sus amigas bajaron de la tarima e intentaron llegar a ella para ayudarla. Para cuando la alcanzaron, Alexis estaba desesperada. Mae tiró de ella y a punto estuvo de tirarla al suelo.

—¡Brutos! Bajadla de inmediato u os meto el tacón por el culo —gritó Natasha, al tiempo que le lanzaba un puntapié a uno de ellos.

El hombre se alejó y Alexis acabó en el suelo. Se llevó una mano a la entrepierna para que nadie le viese la ropa interior, pero, cuando alzó la mirada, se topó de frente con un Ace sorprendido y una Robyn que disfrutaba del espectáculo. Se quiso morir en ese momento.

—Sabía que eras tú —rio la secretaria entrometida—. Menuda sorpresa me he llevado. No te hacía tan… desinhibida, Alexis. Con lo modosita que pareces en la oficina.

Alexis se levantó, ayudada por sus amigas, y se colocó el vestido con deliberada lentitud para evitar mirar a cualquiera de ellos a la cara. Estaba tan avergonzada en ese momento que podría freír un huevo en la cara del calor que sentía en ella.

—A la oficina voy a trabajar —replicó, cuando pudo enfrentarlos sin quedar en ridículo.

—Pues cualquiera diría que se te da mejor animar fiestas. —El insulto velado no le pasó inadvertido a nadie—. Parecías divertirte mucho ahí arriba.

—Una viene al bar a divertirse —Mae intervino al notar la incomodidad de su amiga—. Porque para aburrirse ya están las conversaciones con insul…

—Disculpadnos —la interrumpió Alexis—. Es tarde y tenemos que irnos. Un placer haber coincidido.

Tiró de sus amigas para alejarse de Robyn antes de que alguien resultase herido. Y no solo en el orgullo.

—Siempre serás una perdedora —canturreó Robyn.

Nadie pudo evitar lo que pasó a continuación. Mae se giró, rehuyendo los brazos de sus amigas, y le lanzó un derechazo a Robyn que la hubiese tirado al suelo si Ace no tuviese buenos reflejos y la hubiese sujetado a tiempo. Los gritos se elevaron por la sala, clamando por pelea, pero Nat y Alexis ya se alejaban con una Mae que gritaba groserías y amenazas. Cuando salieron del local y se alejaron lo suficiente de él, se miraron las unas a las otras y se carcajearon de lo que había pasado.

—No me puedo creer que le hayas pegado —dijo, sin aliento, Alexis.

—Le está bien empleado, por arpía. Nadie se mete con mis amigas sin consecuencias.

—Lo habría hecho yo si Mae no fuese tan rápida —le aseguró Nat.

Ninguna se lo creyó, porque era de las que prefería hacer el amor y no la guerra. De forma bastante literal.

—¿Qué tiene esa en tu contra?

—Que suspiro por el hombre que le gusta a ella. —Se cubrió el rostro con las manos.

—¿El rubiales? —preguntó Mae.

—¿Ese tío tiene cerebro aparte de unos increíbles ojos azules que quitan el aliento? —añadió Nat.

—Solo tú podías fijarte en eso mientras insultaban a Alexis —bufó Mae.

—Esos ojos brillaban en la oscuridad, os lo juro —se defendió.

—Ace es… —Alexis no tenía palabras para describir al hombre que le había robado el corazón—. Perfecto.

—Houston, tenemos un problema. —Era la sexóloga la que hablaba ahora—. Nadie es perfecto, cariño, y si lo piensas, tendrás que ir bajándolo del pedestal porque el batacazo te lo vas a llevar tú. Y muy fuerte.

—Déjame con mis ilusiones imposibles, Nat. Sé que no tengo nada que hacer con él, pero… ¿por qué se tenía que haber fijado precisamente en ella? Es tan insufrible —se quejó—. Mientras yo hago su trabajo, ella se lleva la gloria y ni siquiera tiene la decencia de agradecérmelo. No digo que tenga que decírmelo, pero, al menos, podía respetarme. Si no fuese por mí, estaría en la calle, ¿sabéis? Yo hago su trabajo.

—Eso ya lo has dicho. —Mae sonrió, pero la mirada furibunda de su amiga la obligó a borrar aquella expresión de inmediato—. Sí, es una mujer horrible. Despreciable. De lo peorcito que hay en este mundo.

—Exacto. —Realizó aspavientos con las manos—. Es que nadie más lo ve, ¿sabes? Y es tan frustrante… Yo me desvelo para cumplir

en la oficina y ella se beneficia de mi trabajo porque yo…

—Haces su trabajo —repitieron las dos al unísono, lo que las hizo reír de nuevo.

—Cariño. —Nat la tomó de las manos—. Ahí fuera hay toda una gama espectacular de hombres esperando a que te fijes en ellos y les des lo mejor de ti. No merece la pena sufrir por uno solo.

Alexis le dio la razón pero, en el fondo, ella quería a Ace. No había ninguno como él y saber que ahora estaba con Robyn le partió el corazón.



EL INICIO DEL CAOS

Sus amigas la acompañaron hasta el edificio en el que vivía y no se fueron hasta que la vieron entrar en el portal, después de asegurarles que estaba bien y que no necesitaba su ayuda para llegar a casa. Pero les mintió, Alexis no estaba bien. No tenía nada que ver con el alcohol, pues se le había pasado la borrachera al hablar con Robyn, sino con el hecho de que le hubiese ganado. Y lo peor era que no sabía por qué le afectaba tanto que Ace la hubiese elegido cuando estaba tan claro que Alexis era invisible a sus ojos. Nunca había tenido ninguna posibilidad de conquistarlo, incluso sin Robyn de por medio, y, aun así, le dolió verlos juntos. Ni siquiera le importaba haber hecho el ridículo en el bar, pues en su corazón solo cabía el despecho por saberse la perdedora.

Y para colmo, los estornudos habían vuelto. Quería meterse en la cama y dormir hasta que el desastroso día acabase en el olvido, pero su mente le seguía dando vueltas y sabía que no podría hacerlo hasta que se despejase. Por eso, cuando el taxi que llevaba a sus amigas desapareció de la vista, salió fuera de nuevo. Estaba convencida de que, si se relajaba un poco, comprendería que había exagerado su reacción y así podría volver a casa de mejor humor. Lo necesitaba tanto como un pañuelo cuando un nuevo estornudo la obligó a limpiarse en la manga del vestido.

—Mierda.

Se debatió entre volver a casa para no empeorar del resfriado y seguir caminando. Pero sus pies lo tenían claro, porque continuaron adelante. Se dejó llevar por ellos, con la esperanza de que la tristeza que la había embargado desapareciese pronto.

Porque nada en su vida parecía ir bien en los últimos meses y estaba llegando al límite de su resistencia. Sabía que necesitaba el cambio que le había sugerido Mae, pero no se atrevía a dar el paso, porque la estabilidad laboral pesaba más que el malestar emocional. Sin embargo, se descubría algunos días teniendo pensamientos negativos que odiaba y le preocupaban, pero que no la abandonaban del todo.

Y es que tenía un trabajo en el que no la valoraban, el hombre del que se había enamorado estaba con la mujer que peor le caía del mundo y los pocos ahorros que había logrado reunir en los últimos años se los llevaba un coche demasiado viejo que no dejaba de darle problemas y la subida inesperada de la hipoteca de un piso que ni le gustaba siquiera, pero que había sido el único que se podía permitir.

Llegó al límite de la ciudad casi sin darse cuenta de a dónde se dirigía. Solo cuando le costó ver el suelo que pisaba, alzó la cabeza para descubrir que estaba en una zona que no conocía. Se asustó, pues lo único que le faltaba era perderse o que alguien la asaltase y no pudiese pedir ayuda, pero, cuando estaba dispuesta a volver por donde había venido, vio a lo lejos un puente, de esos que parecen sacados de una película antigua, aunque se conservaba en muy buen estado. La curiosidad pudo más que la creciente oscuridad que se cernía sobre ella y se acercó para verlo mejor. Ni siquiera sabía de dónde le venían las ganas de ir, porque siempre había tenido un

poco de vértigo y no solía acercarse a lugares altos si podía evitarlo. Sin embargo, sentía como si la estuviese llamando.

La lluvia había dejado un enorme charco de barro en la entrada y trató de bordearlo sin recordar que los tacones no eran su fuerte, y mucho menos en un terreno tan irregular. Resbaló en la hierba del borde cuando casi había alcanzado el puente de madera y un grito de sorpresa la acompañó en la caída por la ladera. Para cuando llegó al fondo, la ropa y su cuerpo se habían cubierto de barro. Intentó ponerse en pie, pero le falló el tobillo izquierdo y dejó escapar un quejido lastimero, acompañado de varias lágrimas. Aunque no estaba segura de si se debían al dolor o al horrible día que había vivido. Había caído hondo y no solo de manera figurada.

Después de unos minutos de descanso, la fina lluvia que empezó a caer sobre ella la obligó a ponerse en pie. Un nuevo estornudo estuvo a punto de hacerla resbalar y se mantuvo en precario equilibrio, con los brazos extendidos, como si las técnicas funambulescas funcionasen en el suelo. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo cuando una ráfaga de aire le rozó la espalda. Tenía que regresar pronto a casa o acabaría sucumbiendo a un resfriado que ya amenazaba con meterla en la cama durante varios días. No podía permitírselo.

—Me gustaría ver cómo se las arregla Robyn sin mí para preparar la agenda del jefe —malició por un momento.

Una nueva ola de frío la obligó a ponerse en marcha porque, aunque le gustase la idea de poner a su compañera en un aprieto, necesitaba ir a trabajar el lunes. Al dar un paso hacia la pendiente, cayó de nuevo contra el helado suelo, lo que la hizo comer barro. Uno de sus pies se había atascado con algo enterrado en él.

—Pero qué… asco. —Escupió mientras buscaba la forma de liberarse. Apoyó las manos en el suelo e hizo palanca con el pie libre para impulsarse e intentar sacarlo fuera. En aquella ocasión, logró cerrar la boca antes de tocar el suelo con la cara—. ¿Qué te he hecho, destino? ¿Por qué me tratas así de mal?

Intentó limpiarse con la mano, pero solo lo empeoró. Quiso llorar y, en cambio, acabó riendo. Pero era una risa histérica, de esas que usas para liberar lo que llevas dentro y que solo te hace daño. Cuando logró calmarse, recogió el bolso y arrancó la bota del barro. Pretendía marcharse, aunque fuese descalza, pero el calzado pesaba más de lo que debía y, cuando bajó la mirada hacia él, suponiendo que estaría llena de lodo y que tendría que limpiarla, descubrió que el tacón se había roto al engancharse en una especie de tetera rara.

—¿Esto qué es? —Frunció el ceño mientras limpiaba el objeto para poder verlo mejor. La lluvia, que no se había detenido, le ayudó a eliminar el barro, no solo de la lámpara sino también de su propio cuerpo.

Lo que pasó entonces le resultó tan extraño que no supo cómo justificarlo, salvo que la caída todavía la afectase. Quizá se había dado un golpe más fuerte de lo que había creído y ahora desvariaba. No podía haber otra explicación para lo que estaba viendo, porque era imposible que aquella lámpara cobrase vida y comenzase a elevarse en el aire, rodeada de un humo blanco que se materializaba poco a poco hasta convertirse en un hombre vestido solo con un pantalón corto de deporte y que tenía el cabello despeinado de una forma tan caliente que casi babeó. Lo vio desperezarse como si hubiese estado en la cama y necesitase estirar los músculos para espabilarse.

¡Y qué músculos! De repente, ya no sentía frío, pues un calor intenso comenzó a arder en ella mientras se lo comía con la mirada. Tenía el cuerpo de un dios y el rostro más perfecto que había visto en su vida. El color miel de los ojos, las pecas en la piel, sutiles pero visibles, la nariz recta y un poco alargada que encajaba con unos labios jugosos que pedían ser besados… Nunca antes había visto a un hombre tan impresionante como aquel.

En definitiva, tenía que ser un producto de su imaginación, aunque nunca habría creído que fuese tan portentosa para recrear a un espécimen como aquel.

—Hola, ricura. —El hombre le sonrió.

Alexis pensó que podría morirse en ese momento porque lo haría siendo feliz. Aquel hombre tenía la sonrisa más perfecta que había visto en su vida. ¿Es que no había nada malo en él?

—Me has convocado —continuó él— y por ello podrás formular tres deseos. Pero hay condiciones. No puedes pedir nada que cambie el curso de la historia, aunque te parezca que es por una buena causa. No puedes desear la muerte de nadie, aunque sí podría hacer que sufriese un poco. No puedes revivir a nadie. No puedes pedir que nadie se enamore de ti o de cualquier otro. Y no puedes pedir viajar en el tiempo. Una vez formulado el deseo, no hay vuelta atrás, así que piénsatelo bien porque solo tendrás tres oportunidades. ¡Ah, se me olvidaba lo más importante! Soy Everard Wolfe. A tu servicio.

Por un momento, cuando el hombre dejó de hablar, reinó el silencio. Alexis lo miraba como si no creyese lo que estaba viendo. Parpadeó varias veces y luego se puso en pie con la lámpara todavía en la mano y comenzó a trepar el desnivel sin echar la vista atrás.

—Ya está —susurraba—. Me he vuelto loca. O me he dado un golpe en la cabeza al caer y ahora estoy en coma, soñando con el genio de la lámpara maravillosa. Porque esto no puede ser real de ninguna manera. Es una alucinación, solo eso. Sí, mañana me reiré de ello al despertarme. Porque es muy loco. Muy loco.

—¿Te ayudo a subir, ricura? —le preguntó él cuando la vio resbalar por segunda vez.

—Aléjate de mí. —Casi gritó al escucharlo a su lado y su culo fue a dar contra el suelo una vez más.

—Estoy aquí para servirte. —Ni se inmutó—. Pide y te lo concederé.

—Te he dicho que te alejes —repitió, levantándose —. No quiero saber nada de todo esto.

—Me temo que no funciona así. Me has convocado y debes pedir los tres deseos o no me iré nunca. —Casi parecía divertido al decirlo, como si eso le gustase—. Tú decides, en todo caso.

—¿Y si deseo que desaparezcas de mi vida?

—Muertes y desapariciones no están permitidas —le recordó.

—¡Qué conveniente!

Trató de ignorarlo para concentrarse en alcanzar la carretera, pero era difícil, teniendo en cuenta que levitaba a su alrededor como un fantasma y observaba cada paso que daba con una curiosidad pícara que le decía que disfrutaba por verla en apuros.

—¿No se supone que deberías estar en tu tetera si no te pido ningún deseo? —preguntó una vez en el asfalto.

Debía de estar loca de remate si hablaba con él como si fuese real. Pero ¿qué importaba un poco más de enajenación mental

después del día que había tenido? Se puso la bota, a pesar del tacón roto. Era mejor que lastimarse el pie por andar descalza.

—Lámpara —matizó él—. Y me has invocado, así que te toca desear algo para que me vaya. Mientras tanto, te rondaré a todas horas.

—¿Bromeas?

Se imaginó al genio observándola en el baño y un intenso sonrojo le cubrió las mejillas. No le parecía que aquello fuese a funcionar. Tampoco se debería estar planteando que el hombre existiese de verdad. Empezó a repetir en su mente que era solo producto de su imaginación y que por la mañana ya habría desaparecido.

—En realidad puedo aparecer y desaparecer cuando quiera —continuó hablando el genio—, pero prefiero estar cerca de mi ama. Vivir en una lámpara es algo aburrido, ¿sabes? No hay mucho que hacer ni tienes con quién hablar. De vez en cuando está bien, pero si pasas demasiado tiempo dentro acabas desquiciado.

—Se supone que tienes magia. —Por un momento fingió creer que era real—. Materializa a un amigo para ti.

—Mi magia está destinada a quien me convoca. No la puedo usar a mi conveniencia.

—Claro, los tres deseos —bufó al recordarlo—. ¿Y si te pido que me conviertas en una mujer rica me vas a dar un cofre lleno de oro?

—Te concederé lo que tú me pidas —usó de nuevo aquella sonrisa pícara que solía esgrimir—, pero creo que sería más útil ganar la lotería. Al menos podrías justificarla dentro de la ley.

—Vaya —bufó de nuevo—, me ha tocado un genio que sabe de finanzas. ¡Qué suerte la mía!

—Te sorprendería saber la de amas que han pedido ese deseo.

—¿Solo sirves a mujeres?

—Sirvo a quien me necesita, pero parece que sois las mujeres las que encontráis siempre la lámpara.

—Claro. —Si estaba soñando, como creía, tenía una pésima imaginación en cuestión de diálogos, aunque en el aspecto del genio se había lucido—. ¿Siempre te presentas medio desnudo cuando te invocan?

—Me has pillado en la cama.

Ni siquiera parecía avergonzado al decirlo.

—¿Los genios también dormís?

—Puede que mi vida no sea tan interesante como la tuya, pero tengo una, aparte de conceder deseos.

—La mía no es interesante —susurró, esperando que no la escuchase. Después alzó la voz—. Puedes irte a dormir si quieres porque hoy no pienso pedir nada.

—Ahora eres mi ama y debo mantenerte a salvo para que formules los deseos —le aclaró, ahora serio—. Te acompañaré a casa.

—¿Qué pasa si muero antes de pedir los deseos?

—Nunca ha pasado, así que no lo sé.

—Pero sabes que debes protegerme de eso.

—Exacto.

—¿Por qué?

—Porque es mi deber.

—Tu deber es concederme tres deseos —le recordó.

—Para eso, debes poder hacerlo. —Elevó una ceja—. Así que tengo que encargarme de que sigas con vida.

Alexis se dio por vencida y dejó que le acompañase. No quería admitirlo, pero incluso un genio inventado por su loca imaginación era mejor que caminar sola en plena noche por un lugar que no conocía. Ni siquiera podía creer cuán lejos había llegado.

Una vez en las familiares calles de su barrio se sintió mejor y dejó escapar una sonrisa que había estado sepultada bajo toneladas de preocupaciones. Por fin podría dormir y dejar atrás la locura en la que se había convertido su vida desde su caída en el lodo.

Los barrenderos habían empezado su turno y vio al que se encargaba de su calle limpiando con pasmosa lentitud. Nunca había estado en pie a esa hora y no se había planteado cómo podía estar todo limpio al día siguiente. Y aunque debían madrugar mucho, Alexis pensó que no era un mal trabajo. No tenía que aguantar a nadie que lo molestase, no tenía que ser amable con nadie ni sonreír cuando solo le apetecía mandarlo todo al diablo. Y, sobre todo, no tenía que ver cómo el hombre que le gustaba se enrollaba con una mujer a la que no soportaba. La soledad no sería un problema para ella, sobre todo, después de aquel horrible día en el que todo parecía haber salido mal.

—Deberías ponerte algo más que un pantalón —le dijo al genio al ver que el hombre los miraba—. Lo estás escandalizando con tu torso desnudo.

—No es a mí a quien mira —le susurró al oído.

Alexis bajó la mirada entonces y supo que el hombre la estaba observando a ella. Estaba rebozada en lodo seco y cojeaba por el tacón roto. Llevaba en una mano la lámpara del genio y el bolso en la otra. No podía verse el pelo, pero imaginaba que estaría tan sucio

como la ropa, y muy alborotado. Su aspecto no era el mejor, sin duda.

—Aun así deberías vestirte. —Lo miró—. ¿Es que no tienes frío?

Como si lo hubiese invocado, este le barrió la espalda una vez más y le provocó un nuevo estornudo.

—Los genios no sentimos frío o calor —dijo, mientras le daba un pañuelo que se sacó a saber de dónde.

—¡Qué suerte! —Se permitió imaginar lo maravilloso que sería ser inmune a las inclemencias del tiempo, mientras se sonaba la nariz. Al pasar junto al hombre de la escoba se dirigió a él—. Buenas noches.

El barrendero no respondió, pero tampoco apartó la mirada de ella hasta que entró en el portal. Se había sentido incómoda por su escrutinio, incluso cuando ya no podía verlo. Había sido tan descarado que se planteó regresar para darle una explicación que, con toda probabilidad, no le interesaba.

—¡Qué grosero! —dijo Alexis—. Ni siquiera se dignó a responder a mi saludo. Bueno, tampoco tú has sido muy educado. Podías haberle dicho algo. Aunque así medio desnudo igual tampoco te respondía.

Por un momento, el genio parecía tan real que había olvidado que era producto de su enajenación mental o del golpe que se había dado. Y que, con toda probabilidad, lo que estaba viviendo en ese momento también fuese un sueño, pero se sintió en la obligación de regañarlo por no haber saludado al barrendero.

—¿Yo? ¿Por qué habría de hacer eso? Además, dudo que pudiese decirme algo.

—Eso no lo sabes. Tal vez, si ambos lo saludásemos, lo hubiese hecho.

—No creo que funcionase. —Se le acercó—. Estaba demasiado impresionado por verte hablar sola.

—¿Qué dices? Si hablaba contigo.

—Se me olvidó comentarte una cosita. —Movió ante ella dos dedos para señalar que era pequeña. Amplió la sonrisa, que la deslumbró por un momento, lo que no impidió que lo odiase por lo que dijo a continuación—. Solo tú puedes verme.

—¡Cómo no!

Debería haberlo pensado antes de hablar, pues cada vez estaba más convencida de que él era la invención de su mente saturada. Que solo ella pudiese verlo, le daba la clave para confirmarlo.

—Ya está, me he vuelto loca. No hay otra explicación —murmuró mientras buscaba las llaves —. ¿Dónde os habéis metido, malditas?

Everard tocó con la punta del dedo índice la puerta y esta se abrió sin más. Alexis se la quedó mirando con la boca abierta.

—De nada —dijo el genio al empujar la madera para abrir un hueco para entrar en el piso. Cuando vio que Alexis no se movía, añadió—: ¿Te vas a quedar fuera toda la noche?

—¿Cómo has hecho eso?

—Magia. —Movió los dedos.

—Habías dicho que no podías usarla en tu beneficio. —Entró en el piso y se puso a buscar las llaves otra vez.

—Eso ha sido en el tuyo, para que no te quedases en el pasillo toda la noche.

—Podrías haber esperado a que encontrase las llaves y abriese sin magia.

Everard chasqueó los dedos y las llaves aparecieron, por arte de magia, en la mano de Alexis.

—De nada —repitió.

Incapaz de procesar lo que estaba pasando, cerró la puerta, dejó el bolso en el mueble de la entrada y se movió en dirección a su habitación. Necesitaba una ducha y, con el genio merodeando, no podía salir del baño desnuda como solía hacer, así que recogería el pijama primero. Cuando acabase, se metería en la cama y dormiría, sin pensar en genios que salen de lámparas mágicas ni en arpías que se roban a los hombres que otras quieren para sí. Le dolía la cabeza y estaba segura de que el alcohol no era el culpable de todo. Quizá era producto del golpe que se habría dado al caer por el barranco. El que le hacía alucinar con un hombre semidesnudo que le quería conceder tres deseos. ¡Cómo si fuese tan fácil decidirse!

El genio la siguió por el piso en silencio, observando todo con curiosidad. Pero cuando Alexis ya tenía el pijama y la toalla en la mano, al llegar al baño, lo miró y le dijo:

—Yo también tengo una norma para ti. El baño y la habitación son lugares prohibidos. Nunca, jamás de los jamases, podrás entrar en ellos. Ni siquiera si yo no estoy allí.

—¿Y si estás en peligro y necesitas que te ayude?

—Puedes estar seguro de que no te necesitaré nunca en ninguno de esos dos lugares.

Dicho aquello, le cerró la puerta en las narices y pasó el cerrojo, incluso sabiendo que, si quería entrar, eso no se lo impediría.



UN SÁBADO EXTRAÑO

Alexis se despertó con un intenso dolor de cabeza y la nariz taponada. Tuvo que rebuscar en la mesita de noche para encontrar un pañuelo, antes de, siquiera, pensar en ponerse en pie.

Al final, la lluvia del día anterior había logrado su propósito y ahora tenía, oficialmente, un buen resfriado que le amargaría el fin de semana.

—Estupendo —dijo, sentada en la cama, con la mirada perdida en algún punto delante de ella.

Ni siquiera tenía ánimos para levantarse, pero el estómago decidió protestar cuando se le pasó por la cabeza volver a meterse en la cama y, por eso, se dirigió a la cocina en ropa interior, dispuesta a encontrar algo que lo acallase unas horas más para volver a dormir.

—Buenos días, ricura.

Alexis gritó, incluso antes de registrar quién le había hablado. Intentó cubrirse el cuerpo con las manos de forma instintiva, pero inútil. Le patinó un pie al intentar alejarse de aquella voz y acabó en el suelo. Rodó sobre sí misma, sin pensarlo demasiado, y comenzó a gatear hacia la puerta principal. Ni siquiera recordó que estaba medio desnuda, solo quería salir de allí.

—¿Qué se supone que estás haciendo, ricura?

El genio se cruzó en su camino y Alexis se puso en pie para regresar por donde había venido, después de soltar otro grito. ¿Cómo había llegado tan rápido a la puerta? Corrió hacia la cocina y

agarró la sartén, que alguien había dejado sobre el fogón. En su prisa por usarla como arma, derramó el aceite por el suelo.

—¿Ricura?

—No te acerques a mí. ¿Qué quieres? Llévate lo que quieras, pero a mí déjame en paz.

Everard se acercó a ella con los brazos levantados y cuando esta intentó alejarse, resbaló en el aceite y acabó una vez más en el suelo. Soltó la sartén durante la caída y se golpeó la cabeza con ella.

—Maldita sea. —Se cubrió con las manos para intentar mitigar el dolor—. Maldita sea. Maldita sea.

—Deja que te ayude, ricura.

—No me toques.

Retrocedió hasta que los muebles le impidieron continuar. Everard la observó con la infinita paciencia de quien ha pasado por ello más veces.

—Arreglaré este desastre —dijo después.

Chasqueó los dedos y, por arte de magia, la cocina estaba limpia y ordenada. Los ojos de Alexis lo miraban todo sin pestañear.

—Pero… pero… ¿cómo? Esto no… ¿qué?

No era capaz de hablar con coherencia, así que ni lo intentó. Todavía boqueaba cuando el genio se acercó y le tendió una mano.

—Te ayudaré a levantarte —dijo con amabilidad.

—No me toques.

—¿No te acuerdas de mí, ricura?

Alexis nunca podría olvidar aquel rostro ni el cuerpo que ahora estaba cubierto por ropa, pero tampoco era capaz de procesar el

hecho de que no fuese un producto de su imaginación, como había creído.

—Tú no existes —dijo con cautela.

—No del modo en que lo haces tú —admitió—, pero soy real.

—No, no. Esto no es posible. —Se levantó sin su ayuda—. Estoy delirando. Es eso. Tiene que serlo.

Comenzó a pasearse por la cocina, sin recordar que estaba en ropa interior.

—¿Qué puedo hacer para que me creas? —propuso él, preocupado ahora.

—Nada. —Lo miró—. No puedes hacer absolutamente nada. Porque esto no es real. Estás solo en mi cabeza. Eso es. Ver a la arpía con el hombre de mi vida ha hecho que se me derrita el cerebro. Tenía que ser así.

Entonces, sus pasos llegaron a la mesita donde había dejado la lámpara el día anterior y algo en su mente hizo clic.

—¡Tú! —Lo señaló de forma acusatoria—. Tú saliste anoche de esa lámpara.

—Veo que empiezas a recordar —le sonrió.

Alexis se acordaba también de esa sonrisa.

—Pero no puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque los genios que salen de lámparas mágicas solo están en los cuentos. No en la vida real.

—Conozco la historia. —Se miró las uñas—. Pero soy mucho mejor que ese genio azul.

—Esto no puede estar pasando —dijo una vez más.

—Creo que necesitas comer para procesarlo mejor. Aquí tienes un zumo de naranja recién exprimido, la vitamina C es muy importante, y también te he preparado tortitas con una cara sonriente. Mira. —Se las enseñó—. Para empezar bien el día.

Y aunque todavía seguía en shock, bebió el zumo que le entregaba y se sentó para desayunar. Solo entonces recordó que estaba en ropa interior.

—¡Oh, Dios! ¡Estoy desnuda!

Se levantó tan rápido de la mesa que las tortitas salieron volando y acabaron en el suelo. Pero Alexis no lo vio porque ya corría hacia la habitación para poner algo que le cubriese el cuerpo.

—Adiós a todo el trabajo de la mañana —se quejó el genio mientras la seguía—. Eres un ama muy difícil, ricura.

—¡Estoy en ropa interior! —repitió.

—No eres la primera ama que veo así —le dijo él sin inmutarse—. E incluso con menos ropa encima.

Alexis se sonrojó con intensidad al comprender a qué se refería. Movió las manos delante de su cara como si así pudiese borrar esa imagen de la mente, pero al recordar que seguía estando medio desnuda, las usó para cubrirse de nuevo y continuó su camino.

—Deja de seguirme —le exigió.

—No me importa, ricura, de verdad.

—A mí sí —le recriminó—. No quiero que me mires.

—Está bien. —Chasqueó los dedos y Alexis se detuvo al ver que tenía puesta la bata—. ¿Mejor, ricura?

—No me llames así —protestó.

—De nada. —El genio sonrió al verla achinar los ojos —. No sé tu nombre, así que te llamaré ricura hasta que me lo digas.

—Alexis Gardiner —respondió de forma automática.

—*El que defiende o ayuda* —dijo pensativo—. Muy interesante. ¿Sabías que en Grecia tu nombre es solo masculino?

—Pero no estamos en Grecia —sentenció, molesta.

—Por suerte para ti.

Le regaló otra de aquellas sonrisas que la ponían tan nerviosa. La noche anterior había advertido que era un hombre impresionante, incluso con su incorporeidad, pero a la luz del día era incluso más guapo. Y la había visto en ropa interior. ¡Qué vergüenza!

—Volvamos a la cocina —sugirió el genio—. Te haré otras tortitas.

Tenía tanta hambre que se habría comido cualquier cosa, pero el desayuno que le preparó con un simple chasquido de dedos tenía unas pintas tan maravillosas como las del genio. A esas alturas, debía asumir que todo aquello era real, aunque le costaba.

—¿Por qué sigues aquí? —le preguntó mientras desayunaba, incómoda por su atenta mirada. No le gustaba que la observasen mientras comía.

—Todavía no me has pedido ningún deseo.

—Pero no tendrías que estar conmigo si no… froto la lámpara. Si no te convoco —se corrigió al momento, avergonzada por lo que había pensado al pronunciar la palabra *frotar*.

Aunque esa mañana estaba vestido, Alexis no podía borrar la imagen de él en solo pantalón de deporte.

—Estoy aquí para complacerte.

—Pues no quiero que lo hagas —respondió, tal vez, con demasiada rapidez.

Estaba convencida de que Everard había sabido leerle la mente y por eso le había dicho aquello. Quería ponerla en un aprieto y, por

más que le pesase admitirlo, lo había conseguido. Sentía el rostro arder de la vergüenza. Si aquello iba a ser así a todas horas, le pediría cualquier deseo para que desapareciese para siempre de su vida.

—No te necesito —aclaró después.

Justo en ese momento estornudó, quedando todavía más en evidencia, cuando el genio sacó de la nada un pañuelo para ella.

—Esto no prueba nada —le dijo antes de sonarse.

—Tienes fiebre —sentenció Everard sin tocarla.

—No. —Aunque no había sido una pregunta, Alexis respondió. Se llevó la mano a la frente, no obstante —. Solo tengo un pequeño resfriado.

—Tienes fiebre —repitió.

—Eso explicaría tu presencia —murmuró.

—Estoy aquí para concederte tres deseos y…

—Me voy a la cama —lo interrumpió.

Alexis se puso en pie, pero el genio se colocó delante de ella para impedirle el paso.

—No podré cuidar de ti si entras en tu dormitorio —le advirtió, recordándole la promesa que hasta ese momento ni siquiera creía que le hubiese hecho.

—Bien —asintió, no obstante—. Eso es perfecto.

Sin embargo, horas después, mientras desvariaba en la cama debido a la fiebre, se lamentó de no haberle dicho al genio que podía pasar si empeoraba.

—Alexis.

Escuchó los golpes en la puerta, pero no fue capaz de responder. Le falló la voz, o puede que fuese la lengua, porque apenas podía moverla de lo seca que la tenía. Necesitaba agua, pero no podía moverse para ir a buscarla.

—Alexis. —Everard alzó un poco más la voz—. Dame permiso para entrar.

Un fuerte estornudo fue lo que recibió por respuesta a su petición.

—Alexis, por favor. Solo pretendo ayudarte. Déjame entrar. —Alexis solo acertó a gruñir—. Me lo tomaré como un sí.

Al momento, el genio estaba junto a la cama, con un vaso de refrescante agua y una pastilla.

—Para la fiebre —le explicó.

Con un simple chasquido de dedos cambió las sábanas húmedas por otras limpias. También desapareció su ropa interior.

—¡Eh! —gritó, en protesta, al saberse desnuda bajo las mantas. Ahora dudaba de que el rojo de su cara fuese solo por la fiebre.

—No miraré, Alexis. Solo quiero que estés lo más cómoda posible.

Aunque odiaba que tuviese que cuidarla, nadie antes se había preocupado tanto por ella como él lo estaba haciendo y su corazón se enterneció.

—Gracias —dijo, al final, con la voz rota.

—Tú descansa —respondió con calma—. Yo me ocupo del resto.



Cuando Alexis abrió los ojos al fin, horas después, se encontró al genio demasiado cerca de su cara y gritó tan alto que él la imitó por

el susto. Y cuando Alexis se incorporó, tratando de huir de él, vio que la sábana se le escurría hasta la cintura, dejando sus pechos al aire. Gritó de nuevo, mientras se cubría, y el genio la imitó una vez más. Todo en cuestión de segundos.

—¿Te despiertas siempre así? —El hombre se llevó la mano al pecho.

—¿Tienes por costumbre vigilar tan de cerca a tus amas? —dijo ella al mismo tiempo.

—Solo intentaba comprobar que te había bajado la fiebre.

—Hay algo que se llama termómetro y que sirve para eso —lo acusó.

—No lo necesito —se jactó, ya recuperado del susto que se habían llevado los dos.

Y la sonrisa capciosa que tanto le gustaba esgrimir había vuelto también.

—Si tu método implica estar tan cerca —dijo, ajustando la sábana contra el pecho—, prefiero que uses el mío.

—Tendría que destaparte para eso. —Elevó una ceja.

—¿Sabes? Ya me encuentro mejor, sal de mi cuarto.

—¡Tan brusca! Podrías haber añadido un por favor al final.

—Ahora —insistió.

Se encontraba mucho mejor después de aquel sueño reparador y quería librarse de los restos de la fiebre bajo un chorro de agua tibia. Pero, para eso, necesitaba salir de la cama y seguía desnuda.

El genio desapareció tras la orden y, por un momento, Alexis se sintió mal. Se había desvivido por cuidar de ella y se lo había agradecido echándolo fuera a la primera oportunidad.

Se cubrió con la bata, escogió ropa limpia y salió con ella en la mano, rumbo al baño. Esperaba encontrar a Everard fuera dispuesto a molestarla, pero no había rastro de él. ¿Se habría ofendido? Su conciencia se resintió un poco más.

—Ya le pediré perdón después —se dijo.

Una hora más tarde, salió del baño, revitalizada. No lo había notado al entrar, pero se había pasado toda la mañana y parte de la tarde durmiendo.

—Un día productivo —se quejó, caminando hacia el salón. Lo bueno es que el resfriado parecía haber remitido.

La siguiente hora la ocupó comprobando los papeles que se habían caído al suelo al salir del trabajo, uno a uno. La mayoría tenía manchas de humedad visibles que emborronaban la letra e, incluso, el sello oficial. Transcribirlos no era una opción.

—Maldita sea.

Se dejó caer en el sillón, abatida. Cuando sus jefes se enterasen de eso, la despedirían.

—Puedo solucionarlo.

Alexis gritó cuando escuchó la voz de Everard sobre el hombro.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —lo reprendió—. Me va a dar un infarto en cualquier momento.

—Eres una mujer joven y con buena salud —sonrió—, es poco probable que eso suceda.

—Si sigues sobresaltándome así, sucederá.

El genio pasó la mano sobre los papeles y estos recuperaron su aspecto inicial al momento.

—¿No debería haber pedido un deseo? —dijo Alexis.

—Tómatelo como una muestra de lo que soy capaz de darte. —Se sentó a su lado.

—¿Y cuánto tiempo van a durar estas muestras? ¿O es que cuidar de mí mientras estaba enferma no era otra de ellas? Porque podría acostumbrarme a ellas y no querer desear nada nunca.

—Esto no funciona así. —La miró—. Además, siempre habrá algo que desees. Es cuestión de encontrarlo y pedirlo.

Durante un eterno minuto, Alexis quedó atrapada en la mirada del genio y, solo cuando percibió un pequeño brillo de diversión en ella, se levantó para alejarse de la tentación que le suponía. Estaba convencida de que, si ella no pedía pronto los deseos, él se encargaría de sacárselos de alguna manera. Y en ese momento no le apetecía saber cómo lo haría.

—Voy a prepararme la cena. —Se giró hacia él—. ¿Tú comes?

—Puedo materializar lo que quieras —respondió— y puedo acompañarte mientras comes.

—Puedo hacerme la cena sola —replicó ella— y no me gusta que me observen mientras como.

—Puedo fingir que como —le sonrió— y puedo ser muy convincente.

—No será como con los fantasmas, ¿verdad? Que lo que comen se cae al suelo. —Lo miró con suspicacia.

—Eso no sería convincente, ¿no crees?

Alexis decidió dar por finalizada aquella conversación porque le parecía que se estaba volviendo un poco ridícula, y fue a la cocina para buscar qué preparar.

—Yo soy más rápido —insistió Everard.

—Pero a mí me gusta cocinar.

—Pero yo soy más rápido.

—Eso ya lo has dicho y no, no quiero. No voy a empezar a depender de la magia para todo. Si quieres quedarte y fingir que comes conmigo, bien. En caso contrario, ya puedes volver a la lámpara y esperar a que te llame para regresar.

—Una vez me has invocado —le explicó—, puedo ir y venir a mi antojo.

—¡Qué suerte la mía!

En ese momento, alguien golpeó la puerta con tanta fuerza, que Alexis pegó un bote y cerró los ojos. ¿Es que nadie sabía hacer las cosas sin asustarla?

—Eres muy susceptible, ¿no?

—Y tú un incordio —le respondió, dirigiéndose a la puerta—. Escóndete, por favor.

—No me ven, ¿recuerdas?

—Claro, cómo no —murmuró—. Mejor que se crean que estoy loca por hablar sola.

Cuando abrió la puerta, Mae y Natasha entraron a la par, como si se tratase de un déjà vu de la noche pasada. Solo que, en esta ocasión, un genio muy atractivo estaba plantado en medio del pasillo y sus amigas no podían verlo.

—¿Teníamos otro plan que desconozco? —preguntó.

—Anoche estabas tan decaída —explicó Mae— que decidimos venir para alegrarte el día.

—Un poco tarde, ¿no? —Fingió mirar un reloj en la muñeca que no tenía—. El día ya se está acabando.

—Pues la noche —matizó Nat—. Vamos, prepárate.

—¿Y si no quiero?

De repente, había recordado por qué se había ido del local y no le apetecía probar suerte de nuevo. La última vez había acabado con un genio rondándola sin descanso.

—No te lo estábamos preguntando —avisó Mae—. Y te recuerdo que fuiste tú la que dijo que quería salir el sábado.

—Sí, en lugar del viernes.

—Vístete o lo haré yo por ti —le advirtió su amiga.

La creía capaz de ello y, en realidad, aunque no le apeteciese salir, lo necesitaba. Mae y Natasha la conocían y sabían cuándo apoyarla y cuándo meterle caña. Ese día necesitaba marcha.

—No he cenado —les dijo mientras se dirigía a la habitación.

—Genial, porque nosotras tampoco. Iremos a algún restaurante chulo.

Alexis entró en la habitación, dispuesta a encontrar ropa cómoda, antes de que sus amigas le obligasen a ponerse otro vestido.

—Este te sentaría de vicio.

Everard salió del armario con un vestido escotado y, tan corto que apenas le cubriría medio muslo si se lo ponía.

—Deja de hacer eso —lo reprendió, después de cubrirse la boca con las manos para no gritar y que la oyesen sus amigas—. Y no voy a ponerme un vestido.

—Ayer llevabas uno y tienes el armario lleno de ellos. —Lo señaló mientras lo nombraba.

—Estoy resfriada y no…

—No te he oído estornudar desde esta mañana —la interrumpió.

—Eso no tiene nada… —Frunció el ceño porque tenía razón—. ¿Has sido tú? ¿Qué me has hecho? ¿Me has curado con magia?

—Solo te he cuidado con mucho amor —le soltó sin más, dedicándole una sonrisa pícara que decía justo lo contrario.

Estaba dispuesta a regañarlo, pero pensó que no era tan malo haberse curado, así que le sacó el vestido de las manos y lo metió en el armario sin más.

—Deberías llevarlo. Los hombres no dejarían de admirarte.

—No quiero la admiración de los hombres. Quiero ir cómoda. —Eligió un pantalón vaquero y una camisa —. Sal, por favor. Quiero vestirme.

—Vaya —sonrió de nuevo—. He oído un por favor.

—Uno que no debería darte porque tenías prohibido entrar en mi habitación —lo acusó.

—Tú me diste permiso para entrar.

—No hice tal cosa.

—Te cuidé.

—Y te lo agradezco, pero ahora, la prohibición vu…

—Me voy ya —la interrumpió, antes de que pudiese terminar de decirlo.

Alexis se prometió recordárselo en cuanto lo volviese a ver. Que fue justo cuando terminó de abrocharse el último botón de la camisa. Había sido tan preciso a la hora de aparecer que lo miró con suspicacia.

—¿Me estabas espiando?

—Sé dónde estás y qué haces en todo momento. No necesito verte.

—Eso es demasiado siniestro.

Se estremeció.

—Aunque no lo parezca, no vulnero tu privacidad. Sé cuándo debo vigilar y cuándo apartarme.

—Prefiero no saberlo.

Se acercó al espejo para terminar de prepararse. No pensaba maquillarse demasiado, pero darles un toque a los labios le vendría bien.

—Me gustaba más el vestido —refunfuñó el genio.

—Me da igual.

Se miró en el espejo y sonrió, satisfecha. Sin embargo, cuando se dirigió a la puerta, Everard chasqueó los dedos y su pantalón se convirtió en un vestido.

—¿Qué? —gritó Alexis—. He dicho que no. Devuélveme mi ropa.

—Esa es tu ropa.

—Que me la devuelvas he dicho.

—¿Alexis? —Unos golpes en la puerta siguieron a la pregunta—. ¿Estás bien? ¿Con quién hablas?

Había gritado demasiado y sus amigas la habían oído. Un intenso sonrojo le cubrió las mejillas y el calor del enfado le ayudó a ponerse más roja todavía.

—Salgo enseguida —les prometió. Después susurró—. No pienso repetirlo.

—Estás preciosa con el vestido. Hazme caso.

—No me cabrees más porque para que a mí me salga el genio, no necesito ninguna lámpara —lo señaló.

—Aguafiestas. —Chasqueó los dedos de nuevo—. Te vas a arrepentir.

—Me arriesgaré. —Salió de la habitación—. Ya estoy lista.

—¿Vas a ir así? —preguntaron sus amigas al unísono.

—Te lo dije —le susurró Everard al oído.

—Vete a la mierda —le devolvió el susurro.

—Tampoco tienes que ponerte así, Ale. Solo era una pregunta. —Mae la había oído.

—Perdona. No era a ti.

—Pues disculpa si yo te ofendí más que ella —le dijo Nat, molesta también.

—No… —Alzó los brazos y suspiró—. Me lo decía a mí misma.

—Estás rara —sentenció Mae, después de observarla un rato.

—¿Nos vamos? —les preguntó dirigiéndose a la salida. Cuando sus amigas estaban en el pasillo, recordó que había dejado el bolso en el salón—. Voy a por el bolso. Si queréis, id llamando ya al ascensor, no tardo nada.

Everard la esperó en la puerta, con aquella sonrisa petulante que empezaba a temer y, cuando ella regresó con las cosas, chasqueó los dedos y el vestido apareció de nuevo. Parecía haberlo planeado porque ya no pudo regañarlo, pues sus amigas la habían visto con él.

—¡Qué rapidez! —gritó Mae entusiasmada—. Nunca te había visto cambiarte tan rápido.

—Ya decía yo que lo del pantalón vaquero tenía que ser una broma —rio Natasha.

Alexis cerró la puerta evitando apuñalar al genio con la mirada, aunque lo deseaba. Sobre todo, cuando se le ensanchó la sonrisa. Había conseguido su propósito y estaba orgulloso de que le hubiese funcionado la treta.

—Esta noche arrasarás con todo, Ale —sentenció su amiga.

—Te lo dije —susurró de nuevo el genio.

Alexis se mordió el labio para no responderle. Esa iba a ser una noche muy larga.



PRIMER DESEO

El restaurante no era de esos elegantes donde había más cubiertos de los que supieses usar porque no se sentían cómodas con ese tipo de lujos. Ellas elegían siempre locales pequeños, donde el trato era personal y encantador. Y al que habían ido esa noche era, sin duda, el que más les gustaba. Y no tenía nada que ver con el guapo camarero que sabían que estaría trabajando esa noche.

—Es que babeo cada vez que mueve ese culito respingón que tiene —susurró Nat mientras las tres miraban hacia Max.

Max Savage era uno de los tres camareros que trabajaban para el dueño del local y solía elegir las noches porque por el día se preparaba para ser celador en el hospital.

—Solo imaginármelo con el uniforme del hospital me entran calores —añadió Mae—. Si es que tiene que sentarle divino, con ese pelo oscuro y los ojos tan negros como la misma noche. Podría pasar por el ángel de la muerte y yo me dejaría llevar por él.

—Pues parecer un ángel de la muerte en un hospital no creo que sea muy adecuado —comentó Everard, que, al no poder oírlo nadie salvo Alexis, ni siquiera se molestaba en bajar el tono.

—Él puede parecer lo que quiera —respondió Alexis, antes de recordar que sus amigas no veían al genio ni lo escuchaban.

—Desde luego —asintieron las dos.

Al menos en esa ocasión no quedó como una loca. Justo lo que le había pasado en el camino hacia el restaurante, cuando Everard le

dijo que le encantaba cómo se le movía el vestido hacia arriba mientras caminaba. Cuando lo reprendió, mientras lo colocaba en su lugar, sus amigas la miraron de forma extraña. Tuvo que inventarse una excusa poco creíble para lo que había dicho, pero la llegada al restaurante la libró de más preguntas.

—¿Cómo van las oposiciones, Max? —le preguntó Alexis cuando les sirvió el primer plato.

Al ir tantas veces a cenar allí, habían entablado cierta relación de amistad. Si bien no era nada profundo, sí parecía suficiente como para que ellas supiesen algo de él y viceversa. Además, Max era un hombre muy abierto e invitaba a las confidencias con sus sonrisas y su simpatía.

—Lento pero seguro —le sonrió—. ¿Qué tal vosotras en vuestros respectivos trabajos?

—Estimulante —respondió Mae.

—Siempre interesante —dijo Natasha.

—Estresante —añadió Alexis del suyo.

—Bien por vosotras dos. —Señaló a las dos primeras. Luego se dirigió a Alexis—. Si lo que te gusta del trabajo pesa más que lo que te estresa, genial. Si no es así, deberías replantearte un cambio.

—Eso es lo que le decimos siempre —le aseguró Mae—, pero no se quiere arriesgar.

—Dependo de ese sueldo. —La miró con fastidio.

—Quien no arriesga, no gana. —Max captó su atención con aquel dicho.

—Y quien arriesga, podría perder más de lo que es capaz de asumir —replicó ella.

—Igual te sorprendes —añadió él con una sonrisa.

—Este quiere algo contigo, ricura —le dijo Everard, lo que le provocó un intenso sonrojo—. Pero no sería algo duradero. Conozco a los de su calaña.

—Déjalo —susurró, pero Max la escuchó.

—Solo era una sugerencia. —Elevó los brazos en son de paz.

—¿Qué mosca te ha picado? —Mae la empujó con el codo—. Creo que te estaba tirando los tejos. Le has cortado el rollo, Ale.

—¿Qué? No es verdad.

—Lo es —sentenció Nat—. Pero ya lo arreglaré yo.

—Ni se te ocurra.

—Bien dicho, ricura —le dijo el genio, orgulloso.

—Alguien tiene que ayudarte porque parece que tú te saboteas sola —se quejó Nat.

—Puedo buscarte a otro mejor si quieres —añadió el genio—. Se me da bien calar a la gente.

—Se supone que no puedes hacer que se enamoren de mí —murmuró Alexis.

—Estoy hablando de echar un polvo —concretó Nat.

—No hablaba contigo —se disculpó con su amiga.

—Pues yo no he dicho nada —añadió Mae.

—Hablaba sola.

Sentía la piel de la cara tan caliente que tuvo que tocársela con las manos por si así la podía refrescar.

—Ale, ¿qué te pasa? —preguntó Mae—. Hoy pareces un poco desubicada.

—Si quieres una relación seria, no la vas a encontrar en un chico como ese —insistió Everard.

—Voy al baño. —Se puso en pie—. No le digáis nada o dejaré de hablaros durante un mes entero.

Aunque ambas hicieron el gesto de cerrar la boca, no estaba segura de que cumpliesen su palabra, así que se apresuró a entrar en el baño para poder volver al asiento antes de que Max se acercase de nuevo a la mesa. Solo necesitaba un momento a solas para que su corazón se tranquilizase.

—Ese tal Max solo busca una nueva conquista. Si se lo permitieseis, tendría sexo con las tres. Y al mismo tiempo. No…

—Sal de aquí —lo interrumpió con un grito—. Este es el baño de mujeres.

Aunque estaba en el cubículo y Everard no podía ver a través de las puertas, o eso esperaba, que estuviese allí no era correcto. Incluso si nadie lo veía a él.

—Solo tú me puedes ver, Alexis, ya lo sabes.

—Y por eso no quiero que entres. —Bajó la voz por si había alguien en los otros cubículos—. No está bien que te metas al baño de las mujeres.

—Solo estás tú y no voy a mirar.

—Ya solo faltaba eso —bufó—. ¿No puedes volver a la lámpara mientras estoy con mis amigas?

—Tengo que mantenerte a salvo.

—Estoy a salvo. Lo he estado antes de que hubieses aparecido tú y lo estaré después. —Era tan bochornoso hablar con él mientras se limpiaba que prefería no pensar en ello y acabar cuanto antes—. Quédate en la lámpara hoy, por favor.

—¿Y si se te ocurre un deseo esta noche? No tienes la lámpara contigo para invocarme.

—Me has dejado claro que puedes aparecer cuando quieres. —Tiró de la cadena—. Ahora no me vengas con esas tonterías.

—No puedo estar lejos de ti.

—Te vas a ir ya —lo amenazó mientras salía del cubículo— o de lo…

—Es un baño público —la interrumpió una joven de cabello dorado, que la miraba con enfado—. No me puedes echar. ¿Quién te crees? ¿La dueña?

—Yo… —Aquella parecía ser la noche de avergonzar a Alexis—. Lo siento mucho… creía que estaba… que no había nadie.

La mujer, aunque había dicho segundos antes que no podía echarla, la miró con desconfianza y se alejó de ella. Desapareció por la puerta sin decir nada más, pero Alexis supo adivinar lo que pensaba. La risa del genio tras ella la enfureció todavía más.

—Eres un imbécil —lo acusó—. Al final acabaré en el manicomio por tu culpa.

—No es para tanto. —Sonrió con picardía—. Al final de la noche no recordará ni tu cara. Aunque seguro que contará la anécdota en las comidas familiares.

—Idiota.

Se reunió con sus amigas, dispuesta a ignorar al genio el resto de la noche.

—¿Adivina quién se unirá a nosotras cuando termine el turno?

Las odió por eso.



—¿Seguro que no quieres otra copa?

Max se le acercó más de lo necesario para preguntar y Alexis pudo ver el brillo coqueto en sus ojos. No es que se fuese a quejar de que un hombre tan guapo se hubiese fijado en ella y no en sus amigas, pero las palabras del genio seguían rondándole la cabeza y no era capaz de callarlas, incluso cuando él estaba más silencioso de lo habitual. Tampoco había rastro de él en la discoteca. Quizá hubiese decidido irse al fin.

—Una borrachera por fin de semana es suficiente —le respondió, negando.

¿Cuál era el problema de que Max solo quisiese una noche de sexo con ella? Tenía derecho a divertirse si se le presentaba la ocasión. Incluso si no dejaba de compararlo con Ace. Era odioso, lo sabía, pero no lo podía evitar. Y es que, encima, no podían ser más diferentes. Uno era un adonis griego y el otro parecía un ser de la oscuridad. Uno no le hacía caso y el otro parecía querer comérsela con los ojos. Uno no sabía su nombre y el otro lo recordaba sin problemas.

—Bailemos, entonces.

Max le tendió la mano y aceptó sin pensarlo mucho. Se merecía que, por una vez, la eligiesen a ella. Y él lo había hecho, así que dejaría que todo fluyese y que pasase lo que tuviese que pasar.

—Me encanta el vestido que llevas hoy, Alexis. No te lo había visto nunca. Te sienta fenomenal.

Max la apretó más, en un abrazo tan íntimo que casi podía sentir cada músculo del hombre contra ella. El calor le subió a las mejillas, pero la oscuridad impidió que él lo notase. Claro que la miraba con tal fijeza a los ojos que imaginó que tampoco lo habría notado, en caso de que hubiese más luz.

—Gracias —acertó a decir.

Nunca un hombre había sido tan directo con ella y no sabía cómo responder con naturalidad, pero parecía que a Max no le importaba porque sonrió y la apretó más contra él, al mismo tiempo que los balanceaba por la pista sin dejar de observarla.

Entonces, sin que lo viese venir, se inclinó sobre ella y la besó. Era un beso lento, persuasivo, hecho para seducir, y Alexis cayó en sus redes con facilidad. Claro que no se lo había querido poner difícil porque le estaba gustando mucho y quería más de eso.

—No te conviene.

Alexis gritó y se separó de Max al escuchar la voz del genio contra su oído. El hombre la miraba como si se hubiese vuelto loca, y no podía culparlo. En ese momento lo parecía, pero es que no se había esperado la interrupción y se había asustado.

—Con decir que no querías el beso habría bastado —le dijo Max—. Aunque tenía entendido que era justo lo que estabas esperando.

—Perdona no… —Se detuvo a media disculpa al registrar lo que le había dicho—. ¿Qué? ¿De qué estás hablando, Max?

—Tus amigas me dijeron que querías tema conmigo y por eso vine. Aunque en el restaurante te tanteé y no parecías interesada. Supongo que…

—¿Estás hablando en serio? —La poca autoestima que había recuperado con su atención se esfumó.

—No seas imbécil —dijo Mae, que se había acercado al ver que Alexis se apartaba de Max, y lo escuchó—. Ninguna te dijo eso.

—Me habéis invitado a venir con vosotras, ¿no? —Se cruzó de brazos—. Me habéis dejado a solas con ella. Creo que el mensaje

estaba claro.

—Te dije que no era un buen tipo —añadió Everard.

Alexis trató de ignorarlo, pero estaba tan abochornada por lo que había pasado que no sabía a quién dirigir su ira: si a sus amigas por meterse cuando les había pedido que no lo hiciesen, a Max por creer que podía mojar esa noche solo por una insinuación o al genio por haberse inmiscuido en un beso que le estaba gustando demasiado.

—Creo que nuestro mensaje fue muy claro —intervino Natasha—. Te invitamos a venir porque parecías interesado en Alexis. Interesado de verdad, no que fueses un pervertido que se tiraría a la primera que se le pusiese a tiro.

—Gracias por eso —protestó Alexis.

—Cariño —Natasha se dirigió ahora a ella—, tú eres mejor que cualquier mujer con la que este imbécil se pueda acostar. Esto no es por ti, es por los hombres que creen que porque le gusten a una mujer pueden portarse como neandertales y lo pasaremos por alto.

—¿Esto es algún tipo de juego entre vosotras? —preguntó Max mirándolas de manera alternativa—. Porque no le veo la gracia.

—Gracia te falta a ti —lo atacó Mae—. Te invitamos a venir porque creíamos que te gustaba Alexis y que eras un tío legal. Pero como siempre, solo pensáis en meterla en caliente.

—Haberlo dejado más claro —se defendió—. *Alexis seguro que se alegra de verte más tarde* es bastante directo.

—¿Le habéis dicho eso? —Alexis se ruborizó.

—No tenías derecho a pensar que habría algo más. —Natasha le restó importancia—. Que a una chica le interese ver a un chico no significa que quiera sexo.

—Olvídate de él, ricura. —Everard metió el dedo en la llaga—. No merece que perdáis el tiempo con él. No es lo que te conviene.

—Yo sé lo que me conviene —gritó, exasperada.

—¿Quieres tener solo sexo con él? —preguntó Mae, sorprendida—. Hace un momento no parecía ni que quisieses un beso suyo.

—Yo no he dicho eso.

—Lo has dicho —insistió Natasha, que la miraba con la misma cara de incredulidad.

—Olvídalo y volvamos a casa —insistió el genio.

—Claro que sé lo que me conviene. —Se tapó por un momento los oídos y luego los señaló uno a uno según hablaba con ellos—. No me conviene un tío que se acerca a mí solo porque cree que se lo voy a poner fácil. No me conviene tener unas amigas que creen que necesito ayuda para ligar. Y, desde luego, no me conviene parecer una loca que habla sola. Así que me voy a casa. Vosotros podéis hacer lo que os dé la gana. —Comenzó a caminar, pero, de repente, cambió de idea y regresó. Miró a Max a los ojos—. Hazme un favor y cuando vayamos a cenar al restaurante de nuevo, finge que no me conoces.

—Alexis, espera.

Sus amigas corrieron tras ella, pero seguía enfadada y prefirió no esperarlas. Sin embargo, una vez fuera, le dieron alcance.

—No quiero hablar con vosotras. —A pesar de lo que había dicho, las enfrentó—. ¿Cómo habéis podido? Os pedí más de una vez que no le dijeseis nada. ¿Por qué siempre me metéis en líos?

—Creíamos que estaba interesado de verdad en ti —se excusó Mae, arrepentida—. Te estaba coqueteando y solo le dimos un

empujoncito.

—Sí que estaba interesado —insistió Natasha—. Sé de esas cosas y lo estaba, Alexis.

—Bueno, sí… Es posible. —Por un momento dudó—. Pero eso no os da derecho a decirle nada.

—Tú no se lo ibas a decir —la acusó Mae.

—¿Te has parado a pensar que tal vez no quería decirle nada? ¿Que tal vez no quería hacer nada con él?

—Alexis, nunca dices nada, nunca haces nada, nunca vives nada —le recriminó—. Eres una anciana en el cuerpo de una casi treintañera.

—¿Eso es cierto? —preguntó Everard con curiosidad—. ¿Cuándo cumples los treinta?

—A ti qué más te da —le respondió.

—Eres mi amiga, claro que me importa.

—¿Te has acostado con algún hombre? —insistió el genio—. Quizá ese es el problema contigo. Que no…

—No soy virgen, ¿de acuerdo?

—No discutimos eso, Alexis —intervino Natasha—. Pero desde hace más de un año te estás retrayendo y nos preocupas. Y no hablamos solo del sexo.

Solo entonces comprendió que le había respondido al genio en voz alta. Estaba tan alterada que ya no sabía ni lo que hacía.

—¿Sabéis qué? Necesito irme a casa.

—No puedes irte sola.

—Creo que esta conversación ya la hemos tenido. —Se detuvo para enfrentarlas—. Puedo irme sola y es lo que voy a hacer.

Necesito estar sola ahora mismo, ¿vale? Solo una noche de tranquilidad y silencio. No pido más.

—Pero, Alexis, acabas de tener una mala experiencia y no podemos dejar… —dijo Mae.

—Max es un imbécil y no merece ni un minuto de… —añadió Natasha al mismo tiempo.

—¿No podéis dejarme tranquila de una maldita vez? No me voy a romper porque un tío quiera acostarse conmigo solo porque cree que se lo pondré fácil. No necesito hablar de ello ni que me lo recordéis a cada rato. Solo quiero irme a casa y olvidarlo.

—Alexis, negar que pasó no hará que desaparezca el problema —dijo Nat, de forma tentativa, mirando a Mae en el proceso.

—Ya lo sé. —Se desesperó—. Pero es lo que quiero.

—Pero…

—¡Ya basta! —gritó—. ¡Desearía que lo olvidaseis y me dejaseis en paz! Como si nunca hubiese pasado.

—Tus deseos son órdenes para mí, ama.

Everard se inclinó en una reverencia y chasqueó los dedos antes de que Alexis pudiese retirar el deseo.

—¿Qué has hecho? —gritó.

—¿Con quién hablas, Alexis? —le preguntó Mae.

—¿Tanto he bebido que no recuerdo cómo he llegado a este lugar? —preguntó Natasha.

—Ahora que lo dices… —Mae se rascó la cabeza pensativa.

—¡Oh, Dios! —Alexis empezó a hiperventilar—. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Pero qué he hecho?

—No te alteres tanto, ricura, solo les he borrado los recuerdos de lo que ha pasado con el camarero ese. Justo lo que has deseado. No ha afectado a nada más de lo que han vivido hoy.

—Eres idiota —dijo al aire—. Esto no era lo… lo que yo… solo era una forma de hablar, maldita sea. No lo decía en serio.

—¿Ale? ¿Con quién hablas? —insistió Mae.

—Con… —dudó. No podía contarles la verdad—. Solo conmigo misma, Mae. Es que… os dije que os haría beber tantos chupitos que olvidaríais incluso dónde estabais. —Se inventó sobre la marcha—. Parece que lo he hecho demasiado bien si no recordáis nada.

—¿Y por qué no me siento borracha? —dijo Nat.

—Salimos fuera para tomar el aire y se ve que os ha sentado de maravilla.

—No tiene mucho sentido. —Mae tampoco acababa de creérselo.

—Hola, chicas. ¡Qué sorpresa!

Max salía de la discoteca y se acercaba a ellas con un brazo alzado para que lo localizasen.

—Max. —Mae le devolvió el saludo—. ¿Y tú por aquí?

—Si os digo la verdad, no sé muy bien cómo he llegado. —Le avergonzaba admitirlo.

—Ay, madre. —Alexis quería huir de allí y esconderse en el primer agujero oscuro que encontrase. Debería haber deseado que también ella olvidase el incidente porque ahora era muy incómodo mirar a Max sin que se le colorease el rostro.

—Estás muy guapa esta noche, Alexis —le dijo él, al notar su presencia—. Te sienta bien ese vestido. ¿Es nuevo?

—No, no lo es —respondió con rapidez—. Nosotras ya nos íbamos a casa, Max. Un placer haberte visto. Chao.

Tomó de las manos a sus amigas y tiró de ellas para alejarse del camarero, antes de que alguna de ellas viese en sus palabras una invitación a algo más y se liase todo de nuevo.

—Pero ¿qué haces? —protestó Natasha—. Max te estaba tirando los tejos. ¿Por qué has tenido que ser tan borde?

—Sé que soy una amargada que no hace nada provechoso con su vida —les dijo, sin dejar de tirar de ellas— y que me estoy volviendo una ermitaña, pero hoy no quiero saber nada de hombres.

—Alexis, estás muy rara —señaló Mae.

—Lo sé, ya me lo habías dicho.

—¿Lo hice? ¿En serio?

—Dejémoslo así. Después de tanto chupito, es mejor que volvamos a casa. Creedme, es lo mejor.

«Antes de que pida otro deseo sin querer y os arruine la vida de alguna forma», pensó.



EL TRATO

—¿Sigues enfadada por lo del camarero?

Alexis se había pasado la última hora ignorando que el genio la observaba. No quería hablar con él hasta haber procesado lo del deseo. Estaba segura de que no era así como se debían pedir y que aquel insoportable hombre mágico había aprovechado en su beneficio el cabreo para hacerle perder uno. ¿No le había dicho que encontraría la forma de que ella pidiese los deseos, aunque no quisiese? Aquella parecía bastante efectiva, aunque ilícita. Era tan irritante lo que había hecho que, si le hablaba en ese momento, le diría cuatro verdades de las que se arrepentiría más tarde. Porque ella no era rencorosa.

—No puedes estar enfadada conmigo —probó a provocarla— porque te he concedido tu primer deseo, así que…

—Serás arrogante —gritó sin poder contenerse ya—. Estoy segura de que hay un código de genios en alguna parte y que en él dice que los deseos deben pedirse de forma consciente y controlada, no en un arrebato de ira. Lo has hecho a propósito porque creías que no los gastaría nunca.

—Has formulado un deseo y yo te lo he concedido —dijo, ahora serio.

—No —remarcó—. Estaba expresando mi frustración con mis amigas y no tenías derecho a inmiscuirte. Así como tampoco tenías derecho a hacerlo en mi beso con Max. Es mi vida, ¿entiendes? Tú

no estás aquí para cambiarla… Bueno, sí —añadió al ver la ceja elevada de Everard—, pero no de esa forma.

—Estoy aquí para que la vida deje de pisotearte —remarcó él—, para que seas feliz y consigas todo lo que deseas. Y Max no te ayudaría en eso.

—Tú no sabes lo que me ayudaría —le recriminó.

—Puede que todavía no sepa mucho de ti porque te acabo de conocer, pero sé que no buscas un amante, sino un amor. —El genio cruzó los brazos en el pecho mientras hablaba.

Por un momento, Alexis no supo qué responder. Por más que le pesase, tenía razón. Sin embargo, no se la quería dar, no quería perder la discusión porque eso sería como admitir que había hecho lo correcto al robarle el deseo. Y no era aceptable de ninguna de las maneras.

—¿Y qué pasa si me apetece tener un amante mientras no encuentro el amor? —dijo al final.

—Elige mejor.

—¿Ahora eres experto en amantes?

—He sido uno para muchas de mis amas a lo largo de los siglos —respondió con calma—. Sé de lo que te estoy hablando.

—Pero si eres etéreo —rio sin llegar a creérselo.

Everard se acercó a ella y, por un momento, Alexis se asustó. A cada paso que daba, parecía más corpóreo y ella retrocedió para alejarse, no queriendo comprobar aquella teoría. Apoyó la espalda en una pared justo cuando el genio la alcanzó. Este la encerró entre los brazos y se inclinó hacia ella. Podía sentir su presencia tangible casi rozándola y contuvo el aliento.

—Puedo ser corpóreo si así lo deseo —susurró cerca de su oído y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Eso no te da derecho a meterte en mi vida. —Alexis lo empujó mientras hablaba. No se sentía cómoda al tenerlo tan cerca y que pareciera una persona real. Ni siquiera sabía que aquello fuera posible y le preocupaba qué más era capaz de hacer el genio y no le había dicho.

—Habría pasado de ti al día siguiente.

—A lo mejor yo quería pasar de él al día siguiente —resaltó.

—Lo dudo. —La miró con dureza.

—Hace un día que me conoces —gritó exasperada—. No pretendas saber cómo soy.

Alexis sabía que estaba siendo irracional porque, en el fondo, el genio tenía razón, pero no quería dársela para que no creyese que podía hacer y deshacer a su antojo en su vida. Se suponía que estaba allí para concederle tres deseos, no para cumplir los que a él le pareciesen. Quizá, aunque no lo había pensado en su momento, lo que le dolía era haber desperdiciado una oportunidad de pedir algo que quisiese de verdad. Ahora solo le quedaban dos deseos y no estaba más cerca de alcanzar la felicidad. Al final, lo que le dolía de verdad era sentirse decepcionada por haber malgastado aquel deseo.

—Ese es mi trabajo.

—No. —Lo señaló—. Tu trabajo es concederme tres deseos. Los que yo quiera, no uno lanzado al aire y que has cazado al vuelo a la desesperada. Eso ha sido trampa y lo sabes. Puede que no vayas a confesarlo nunca, pero sabes que estuvo mal. Me has robado el deseo y no pienso permitir que lo hagas de nuevo. A partir de ahora,

si vuelvo a usar el verbo desear, me preguntarás si es lo que quiero y, si no te digo que sí, tú no harás nada. De lo contrario —continuó sin que el genio pudiese decir nada, aunque lo intentó—, mi último deseo será que nadie, nunca jamás, vuelva a encontrar tu lámpara.

—No puedes desear eso.

—Claro que puedo —le aseguró con prepotencia—. No infringiré ninguna norma. No cambiaré la historia, no morirá nadie, ni nadie se enamorará obligado. No viajaré en el tiempo. Ni haré desaparecer a nadie.

Remarcó aquella última frase para recordarle que no podía negar la verdad en ella. Mantener oculto un objeto no era lo mismo que hacer desaparecer a una persona.

—Mi trabajo es ayudar a…

—Pues hazlo —lo interrumpió—. Pero hazlo bien. No te tomes libertades que no te competen.

Dicho aquello, se dirigió a su habitación para alejarse de él. Estaba tan enfadada que temía decir algo más hiriente todavía, de lo que luego se arrepentiría. Ella no era rencorosa ni mezquina. No quería hacer daño a la gente. Ni siquiera a un genio con malicia que le había estropeado la noche.

—Lo siento. No debería haber asumido que aquello era un deseo real.

Alexis gritó al escuchar la voz de Everard a su lado. Apenas había cerrado los ojos después de ponerse el pijama, esperando encontrar el sueño en algún momento, pero segura de que no podría.

—¿Pretendes matarme de un infarto? —lo acusó con enfado.

—Quería disculparme por lo que pasó antes —dijo—. Estoy tan acostumbrado a cuidar de mis amas y que ellas se dejen cuidar por

mí que no pensé que eso te molestase tanto.

—Se vale aconsejar, Everard. —Nunca antes lo había llamado por su nombre y se sintió rara al pronunciarlo—. Pero no repetirlo una y otra vez porque pienses que así te haré más caso o que lo asumiré como una verdad incuestionable. No pretendas dirigir mi vida. Yo decido, siempre.

—A partir de ahora solo te aconsejaré —prometió—. Una vez. Luego dejaré que decidas si hacerme caso o no.

—Gracias —asintió—. Ya puedes irte. Quiero dormir.

Ni siquiera se permitió pensar en que había sido muy brusca con él al despedirlo. Sin embargo, antes de que abandonase la habitación, sintió la tentación de preguntarle lo que le había rondado la cabeza desde que regresaron a casa. Si no se lo sacaba de ahí, no podría dormir.

—¿Por qué Max no recordaba nada? Mi deseo no lo incluía a él.

—No sé si debería responder a eso —dijo cauteloso— después de la charla que acabamos de tener.

—¿Por qué?

Se había tumbado al despedirlo, pero ahora se incorporó de nuevo, alerta.

—Me permití… una pequeña licencia para incluirlo.

—¿Qué?

—Imaginé que no querrías que él se acordase si tus amigas no lo hacían, así que también se lo borré de la memoria.

—¿Pero eso es posible? ¿Puedes cambiar los deseos a tu antojo?

Por un momento, se preocupó. ¿Y si era como en la película en la que el genio malinterpretaba todos los deseos del amo a propósito y

nunca le daba lo que le había pedido en realidad? Tendría que pensarse muy bien cómo formular el deseo antes de hacerlo.

—No lo he cambiado. Solo lo he perfeccionado. Es solo un detalle que no hará daño a nadie ni tendrá consecuencias, por lo tanto, puedo hacerlo.

—Salvo que yo lo recuerdo y me sentiré avergonzada cuando vuelva a ver a Max —susurró, ausente.

—Puedo borrarlo de tu mente —sugirió.

—¿Y perder otro deseo? No, gracias.

—No lo perderías —le aseguró—. Sería una compensación por haberme excedido en mis atribuciones.

Alexis lo pensó. Lo pensó mucho, como si pudiese decir que sí. Era tentador olvidar el incidente para no tener que fingir que no había pasado, pero sabía que le preocuparía aquella laguna en su cabeza.

—No hace falta —dijo al final—. Si lo olvido, quizá te creas que puedes manipularme otra vez sin que haya consecuencias.

—Eso duele. —Se llevó la mano al pecho, aunque la sonrisa que blandía le decía a Alexis que no era así.

En realidad, tampoco ella lo había dicho en serio. Le había parecido arrepentido y creía que cumpliría la promesa que le había hecho.

—Ya no tengo sueño. —Alexis se puso en pie—. ¿Te apetece fingir que bebes un té conmigo?

—Puedo, incluso, beberlo. —Sonrió de nuevo.

Por un momento, Alexis pensó que no sería tan terrible tener al genio por allí si se comportaba de forma civilizada. Incluso si en

ocasiones era un entrometido y un burlón. Podía manejar eso si cumplía la promesa de no tomarse licencias cuando no debía.



—¿De verdad te puedes hacer corpóreo siempre que quieres? —le preguntó después de soplar sobre el té para enfriarlo.

Ni en sus mejores sueños habría imaginado, después de cómo había acabado la noche, que estaría con el genio en la cocina, haciendo algo tan mundano como eso. Y que ya no estuviese enfadada con él por la jugarreta que le había hecho.

—No durante mucho tiempo al principio, pero sí. Voy aumentando ese poder a medida que pasan los días en que estoy en contacto con el mundo, fuera de la lámpara.

—Entonces si permaneces, por ejemplo, un año aquí, ¿podrías materializarte todo el tiempo?

—Nunca estoy tanto. Mis amas suelen estar ansiosas por pedir los deseos.

—Y si no lo hacen, tú las animas a ello —sugirió.

—Es mi deber.

—Pero podrías hacer la vista gorda alguna vez para no tener que pasar tanto tiempo en la lámpara.

—No es tan fácil. —Pensó en cómo explicárselo para que lo comprendiese—. Mi naturaleza me insta a ser el genio, a hacer mi magia. Es mi propósito y, aunque quisiese, no puedo escapar de él.

—¿Y si me niego a formular los otros dos deseos —le presentó la hipótesis—, me obligarías a pedirlos? ¿O te tomarías la licencia de malinterpretar mis palabras como esta noche para cumplir con ellos?

—Ya te pedí perdón por eso. —La miró ceñudo.

—No te estaba acusando ahora. Solo era curiosidad —se defendió.

—No hay estipulado un tiempo medio para pedir los deseos, pero si viese que no lo vas a hacer —respondió a la pregunta—, me encargaría de ello.

—¿Recurriendo al engaño?

—Es posible.

—Se supone que estás aquí para hacer feliz a tu ama. No lo será si las manipulas. Eso está mal.

—No necesariamente. Si te muestro lo que puedes conseguir formulando un deseo, te estaría animando a ello. En ocasiones, las mujeres que encuentran la lámpara solo están perdidas y necesitan una guía. En otras, no saben lo que quieren hasta que lo tienen delante.

—Pero eso no es engañar —matizó—. Es tentar.

—¿Qué es la tentación sino un engaño de la mente? Te hace desear algo que, quizá ni necesitarías, pero que en ese momento pareces no poder vivir sin ello. La tentación es la madre de los deseos. No te estaría obligando a elegir, pero te animaría a hacerlo con las propuestas adecuadas.

—Sigo pensando que eso es manipulación. Se supone que tenemos libre albedrío. No se puede forzar a nadie a decidir lo que quiere.

—No te fuerzo, te aliento a tomar una decisión. —Se inclinó contra el respaldo—. De todas formas, nadie se ha resistido nunca a formular los deseos. Algunas incluso lo han tenido tan claro que casi

no pude saborear el mundo exterior antes de tener que volver a la lámpara para encontrar otro amo.

Alexis pudo sentir el dolor en aquella afirmación y se imaginó lo solo que debía sentirse en esas ocasiones, esperando a que un nuevo amo encontrase la lámpara y deseando que tardase un poco más en decidirse para poder disfrutar de una conversación, o del aire puro. No estaba segura de qué habría dentro de la lámpara, pero no sería un espacio amplio y abierto.

—¿Cuánto tarda la lámpara en encontrar un nuevo amo?

—Depende. —Se encogió de hombros—. A veces es rápido y otras tarda años. Aunque en el interior no es fácil controlar el tiempo. Solo puedo intuir el que ha pasado por la cantidad de cosas que hago mientras.

—Si me negase a pedir los deseos que me quedan —Alexis continuó con los supuestos, al ocurrírsele algo—, ¿cuánto tiempo esperarías antes de… tentarme?

—¿Estás queriendo decirme algo, Alexis?

—No. —El intenso sonrojo que le sobrevino la delató al momento—. Solo es curiosidad.

—Tal vez, si me dices la verdadera razón del interrogatorio, yo podría responderte con igual sinceridad.

—Todavía recuerdo lo que me dijiste de lo aburrido que es estar en la lámpara tú solo —admitió—. Y me preguntaba si habría alguna forma de que no volvieses a ella tan pronto.

—Creía que mi presencia te molestaba y que estabas deseando deshacerte de mí.

—Bueno, si prometes portarte bien, no me importa que te quedes un poco más. —Inclinó la cabeza para terminar su confesión—.

Después de todo, no es tan malo tener un compañero de piso.

—¿Eso ha sido un halago? —se burló—. ¿Después de haberme acusado de ser un manipulador?

—No hagas que me arrepienta de pensar en darte algo más de tiempo. —Lo señaló amenazante.

—¿Y ese tiempo que me quieres dar es solo porque sientes lástima de mí o porque quieres saber cuánto tiempo podría materializarme después de un año?

—¿Sabes qué? Olvídalo. —Se puso en pie—. No sé ni por qué me molesto en…

—Espera. —Cuando la sujetó por la mano, Alexis dio un respingo de sorpresa. No esperaba que fuese tangible—. Perdona. Solo estoy un poco desconcertado. Eres la primera persona que piensa en mí como en algo más que un medio para conseguir un fin. La mayoría pide los tres deseos durante la primera semana o incluso antes. Otras se lo piensan más, pero es lo mismo en todos los casos. Nadie se había interesado por lo que me pasa a mí mientras estoy sin amo.

—Bueno, no lo he dicho de manera tan altruista —le confesó—. Tenías razón en que también es, en parte, por curiosidad. Pero lo de que quiero darte tiempo fuera de la lámpara es cierto.

Se apresuró a añadir la última frase, temiendo que la acusase de algo. Su principal motivación era él, no la curiosidad por ver cuánto tiempo se materializaba.

—No sé si podré darte un año —admitió.

—¿Meses? —aventuró.

—He estado cuatro meses con mi última ama —dijo, a modo de respuesta.

—¿Intentamos superarlo? —Lo miró con esperanza.

—Lo intentamos. —Le tendió la mano para estrechar la suya—. ¿Tenemos un trato, Alexis?

—Tenemos un trato, Everard.

En esa ocasión, no le resultó tan raro pronunciar su nombre.



DE VUELTA AL TRABAJO

Después de dos días intensos, a Alexis el domingo se le antojó aburrido, pero no se quejó porque lo había necesitado para mentalizarse de que el lunes vería a Robyn y a Ace en la oficina. Con todo lo que le había pasado desde que conoció al genio, se había olvidado de ellos y de que los había descubierto el viernes en aquel bar, comiéndose la boca.

Ahora, sentada tras el mostrador de recepción, esperaba nerviosa a que llegasen, con el corazón latiendo frenético en el pecho, preocupada de que Robyn dijese en alto algo inapropiado que la dejase en evidencia. Si les contaba a todos cómo la habían transportado por el aire hasta que acabó tirada en el suelo, se moriría de vergüenza. No era esa la imagen que quería proyectar en el bufete.

—Te noto nerviosa. ¿Pasa algo?

Alexis saltó en el sitio al escuchar la voz del genio. No había querido mirar hacia él, por si así entendía que prefería que se fuese sin tener que decírselo, pero al parecer no lo había captado. O no le había interesado hacerlo. Ahora se lamentaba de no haberle aclarado en casa que no podía seguirla hasta el trabajo, aunque se temía que tampoco le habría hecho caso. Parecía empeñado en seguirla a todas partes para protegerla de cualquier peligro, como decía siempre, hasta que pronunciase los tres deseos. Sabía que era una excusa para molestarla y que, en realidad, eso no formaba parte

de su trabajo, pero no podía hacer nada para impedírselo. Después de todo, el genio tenía magia. ¿Qué podía hacer ella contra eso?

—Si te acosase un genio al que solo puedes ver tú, te sentirías igual de nervioso —susurró, intentando no mover los labios, para que nadie la oyese—. No me apetece que me tachen de loca por hablar sola.

—Prometo portarme bien —le dijo con descaro—. Y ahora, ¿me dirás por qué estás tan nerviosa?

—Nada que te incumba. —Amplió la sonrisa cuando uno de los abogados del bufete pasó por recepción—. Buenos días.

El hombre iba pendiente del teléfono y ni siquiera se molestó en hacerle saber si la había escuchado o no, aunque Alexis suponía que era lo segundo. Pocos en el bufete se dignaban a hablarle por considerarla una simple recepcionista y, aunque no solía molestarla en exceso, que Everard pudiese ver cuán ninguneada era en su trabajo la hacía avergonzarse de ello. Por suerte, el siguiente en entrar la saludó sin esperar a que ella lo hiciese en primer lugar.

Se habría sentido bien por ello, pero sus ojos dieron con Robyn, que entraba en ese momento, y se tensó a medida que se acercaba a ella. La sonrisa maliciosa que le estaba dedicando era demasiado reveladora y, por un momento, se sintió tentada a desear que ella también olvidase lo que había visto el viernes, pero no quería desperdiciar su oportunidad de conseguir algo para sí misma que quisiera de verdad, por más miedo que le produjese lo que le fuese a decir.

—Que calladito te lo tenías —le dijo Robyn cuando llegó a su lado—. No pareces la misma del viernes.

—¿Qué pasó el viernes? —le preguntó Everard a su espalda. Alexis lo ignoró.

—Aquí vengo a trabajar, Robyn. —La rabia habló por ella y no midió sus palabras—. Ahora que lo pienso, ¿no hay una política estricta sobre relaciones dentro del bufete?

—¿Eso es una amenaza? —La mujer se apoyó en el mostrador para acercarse a ella—. Para tu información, se aplica solo entre abogados. ¡Oh, Alexis! Eres tan poca cosa que no merece la pena ni molestarse en reírse de ti. Tan patética pensando que algún día Ace se podría fijar en una mosquita muerta como tú. No importa que los viernes uses ropa sexy, querida, él jamás se interesaría por ti.

—Hago tu trabajo, Robyn. Sin mí, ya te habrían despedido hace tiempo.

—Y te doy las gracias por eso —rio—. Tú te llevas la peor parte y yo solo disfruto del resultado.

Robyn avanzó hacia su mesa, dejando a Alexis con la palabra en la boca y ardiendo de rabia. No porque no le hubiese dado tiempo a replicar, sino porque sabía que tenía razón. Porque sabía que si no hacía bien el trabajo, no sería la otra la que perdiese el suyo, sino ella. Y sabía que no podría renunciar a esa parte del mismo porque entonces sería prescindible. Al haber firmado aquella extensión en el contrato se había sentenciado, pero no hacerlo habría sido incluso peor. Estaba atrapada y no tenía forma de escaquearse si no era cambiando de trabajo.

—Cómo la odio —susurró.

—Noto cierto resentimiento por aquí.

Everard estaba junto a ella y miraba hacia la mesa de Robyn, aunque se le desviaban los ojos hacia Alexis de vez en cuando, y

vería cómo la luz en su rostro se iba apagando poco a poco. No le gustó descubrir cuánto poder ejercía aquella mujer en ella sin que la joven se diese cuenta.

—A veces desearía que la gente viese su verdadera cara —le dijo de forma inconsciente—. La de una aprovechada y una engreída.

—¿Eso es un deseo? —La pregunta del genio la hizo regresar al presente.

—No —negó, muy a su pesar. No desperdiciaría nada con ella—. Solo es la impotencia hablando por mí.

La llegada de un cliente la obligó a sonreír para que no notase que había estado hablando sola. Lo saludó con cordialidad y lo envió a la sala de espera cuando comprobó que su abogado todavía no estaba allí.

El señor Harlow llegó minutos después y le dedicó un seco «Buenos días», mientras recogía la agenda que ella le tendió.

—¿Por qué tienes tú su agenda? —preguntó Everard.

—Es mi trabajo —respondió, con unos papeles delante de la boca para que nadie la viese hablar—. Y deja de preguntarme cosas, no quiero parecer una loca.

—Creía que la morena era la secretaria. —El genio se rascó la barbilla como si estuviese confuso.

—Pero las citas son cosa mía —dijo entre dientes.

—Pero, ¿por qué? Si ella es la secretaria… —insistió.

—Porque sí —alzó la voz más de lo que habría querido y un intenso sonrojo le cubrió las mejillas. Cuando miró a su alrededor, nadie la estaba mirando y dejó ir un largo suspiro de alivio—. Sígueme.

Caminó a paso rápido hacia los baños y, después de asegurarse de que estaba sola, enfrentó al genio. No podía seguir con ella en la oficina o acabaría por meterla en un lío. Si Robyn no la ponía en evidencia, lo haría él.

—Mira, este es mi trabajo —le dijo— y es demasiado importante para mí, así que será mejor que te vayas a casa y me esperes allí. Te aseguro que no querré pedir ningún deseo aquí, así que puedes…

—Tengo que estar siempre contigo.

—Nadie más puede verte —lo intentó de otra forma—, así que no podemos hablar. Tú no paras de hacer preguntas y me pones en un compromiso. Así que es mejor que te vayas y…

—Me quedaré contigo. —Cruzó los brazos.

Alexis admiró la forma en que los amplios bíceps se le contraían con aquel gesto y, solo una fracción de segundo después, apartó la mirada, azorada.

—Podrás quedarte si no hablas —le propuso—. Todo lo que me quieras preguntar, tendrá que esperar a que volvamos a casa.

—¿Y si se me olvida para entonces?

—Pues lo anotas en un papel. —Alexis sabía que se estaba burlando de ella, pero no podía desatender la recepción por más tiempo—. Lo digo muy en serio, Everard. Necesito tranquilidad.

—No soy yo el que te la ha quitado.

—Robyn siempre me exaspera, así que no influirá en mi trabajo. —Miró hacia la puerta—. No me hables y podrás quedarte.

—Está bien —aceptó el genio.

Regresaron a la entrada justo cuando Ace accedía al edificio y Alexis se le quedó mirando embobada, hasta que tropezó con una de las sillas y a punto estuvo de caer al suelo. La colocó en su sitio y

ocupó el asiento de la recepción lo más rápido que pudo, sin mirar a nadie por si la habían visto hacer el ridículo. Ace la sobrepasó sin prestarle atención siquiera y, por una vez, agradeció ser invisible a sus ojos.

En cambio, Everard la observaba con curiosidad y sacó una libreta y un bolígrafo de la nada para anotar algo. Alexis lo odió por eso, aunque hubiese sido ella la que se lo había sugerido. Estaba convencida de que la mortificaría con el golpe en cuanto pudiese y que le exigiría una explicación. Solo pensar en decirle que llevaba meses enamorada de un hombre que pasaba de ella le parecía bochornoso.

Porque, en el fondo, sabía que aquella obsesión no la llevaría a un final feliz. Ace nunca se fijaría en ella y odiaba a Robyn porque se lo recordaba no solo con palabras sino con actos. Estaba convencida de que se había acercado a Ace porque le gustaba a ella. Sobre todo, porque en el bufete había abogados guapos y jóvenes donde elegir, pero ella fue directa a por Ace en cuanto la vio balbucear delante de él la primera vez. Y ni siquiera sabía por qué Robyn la odiaba tanto como para robarle el hombre que le gustaba. No recordaba haber hecho nada para molestarla. Incluso se había alegrado cuando la contrataron después del despido de la anterior, porque esperaba que ella se hiciese cargo de la agenda del señor Harlow. No fue así y la responsabilidad siguió recayendo sobre Alexis. Robyn debería estar encantada con que le quitase la parte del trabajo más engorrosa, sin embargo, había decidido odiarla desde el principio.

Quizá, en su momento, deberían haber hablado para arreglarlo, pero siempre se había sentido incómoda junto a ella, inferior de alguna forma. Robyn era una mujer segura de sí misma, atractiva e

independiente que no se amilanaba por nada. Ella, en cambio, era lo más normal. No se había quejado hasta que la conoció. Hasta que sintió que la eclipsaba incluso sin intentarlo. Y no es que quisiese destacar, pero tampoco quería sentirse invisible.

—Buenos días —la voz de la mujer que tenía delante la regresó al presente.

—Buenos días. —Sonrió—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Tengo cita con el señor Lambert.

Alexis lo comprobó en el ordenador antes de hablar de nuevo.

—Puede pasar, señora Colton —le dijo—. Enseguida estará con usted.

Aunque ambos jefes tenían secretarias propias, cada cliente pasaba antes por sus manos. El resto de abogados contaban con ella para gestionar sus citas, de ahí que el señor Harlow le encargase la suya.

Por un momento se quedó sola en la recepción y le preocupó que el genio empezase a hablarle, pero no lo hizo. Permanecía sentado, o debería decir suspendido, sobre la impresora, con la libreta en la mano. Si había anotado algo más, no había sido consciente de ello, pero como tampoco quería darle motivos para hacerlo, permaneció en la silla, comprobando que las citas estaban en orden.

El señor Harlow salió del despacho a media mañana con la agenda en la mano y la dejó caer sobre el mostrador desde más altura de la necesaria.

—La señora Ferris —dijo—. A las cuatro.

—La pasé al jueves —respondió Alexis—. Usted tenía una vista esa tarde y la última vez se alargó hasta las seis.

—Yo no le pedí que le cambiase el día. Le pedí que le buscase un hueco.

—Fue imposible, señor Harlow. Su agenda ya está muy apretada. La única cosa que podía…

—Señorita Gardner, le pago para que ajuste la agenda a lo que yo le pido, no para que me ponga excusas.

—Gardiner —murmuró; después alzó la voz—. La llamo ahora mismo para que venga a las cuatro.

—Hágalo. —Harlow se apartó y se alisó la chaqueta—. Y recuerde que su trabajo es seguir las directrices que le marco. No quiero improvisaciones. Si le viene grande, hay mucha gente ahí fuera que ocuparía su puesto encantada.

Recogió la agenda y volvió al despacho sin esperar respuesta. La puerta se cerró con un golpe seco y una de las clientas fingió que buscaba algo en el bolso para no mirarla.

Alexis descolgó el teléfono. Le temblaba la mano izquierda, así que la escondió bajo el mostrador y marcó con la otra.

Everard ya no estaba sobre la impresora. Se había plantado delante de la puerta del despacho, tan cerca que habría podido tocar el pomo. Cuando se volvió hacia ella, Alexis le sostuvo la mirada y negó con la cabeza una sola vez.

El genio regresó a su sitio. Abrió la libreta, pero se quedó con el bolígrafo levantado un buen rato y no escribió nada.

Salvo por aquello, la mañana se le pasó en un suspiro. El descanso, merecido, le vino de maravilla a su espalda dolorida. Cuando se sentó en el banco de siempre, dejó ir un suspiro feliz.

—¿Qué tiene ese hombre para que te haga tropezar? —Everard ni siquiera la dejó empezar el tentempié. Le lanzó pregunta tras

pregunta sin esperar respuesta—. ¿Por qué haces el trabajo de la secretaria de tu jefe? Están pagando dos sueldos para nada. Y encima, el hombre es un desagradecido. ¿Y qué te ha hecho esa mujer para que apague tu luz natural? ¿Tiene algo que ver con el adonis que te convierte en una torpe? ¿Están juntos y por eso la odias? ¿Habrías preferido ser tú la que llamase su atención? Te diré que ese hombre no te conviene, como tampoco lo hacía Max. ¿Es que no puedes fijarte en uno bueno para variar?

—¿No puedes dejar de hablar por un momento? —le pidió, fingiendo que bebía, para que nadie la viese mover los labios—. Necesito este descanso y así no lo podré disfrutar.

—Responde a las preguntas y te dejaré en paz lo que reste de día laboral.

—No son tan fáciles de responder —se quejó.

—Ese hombre me gusta, Everard. —El genio trató de imitar su voz y, mal que le pesase, lo hacía muy bien. Quizá era cosa de la magia—. La secretaria de mi jefe es una inútil que no sabe ni hacer su trabajo, por eso me encargo yo, Everard. La odio porque se ha enamorado del hombre que me gusta, Everard, y me encantaría que la hicieses desaparecer, pero sé que está prohibido.

—Muy gracioso, Everard. —Odió que hubiese acertado con tanta precisión—. ¿Por qué tienes que decir tu nombre con cada frase?

—Suena muy bien en tus labios —le dijo sin más.

Un intenso sonrojo le cubrió la piel del rostro y llevó el vaso a los labios para tratar de ocultarlo. Lo único que le faltaba era que el genio viese cuánto le habían afectado esas palabras.

—¿En serio te gusta ese hombre? —insistió.

—Sé que no tengo posibilidades.

—No te pregunté eso, Alexis.

—Ace es… —No sabía cómo explicarle lo que había sentido cuando lo vio la primera vez—. Por donde él pasa, nadie puede dejar de verlo. Es atracción pura y deseo hecho carne. Y tiene una sonrisa perfecta…

—Estás diciendo que se te mojan las bragas cuando lo ves. —La forma tan directa de decirlo la espantó y un nuevo sonrojo ardió en sus mejillas—. No puedes decir que te guste, solo que te excita.

—¿Puedes dejar de decir esas cosas? A ti no te oyen ni te ven, pero a mí sí —lo reprendió, abochornada por la conversación.

—¿Lo conoces siquiera? —Everard no le hizo caso—. ¿Sabes algo de él aparte de que es irresistible?

—No he tenido ocasión. —El sonrojo persistía—. Si lo tengo delante me pongo tan nerviosa que no puedo ni hablar.

—Lo que necesitarías es acostarte con él para que se te pasase el encaprichamiento —sentenció—, pero el rubiales no merece tenerte en su cama. No merece ni los pensamientos que le dedicas.

—¿Es que para ti ningún hombre en el que me fijo es lo suficientemente bueno? —Lo miró con censura. Ni siquiera le importaba ya si alguien la veía hablar sola—. Porque te recuerdo que decías que Max tampoco me merece. ¿Crees que tengo tanto que ofrecer que unos simples mortales como ellos son poca cosa para mí?

Era una burla, por supuesto, pues no se sentía mejor que nadie, pero Everard la sorprendió una vez más al decirle lo que pensaba sin tapujos:

—Mereces a un hombre que solo te quiera a ti, que solo tenga ojos para ti, que solo se desviva por ti. Y ninguno de esos dos lo

haría. Te usarían a su antojo y después te desecharían sin pestañear. Y tú te quedarías destrozada y te echarías la culpa de su falta de escrúpulos.

Alexis tragó con dificultad al encontrarse con el genio tan solo a unos centímetros del rostro. Se había ido acercando mientras hablaba y, aunque ella había sentido la necesidad de alejarse, sabía que se vería muy raro para quien no podía verlo a él. Aunque ya la habrían visto hablar al aire.

—¿A ti qué te importa? —susurró.

—Estoy aquí para que seas feliz. —Se alejó un poco—. Y ellos no te darán lo que buscas.

—Encontrar la felicidad implica cometer errores por el camino —añadió ella.

—No cuando tienes un genio que te dará lo que más deseas.

—Nadie puede darme lo que más deseo —negó—. Ni siquiera la magia. Tú mismo lo has dicho, Everard, no puedo desear que se enamoren de mí.

Se puso en pie para tirar el resto del tentempié y se dirigió hacia el bufete. El descanso se había terminado.



FIN DE LA JORNADA

Alexis no se sentía bien cuando volvió a su puesto. La conversación con el genio le había dejado muy mal sabor de boca porque le había recordado lo que no tenía y tanto ansiaba. ¿Tan difícil era poder conocer a alguien que se interesase por ella y solo por ella?

Sabía que Everard tenía razón y que estar con Max o con Ace no le convenía, pero no podía evitar pensar que, quizá, si llegasen a conocerla de verdad, alguno de ellos la elegiría por encima del resto de mujeres. Que querrían tener una relación duradera con ella. Y no es que quisiese algo serio con Max, pero Ace era el hombre de sus sueños. Lo había sabido nada más verlo. Pero, ¿qué podía hacer para convencerlo a él si ni siquiera era capaz de hablarle sin que le fallase la voz o sin tropezarse con algo?

—Tú. —El hombre que desvelaba sus sueños estaba frente a ella ahora, intentando recordar su nombre. Su cara se coloreó al momento—. Voy a reunirme con un cliente importante, anula todas mis citas para hoy y búscales hueco otro día.

—Alexis —le dijo con voz aturdida. Apenas lograba registrar lo que le estaba diciendo porque solo podía escuchar el latido acelerado de su propio corazón. Le costaba tragar con normalidad y se llevó la mano a la boca cuando sintió humedad en ella. El sonrojo de la cara llegó al cuello también al comprender que se había puesto a babear delante de Ace.

—No metas a ninguno en los huecos de mañana —siguió hablando como si no la hubiese escuchado—. Necesito esas horas libres.

—Ajá.

De repente, el genio apareció detrás de Ace y la miró con las cejas elevadas en un gesto interrogativo. Intentó ignorarlo mientras lo veía alternar la vista del abogado a ella y viceversa, pero cuando este se limpió la comisura de la boca con los dedos, lo imitó casi con pánico, por si se le había escapado más saliva.

—Hazle llegar estos papeles al señor Harlow lo antes posible. —Le tendió un fajo de folios sin mirar hacia ella en ningún momento.

Everard hizo un gesto de sorpresa cuando el hombre le pidió eso y se cruzó de brazos a modo de protesta silenciosa. Alexis trató de mantener la compostura:

—La señorita Minnet es quien se encarga de…

—No tengo tiempo. Dáselos… —Cuando la miró, se quedó mudo por un instante—. ¿Tú no eres la que se paseaba sobre las cabezas de los…?

—Se los llevaré —lo interrumpió, apurada.

Sobre todo cuando vio que el genio parecía bastante interesado en oír el final de aquella pregunta. Lo vio escribir en la libreta que había hecho aparecer con un chasquido de dedos cuando le pidió que no le hablase durante el trabajo y supo que pensaba preguntarle más tarde sobre aquello. Le habría gustado robarle la libreta y destrozarla, pero sería raro si nadie podía verla, así que se centró en Ace y en los papeles que había dejado a su lado.

—Tienes unas piernas impresionantes —insistió él, apoyado en el mostrador. Al parecer, se le había olvidado que tenía prisa—.

Deberías lucirlas, Alexa.

—Alexis —repitió en automático, aunque lo que más deseaba en ese momento era que se fuese para que el genio no la pusiese más nerviosa de lo que solía estarlo delante de Ace.

Además, se suponía que estaba con Robyn. No debería coquetear con otras mujeres. ¿O acaso se estaba imaginando lo que no era? Había soñado durante tantos meses con el día en el que Ace se fijase en ella que igual estaba viendo lo que no había en sus palabras.

—Deberíamos quedar algún día para tomar algo —le sugirió él.

Esta vez, ni siquiera miró hacia Everard, que abrió la boca casi tanto como ella cuando comprendió que le estaba coqueteando, tal como había pensado.

—Pero Robyn…

Everard movía la mano sobre la garganta para decirle que cortase aquella conversación de inmediato y las manos de Alexis comenzaron a jugar con el bolígrafo para intentar relajarse. Si hablar con Ace la alteraba de por sí, el genio lo empeoraba.

—Robyn no tiene por qué enterarse. —Se acercó por encima del mostrador para susurrar—. Esto será solo cosa nuestra.

—Yo… —dudó sobre cómo responder a eso.

De repente, con un chasquido de dedos, Everard se situó junto a Alexis. Un fuerte viento abrió la puerta principal al mismo tiempo que él se había materializado a su lado, y se llevó varias hojas de las que Ace había dejado en el mostrador para el señor Harlow. El hombre, molesto por esa interrupción, se agachó para recogerlas. Entonces, cuando estaba inclinado, se le escapó un sonoro gas y se levantó con el rostro rojo, ya no por el enfado sino por la vergüenza.

La gente en la sala de espera se cubría la boca para ocultar la sonrisa. Alexis, casi tan colorada como él, no sabía si mirarlo a la cara o fingir que estaba ocupada con el ordenador.

—Mamá. —Un niño de apenas cinco años señaló a Ace—. Ese hombre se ha tirado un…

—Shhh, calla, Samuel.

La madre, colorada también, tiró del niño para ocultarlo con el cuerpo, al tiempo que le susurraba una advertencia sobre modales. Nadie lo pudo escuchar, pero el mal ya estaba hecho. Con la inocencia de ese niño, se había roto una barrera invisible y la compostura se perdió, dando paso a unas sonrisas abiertas y alguna que otra risa disimulada.

—Me haré cargo de esto —dijo Alexis, por si podía aligerar, de esa forma, el momento tan incómodo que estaban viviendo.

—Gra…

El final de la palabra se convirtió en un eructo que les arrancó carcajadas a los presentes, ya incapaces de controlarse. Alexis miró hacia Everard con disimulo. Que a Ace se le escapase un pedo podía pasar, pues no sería el primero al que le ocurría, pero eso ya no le parecía tan normal. El genio le sonrió de forma tan inocente que sospechó todavía más de él.

—¿Has sido tú? —lo acusó, mientras Ace se alejaba hacia la salida, sacando pecho como solo un abogado que se enfrentaba al público a diario podría hacerlo.

—¿Yo? ¿Por qué habría de ser yo? —La miró como si la pregunta lo hubiese ofendido.

Alexis regresó la atención a Ace cuando este tropezó con la pata de una silla que, en un intento por cubrirse el rostro ante los

clientes, mesándose el cabello, no había visto. Trastabilló varios pasos sin llegar a caer, pero eso provocó nuevas carcajadas en los presentes.

—¡Has sido tú! —Alexis acusó a Everard de nuevo.

—¡Qué no! —insistió él.

Cuando el abogado alcanzó la puerta e intentó abrirla, esta se le resistió unos segundos valiosísimos para que escuchase bien cómo se reían de él.

—¿Por qué ocultas las manos detrás de ti? —Alexis entrecerró los ojos.

—Por nada.

Se las enseñó, lo que liberó la magia e hizo que el hombre se golpease con el canto de la puerta. Las carcajadas aumentaron.

Alexis miró de nuevo hacia él y reprimió el impulso de acercársele para pedirle perdón. Aunque el genio insistiese en que no había sido él, estaba convencida de lo contrario. Por eso, cuando Ace salió por fin del edificio, la joven fulminó a Everard con la mirada.

—No es culpa mía que sea tan patoso —se defendió este sin una pizca de culpabilidad en el rostro.

—Si me… —Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la estaba observando—. Si lo has hecho tú, no te lo perdonaré en la vida.

Agarró los papeles que el abogado había dejado en el mostrador y se los llevó a Robyn, que no se había enterado de nada.

—Tu novio ha dejado esto para el señor Harlow —le dijo.

—Qué pena que no haya podido venir él en persona. —La sonrisa de Robyn pretendía molestarla lo mismo que las palabras.

—Sí —dijo ella, todavía enfadada por lo que pensaba que había hecho Everard—, una pena.

Regresó a su puesto y no le volvió a dirigir ni una sola mirada al genio.



Llegar a casa supuso puro alivio y, olvidando por un momento al genio, que se había mantenido silencioso en el camino, Alexis se quitó el sujetador. Dejó ir un gemido de gusto.

—Admiro la capacidad que tenéis de sacaros ropa de debajo de otra ropa.

Alexis gritó al oírlo y se llevó la mano al pecho.

—Deja de hacer eso —le recriminó.

—Iba detrás de ti —respondió él sin ningún remordimiento por haberla asustado.

—Pero nunca haces ruido y a veces me olvido de que estás ahí.

—Me encargaré de hacer más ruido la próxima vez.

No estaba segura de que eso fuese a gustarle. Empezaba a conocerlo y sabía cuán irritante podía llegar a ser. Temía que el remedio fuese peor que la enfermedad, como dictaba el refrán.

—No importa. Ya me acostumbraré.

—Como desees, ama. —La sonrisa astuta que le regaló le hizo saber que no se había equivocado en sus suposiciones.

—Necesito ducharme. —Lo miró—. Te recuerdo que no tienes permiso para entrar al baño.

—¿Y si tengo que hacer mis cosas? —Elevó una ceja.

—¿Tú haces… tienes que…? —Un intenso sonrojo le cubrió la cara, mezcla de vergüenza por imaginárselo en el baño y estupidez por haber pensado que un ser mágico no tenía necesidades tan mundanas. Después descubrió la sonrisa que le dedicó y su azoramiento se convirtió en enfado—. Eres insoportable.

Se movió a su habitación para buscar ropa limpia y se encerró en el baño intentando no escuchar las risas del genio a su costa.

—¿Y si tengo que hacer mis cosas? —imitó su voz en bajo para que no la oyese. Aunque estaba convencida de que si le apetecía lo haría sin ningún problema—. Imbécil presuntuoso.

Se metió en la ducha y permitió que el agua le cayese por el cuerpo en una cascada que le relajó todos los músculos. No había notado cuán tensa estaba hasta que el chorro la golpeó con fuerza. No podía probarlo, pero sabía que Everard había provocado todo el altercado con Ace y eso la había enfurecido. ¿Es que no le había dejado claro ya que no se tenía que meter en su vida? ¿Qué era su decisión? En el fondo, sabía que no lo hacía para molestarla, pero era tan irritante.

Quizá, lo que más le molestaba era que, por primera vez, Ace se había fijado en ella. Le había molestado la insinuación de engañar a Robyn, pero la mujer no le gustaba, así que ¿qué podía haber de malo en eso?

—Tú no eres así —se dijo al salir de la ducha— y lo sabes. Te odiarías por hacerlo, aunque Robyn no se merezca tu consideración. Eres mejor persona que ella.

Se miró al espejo después de limpiarlo y permaneció frente a su reflejo, buscando algo que la hiciese ser especial. No era su cabello rubio apagado, ni los ojos marrones, tan comunes. No eran sus

líneas anodinas, ni su nariz pequeña. Había armonía en sus facciones, pero no la hacían destacar. Sabía que podía deslumbrar si se arreglaba, pero le habría gustado ser una de esas personas que destacan incluso sin proponérselo. Como lo hacían Robyn o Ace.

Por un momento, se planteó desear ser irresistible, aunque creía que eso no estaba permitido, pero se le ocurrió que, entonces, nunca sabría si la querían por ser ella misma o por la magia que los atraía.

—Deja de pensar tonterías —se reprendió, antes de vestirse. Cuando salió del baño, se había repuesto ya del momento de debilidad.

El móvil sonó y el nombre de su madre en la pantalla la hizo sentarse en la cama.

—Hola, mamá.

—Te he llamado ya dos veces.

—He tenido lío en el trabajo —se disculpó—. ¿Todo bien por ahí?

—Todo bien. ¿Y tú?

Alexis se quedó mirando la pared. Podría haberle contado lo mal que lo pasaba desde hacía seis meses en el trabajo o lo difícil que le resultaba sentirse invisible a ojos del hombre que le gustaba, pero su madre no merecía preocuparse por ella más de lo que ya lo hacía.

—De maravilla —mintió—. Hoy el señor Harlow me ha felicitado por cómo llevo su agenda.

—Eso está muy bien, hija.

Hablaron de la vecina del segundo y de la revisión que le tocaba en marzo, en la que contaban con que todo saliese perfecto como la última vez. Eran amigas desde hacía más de diez años, cuando la mujer se había mudado al edificio. Su madre le había ayudado a

subir algunas cajas y, desde entonces, se habían vuelto inseparables. Se juntaban cada día en casa de una de ellas para tomar un café y pasar la tarde. Al menos, Alexis sabía que su madre no estaba sola.

—Te dejo, mamá. Ya te llamaré otro día con más tiempo.

—Hasta pronto, cielo.

Colgó y se quedó con el móvil en la mano un momento. Después lo dejó boca abajo sobre la mesita de noche.

No encontró al genio por ninguna parte y se preocupó por él sin poder evitarlo. Se había habituado a que estuviese cerca, en el poco tiempo que lo conocía y, aunque le había dicho en múltiples ocasiones que no tenía que estar a su lado siempre, no verlo resultó extraño.

Se paseó por la casa, convenciéndose a sí misma de que solo quería comprobar que todo estuviese en orden, pero cuando lo encontró suspendido en el aire junto a la ventana que daba a la ciudad, dejó ir un suspiro de alivio.

—Todo cambia —dijo él, quizá al viento, quizá a ella, cuando abrió la ventana para asomarse—. Cada vez que salgo de la lámpara, hay algo nuevo que explorar o que descubrir.

—Pero no siempre puedes —añadió ella al ver que se quedaba en silencio. Cuando comprendió que no hablaría más, se atrevió a dar el primer paso—. Venga, vamos fuera.

—¿Qué? —Everard la miró.

—Todavía es temprano para cenar —dijo, caminando por la casa— y me apetece estirar las piernas. Vamos a dar un paseo.

Se calzó unas zapatillas de deporte y buscó el abrigo para no pasar frío. Para cuando tenía las llaves de la casa en la mano, Everard ya estaba a su lado.

—No tenemos mucho tiempo, así que nos quedaremos por el barrio —le informó antes de salir de casa—. El fin de semana podemos planificar algo más lejos. Si me dices qué te gusta más, podemos elegir el lugar. ¿Playa? ¿Montaña? ¿Edificios emblemáticos? ¿O tal vez prefieres museos?

—¿Harías eso por mí? —susurró Everard.

—Bueno —elevó los hombros para restarle importancia al asunto—, si vamos a intentar superar los cuatro meses que pasaste con tu última ama, algo se nos tendrá que ocurrir para aprovecharlos bien, ¿no crees? ¿O pensabas estar encerrado en el piso todo el tiempo?

—Me habría bastado con ir a dónde tu fueses —se sinceró.

—Pues yo voy a dar un paseo por el barrio. —Abrió la puerta y salió al pasillo. Ni siquiera miró atrás para ver si la seguía porque sabía que lo haría.

Tampoco se atrevió a mirarlo a la cara mientras bajaban en el ascensor. Podía notar cómo mantenía toda la atención sobre ella, pero no estaba segura de que fuese buena idea descubrir qué sentía el genio en ese momento. Había seguido un impulso al notar su nostalgia y no se arrepentía. Aunque le preocupaba cómo lograr que nadie la viese hablando sola si Everard decidía que prefería ir a un lugar público, estaba dispuesta a intentarlo por él.

—No tienes por qué hacer esto, Alexis. —El genio la miraba con una expresión indescifrable para ella—. Me basta con ir adonde tú vayas. Lo dije en serio la primera vez.

—Me apetece dar una vuelta por el barrio —repitió—. Ven conmigo si quieres. O quédate. Me da igual.

Caminaron en silencio, mirando los escaparates a su paso. Siempre había deseado tener un parque cerca de casa, pero le tocó conformarse con calles asfaltadas y flanqueadas por tiendas y restaurantes. Era un buen lugar para vivir, a pesar de todo, así que no podía quejarse.

Después de un rato, Alexis se detuvo en una de sus pastelerías favoritas y entró para comprar dos ricas tartaletas de nata y fresa que le hacían la boca agua cada vez que las comía. No se permitía pasar mucho por allí, pero de vez en cuando se daba el capricho. Después, buscó un lugar tranquilo y solitario donde poder darle el pastel a Everard. No había pensado en que el genio era corpóreo hasta que ya tuvo los pasteles en la mano.

—No sé si puedes saborear la comida —le dijo, algo cohibida—, pero este es, sin duda, el mejor dulce del mundo. Mi favorito.

—Puedo si me hago corpóreo —respondió.

—¿Y podrías? —Lo miró con esperanza—. ¿O todavía es pronto?

—Creo que podré mantenerme mientras lo pruebo. —Le sonrió de regreso al ver cómo se estiraban sus labios en una deslumbrante sonrisa feliz.

—Estupendo. —Le entregó el pastel—. Sé que te va a encantar.

La mirada de Everard quedó prendida, por un segundo, en los gestos que hacía Alexis mientras mordía la tartaleta y disfrutaba de su sabor. En aquel gesto, el genio pudo ver felicidad pura y supo que quería que se extendiese a la vida de Alexis. Y él se encargaría de eso con los dos deseos que le quedaban por pedir y con el tiempo que pudiese compartir con ella antes de tener que alejarse para siempre en busca de otra ama a la que complacer.



UN GRAN APOYO

Si Ace la ignoraba sin pretenderlo antes, ahora que había quedado en ridículo ante ella, lo hacía a propósito. Alexis pudo ver el cambio en él en cuanto entró en el edificio. La tensión en la espalda, la mirada al frente evitando dirigirla a recepción, el disimulo con el que fingió buscar algo en el maletín cuando pasó a su lado, todo le decía que la estaba evitando. Ahora sus posibilidades de conquistarlo se habían reducido más que nunca y, aunque no tenía pruebas, sabía que el genio había sido el causante.

Al final, no había tenido ocasión de hablar con él del incidente porque el paseo los había dejado en un estado de relajación que no quiso romper. En momentos así, se alegraba de que Everard se fuese a quedar con ella más tiempo. No es que se sintiese sola, pues tenía a sus amigas, con las que pasaba tanto tiempo como sus trabajos se lo permitían, pero convivir con un compañero de piso, incluso uno tan poco convencional, era una novedad refrescante. Tal vez buscase uno de verdad después de pedir los dos deseos que le quedaban. Claro que si pedía, como parecía ser la norma, que le tocase la lotería, ya no necesitaría a nadie.

—¿En serio te gusta? Si te ignora.

Alexis trató de mantener la calma cuando oyó la voz del genio tras ella. Tiró un bolígrafo al suelo para que nadie la viese hablar sola y, una vez agachada, le recordó el trato:

—Estamos en el trabajo, Everard. Anótalo.

—Respóndeme primero —la instó.

—Sí —se exasperó—. Claro que me gusta.

—Es un mojabragas, cierto, pero te ignora. ¿Cómo te puede gustar alguien que pasa de ti?

—Es… él es… ¡Agh! Es complicado. Ya lo hablaremos. —Se irguió y saludó a dos abogados que se encontró de frente—. Buenos días.

Estos inclinaron la cabeza y, una vez se hubieron ido, Alexis dejó ir el aire para expulsar los nervios con él. Después miró hacia el genio para recordarle, sin decir una palabra, que debía permanecer en silencio. Este sacó la libreta y el bolígrafo con un chasquido de los dedos y anotó algo sin dejar de observarla. No supo por qué, pero aquel gesto la hizo ruborizarse y giró el rostro para que no lo descubriese.

—Céntrate —se dijo.

Si Everard iba a estar con ella tantos meses, tendría que acostumbrarse a tenerlo alrededor sin que eso le afectase o acabarían por creer que había enloquecido, al hablar sola y enrojecerse sin razón alguna. Ni siquiera sabía por qué se sentía así en torno al genio, porque era un hombre insoportable que disfrutaba de incomodarla, tanto si había gente cerca como si no. Debería odiarlo o, cuando menos, estar molesta con él. Sin embargo, al recordar momentos como el que habían pasado la tarde anterior, se le escapaba una sonrisa y comprendía que quería más de eso. No en plan romántico, no con él, pero sí del tiempo con un amigo con el que compartir por primera vez lo que a ella ya le parecía habitual. Había algo especial en ser quien le mostrase el mundo a alguien que había sido engullido, casi de forma literal, por el tiempo y la magia.

El día anterior había descubierto que quería ser ella la que compartiese esos momentos con el genio. Por eso se propuso organizar más salidas para los fines de semana. Solo tenía que encontrar una excusa que no levantase sospechas en sus amigas porque, por más que disfrutase estando con ellas, no quería que los acompañasen. Quería poder hablar con Everard y saber qué le parecía lo que estuviesen viendo.

—Disculpe, señorita.

Una señora mayor interrumpió sus pensamientos y la vergüenza se apoderó de ella por no haber prestado atención en el trabajo.

—Dígame. ¿Tiene cita con alguien?

—Había quedado con el señor Coleman para mañana por la tarde, pero ha surgido algo y necesitaría hablar con él ahora. ¿Es posible?

—Déjeme ver. —Buscó en la agenda un hueco, pero no había nada—. Me temo que no puedo…

—Por favor, señorita. Es importante que hable con él ahora.

—De acuerdo, déjeme probar algo.

Descolgó el teléfono y marcó la extensión de Ace con el corazón desenfrenado. Hablarle siempre la ponía nerviosa, incluso si lo hacía por teléfono. Cuando no respondió, supo que era inevitable que fuese al despacho en persona y se lamentó por ello. Después de cómo la había evitado al entrar, estaba segura de que no querría verla.

—Deme un minuto, señora…

—Grace Sheppard.

Pudo ver la esperanza en aquellos ojos ajados por la edad y le sonrió con afecto. Y para tranquilizarse a sí misma porque ahora no

solo el corazón se había desbocado, sino también la respiración. Iba a ver a Ace y a hablar con él.

—Tú puedes —susurró, consciente de que el genio lo podría escuchar si alzaba más la voz.

Golpeó la puerta con los nudillos con tanta delicadeza que, por un momento, dudó que lo hubiese oído. Sin embargo, un «Adelante» fuerte y decidido la instó a entrar. Aunque no esperaba encontrarse la escena que tenía ante ella.

Una Robyn que se recomponía la ropa y un Ace que se escondió tras la mesa para que nadie viese la evidencia en sus pantalones. Algo que, por otra parte, Alexis no dejó de notar.

—Yo ya me voy —dijo Robyn—. Te dejo aquí los papeles, Ace.

Cuando pasó junto a Alexis, le dedicó una sonrisa prepotente que ella odió. Le decía que había ganado una vez más, que podría tenerlo siempre que quisiera. Incluso en horario de trabajo.

—Ha llegado una de sus clientas preguntando por usted, señor Coleman. La señora Sheppard querría…

—Hoy no tengo cita con ella —la cortó con brusquedad.

—Lo sé, ella me…

—Entonces no hay nada que hablar.

—Dice que es urgente y que no… —Vaciló cuando él fijó la vista en ella—. No puede esperar.

—Si le hiciese caso a todos los clientes que usan esa excusa, los atendería a todos el mismo día y tendría el resto del mes libre.

—Parece bastante preocupada —insistió con menos entusiasmo ahora—. Es posible…

—Cuando alguien pide cita con un abogado es que le preocupa algo.

La actitud cortante de Ace le hizo daño, aunque no entendía por qué. Siempre la había ignorado y nunca le había afectado como lo estaba haciendo en ese momento. ¿Qué había cambiado? Bueno, que Robyn estuviese allí con él era un buen motivo, pero ya los había visto besándose en otra ocasión.

—Ahora no tiene a nadie. —El tono de voz fue bajando a medida que hablaba—. Tal vez… tal vez podría… no sé. No le cuesta nada hablar con ella para ver qué necesita.

—Mira, preciosa, si no tengo clientes ahora es porque necesito ese tiempo para preparar algunos casos. —Ace se levantó y rodeó la mesa para apoyarse en ella y cruzar los brazos y las piernas—. Si esa mujer me quiere consultar algo, que lo haga el día de la cita.

—¿Acaso nunca has tenido una urgencia? —A Alexis le molestó aquella actitud y no pudo evitar enfrentar al abogado por lo que le parecía una injusticia—. Es una mujer mayor, no tiene tiempo para perder como tú. ¿Qué te cuesta hablar con ella ahora y comprobar si puede o no puede esperar a mañana?

—¿Así que ahora ya somos amigos? —Elevó una ceja y sonrió.

—Yo… —Alexis se ruborizó al comprender que había olvidado el tratamiento por el enfado—. Yo no…

—No he dicho que me disguste. —Se acercó a ella y le regaló una sonrisa lobuna—. De hecho, me gustan las mujeres con carácter.

—La señora Sheppard espera una respuesta.

Se había puesto nerviosa por aquel cambio de actitud. Primero la ignoraba, después la evitaba y, ahora, ¿coqueteaba con ella? ¿Justo después de que lo hubiese pillado con Robyn en su despacho? No sabía cómo sentirse al respecto.

—Que siga esperando. —Dio un nuevo paso hacia ella—. Ahora que recuerdo, tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Estamos en el trabajo. —Tropezó con una silla en el intento de acercarse a la puerta—. Le diré a la señora Sheppard que puede pasar.

Dicho aquello, salió del despacho a toda prisa. No le quería dar tiempo a Ace a negarse ni pretendía pasar más tiempo con él a solas. Todavía recordaba lo que había pasado el día anterior cuando intentó algo con ella y no quería que el genio interviniese. Si es que lo había hecho él, pues todavía no había podido confirmarlo.

Cuando regresó a recepción, después de acompañar a la señora, pudo respirar con normalidad por primera vez en los últimos minutos. Pero no logró evitar la sorpresa cuando Everard le deslizó un papel sin que lo viese nadie más.

Tienes un buen corazón, Alexis, no lo pierdas nunca.

Lo miró con disimulo y descubrió que le sonreía con una sinceridad que la dejó, una vez más, ruborizada. No estaba segura de si el genio se había dado cuenta de cuánto necesitaba aquellas palabras y por eso se las había dado, pero las atesoró en el pecho, junto al corazón, que ahora se le había calentado.

Guardó la nota en el bolso con disimulo porque pretendía conservarla. No sabía por qué, pero no quería perderla.



—¿Te parece si caminamos? —susurró Alexis al salir del trabajo.

El día había amanecido soleado y continuaba igual, así que no le apetecía meterse en el bus de regreso a casa, sobre todo, porque

solía estar bastante lleno a aquella hora.

—Podríamos parar en algún sitio para comprar algo de comer y buscar un lugar tranquilo en el parque —sugirió en el mismo tono bajo—. Hace muy buen día.

—Si es lo que deseas…

—No es un deseo de los que me quedan. —Lo miró al hablar, dispuesta a enfrentarlo por eso, pero vio que le sonreía con petulancia. Era broma de nuevo y había caído en la trampa de cabeza—. Eres insoportable.

—Y tú estás hablando sola —le susurró, señalando al frente, donde dos mujeres cuchicheaban sobre ella.

—Ahora te odio más.

—Y aun así quieres que me quede contigo hasta que superemos los cuatro meses que estuve con mi otra ama —le recordó.

—Así de loca estoy —dijo sin que pudiese contener la sonrisa que se le dibujó en el rostro.

—Ellas lo piensan.

—Hace un día demasiado bonito para preocuparme por lo que piense alguien que ni me conoce.

—Bien dicho —anunció con orgullo.

Alexis elevó todavía más la comisura de los labios al oírlo y continuó caminando, consciente de la mirada de las mujeres al pasar junto a ellas, pero decidida a ignorarlas.

De repente, se echaron hacia atrás y se santiguaron, asustadas. Alexis miró a su alrededor, confundida, sin ver nada que pudiese haberlas hecho reaccionar así.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó a nadie en particular.

—No tengo ni idea —respondió Everard con una voz que llamó la atención de Alexis.

—¿No habrás hecho algo? —Lo miró con sospecha.

—¿Yo? ¿Qué podría haber hecho yo?

—Everard —le advirtió.

—Solo te echaba una mano —dijo, con la sonrisa en los labios, mientras movía la mano derecha, que era más sustancial que el resto de su cuerpo.

—¿Has materializado una mano? ¿Estás loco? Pero… —Miró hacia donde habían desaparecido las mujeres mientras trataba de ocultar la mano entre las suyas, sin darse cuenta de que eso la haría parecer mucho más rara—. ¿Cómo se te ocurre? Les habrás dado un susto de muerte.

—Si van a cuchichear, que sea por algo que merezca la pena —le sonrió de nuevo.

—Pero… ¡Oh, Dios! —Se cubrió la cara con las manos al pensar en lo que habían visto las mujeres.

—Seguro que es en lo que pensaron ellas —rio el genio—. O, tal vez, en el diablo. ¿Quién sabe?

—Es que no tienes remedio —se quejó.

—Ni vergüenza, dicho sea de paso —admitió él.

—¡Claro! Cómo a ti nadie te ve si no quieres…

—Puedo hacerte invisible.

—¿En serio?

—Solo tienes que pedir un deseo y…

—Ya, claro —bufó—. Como si lo fuese a desperdiciar en eso.

—Yo solo te doy ideas.

Permanecieron en silencio mientras buscaban dónde comprar comida para llevar. Alexis no estaba segura de cuánto tiempo podía aparecer Everard, así que era mejor escoger un lugar poco visible donde tomar la cena con tranquilidad. Lo encontraron en el parque, lejos de los ojos de los transeúntes.

—¿Los deseos son permanentes? —preguntó con curiosidad durante la comida.

Había estado pensando en eso desde que el genio le había sugerido lo de ser invisible. Había cosas que no entendía todavía y necesitaba hacerlo antes de pedir el siguiente deseo.

—Especifica.

—Si yo desease estar delgada, por ejemplo…

—Estás delgada —remarcó.

—Lo sé, pero me refiero, si me sobrasen unos kilos y desease perderlos, ¿estaría siempre delgada o podría volver a engordar si no me cuido? A esa permanencia me refiero.

—Si quieres esa permanencia —le dijo—, entonces deberías desear comer y no engordar.

—Claro. —Se rascó la barbilla—. Todo es cuestión de cómo pidas el deseo.

Everard no dijo nada.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —Él la miró sin comprender y ella se sonrojó—. Es decir, ¿siempre has sido un genio? Había un cuento infantil que…

—Conozco la historia —la interrumpió—, pero no es realista. Nadie puede atrapar a una persona normal en una lámpara. Los genios… aparecemos por arte de magia, aunque parezca ridículo decirlo así.

—¿Por qué aparecen? ¿Qué lo provoca?

—No sé qué decirte. Nunca me he topado con otro genio para contrastar ideas y la lámpara no es muy comunicativa que digamos, la verdad.

Alexis notó la ironía en la última parte, pero decidió ignorarlo porque la curiosidad le podía.

—Entonces, tampoco sabes cuántos genios hay en el mundo —supuso.

Everard elevó los hombros con resignación.

—¿Recuerdas el día que apareciste en la lámpara? ¿Cómo supiste lo que había que hacer o cuáles eran las normas sobre los deseos?

—Estaba todo en mi cabeza.

—¿Desaparecéis igual que aparecéis? —se explicó—. Un día termináis vuestra labor y ¡puf! Se acabó todo.

—No creo que nuestra labor termine nunca. Siempre habrá gente desesperada que necesite ayuda.

Alexis permaneció en silencio sopesando todo lo que le había dicho el genio. Este, viendo que habían terminado de cenar, chasqueó los dedos para hacer que los restos desapareciesen.

—No es justo —dijo Alexis de repente.

—¿Querías tirarlos tú?

—Eso no. —Lo desechó con un gesto—. Me refiero a que tengas que pasar la eternidad ayudando a otros.

—Soy un genio, es lo que hago.

—Sí, pero ¿para siempre? Me parece muy cruel.

—Quizá un día desaparezca sin más —sugirió y eso, a Alexis, le pareció incluso peor—. No pongas esa cara, ricura, no sería diferente

a vuestra muerte.

—Claro que lo es —se quejó— porque, al menos, yo habré conseguido mis objetivos. Y, en el peor de los casos, habré tenido una vida llena de experiencias y anécdotas que me permitirán dejar este mundo con la sensación de estar completa. Y puede que, incluso, tenga una familia que me echará de menos y que me recordará como una parte importante en sus propias vidas.

—Estoy seguro de que mis amas no podrán olvidarme.

—Pero no es lo mismo. —Se sentía frustrada—. Ellas no son sangre de tu sangre. No… no es justo.

—La vida no es justa. Solo podemos elegir qué hacer con lo que nos toca.

—Tú no has elegido esto.

—Pero he decidido ser un buen genio. —Le sonrió con petulancia—. El mejor de todos los tiempos.

—Uno insoportable, más bien —bromeó con él.

Fue con aquella frase que comprendió que Everard no se merecía que ella le recordase cuán atado estaba a la lámpara. Merecía que le diese tantos meses buenos como le fuese posible, antes de que tuviese que irse para siempre.



UN SÁBADO DIFERENTE

—Este es uno de mis lugares favoritos —le confesó Alexis a Everard cuando llegaron a la cima de la colina.

Había estado pensando dónde podía llevarlo el fin de semana y el sitio se le presentó casi de inmediato. La vista de la ciudad desde allí era impresionante, pero lo que más le gustaba era la paz que se respiraba en el ambiente. Cada vez que estaba agobiada por algo, se perdía en la cima del monte y dejaba que el silencio hiciese su magia. Y puede que no le hubiese hablado a nadie más de ese lugar, porque lo sentía muy suyo, pero no le importó compartirlo con Everard. El genio merecía descubrir el mundo antes de volver a la lámpara y empezar por allí era un buen comienzo.

—Tiene las mejores vistas de la ciudad —continuó—. Casi no lo conoce nadie, así que es como si fuese solo mío.

—¿Vienes mucho por aquí?

—A veces. —No quiso concretar. No estaban allí para hablar de sí misma, sino para darle un buen día a él —. Podremos estar tranquilos y nadie me creerá una loca por hablar sola.

—¿Y cuándo vienes a este lugar? —insistió Everard—. ¿Por qué? ¿Algún motivo en concreto o solo porque te gusta el paisaje?

—Vengo cuando me apetece. —Evitó mirarlo a los ojos—. ¿Damos un paseo primero o prefieres comer ya? He traído…

—Si queremos que esto funcione, tienes que ser tan sincera conmigo como puedas, Alexis.

—No sé de qué estás hablando.

—Hablo de pasar más de cuatro meses juntos. Si me mientes o me ocultas cosas no puedo…

—Mira quién habla. —Fue su turno para interrumpir —. El que niega haber tenido algo que ver en lo que le pasó a Ace el otro día.

—No es culpa mía que sea un patoso —señaló.

—Admite que tú le ayudaste a serlo.

—Cuéntame primero por qué vienes —la retó.

—No es nada del otro mundo —le restó importancia—. Subo cuando el trabajo me sobrepasa o cuando necesito pensar.

—¿Y con qué frecuencia te sobrepasa el trabajo?

Alexis arrancó una brizna de hierba y la partió en dos antes de contestar.

—Hace seis meses me encargaron la agenda del señor Harlow. Yo estoy en el mostrador, eso no me corresponde, pero habían pasado tantas secretarias por sus manos que ya no podían contratar a otra sin «desprestigiar» al bufete. Me dijeron que era sencillo y que podría hacerlo en las horas muertas de la recepción. Cosa que no pasa. Siempre tengo trabajo.

—Podías haber dicho que no.

—En realidad, no. —Lo miró un momento y volvió a la brizna de hierba—. Si no aceptaba, encontrarían la forma de echarme después. No me lo dijeron con esas palabras, pero me quedó claro. Así que firmé. Y ahora, si dijese que ya no quiero la agenda, no me devolverían mi antiguo puesto tal como era, sino que se buscarían a otra que hiciera ambas cosas. Así que, cuando me agobio demasiado, subo aquí a recargar las pilas.

—Eso no es un trabajo. Es una condena.

—Pero me pagan a fin de mes —matizó—. Tengo que pagar la hipoteca de un piso que ni siquiera me gusta y mi coche se lleva lo poco que consigo ahorrar. No me puedo permitir perder ese dinero.

Alexis esperó a que le dijese que todo aquello se arreglaba con un deseo, pero no lo hizo.

—No era tan difícil, ¿verdad? —dijo él después—. Y no debes avergonzarte de admitir que necesitas desconectar del mundo de vez en cuando. Es muy sano, de hecho.

—¿Ahora también vas a hacer de psicólogo?

—Solo quiero conocerte mejor.

El rostro de Alexis se coloreó con intensidad y fingió buscar algo en la cesta que habían traído para que él no lo descubriese.

El genio le había asegurado que él proveería, pero Alexis quería que la salida juntos fuese lo más real posible, así que había metido comida para los dos y se había traído una manta para el suelo y otras dos por si refrescaba más tarde. Aunque había repasado todo dos veces, la certeza de que Everard conseguiría cualquier cosa que se le hubiese olvidado era una garantía que no estaba dispuesta a confesar que le agradecía, porque se lo recordaría siempre. Aunque era así. La magia tenía sus ventajas.

—Puestos a conocernos —indagó cuando consiguió librarse del calor en las mejillas—, ¿por qué no me hablas un poco de ti? Esto tiene que ser mutuo, ¿no?

—Vivo en una lámpara la mayor parte del tiempo, no sé qué quieres que te cuente. No es muy entretenido.

—Haces magia. Eso ya es entretenido de por sí.

—Concedo deseos —matizó.

—Chasqueas los dedos y consigues lo que quieres —le recordó.

—Solo lo que necesita mi ama.

—Yo no necesitaba que Ace quedase en ridículo ante todos. —Entornó los ojos volviendo al tema anterior.

—Créeme, lo necesitabas.

—¡Admites que fue cosa tuya! —lo acusó.

—Admito que ese hombre es un idiota egocéntrico que no merece tu admiración.

—De acuerdo, dejémoslo. —No quería discutir con él—. Pues háblame de tus amas. ¿Las recuerdas a todas?

—¿De verdad quieres que te hable de otras mujeres?

—Si queremos que esto funcione, tienes que ser tan sincero conmigo como puedas, Everard —usó con él sus propias palabras.

—Está bien —cedió—. Pregunta lo que quieras.

Y aunque quería saber cuántas mujeres habían pasado por su vida, al final, terminó preguntando algo muy diferente.

—¿Cuántos años tienes?

—Tantos que he perdido la cuenta —sonrió—. Pero, oye, me conservo bien.

—Más que bien —susurró Alexis antes de comprender que lo había dicho en alto.

—¿He oído una frase de admiración?

—Más quisieras, listillo. —Guardó silencio mientras pensaba en su siguiente pregunta—. ¿Cuál ha sido el deseo más raro que te han pedido? ¿Puedes decir esas cosas o hay un contrato de confidencialidad que yo no he firmado todavía?

—La mayoría de las amas que he tenido están muertas, así que dudo que les importe si te hablo de sus deseos.

—Qué tétrico ha sonado eso.

—Pero es cierto.

—Bien, pues adelante. Responde.

—Bueno, no recuerdo la época exacta —trató de hacer memoria—, pero, en una ocasión, una de las amas que tuve deseó tener una piara de cerdos.

—Mientes —lo acusó intentando contener la risa.

—Te lo juro. —Levantó la mano y le mostró la palma—. Deseó la piara de cerdos más grande de toda la aldea. Quería ser rica.

—¿Y por qué no pidió ser rica? —Se le saltaron las lágrimas de tanto reír.

—Ten en cuenta que esto sucedió hace muchísimos años. Más de los que te puedas imaginar. Los cerdos eran un activo valioso y poseer esa piara la convirtió, en efecto, en la mujer más rica y deseada de la aldea. —Mientras se lo contaba, Alexis se carcajeaba hasta quedarse sin oxígeno en algunas ocasiones—. Después de eso, los pretendientes aparecían hasta de debajo de las piedras. Los rechazaba a todos, pero no dejaban de venir más. Algunos incluso insistían a pesar de haberlos enviado de vuelta a sus casas.

—No puede ser —dijo entre carcajadas—. ¿Cerdos? ¿Todo eso por unos cuantos cerdos? ¿En serio? Si me estás mintiendo…

—Es la verdad. Lo juro.

—Y cómo… —Respiró profundo para dejar de reír—. ¿Cómo se deshizo de los pretendientes? ¿Aceptó la propuesta de matrimonio de alguno de ellos?

—No quería casarse con nadie, así que usó el último deseo para que solo aquellos que quisieran comprar cerdos pudiesen acercarse a ella.

—Pero eso es terrible. —La risa murió en su garganta al escucharlo.

—Ella no lo vio así, desde luego. Le pareció un gran alivio no tenerlos detrás de ella todo el tiempo.

—Puede que en ese momento le pareciese una gran idea, pero con el paso del tiempo se arrepentiría. No pensó bien en lo que supondría ese deseo porque no creo que quisiese quedarse sola el resto de su vida.

—No todos tienen los mismos objetivos en la vida, Alexis. Hay gente que es feliz estando solo.

—Nadie es feliz solo —refutó—. Puede que lo sea sin tener pareja, pero no cuando no tiene a nadie. Todos necesitamos alguien con quien hablar, con el que compartir experiencias o qué sé yo… con quien vivir, ya sean amigos o amantes. Pero alguien.

—Tenía a los cerdos —dijo de forma tan casual que a Alexis le entró la risa una vez más.

—Eres una persona horrible, Everard Wolfe. Intento hablar contigo de algo serio y sales con eso. —La risa le impedía hablar con normalidad y se le escapó un gallo que la hizo lanzar una nueva carcajada a la que se unió el genio—. Para ya.

—Yo no he hecho nada ahora —rio.

—Me estás mirando —lo acusó—. Deja de mirarme.

—¿Por qué iba a dejar de hacerlo? Es un gusto mirarte, Alexis.

Aunque no había dejado de reír mientras lo decía, el rostro de Alexis enrojeció por lo inesperado de esas palabras. Ocultó el rostro como si tratase de controlar la risa, aunque en realidad se escondía de lo que Everard le hacía sentir cuando la halagaba de aquella forma, como si hacerlo no fuese nada extraordinario. Y quizá

sucediese así para otras mujeres, pero ella había recibido tan pocos piropos en su vida que no sabía cómo afrontarlos si no era ignorándolos.

—Demos un paseo —le propuso, solo para no tener que mirarlo a los ojos durante un buen rato.

—¿No quieres cotillear sobre los deseos de otras de mis amas? Quizá encuentres inspiración en ellos. —La risa no lo había abandonado del todo.

—Si implica alguna clase de animal, por muy bonitos que sean, no quiero saber más.

—¿Los cerdos te parecen bonitos?

—No me refería a ellos en concreto, pero tienen su encanto, si me preguntas. Aunque no querría uno en mi vida.

—¿Sabes qué es lo que nunca piden? —dijo el genio después de un momento en silencio. Cuando Alexis lo miró, continuó—. No estar nunca enferma. Nadie se preocupa por su salud. Piden ser ricas, tener una casa enorme, coches de lujo, éxito en sus negocios… pero nadie piensa en que no puedan disfrutarlo. No se les ocurre pedir lo único que les impediría hacer todo lo que quieren.

—¿No está prohibido pedir eso?

—Las reglas hablan solo sobre manipular la historia o a otras personas.

—Pero evitar las enfermedades es como lo de pedir la muerte de alguien, con el resultado contrario.

—Aunque siempre estés sano, habrá un momento en el que tu vida se acabará. No transgredes las normas con ese deseo. La inmortalidad no podría concederla en ningún caso, pero sí buena salud.

—Interesante —murmuró.

—¿Y tentador? —Alzó una ceja con expresión divertida.

—Mucho, pero no lo haré —le advirtió—. No sea que te tiente a ti hacerme pedir el tercero después.

—¿Por quién me tomas? —Se llevó la mano al pecho —. Tenemos un trato.

—Luego dirás que ha sido tu naturaleza de genio —se burló.

—No lo negaré, pero también me tienta permanecer más tiempo aquí, así que estás a salvo por ahora.

—Mientras haya lugares nuevos que visitar —rio— y experiencias intensas que vivir. Aunque de estas últimas no prometo darte muchas porque no soy muy aventurera.

—Me conformaré con lo que me ofrezcas.

—¡Qué noble por tu parte!

—Si supieras lo que significa esto para mí… —Se puso serio—. Eres la primera mujer que quiere darme algo en lugar de pedírmelo, Alexis. Así que sí, aceptaré lo que me des y, si mañana decides formular los deseos que te faltan, seguiré agradecido por el día de hoy.

—No digas esas cosas. Haces que quiera llorar y hoy hemos venido a divertirnos.

—En ese caso, ¿qué propones? —Se situó frente a ella y caminó hacia atrás para mirarla a los ojos—. Un paseo está bien, pero no es tan divertido como se lo pueda parecer a una aburrida como tú.

—No soy aburrida. —Intentó golpearlo sin recordar que era incorpóreo y tropezó por el movimiento, al no toparse con ninguna resistencia.

—Lo has dicho tú hace un momento.

—Dije que no soy muy aventurera —remarcó—. Pero tampoco soy aburrida.

—Demuéstralo.

—El problema es que como nadie te ve, no podemos ir a…

—Por supuesto —la interrumpió sonriente—, échale la culpa al genio.

—Pero es así. Podría sugerirte muchas cosas, pero si hay gente cerca no podremos disfrutarlas igual. No podríamos hablar… bueno, yo no podría hacerlo para que no creyesen que estoy loca de remate. Lo más seguro es que tú no te calles ni debajo del agua.

—Dos personas se pueden divertir igual estando solas —sugirió.

La mente de Alexis se inundó de imágenes en las que Everard y ella no tenían ropa y le ardió el rostro por lo inapropiado de la situación. Sobre todo, cuando el genio sonrió de aquella manera que tanto la irritaba.

—¿En qué estás pensando, ricura? —rio—. Algo se te ha ocurrido, ¿verdad?

—Es culpa tuya —lo acusó una vez más.

—Siempre es culpa mía, al parecer. No te puse esas ideas en la cabeza, pervertida. —Materializó un dedo para golpearle la frente.

—Eres odioso. —Cuando quiso apartarle la mano, ya volvía a ser incorpóreo y solo removió el aire.

—Horrible, odioso… ¿cuántos insultos más tengo que soportar por tu parte hoy, Alexis?

—Es que…

—Aunque creo que me quedaré con el de tentador —la interrumpió de nuevo—. Lo prefiero a los otros.

—Yo nunca te he llamado así —se defendió.

—No de manera directa, pero se sobreentiende.

—Eres… —Se mordió el labio para no decir lo que estaba pensando.

—¿Otro insulto, ricura? —Sonrió.

—Volvamos antes de que se estropee la comida del picnic. —Se decidió por una retirada estratégica.

—Aburrida —la provocó.

—No soy aburrida —lo enfrentó, aun a sabiendas de que era una simple broma—. Y si lo crees, pues… no sé, propón tú algo.

—¿Me permites hacerlo?

—¿En serio puedo prohibirte hacer algo?

—Eres mi ama, Alexis, puedes hacer conmigo lo que quieras.

Una vez más, su mente divagó hacia rumbos por los que no quería ir. O no debería. Después de todo, él solo era un genio que desaparecería para siempre en cuanto formulase los dos deseos que todavía tenía.



MAGIA

—¿Sabes? No me gusta la palabra «ama», Everard, así que no me llames así.

—¿Y cómo quieres que te llame?

—Por mi nombre, claro, pero puedes decir que somos amigos.

—Nunca he tenido un amigo —dijo el genio sin pena ni emoción. Solo había curiosidad en su mirada al imaginar que algo así podría sucederle después de siglos estando solo—. Me gusta como suena.

—¡Qué triste!

—No más que la mujer de los cerdos —rio—. Pero no me tengas lástima, Alexis. Nunca he tenido un amigo porque nunca he creído que lo necesitase. Paso tan poco tiempo fuera de la lámpara que no he pensado en lo que sería estar con más gente.

—Eso es todavía más triste, Everard. Sé que no soy la mujer más sociable del mundo, pero no podría vivir sin mis amigas. Ni sin mi familia, aunque ahora estén lejos y no pueda verlos tan a menudo como querría.

—Supongo que cuando no tienes algo, no lo echas de menos.

—¿Me echarás de menos cuando haya pedido todos los deseos? —Ni siquiera lo pensó antes de formular la pregunta, pero se arrepintió al momento—. No me respondas, no era… ¡Ay, dios! No me hagas caso. Eso ha sido una estupidez. No sé por qué lo he dicho.

—Me vas a dar unos meses de nuevas experiencias, a pesar de ser una aburrida. —Por una vez, Everard trató de rebajar la tensión en lugar de crearla—. Puedo asegurarte desde ahora que te echaré de menos cuando te deje.

—Hemos venido a pasarlo bien, no pensemos en eso ahora. —«Ni nunca o me moriré de vergüenza otra vez»—. Estábamos hablando de que era tu turno para sorprenderme, así que dime, ¿qué tienes pensado?

—Se me ocurren muchas cosas —le dio largas.

—Pues elije una.

—Tal vez… —Se rascó la barbilla—. No, eso no. Quizá es mejor… No, definitivamente no. Creo que…

—¿Es en serio? Me estás poniendo nerviosa.

—Entonces funciona —rio.

En esa ocasión, Alexis recordó que darle un manotazo no serviría de nada, así que se cruzó de brazos a modo de protesta.

—Tenemos tiempo todavía. Comamos algo primero.

—¿Te has decidido? —El genio asintió—. Bien. ¿Y por curiosidad, de cuánto tiempo estamos hablando?

—El que sea necesario.

—Ya, pero ¿cuánto es eso? —Everard la observó en silencio—. No me vas a contar nada, ¿no?

—No.

—Está bien —resopló—. Esperaré. Pero te advierto que si me haces pasar vergüenza o…

—Me portaré bien —la cortó—. Lo prometo.

—Supongo que tendré que fiarme de tu palabra —le dijo después de buscar la trampa en su mirada.

—Merecerá la pena la espera —le aseguró.

Alexis empezó a rebuscar en la cesta y sacó la comida, mientras Everard extendía la manta con un simple chasquido de dedos.

—No me mires así, ricura. Mis manos no sujetarían la manta aunque quisiese hacerlo a tu manera.

—Pero si no he dicho nada.

—Tus ojos lo dicen por ti.

—Perdone usted, señor genio. No volveré a mirarlo.

Everard se materializó el tiempo justo para golpearla con la cadera y desequilibrarla. Cuando vio que se le caía la comida por lo inesperado del gesto, chasqueó los dedos y todo apareció en la manta, en su sitio.

—Eso —protestó Alexis desde el suelo—, la comida que no se caiga. Si yo me hago daño no importa.

—Disculpa, pero no podía atender a todo —se burló el genio.

—Mentiroso. —Se dispuso a levantarse y Everard le tendió la mano para ayudarla.

—Es consistente —le prometió cuando la vio dudar—. Para compensarte.

Alexis la aceptó y sintió un escalofrío cuando tiró de ella. Lo achacó a lo raro que se le hacía que solo su mano fuese real. Demasiado extraño.

—¿Todavía no puedes materializarte durante mucho rato?

—Me mantendré corpóreo durante todo el picnic.

—¿Eso quiere decir que sí puedes?

—Ya veremos cuánto aguanto —dijo después de una pequeña pausa para pensarlo.

No quiso darle esperanzas, aunque se sentía mal por engañarla. Siempre se había podido materializar sin esfuerzo, pero había empezado a mentir a sus amas siglos atrás, cuando se cansó de ser usado como entretenimiento en la cama.

Sabía que tenía un aspecto atractivo para las mujeres pues se lo habían dicho en innumerables ocasiones. No era algo que pudiese cambiar, si acaso quisiese hacerlo, y en un principio lo había aprovechado a su favor para no pasar tanto tiempo encerrado. Cuando empezaron a buscarlo como amante, había aceptado con gusto, pero tras cientos de años yendo de cama en cama, había empezado a odiarlo. Incluso si lo disfrutaba, se sentía utilizado y por eso había empezado a fingir que era etéreo.

Nunca, en los siguientes siglos después de iniciar la mentira, se había planteado contar la verdad a ninguna de sus amas. Sin embargo, con Alexis había empezado a dudar. Sentía que podía ser la única que comprendiese las razones por las que lo había hecho y que no lo usaría después. Y, a pesar de ello, le asustaba dar el paso. Después de todo, apenas la conocía y no podía asegurar que fuese diferente al resto, por más que hubiese sido la primera en preocuparse por cómo se sentía cuando estaba tanto tiempo dentro de la lámpara. En cuestión de elegir hombres no era la más sensata y no quería que lo viese como a uno de ellos. Significase lo que significase eso.

Saber que tendrían meses para conocerse mejor era lo único que le ayudaba a mantener la historia, pero cada vez le resultaba más

difícil guardárselo. Alexis le estaba dando algo que nadie más se planteó siquiera y no merecía que le mintiesen.

—¿Vas a comer o no? —le preguntó ella—. Se está enfriando.

—Sabes que puedo chasquear los dedos y calentarlo de nuevo, ¿verdad? O servirme lo que me apetezca.

—No seas prepotente y come. —Aunque pretendía sonar severa, la sonrisa la delató.

Quizás Everard permaneciese unos segundos más de los necesarios observándola, pero después mordió el bocadillo con tantas ganas que le arrancó un buen pedazo. La comida era otra de las ventajas de estar fuera de la lámpara que había disfrutado siempre. En su refugio, o cárcel, ni siquiera necesitaba comer.

—Parece que te gusta. —Alexis había dejado de comer para ver cómo se relamía.

—Aire puro, buena compañía… la comida me sabría a gloria aunque fuese una bazofia.

—No sé si me acabas de alabar o de insultar.

—Pienso repetir, así que puedes tomártelo como un halago —sentenció antes de terminarse el bocadillo y pillar otro, tal y como le había asegurado.

—¿Qué comes cuando estás en la lámpara?

—No necesitaría hacerlo, pero a veces hago aparecer lo que más me apetezca en ese momento. Y si vas a preguntar cuál es mi comida favorita —alzó un dedo para hacerla callar—, no tengo ninguna.

—Todo el mundo tiene una.

—Bueno, llevo siglos degustando comida de diferentes países y diferentes épocas. Algunos platos ya no existen hoy en día o no se

pueden encontrar los ingredientes. Solo mi magia los puede hacer aparecer. ¿Cómo podría elegir solo uno y relegar al olvido al resto?

—Si lo planteas de esa forma, supongo que yo tampoco sabría elegir.

—¿Tú tienes una comida favorita?

—Los dulces que te di a probar el otro día. —Se le iluminó el rostro al pensar en ellos.

—Pero eso es un postre.

—¿Y qué? Yo los comería a todas horas si no fuesen directo mis caderas.

—Tus caderas están bien. No tienen nada de malo.

—Yo… eh… bueno… —Se sonrojó con intensad por ese halago tan franco—. Solo era una forma de decir que engordan, pero gracias.

—Si pides el deseo de comer y no engordar, podrías comprarlos todos los días —sugirió el genio.

—Tentador, pero no voy a pedir ningún…

—Me encanta cuando me llamas así —la interrumpió Everard, regalándole una de sus sonrisas granujas—. Tentador.

—No te estaba…

—¡Eh! —la detuvo de nuevo—. Yo he alabado tus caderas, ahora no quieras dejarme sin mi halago.

—Pero yo no…

—Shhh —chistó—. Ya está dicho, ricura. No puedes retractarte. Tu subconsciente te ha delatado.

Aunque abrió la boca para protestar, la mirada del genio le dijo que no se lo permitiría.

—Eres un hombre imposible —se dio por vencida.

—Para ti no, ricura. Pide y se te concederá.

—Buen intento, pero por ahora no pediré nada. Y —miró la hora—, ¿cuándo vamos a ver esa misteriosa sorpresa que tienes preparada?

—No soy yo quien la ha preparado, pero falta poco.

—Entonces empecemos a recoger. —Se puso en pie, pero Everard chasqueó los dedos y antes de ponerse recta, ya estaba todo metido en la cesta—. La magia no es la solución a todo, listillo.

—Disculpe usted, señorita —le hizo una reverencia—, por querer facilitarle las cosas.

—Si me acostumbro a que lo hagas todo con magia, me convertiré en una vaga que lo pasará muy mal cuando desaparezcas.

—Desea poder recoger y limpiar solo con el pensamiento y asunto arreglado.

—No voy a pedir… Espera, ¿se puede desear eso?

—No incumple ninguna norma.

—Creo que cuando decida gastar el segundo deseo, te pediré consejo —admitió.

—Estoy aquí para complacerte, ricura.

Alexis se agachó para agarrar la cesta. De ese modo, pudo ocultarle el color carmesí de sus mejillas al genio. Necesitaba acostumbrarse pronto a sus halagos directos o se pasaría todo el día con el rostro colorado.



—¿Preparada?

Habían vuelto a casa para dejar la cesta y cambiarse de ropa. Everard solo le había dicho que haría mucho frío, así que sacó el abrigo del armario y se lo puso antes de responder.

—Preparada.

Se acercó a la entrada para recoger las llaves de la casa, pero Everard la detuvo cuando quiso llevar también las del coche.

—No vas a necesitarlas.

—¿Tan cerca es?

—No vas a necesitarlas —repitió.

Se acercó a ella para rodearla por la cintura. Alexis se tensó por un momento al sentir la consistencia de sus brazos y evitó mirarlo a los ojos cuando la acercó tanto a su cuerpo que nada salvo la ropa los separaba.

—¿Preparada? —preguntó por segunda vez.

En esta ocasión, Alexis se limitó a asentir, incapaz de hablar sin que le fallase la voz. Estaba muy nerviosa y no solo por la expectativa de la sorpresa.

—Pues vamos allá. —Everard chasqueó los dedos.

De repente, todo a su alrededor había cambiado. Ya no estaban en casa, sino en campo abierto. El techo blanco se oscureció y acabó bañado por cientos, miles, millones de estrellas. Un viento suave pero frío les acarició la piel y Alexis cerró los ojos por un segundo mientras inspiraba en profundidad. Cuando Everard la liberó del abrazo, retrocedió dos pasos y estudió el lugar.

El pueblo, de casas bajas iluminadas por las luces en su interior, que se encontraba a sus pies, bordeaba el ancho río como en una de esas postales para turistas que se podían encontrar en las tiendas de suvenires.

—¿Dónde estamos? —preguntó sin dejar de mirar a su alrededor—. ¿A dónde me has traído, Everard?

—¿Te gusta?

—Es… —Lo miró—. En serio, ¿dónde estamos?

—No hemos llegado todavía a la sorpresa —le dijo el genio, eludiendo su pregunta—. Vamos, sígueme.

El genio comenzó a caminar en dirección contraria al pueblo y Alexis no tuvo opción a negarse a seguirlo. Si se quedaba allí sola, no sabría volver a casa. Más que nada porque todavía no le había dicho a dónde la había llevado.

—Everard, dime qué sitio es este.

—Estamos en Alta —le explicó mientras caminaban —, un pueblo al norte de Noruega.

—¿Me has traído a Noruega? Pero, ¿cómo…? Esto no es posible. ¿Es una broma? —Tropezó por la noticia y el genio la sostuvo para que no terminase en el suelo—. Everard, dime la verdad. ¿Es una broma?

—Querías que te sorprendiese y lo haré —sonrió sin desmentir nada—. Venga, apúrate o llegaremos tarde.

Cuanto más se alejaban del pueblo por la montaña, más los envolvía la noche en su manto y más numerosas eran las estrellas. Sin tanta contaminación lumínica, el cielo se transformaba en algo tan maravilloso como inesperado.

—Estamos llegando —le aseguró Everard.

El genio ansiaba ver la reacción de Alexis. Cuando le ofreció la posibilidad de llevarla a donde él quisiese, aquel fue el primer lugar que se le vino a la mente porque estaba convencido de que lo disfrutaría. Quería ver de nuevo la emoción que la había embargado

mientras comía aquellos pastelitos y quería que no desapareciese nunca de su rostro. Alexis se merecía ser feliz cada día de su vida.

—¡Oh, Dios mío! —Alexis se llevó las manos a la cara cuando descubrió el destino final de aquella aventura. No necesitó preguntarle a Everard porque supo que era allí—. No puedo creerlo —susurró.

La noche estrellada se había vuelto, de repente, más luminosa, cuando las coloridas luces que desprendía la aurora boreal lo cubrieron todo. Parecían cortinas mecidas por el viento, ondulando en el cielo. Verdes, azules e, incluso, amarillos se entremezclaban en un baile infinito que la dejó con la boca abierta. Nunca antes había visto nada tan impresionante.

—Es precioso, Everard.

—Lo es —admitió él—. Siempre me ha maravillado la magnificencia de la naturaleza. Nadie mejor que ella para mostrarnos su belleza.

—Sí.

Cuando miró hacia él, el genio la observaba y le sonrió, cohibida. Este le devolvió el gesto y, por un momento, Alexis pudo vislumbrar la aurora en los ojos del hombre.

—Ven. —Everard le tendió una mano—. Quiero enseñarte algo más.

Con un nuevo chasquido de dedos, aparecieron en la costa. Aunque estaba oscuro, Alexis pudo distinguir el sonido inconfundible de las ballenas en el agua.

—¡No puede ser! —exclamó.

—Dame un momento —le pidió este y, antes de que pudiese preguntar qué iba a hacer, la noche se iluminó lo suficiente como

para ver a la manada de ballenas divirtiéndose en el mar. Puede que aquel truco de magia la hubiese impresionado si no fuese por la visión de los animales.

—Es increíble. Ni por un momento hubiese imaginado que me traerías a un lugar así.

Alexis observó a los cetáceos, maravillada con el espectáculo. Ni siquiera le importaba el frío que aumentaba cuanto más tiempo pasaban allí. No quería irse.

Everard le colocó sobre los hombros un nuevo abrigo que materializó para ella cuando la vio tiritar, pero estaba tan encandilada con las ballenas que casi ni lo notó. Si no fuese por el calor que recuperó su cuerpo no se habría enterado.

—Gracias por traerme aquí, Everard. Sin duda, ha sido más impresionante que mi rincón escondido cerca de la ciudad —le dijo, sonriente.

—No menosprecies tu refugio, ricura. Tiene algo que ninguna aurora boreal en cualquier parte del mundo o ningún grupo de ballenas te podrían dar.

—¿Y qué es eso?

—La certeza de que allí estarás bien. De que ese es el lugar donde te encuentras a ti misma. Y por muchos deseos que pudiese concederte, nada es comparable a ser tú misma. A estar bien con quién eres y con lo que quieres.

—¿Y si no sé lo que quiero? —susurró, perdida en la profundidad de esos ojos color miel.

—Pero Alexis, ¡es que lo sabes! Solo tienes que estar dispuesta a admitirlo.

Por un momento, deseó tener el valor de decirlo en voz alta. Sin embargo, decidió callar. Desvió la mirada hacia las ballenas y disfrutó del espectáculo junto al genio. Estaba tan emocionada que ni siquiera era consciente de que Everard no se había desmaterializado desde que la había abrazado para llevarla a aquel lugar.

De haberse dado cuenta de ese hecho, podría haber descubierto el secreto del genio. Y, tal vez, muchas cosas podrían haber cambiado.



ALTERCADO EN LA CALLE

Alexis estaba en una nube de paz mental y espiritual cuando llegaron a casa, solo para encontrarse con la realidad. Una en la que sus amigas le habían enviado diez mensajes al teléfono y la habían llamado varias veces también. No había querido mirarlo en todo el día para no arruinar el momento, pero ahora se arrepentía porque ya no tenía muchas alternativas al plan que sus amigas habían hecho. ¿Cómo decirles que no cuando había pasado de ellas todo el día?

—¡No! —Se dejó caer en el sofá—. Quieren salir esta noche.

Había ocasiones en las que se veían tan poco que se llamaban preocupadas por si les había pasado algo. Sin embargo, en otras, eran inseparables. Al parecer, acababan de entrar en esa segunda etapa. Y no es que le disgustase estar con ellas, pero se había divertido tanto con Everard que hubiese preferido irse a la cama con la sensación de paz que se había instalado en ella.

—Perfecto. —El genio se sentó a su lado—. Pues ve a prepararte. Me apetece salir.

—A mí no —se quejó ella—. ¿Quién querría salir después del increíble espectáculo que acabamos de ver?

—Alguien joven, con toda la vida por delante —enumeró Everard—, con ganas de comerse el mundo, con…

—Ya —lo detuvo—, lo capto. Soy una aburrida.

—Esta vez lo has dicho tú, no yo. —Alzó las manos.

—Van a venir a por mí en media hora, así que no me quedará otra que ir. —Se puso en pie de mala gana—. Nunca aceptan un no por respuesta y, hoy menos que nunca, porque he pasado de ellas todo el día. No puedo ignorarlas más o se enfadarán. Y con razón.

Eso último lo susurró, esperando que el genio no la hubiese escuchado. No quería que pensase que se arrepentía de pasar el día con él, porque no era así.

—Yo podría ayudarte con la ropa si quieres, para ser más rápida.

—Gracias, pero puedo sola.

Ni siquiera se dignó a mirar hacia Everard porque su mente, una vez más, divagó hacia donde no debía. Y, en su imaginación, la ropa era lo único que no usaba. Además, tampoco se fiaba de él porque sabía que elegiría algo demasiado atrevido para su gusto. Y no estaba segura de si lo hacía para infundirle confianza o porque pretendía incomodarla, pero no se lo permitiría. Necesitaba seguir sintiéndose ella misma esa noche y no lo conseguiría embutida en un vestido ajustado y demasiado corto.

Se encerró en el dormitorio con la excusa de darse una ducha y sacó del armario lo que pensaba ponerse: unos vaqueros negros, una blusa verde de manga larga y las botas planas que se ponía siempre que quería estar cómoda. Lo dejó todo extendido sobre la cama antes de meterse en el baño.

Cuando salió, con el pelo empapado y la toalla anudada al pecho, los vaqueros y la blusa seguían donde los había dejado, pero, a su lado, sin una sola arruga, había un vestido burdeos que no recordaba haber puesto ahí. En realidad, tampoco recordaba haberlo comprado.

—Ni lo sueñes —avisó en voz alta.

—Yo no he hecho nada —contestó el genio desde el salón, sin el menor rastro de arrepentimiento en la voz—. A lo mejor ha sido el armario. Tienen criterio propio, ¿sabes?

—Los armarios no tienen criterio.

—El tuyo lleva años a la espera de que le hagas caso.

Alexis apartó el vestido de un manotazo y se vistió a toda prisa. Aquella prenda no era suya, estaba segura. A Everard parecía no bastarle ya con lo que tenía en casa, sino que ahora traía sus propias creaciones. Pero no se lo permitiría. Esta vez saldría de casa con la ropa que ella quería.

Se miró en el espejo del armario y asintió para sí misma.

—Te queda bien —comentó Everard desde el otro lado de la puerta.

—Gracias.

—Lo que ocurre es que… —No terminó la frase.

—¿Qué? —insistió Alexis, segura de que se arrepentiría de preguntar.

—Pues que llevas puesta una manta con botones.

—Se llama blusa y…

Un aporreo en la puerta de la calle acabó con la discusión. Sus amigas habían llegado veinte minutos antes de la hora acordada, algo que a esas alturas ya no debería sorprenderla, pues Mae no había llegado tarde a nada en toda su vida y Nat siempre iba con ella. Alexis fue a abrir con la coleta a medio hacer.

—Cinco minutos —les prometió—. Poneos cómodas.

Algo que Nat no hizo después de ver su atuendo. La siguió por el pasillo con paso decidido, entró en el dormitorio sin pedir permiso y frenó en seco delante de la cama.

—¿Y esto?

—No es nada.

—Pues yo diría que es algo. —Levantó la percha con dos dedos y le dio media vuelta en el aire—. ¿Es tuyo?

—No.

—Pues es tu talla.

—¿Y qué? Eso no quiere decir que sea mío.

—Aquí solo vives tú, Alexis, así que… —Mae ya se había apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados—. ¿Te lo pones y vemos cómo te sienta?

—Pero ya he elegido los vaqueros.

—Siempre llevas vaqueros —objetó Nat, que colocó el vestido delante de ella—. El color te sienta genial.

—No pienso ponerme eso. Además, las dos últimas veces que salimos usé vestido —les recordó—. Hoy quiero ir cómoda.

—Haremos una votación —zanjó Mae, alzando la mano. Nat la imitó—. Dos contra una.

—¡Esto no es una democracia!

Fue inútil, porque la última vez que había intentado ganar aquella discusión también había perdido y esa noche partía con la desventaja de haberlas ignorado durante todo el día. Así que, doce minutos más tarde, bajaba las escaleras del portal con el vestido burdeos, unas medias tupidas, como último acto de resistencia, y el abrigo largo por encima. Tenía la desagradable sospecha de que alguien, en algún rincón del piso, se estaba riendo de ella por eso.

Lo confirmó en la acera, cuando una voz muy cerca de su oído le informó:

—Dos contra una. Qué tragedia. Y yo sin abrir la boca.

Alexis apretó los dientes. No pensaba darle la satisfacción de mostrar su enfado porque se había salido con la suya.



El local que habían elegido estaba en la zona vieja, en una calle estrecha donde la gente se acumulaba en las puertas porque no cabía dentro. Consiguieron un hueco en la esquina de la barra gracias a la tenacidad de Mae. Pidieron la primera ronda a gritos, porque la música no permitía otra cosa.

—Ese lleva un rato a la espera del momento adecuado —comentó Everard, con la barbilla hacia un chico de camisa clara que rondaba a dos metros de ellas—. Ha cambiado la frase cuatro veces, a cada cual peor.

—Pues que siga con los ensayos —repuso Alexis, que no le apetecía lidiar con nadie. Con lo feliz que había llegado a su casa después de lo de Noruega, ahora solo se sentía agobiada por la multitud y estresada por cada codazo y empujón que recibía. Envidiaba a Everard, que no sufría nada de eso.

Mae se giró de golpe.

—¿Qué?

—Nada. Yo… hablaba sola.

—¿En serio?

—Bueno, es que he estado viendo cómo este tío de ahí intentaba ligar con cualquier chica que se ponía a su alcance con frases estúpidas —se explicó, un tanto avergonzada de que su amiga la hubiese pillado respondiendo al genio.

El aludido eligió ese instante para acercarse a ellas, apoyar el codo en la barra y soltar algo sobre el destino, las colas del baño y

las señales que manda el universo cuando uno menos se lo espera. Nat se atragantó con el hielo. Mae miró a Alexis con un respeto nuevo mientras el chico se retiraba con una sonrisa de disculpa.

—Tía. Los detectas antes de que lleguen.

—Es un don —murmuró ella.

—Es un don —repitió Everard, encantado consigo mismo. Alexis se refugió en la copa para no contestarle. Aquel era el verdadero problema de tener un genio en casa: no la magia, ni la lámpara, ni los deseos pendientes que la esperaban en algún punto del futuro. El problema era que tenía al lado a alguien que le hablaba al oído a todas horas y ya se había acostumbrado a responderle en voz alta, porque en el piso no había nadie más a quien pudiese confundir. Fuera de casa, en cambio, cada palabra suya era una mina.

—El problema —repuso Nat— es que se los quiere quedar como si los coleccionases.

—¿Qué? Eso no es verdad —protestó Alexis.

—Tu amiga te ha calado —rio el genio.

—Tú cállate.

—Pero si no he dicho nada —se quejó Mae—. Aunque Nat tiene un punto de razón, la verdad.

—¿Para esto me habéis sacado de mi casa? ¿Para criticarme?

—Y para divertirnos —añadió Nat con una sonrisa—. Así que tomemos otra copa y vayamos a la pista a bailar, ahora que se ha descongestionado un poco.

Mientras bailaban, Alexis se olvidó de los apuros en que se metía por responder al genio, del vestido que se le subía a cada rato e, incluso, de que no quería estar allí. En general, siempre que salía con sus amigas, lo pasaba bien. El problema habían sido las últimas

veces. Primero con lo de Ace y Robyn, luego con lo de Max… Le preocupaba que esa noche pasase algo que le dejase un mal sabor de boca como en esas ocasiones.

En algún momento notó al genio muy cerca de su espalda, sin tocarla.

—Esto se te da muy bien —le susurró—. Deberías cambiar de trabajo y dedicarte al baile.

—Serás idiota.

—¿Perdona? —Nat se giró con la mano en el pecho.

—No… no iba por ti. —Su rostro se coloreó de golpe—. Se lo decía a un tío que me ha pisado.

—Muy bien atajado, ricura. —La carcajada de Everard solo la oyó ella, y le habría pisado un pie a él en represalia si no fuese incorpóreo.

Se fueron de allí a las tres menos cuarto, con ganas de llegar a casa y descansar del ruido y de los gritos. Aunque Alexis tuvo que admitir que, al final, se había divertido bastante.

Mientras caminaban hacia el lugar donde habían quedado con el taxista, un trío de hombres pasó cerca de ellas. El primero les silbó. El segundo hizo un comentario sobre el vestido burdeos que Alexis captó a medias, aunque supo por dónde iba y con qué intenciones.

Mae la agarró del brazo.

—Vámonos.

El tercero se cruzó en su camino con los brazos abiertos y una sonrisa que les puso los pelos de punta.

—Eh, eh. ¿Ni las buenas noches?

—Aparta —le espetó Nat, con la mano en el bolso, dispuesta a usar el espray pimienta si era necesario.

—Qué carácter. —Le cogió el codo para que no pudiese acceder a lo que buscaba.

—Suéltala —gritó Alexis, desesperada.

—Ven a liberarla tú —se rio el hombre—, si te atreves.

De repente, sin que nadie supiese de dónde había salido, Everard se plantó frente a Alexis para protegerla de aquellos individuos. Cruzó los brazos en el pecho y, sin levantar la voz, miró a los ojos al hombre que mantenía a Nat sujeta, antes de hablar:

—Suéltala. Ahora.

Usó un tono serio que Alexis nunca le había oído y que le provocó un escalofrío. No encontró burlas ahí, ni juegos, ni nada de lo que ella conocía. No era el genio risueño que siempre buscaba hacerla rabiar o reír. Era un hombre alto y fuerte, con un aura que puso nerviosos a los tres amigos.

El hombre liberó el codo de Nat, que corrió a reunirse con Mae y Alexis, detrás de Everard, antes de que su captor hinchase el pecho para parecer más valiente:

—¿Y tú quién eres? —escupió, flanqueado por sus compañeros.

El genio ladeó la cabeza apenas dos centímetros. Lo miró. Un segundo. Dos.

—Rachel —contestó.

El otro parpadeó.

—¿Qué?

—Rachel está despierta. Le has dicho que hoy hacías turno doble en el almacén y te ha esperado hasta la una con la cena en el horno. —Everard hizo una pausa breve—. Te va a preguntar por qué tardas tanto. De hecho, ya te está escribiendo.

Al hombre se le descompuso el gesto cuando el móvil sonó. Se llevó la mano al bolsillo y lo sacó. Su rostro palideció al descubrir que era su novia la que le había escrito.

El de la izquierda soltó una risa nerviosa.

—Anda que…

—Tú eres el menos indicado para reírte —le advirtió el genio, que giró apenas el rostro hacia él—. Ella sale de cuentas en septiembre, ¿lo sabías? Le prometiste que hablaríais, pero cambiaste de número para no tener que hacerlo y solo pudo acudir a tu madre, que ya le ha colgado el teléfono dos veces.

La risa se apagó en el acto.

Quedaba el tercero, que se había replegado hacia la pared para no acabar en el punto de mira de Everard. Este ni siquiera se volvió hacia él para hablarle.

—Y tú deberías contar en casa que te despidieron hace cuatro meses. Eso de salir de casa con la mochila a las siete de la mañana y volver a las seis de la tarde no te va a funcionar siempre. Tu hermana descubrirá algún día que te estás gastando sus ahorros para la universidad.

La incomodidad se podía palpar en el ambiente, no solo por parte de ellos, aunque ninguno respondió. Everard paseó la mirada por los tres amigos, antes de continuar:

—Largo. Los tres —gruñó—. Y pensad bien lo que queréis hacer con vuestras vidas, antes de meteros de nuevo en las de los demás.

No corrieron, aunque les faltó poco. Incluso se atropellaban entre ellos para no quedar de últimos, por si Everard pretendía seguirlos. Cosa que no tenía intención de hacer.

Durante unos segundos, solo se oyó la respiración de Nat, que se frotaba el codo sin apartar los ojos del desconocido.

—¡Oh, vaya! ¡Qué intenso has sido! —murmuró Mae—. ¿Alguien me explica qué acaba de pasar? ¿Tú quién eres, por cierto?

—Gracias por salvarnos —se apresuró a decir Alexis—. Has sido muy amable, pero…

—¿Los conocías? —la interrumpió Nat, interesada en Everard—. ¿De dónde sacaste todo eso?

—Lo he intuido —repuso Everard.

—¿Intuido? ¡Pero si les has dado datos muy precisos!

—Casualidad. —Les dedicó una sonrisa pícara que les provocó la reacción que más temía Alexis: las encandiló—. ¿Estáis bien?

—Sí —contestó Mae sin apartar los ojos de él.

—Muy bien —añadió Nat, que le dio un repaso minucioso mientras movía la cabeza arriba y abajo.

—Estamos todas bien. —Alexis le lanzó una mirada de súplica que esperaba que entendiese mientras hablaba—. Gracias. De verdad. No muchos harían algo así por desconocidas. Pero seguro que tienes cosas que hacer o algún sitio al que ir. No queremos entretenerte más.

El genio la miró un instante y ella supo que la había entendido a la primera. No se lo había pedido por vergüenza, sino por miedo a que sus amigas descubriesen que se conocían y tuviese que darles explicaciones para las que no estaba preparada.

A Everard le habría gustado quedarse. Conocer a las amigas de Alexis, formar parte de su día a día el tiempo que le quedase con ella. Pero eso traía dos problemas. El primero, que lo echaría de menos cuando regresase a la lámpara. El segundo, y más grave, que

ella descubriría que le había mentido sobre lo de materializarse. No quería decepcionarla, así que hizo lo que le pedía en silencio.

—Pues sí, la verdad —admitió con las manos en los bolsillos—. Me esperan. Buenas noches, señoritas. La próxima vez, pedid que el taxi os recoja en la puerta del local. Será más seguro.

Echó a andar calle abajo sin volverse. Alexis contó hasta cuatro antes de mirar hacia la esquina para comprobar que había desaparecido. Y, aunque eso le alivió, también se sintió mal por haberlo echado de esa forma después de que les hubiese salvado de aquellos hombres.

—¡Qué hombre más guapo! —repuso Mae mientras entraba en el taxi.

—¡Ya te digo! —corroboró Nat—. No lo había visto nunca por aquí.

—Hay muchos hombres en la ciudad, Nat —señaló Alexis—. No puedes conocerlos a todos.

—Pues a ese lo conocería mejor si me lo permitiese. —Elevó las cejas varias veces y Mae rio por lo que insinuaba. Alexis, en cambio, frunció el ceño. No le gustó el comentario, aunque no dijo nada.

Cuando llegó a casa, Everard la esperaba en el marco de la cocina, con un vaso de agua que ella no le había pedido, pero que le vendría genial.

—Gracias —le dijo antes incluso de quitarse el abrigo—. Y por lo de antes también. En serio. Nat todavía temblaba cuando llegamos al taxi.

—No ha sido nada. —Lo desestimó con un movimiento de la mano.

—Claro que lo ha sido. Y yo… —Bajó la cabeza—. Yo me porté fatal contigo al echarte de allí tan rápido. Lo siento. Pero es que mis amigas me interrogarían durante horas, si supieran que nos conocemos, hasta sacarme toda la información y no se me da bien mentir. Pero tampoco les puedo contar la verdad porque creerán que me he vuelto loca. Y no sé si tú…

—Te entiendo, ricura. —La burla en su tono la hizo mirarlo y se encontró con su sonrisa granuja—. Me quieres solo para ti.

—¿Qué? No. Yo no he dicho eso.

—Has dicho que no quieres que tus amigas sepan que nos conocemos —replicó—. Y eso es lo que se le pide a alguien a quien quieres para ti.

—He dicho que me crearías problemas con mis amigas —se defendió.

—Yo he usado palabras más bonitas para decir lo mismo.

Alexis abrió la boca. La cerró. Volvió a abrirla. Quería responderle con algo que le cerrase la boca, pero no encontraba las palabras adecuadas, así que, al final, decidió claudicar y dejarle pensar lo que quisiera.

—Me voy a dormir —anunció ella.

—Buenas noches, ricura.

—Buenas noches, Everard. —Le cerró la puerta del dormitorio en las narices para recordarle que ese era un territorio vedado para él.

—El vestido te quedaba muy bien, por cierto. —Oyó que decía el genio desde el otro lado.

Alexis apoyó la frente contra la puerta y decidió, por el bien de su propia salud mental, que no lo había oído.



CONFESIONES A MEDIANOCHE

El domingo empezó tarde y sin ningún plan interesante. Alexis se levantó pasadas las once y se encontró el café preparado, aunque no había rastro del genio. Después de beberse una taza, acabó en el sofá con las piernas cruzadas debajo del cuerpo. Everard apareció cuando ella llevaba ya diez minutos delante del menú de la plataforma.

—¿Qué haces?

—Elegir una película. Hoy no me apetece hacer nada.

—Eso es hacer algo. —Señaló el mando que tenía en la mano—. Aunque llevas un buen rato inmóvil. —Sonrió con picardía—. ¿A eso te refieres?

—No. —Lo miró, ceñuda—. Me refiero a no hacer nada productivo.

—¿Ver películas no es productivo?

—Es una desconexión, que es lo que busco.

—¿Y por qué no te decides?

—Es que no me convence ninguna. A ver, hay varias interesantes, pero no sé cuál elegir.

—Pon la del hombre del sombrero.

Alexis siguió la dirección de su mirada hasta una carátula de la tercera fila.

—Esa va de un asesinato en un tren.

—Lo sé. Lo hacen todos.

Ella se giró de golpe.

—¿Qué has dicho?

—Que todos cometen el asesinato. Y el detective decide no denunciarlos.

—¡Everard!

—¿Qué?

—¡Me acabas de destripar la película!

—Ah. —Se acomodó en el otro extremo del sofá, o imitó el gesto porque ni los cojines se hundieron bajo él—. Pensaba que la habías visto. Tiene unos cuantos años.

—¡Pues no la había visto! ¡Por eso quería ponerla!

—Bueno, tampoco es tan grave. Lo interesante es cómo se van desmontando las coartadas de todos.

—Ya, claro. Lo interesante.

Alexis bajó por la lista con más energía de la necesaria y se paró en otra carátula.

—Imagino que esta no la habrás visto. Es de hace dos años.

—La vi.

—¿En serio? ¿El año pasado estabas fuera de la lámpara?

—La vi cuando estaba dentro de ella —remarcó Everard—. El hermano no está muerto, por cierto.

Alexis soltó el mando sobre el sofá.

—¡No me jodas!

—En serio. —No entendió que lo que había dicho Alexis era producto del enfado y no de la sorpresa—. Es un giro malísimo. Se ve venir desde el minuto veinte.

—Igual lo habría averiguado por mí misma si no me lo hubieses dicho —protestó.

—No merece la pena que pierdas el tiempo con esa.

Ella lo miró con los brazos cruzados, entre la indignación y la curiosidad, que era el estado en el que Everard la dejaba con más frecuencia.

—Espera un momento —recapituló—. ¿Has dicho que la viste dentro de la lámpara?

—Sí.

—¿Puedes hacer eso? ¿Tienes internet en la lámpara?

—Puedo verlas sin necesidad de tener nada.

—Creía que no podías hacer magia para ti mismo.

—Dentro de la lámpara, las cosas funcionan de diferente forma. Puedo hacer aparecer lo que yo quiera. Bueno, casi. Personas no.

—¡Qué interesante! No me lo habías dicho.

—No habías preguntado. —Se encogió de hombros.

—¿Y cuántas películas has visto en tu vida?

—Ni idea. Muchas.

—Dame un número aproximado.

—Miles.

—¿Miles? —Alexis se incorporó.

—A veces tengo mucho tiempo libre. La lámpara permanece escondida hasta que encuentra a su próxima ama. A veces pasan dos meses y otras, diez años. En ocasiones son ochenta. La vez que más tardó en encontrar ama fueron ciento veinte años. —Levantó la mano y la giró despacio—. Al principio no podía disfrutar de esas cosas porque ni siquiera existían, pero en cuanto las descubrí… Son un gran entretenimiento. Aunque sigo prefiriendo los libros. Duran más.

—Ciento veinte años…

—Ten en cuenta que en la lámpara el tiempo pasa de diferente manera y no se nota tanto la espera. Quizá podría saberlo por la cantidad de cosas que hago mientras nadie la frota, pero es difícil calcularlo. Al salir es cuando sé todo el tiempo que ha pasado.

Alexis se quedó callada, pensativa. Everard le había dicho que no echaba de menos a nadie ni nada y ahora entendía un poco mejor el porqué. Al menos, en lo que a lo material se refería. Pero no dejaba de ser triste que tuviese que pasar tanto tiempo solo, sin tener a nadie con quien hablar, siempre esperando a que un nuevo amo encontrase la lámpara para poder salir de ella y descubrir qué cosas habían cambiado y en cuántos años. Y la única forma que había encontrado de vivir algo más era a través de los libros y las películas.

Se le hizo un nudo en el pecho, pero no se atrevió a darle voz a aquellos pensamientos, por si el genio se molestaba de alguna forma. Empezaba a conocerlo y sabía que no querría su lástima.

—Vale —resolvió—. Cambio de planes.

—¿Qué planes?

—Nada de películas. —Se levantó, fue al mueble del pasillo y volvió con una torre de cajas que dejó caer sobre la mesa baja—. Juegos de mesa.

Everard miró la pila con desconfianza.

—Esos no los conozco.

—Perfecto. Así no puedes estropearlo todo.

Empezaron por el parchís, que era el que estaba encima. Alexis le explicó las reglas, repartió las fichas y le dio el cubilete.

—Empieza tú —le concedió.

Everard sacó un cinco.

—¡Qué suerte! Ya puedes sacar ficha. —Tiró ella y le salió un cuatro—. Te toca otra vez.

Un seis.

—Con el seis volvía a tirar, ¿verdad? —preguntó Everard.

—Sí. Pero ten cuidado porque si sacas tres seguidos la última ficha que hayas movido volverá a casa —le advirtió.

El genio consiguió otro seis en su segunda tirada y un cinco en la última.

—Estás teniendo mucha suerte. —Alexis sonrió, más por cortesía que porque le naciese de dentro. Le parecía demasiado conveniente.

Cuando volvió el turno de Everard, constató que algo andaba mal porque sacó de nuevo dos veces el seis y una vez el cinco.

—¿La misma jugada? —malició—. ¿Dos veces seguidas?

—La suerte del principiante —le aseguró él.

—Sí, ya, la suerte de principiante. —Lo miró con los ojos entornados y el rictus serio.

—O puede que tenga un talento natural para este juego.

En la siguiente tirada no le quitó la vista de encima ni un segundo y, aun así, el dado giró sobre el tablero y se paró en un seis.

—¡Has hecho trampas!

—¿Cómo podría hacerlas? He lanzado el dado y ha rodado solo.

—Seguro que estás usando magia.

—Sabes que no puedo hacerlo para mi propio beneficio.

—Seguro que has encontrado una forma de engañarla para que se crea que esas tiradas me benefician —lo acusó.

—Eso es ridículo.

La sonrisa en su rostro le restó credibilidad, por lo que Alexis dedujo que ella había acertado en su deducción.

—Eres un maldito tramposo.

A pesar de la acusación, Alexis se echó a reír. Y sus carcajadas eran tan contagiosas que el genio no tardó en imitarla. Después, le confesó que hacía trampas, pero que no había necesitado usar la magia para eso.

—Es un dado trucado —le explicó—. Hace bastantes años, por no decir siglos, los juegos de dados estaban muy de moda. Una de mis amas era una estafadora y me enseñó a trucarlos.

—¡Lo sabía! Ya no juego más. —Aunque pretendía parecer ofendida, lo cierto era que le estaba costando no reírse de nuevo.

Aun así, cambiaron de juego. El Cluedo le pareció una idea mejor, porque las cartas se repartían boca abajo y el sobre del asesino quedaba en el centro de la mesa, fuera del alcance de cualquiera. Antes de terminar la segunda ronda, Everard soltó el cuaderno sobre el tablero.

—Acuso. Ha sido el profesor Moradillo, en la biblioteca, con el candelabro.

Alexis abrió el sobre y Everard había acertado en todo.

—Imposible.

—Se llama deducción, ricura.

—¡Pero si no has hecho ni una sola pregunta!

—He hecho dos —le recordó.

—Pero ninguna de ellas te ha dado pistas que te llevasen a ese culpable. Has tenido que mirar el sobre —lo acusó.

—Ha estado cerrado toda la partida. ¿Cómo iba a mirarlo?

—Porque seguro que puedes ver a través de las cosas. —En cuanto lo dijo, comprendió la implicación de eso—. ¡Oh, Dios!

¡Puedes ver a través de las cosas! No me habrás estado espiando en el baño, ¿verdad? O en la habitación.

—No seas tan dramática, ricura. —Alexis le lanzó un cojín que le atravesó el pecho. Se había olvidado de que era etéreo—. Y no, no te he espiado.

—Más te vale —lo amenazó.

Como último juego, Alexis eligió las cartas. Durante la partida, no le quitó los ojos de encima a Everard, ni cuando repartía ni cuando cogía o descartaba alguna carta. Y, aun así, el genio le ganó en cada una de las partidas. Pero en esa ocasión, lo pilló en una jugada, cuando anunció que tenía escalera de color.

—¡Imposible! No me lo creo.

—Compruébalo tú misma.

—¡Pero si esa carta la dejé yo hace nada! No puedes tenerla tú ahora —lo acusó—. ¡Has hecho trampas otra vez! Así no hay quien juegue a nada contigo.

—No te enfades —le pidió, aunque con una sonrisa canalla que le decía a Alexis que el hombre se estaba divirtiendo demasiado a su costa.

—¿Has usado magia?

—Sabes que no puedo hacerlo en mi beneficio —le recordó—. Pero…

—¡Sabía que había algo! —gritó, triunfal.

—Mi ama, la estafadora, no solo me enseñó sobre dados.

—Me preocuparía sobre qué más te habrá enseñado esa mujer si no supiese que una de las reglas de los deseos es que no puedes pedir la muerte de nadie —bromeó, aunque sus palabras cargaban un poco de verdad.

—Esa mujer no pidió ser rica —le comentó él—. Su primer deseo fue que nadie viese jamás las trampas que hacía. Ella sola amasó su fortuna a base de engaños.

—¡No puede ser!

—Lo digo muy en serio. Tenía una mente de empresaria… un tanto particular.

Alexis se rio hasta que le dolieron las costillas y tuvo que dejar las cartas sobre la mesa para recomponerse. Cuando levantó la cabeza, se lo encontró con una expresión más relajada. Quizá, incluso feliz.

Continuaron jugando hasta que el salón se quedó a oscuras. Everard había prometido no hacer trampas y había cumplido, así que Alexis logró ganar en alguna ocasión.

—Ha sido una tarde genial —dijo ella mientras recogían las cajas.

—¿En serio?

—Muchísimo. Hacía años que no jugaba a nada. Ha sido divertido, incluso si has hecho trampas en todo. —Le señaló con el dedo.

—Al final me comporté.

—Cierto.

Everard se levantó y su sonrisa se ensanchó.

—Pues falta lo mejor.

Alexis se incorporó a medias.

—¿Qué?

—Nos vamos.

—Es domingo y ya son las once.

—Es la hora perfecta.

—¿Para qué?

—Para el sitio al que vamos: Vieques.

—¿Y eso dónde está?

—En el Caribe. Al lado de Puerto Rico. Hace calor, así que ponte algo fresco.

—Después del frío de Noruega, eso del calor me ha convencido.

—Sabía que ese argumento funcionaría. —Le dedicó una sonrisa petulante.

Alexis eligió un pantalón corto y una camiseta de tirantes. Se puso unas sandalias y regresó al salón con el pelo recogido en una coleta alta.

—Lista.

Everard la miró de arriba abajo.

—No.

—¿Cómo que no?

—Nos vamos al Caribe, ricura. Tienes que lucir palmito.

Chasqueó los dedos y la camiseta y los pantalones desaparecieron. En su lugar, Alexis se encontró con un bikini negro y, encima, una camisola de gasa blanca que no ocultaba nada a la vista. Se miró a sí misma, luego a él, luego a sí misma otra vez.

—¡Everard!

—Es el Caribe. Y estaremos en el agua.

—No me pienso bañar por la noche en ningún lugar.

—No hará falta, estaremos en una barca.

—Entonces no hace falta ir en bikini.

—Pero estarás más fresca con eso.

—¡Se me ve todo!

—Y es un todo magnífico.

Que lo dijese de aquella forma, sin ánimo de halagar, sino más bien como un hecho constatado, le provocó mariposas en el estómago, pero se cruzó de brazos e intentó aparentar que no le

había afectado. Luego, regresó a su habitación y, al no encontrar la ropa que se había puesto, eligió otra similar. Cuando salió, él seguía en el mismo sitio, con la misma cara de paciencia insoportable.

—Ni se te ocurra —le advirtió antes de que intentase algo.

—Ni se me pasa por la cabeza —prometió él con una expresión que decía justo lo contrario.

—Lo digo en serio.

—Y yo.

—Everard.

—Venga, dame la mano o no llegaremos nunca.

Ella se la dio con desconfianza. El salón desapareció y lo primero que notó fue el calor, denso, muy distinto al de cualquier verano que hubiera vivido. Lo segundo fue la brisa sobre la piel de los brazos, de las piernas, del estómago. Bajó la vista y se encontró con el bikini negro y la camisola de gasa.

—Serás…

—Te queda estupendo. Solo disfrútalo, ricura.

Quiso responderle pero, una vez más, la dejó sin habla. No estaba acostumbrada a que nadie la piropease tan a menudo. ¡Qué diablos! Salvo sus amigas, nadie lo hacía nunca.

Alexis miró a su alrededor, solo por no pensar más en lo que había dicho, y descubrió que estaban al final de un camino de tierra, entre matorrales altos. No había casas, ni gente, ni ninguna luz que no proviniera del cielo. Y este se veía cuajado de estrellas.

—Madre mía. Qué bonito.

—Sí, precioso —susurró él, sin mirar al cielo en ningún momento.

Ante ellos, se abría una lengua de agua negra rodeada de manglares. En la orilla, medio varada en la arena, había una barca

de madera con dos remos dentro.

—¿Qué es este sitio?

—Bahía Mosquito.

—Menudo nombre.

—El nombre es lo peor que tiene. Vamos, sube.

Ella se descalzó, dejó las sandalias sobre una piedra y avanzó por la arena húmeda. Cuando puso la mano en la borda, Everard ya estaba dentro, sólido, con el peso suficiente para que la madera se inclinara de su lado.

—¿Te has materializado?

—Alguien tendrá que remar.

—Puedo hacerlo yo, aunque no lo he hecho nunca —admitió.

—No me molesta hacerlo.

Alexis se sentó en la bancada, de cara a él, con los brazos cruzados en un intento de cubrirse el cuerpo. Pero la vergüenza se le olvidó en el momento en que el remo tocó el agua y esta se iluminó de un azul vivo, eléctrico, que se disolvió poco a poco en miles de puntos diminutos hasta que se apagó del todo. Cada nueva palada provocaba el mismo efecto, algo que la hipnotizó durante varios minutos en los que no fue capaz de pronunciar palabra alguna.

—Había oído hablar de esto, pero nunca había podido presenciarlo —comentó más tarde, maravillada.

—Es plancton bioluminiscente —añadió él.

Alexis se inclinó sobre la borda y metió la mano en el agua, que se llenó de chispas alrededor de sus dedos.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida.

—¿Más que las auroras?

—Bueno —lo miró—, no sabría decirte. Las auroras han sido geniales, pero esto… está más cerca y puedo tocarlo.

—¿Y eso lo hace más interesante?

—Quizá solo más… tangible. Como sea, me gustan mucho las dos cosas. —Lo miró de nuevo—. Gracias por traerme. Aunque se suponía que era yo la que te enseñaría cosas nuevas.

—Y lo haces —le aseguró él, antes de continuar remando.

Se hizo el silencio, uno agradable que no los incomodó. Everard remó hacia el centro de la bahía y ella dejó la mano metida en el agua hasta que se le durmió el hombro y tuvo que sacarla. Un banco de peces cruzó por debajo del casco y dibujó una constelación verdosa que se deshizo enseguida.

—Podría quedarme aquí toda la noche —susurró ella.

—No veo el inconveniente.

—Que mañana trabajo y necesito dormir bien para afrontar el día —se quejó ella, mientras se recostaba contra la proa.

Durante un rato, dejó vagar la mirada por las estrellas. Tampoco había visto en su vida tantas como allí. La contaminación lumínica de la ciudad lo impedía.

Espió a Everard por el rabillo del ojo y vio que seguía al remo, con el mismo ritmo pausado que había adoptado al inicio, mientras sus fuertes brazos se marcaban con cada palada.

—¿Qué hora es? —Ni siquiera se había traído el móvil con ella.

—Casi medianoche.

—Everard. —Se sentó de nuevo, sorprendida.

—¿Qué?

—Llevas casi una hora materializado.

Él no contestó de inmediato.

—¿Y? —tanteó, al final.

—Que me alegro. —Alexis le sonrió—. Quiero decir, en casa no aguantabas más de diez o quince minutos antes de tener que dejar las cartas en la mesa para descansar. ¿Por qué crees que es? ¿A lo mejor es el sitio? ¿O el agua? O puede que estés mejorando. Ya llevamos tres semanas juntos.

Everard dejó de remar, con la vista clavada en el fondo de la barca durante un tiempo que a ella se le hizo demasiado largo.

—Tengo que confesarte algo.

—¿Qué pasa? —preguntó, preocupada.

—Puedo materializarme el tiempo que quiera… Siempre he podido.

Ella se quedó muy quieta. El único movimiento era el de la barca sobre las suaves olas del agua.

—¿Siempre?

—Desde el primer día —asintió—. Podría quedarme así mientras no pidas los deseos y tenga que volver a la lámpara.

—Pero tú me dijiste…

—Lo sé.

—Entonces… me has mentido.

Everard levantó por fin la cabeza, pero lo que se encontró en la cara de Alexis no era enfado, algo que había previsto, sino otra cosa que no supo descifrar. ¿Decepción, tal vez?

—Sí. Te he mentido —constató, muy a su pesar.

Después de permanecer con ella los primeros días y ver cómo era, se había planteado infinidad de veces contarle la verdad, pero nunca había encontrado el momento adecuado. O puede que solo

tuviese miedo de hacerlo y que ella se enfadase por la mentira. O peor todavía, que lo usase en su favor.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Siempre lo hago.

—Eso no es una respuesta, Everard.

—Cierto. —Se pasó la mano por la nuca—. Es una historia bastante larga.

—Bueno, tenemos tiempo. —Se encogió de hombros.

Se hizo un silencio tenso mientras el genio elegía las palabras.

—Llevo mucho tiempo en la lámpara —empezó él—. Más del que te puedas imaginar. Toda mi vida, en realidad. La única interacción que tengo con el exterior es cuando una de mis amas frota la lámpara. No sé si es casualidad o que las mujeres sois más susceptibles a encontrarla, pero en los siglos que llevo en esto, solo he tenido dos amos. El resto han sido mujeres siempre.

—De acuerdo. ¿Y esto tiene relación con la mentira?

—Sí. Al principio, no ocultaba nada. Aparecía ante ellas, me presentaba y les explicaba las reglas antes de que formulasen sus deseos. Era más cómodo para todos que yo me materializase. También para mí.

Hizo una pausa. Alexis esperó.

—Pero un genio al que puedes tocar se convierte en algo deseable. Y bueno… —Se señaló—. Al parecer, da igual la época, a las mujeres les atraen bastante los hombres con un cuerpo como el mío.

—Comprendo —respondió Alexis, con un ligero rubor en las mejillas. Se incluía a sí misma en aquella afirmación, pues no había

podido evitar admirar la perfección de sus curvas—. ¿Este es…? ¿Es tu verdadero aspecto o lo has elegido por algo?

—No puedo usar la magia conmigo mismo —le recordó—. Soy así, tal y como me ves.

—De acuerdo. Continúa.

—La primera que quiso algo más de mí que los tres deseos fue Merit. Ella me lo enseñó todo sobre el placer carnal, así que no me negaba cada vez que me arrastraba a su cama. Lo disfruté mucho.

—¿Ah, sí? —No se le ocurría qué más decir.

—Mucho. —Everard le sostuvo la mirada, pero ella tuvo que apartar la suya, por vergüenza—. Sentirse deseado, sentirse real era algo que no había tenido nunca. Se volvió adictivo. Durante un tiempo, cada mujer que me quería en su lecho me tenía allí. Sin protestas ni quejas. Al principio creía que era una suerte poder tener a tantas mujeres como quisiera. —Su rostro se desfiguró en una mueca de repulsión—. Pero después empecé a darme cuenta de que solo codiciaban mi cuerpo. En realidad, ninguna de ellas se interesaba por mí, solo por el placer que les podía proporcionar. Ni siquiera preguntaba si me apetecía, lo daban por hecho.

—¿En serio? Pero podías negarte, ¿no?

—Lo intenté en tres ocasiones. —Soltó una risa breve, pero amarga—. ¿Sabes qué pasa cuando le dices que no a la persona que tiene poder sobre ti? Nada bueno, te lo aseguro. Al final, tenía que ceder.

—Eso es horrible.

—Algunas incluso retrasaban los deseos tanto como podían. Por eso, empecé a engañarlas para que los pidiesen antes. Y, por eso, empecé también a fingir que no podía materializarme.

La brisa se había levantado. La superficie de la bahía se encendía sola en pequeñas olas azules. Pero ninguno de los dos le prestaba atención ya. Everard se sumió en los recuerdos y Alexis se quedó callada un buen rato, con todo lo que le había confesado el genio en la cabeza. La barca giró despacio sobre sí misma sin que ninguno de los dos hiciera nada por evitarlo.

—¿Por qué me lo has contado ahora?

—Porque me felicitaste por aguantar tanto tiempo. Ha sido como hacerlo por mentirte —respondió con pena.

—¿Solo por eso?

—Si fuera solo por eso, habría fingido que era por el lugar en el que estamos o por cualquier otra cosa que lo justificase. Lo cierto es que quería contártelo desde hace un tiempo, pero no sabía cómo sacar el tema sin que te enfadases por haberte mentido al respecto.

Ella bajó la vista. Era probable que se hubiese enfadado con él por mentirle con cualquier otra cosa, pero aquello… Saber por todo lo que había tenido que pasar, lo que lo había llevado a mentir, solo para encontrar cierta seguridad… lo entendía. Si ella estuviese en su lugar, habría hecho lo mismo.

—Sabes que yo nunca…

—Lo sé.

—Ni se me había pasado por la cabeza.

—Eso también lo sé. Lo supe a los pocos días. —Cogió los remos, dispuesto a volver a la orilla—. Por eso te lo he contado. Contigo no me hace falta mentir. Te has preocupado por mí, por mi bienestar, más que por lo que yo pueda hacer por ti. Y pretendes alargar el tiempo entre deseos, no porque quieras satisfacer tu apetito sexual

conmigo, sino porque pretendes que tenga experiencias terrenales reales. Y eso significa mucho para mí. No quiero mentirte.

—¿Lo has hecho en otras cosas?

—No.

Alexis lo miró un momento, con desconfianza, pero decidió creerlo porque no vio engaño en sus ojos. Claro que le habría mentido en pequeñas cosas, como que no le obligaría a usar el bikini que tenía puesto en ese momento, pero no en algo importante como con lo de materializarse.

—Vale.

—¿Un «vale» y ya está?

—Sí. Ya está. —Volvió a meter la mano en el agua, mientras Everard remaba hacia el punto de partida, donde se habían quedado las sandalias—. Me ha dolido un poco, no diré que no. Pero más que nada en el orgullo. Me he sentido idiota por un momento, después de haberte felicitado por aguantar tanto…

—Alexis…

—Déjame acabar. —Sacó la mano, todavía húmeda—. Me ha dolido, pero lo entiendo. Si a mí me pasara eso una sola vez, ya no me fiaría nunca más de nadie. Y tú lo has sufrido durante siglos. —Everard no dijo nada—. Además, no me lo has soltado porque te haya pillado, sino porque querías hacerlo. —Lo miró a los ojos—. Porque confiabas en mí. Y eso borra todo lo demás.

—Se me habían ocurrido tres excusas mientras me felicitabas.

—Pudiste haber usado cualquiera. Yo te habría creído.

—Por eso mismo no lo hice. —Soltó los remos—. Nunca he tenido un amigo y no debería desearlo porque, luego, la soledad de la

lámpara será más pesada, pero creo que, de tener uno, querría que fuera como tú.

—Gracias.

—No lo he dicho para que me des las gracias, ricura.

—Pero te las doy igual. Por creer que sería una buena amiga y por contarme la verdad. Después de todo lo que has pasado, estoy segura de que no te ha resultado fácil confesármelo.

—Es lo mínimo, después de todo lo que tú haces por mí.

—¿Yo? —Alexis parpadeó—. Si no hago nada.

—Ya empezamos.

—Es la verdad. Se suponía que yo era la que debía llevarte a un montón de sitios para que vivieses la experiencia de ser un humano normal, pero, al final, eres tú el que me trae a lugares tan impresionantes como este.

—Pero solo porque tú me has dado la oportunidad de mostrártelos. Mis otras amas ni siquiera se plantearon la opción. Solo pensaban en lo que ellas querían. El primer día juntos, tú me preguntaste si me aburría en la lámpara o si echaba de menos algo del mundo exterior. Nadie me había preguntado eso antes. Nunca.

—Era pura curiosidad. Una tontería.

—Puede que para ti lo fuera, pero no para mí —continuó—. Y esta tarde, quisiste saber cuánto tiempo pasaba dentro de la lámpara entre ama y ama, y cuando te dije que a veces eran décadas, te callaste y pusiste mala cara.

—Porque me pareció terrible que tuvieses que estar solo tanto tiempo.

—A nadie más le interesó saberlo.

—Ya…

—Hoy guardaste las películas y sacaste los juegos porque te dije que las había visto casi todas mientras estaba encerrado en la lámpara.

—Eso lo hice para que no me destripes más finales.

—Podías haberme pedido que no lo hiciera y ver lo que te diese la gana, aunque yo ya supiera de qué iba la cosa. Pero elegiste algo que yo no había hecho nunca. Así que no digas que no haces nada por mí, porque haces más que mis otras amas, que solo preguntaban qué podía concederles y si había forma de trampear lo de los tres deseos para tenerme más tiempo en la cama.

—¿Y hay forma de trampearlos? —No lo preguntó porque le interesase la respuesta, sino para aligerar el ambiente, que se había vuelto pesado por todo lo que estaban hablando.

Everard sonrió y hundió los remos otra vez, sin llegar a decir nada. También él había entendido que no era necesario hacerlo.

—Everard.

—¿Qué?

—Ahora que sé que puedes materializarte cuando quieras… ¿lo harás más veces?

—Si tú quieres, sí.

—Estaría genial poder hablar con alguien real por la calle. —Le sonrió—. Para no acabar en un psiquiátrico.

—A mí me gustaba más la dinámica que teníamos hasta ahora, pero si insistes… —bromeó con ella.

—Insisto, insisto. Además, si vamos a batir el récord de los cuatro meses, que parezcas una persona real lo facilitará bastante.

—Así podrás presentarme a tus amigas. —Elevó las cejas varias veces seguidas.

—No. No será necesario.

—Vivimos juntos, en algún momento me descubrirán.

—Puedes esconderte de ellas.

—¿Y que crean que te has vuelto loca porque les respondes cuando no te han dicho nada? —la picó—. ¿O tener que inventarte excusas cada vez que pase algo que no puedes explicarles? ¿O si…?

—Vale, lo capto —lo interrumpió—. Te las presentaré. Pero tienes que prometerme que no las alentarás en sus locuras. En cuanto sepan que somos amigos, querrán juntarnos. Si no es que una de ellas te quiere para sí misma. —Frunció el ceño al pensarlo—. O las dos.

—¿Celosa?

—¡No! —Se le coloreó el rostro—. Pero sería incómodo que apareciesen por casa a cada rato para intentar llevarte a la cama. —En cuanto lo dijo, recordó lo que le había contado y se sintió mal—. Lo siento. No debí decir eso.

—No pasa nada, ricura. He tenido cientos de años para superarlo. —Le guiñó un ojo—. No te preocupes, les dejaré muy claro que no estoy disponible para ninguna.

—Gracias.

Mientras se dirigían a la orilla, Alexis arrastró la mano por el agua para poder disfrutar una última vez de aquella maravilla. Ninguno dijo nada durante el trayecto, pero el silencio resultaba cómodo.

Cuando llegaron, Everard la ayudó a bajar de la barca y le tendió las sandalias después de sacudirlas, por si algún bicho se había adueñado de ellas.

—Gracias. —Se las puso—. ¿Nos vamos ya?

—Mañana trabajas.

—Odio que tengas razón.

—Es mi único defecto.

—Sí, claro —bufó ella—. Podría enumerártelos todos en el camino de regreso, pero como llegaremos en un chasquido de dedos, no tendré tiempo.

—Te sobrará tiempo en ese chasquido —bromeó él, pero para cuando acabó de hablar, ya estaban en el salón.

—¿Seguirás durmiendo en la lámpara? —preguntó Alexis, de repente—. ¿O quieres que te prepare la habitación de invitados? Está un poco abarrotada de cosas, pero podría librar la cama esta noche y ya mañana…

—Y luego dices que no haces cosas por mí. —Chasqueó la lengua en señal de disgusto—. No te preocupes, ya me encargo yo de todo.

—Pero no es justo…

—Tengo magia.

—Pero no puedes usarla para ti mismo.

—La usaré para ti. Para ayudarte a ordenar el caos que tienes allí —remarcó con sorna.

—Ja, ja. Qué gracioso.

—Buenas noches, ricura.

—Buenas noches.

Ya en la puerta de su cuarto, volvió la cabeza y se encontró a Everard todavía en el salón, como si esperase a que ella se fuese para arreglar la habitación de invitados, tal como le había prometido. Le sonrió y entró.

En cuanto apoyó la cabeza en la almohada, se quedó dormida.



UNA CITA INFORMAL CON ACE

El lunes empezó con un Everard sólido sentado a la mesa de la cocina, con los codos apoyados en ella y una taza entre las manos. Alexis se detuvo en la puerta con el pelo revuelto y los ojos a medio abrir, y tardó varios segundos en recordar que, a partir de ahora, tenía un compañero de piso real.

—Buenos días, ricura.

—Buenos días. —Se acercó a la encimera para servirse un café—. Creo que tardaré en acostumbrarme a verte así por la mañana.

—¿Así cómo?

—Así… —Hizo un gesto vago con la mano—. Tan corpóreo.

—Tiene sus ventajas.

Se sentó frente a él y bebió un sorbo.

—Cierto. Como que ya no me vayan a llamar loca por hablar sola —bromeó.

—Yo pensaba más bien en algo como que ahora podré incomodarte delante de los demás. Ya no te servirá que finjas no haberme escuchado.

Aunque lo había dicho para hacerla reír, Alexis vio el trasfondo de aquello y se sintió mal por todas las veces en que Everard solo había podido hablar con sus amas. Aquella debía de haber sido una existencia muy triste y reducida.

—Y yo que pensaba que ahora te comportarías… —continuó la gracia, a pesar de todo, pero cambió de tema—. ¿Qué tal la

habitación de invitados?

—Aceptable, ahora que se puede caminar por ella. Deberías replantearte tu relación con las cajas vacías.

—Las guardo por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso algún día necesito una caja.

—Había catorce ahí dentro, Alexis.

—Por si acaso un día necesito catorce. —Se encogió de hombros.

Everard se rio y ella se escondió detrás de la taza para que no viese su sonrisa de satisfacción. Después miró el reloj de la pared y se levantó de golpe.

—Me voy a duchar o llegaré tarde.

—Voy contigo.

Alexis se quedó parada a medio camino del pasillo.

—¿Qué?

—Al bufete —aclaró él, con falsa inocencia—. No a la ducha. Aunque, si insistes…

—Ni en sueños. —Se puso colorada de todas formas—. Y no puedes venir al bufete.

—¿Por qué no?

—Porque ahora te verían todos.

—¿Y eso es malo, por?

—Porque acabas de decir que me quieres incomodar delante de la gente. Mi trabajo es importante, así que no me arriesgaré.

—Eso lo dije en broma. No haré nada que te perjudique, Alexis. Estoy aquí para cumplir tus deseos.

Y aunque lo había entendido a la primera, no pudo evitar que su mente se fuera por otro lado cuando Everard habló de sus deseos.

«Deja de pensar en eso, Alexis. Ni se te ocurra». Después de lo que le había confesado la noche anterior, lo último que quería ella era imaginarlos a ambos en la cama. El genio era un hombre atractivo y tenía un cuerpo de infarto, el sueño de cualquier mujer, pero ella no lo cosificaría como habían hecho las demás amas.

—Pues mi deseo es que te quedes en casa.

—¿Es un deseo de verdad? —preguntó, con los dedos alzados.

—No —se apresuró a negarlo—. No es de esos deseos. Es una petición que espero que cumplas.

Everard guardó silencio, sin apartar la vista de ella, mientras pensaba en lo que le había dicho. Alexis esperó su veredicto, incluso si eso la retrasaba.

—¿Puedo acompañarte hasta allí, al menos?

—De acuerdo. Pero te vas en cuanto lleguemos —le advirtió antes de meterse en el baño. Si no se duchaba ya, llegaría tarde.



Su coche todavía estaba en el taller, así que se subieron en el autobús, incluso si Everard insistió en que podían llegar al bufete con un chasquido de dedos.

—Se supone que estos meses que pasaremos juntos son para que vivas la experiencia completa de una persona —le recordó Alexis—. Así que deberías olvidarte de la magia por un tiempo.

—De acuerdo. Pero esto parece muy aburrido.

—La gente aprovecha para leer o escuchar música —le sugirió.

—O dormir —añadió él al ver a un señor con los ojos cerrados, que soltaba pequeños ronquidos de vez en cuando.

—A mí me preocupa pasarme de parada. El día que nos conocimos, me pasó eso mismo y tuve que caminar bajo la lluvia para llegar a casa.

—La desesperación hizo que encontrases la lámpara —constató el genio—, deberías sentirte feliz por ello.

—Sí, claro. También me regaló tremendo resfriado.

—Pero tenías a un genio atractivo para cuidarte. Aunque me lo pusiste difícil al prohibirme entrar en tu cuarto. —La miró con el ceño fruncido.

—En aquel momento creía que eras producto de mi imaginación. —Se encogió de hombros.

Alexis puso música en el móvil y le pasó un audífono para que escuchase también él. Por una vez, Everard no dijo nada. Ni protestó ni cambió el estilo con un chasquido de dedos. Alexis se sintió orgullosa de que, al menos, en cuestión de música, el genio no la criticase. No como con la ropa que se ponía.

—Nos bajamos aquí —señaló, al llegar a la parada.

Caminaron en silencio hacia el edificio del bufete, pero Alexis iba pensando en qué decirle a Everard para que se fuera a casa sin armar un escándalo por no dejarlo pasar al interior. Una cosa era que nadie lo viese allí, que ya la incomodaba bastante, y otra tener a un hombre de carne y hueso al lado mientras trabajaba. Eso era de todo menos profesional.

—Te acompaño adentro —se le adelantó él—. Y nos despedimos una vez estés en tu puesto.

—¿Por qué no nos despedimos en la puerta y entro sola? —sugirió.

—Porque eso no sería muy caballeroso por mi parte.

—No me molesta que…

—Pero a mí sí. Además, quiero vivir la experiencia completa.

Alexis no pudo rebatirlo porque, durante el viaje en bus, ella misma había usado esas palabras para justificar que no emplease la magia para llegar antes al trabajo.

Robyn fue la primera en verlos y le dio un buen repaso a Everard. Aunque Alexis hubiera preferido que el genio se quedase fuera, al notar la envidia en el rostro de su compañera, se alegró de que hubiese entrado.

—Buenos días. —Robyn se acercó a ellos e ignoró a Alexis con descaro—. ¿Un nuevo cliente? Robyn Minnet. Un placer.

Everard le tendió la mano por cortesía, pero la retiró mucho antes de que la mujer pudiese admirar la suavidad de su piel. Alexis, por su parte, decidió encender el ordenador y fingir que no estaba atenta a su intercambio, o que no le molestaba que Robyn pretendiese coquetear con el genio ante sus narices. ¿Es que tenía que ir a por cualquier hombre que se acercase a ella?

—Si me dice qué necesita, yo podría conseguirle una cita hoy mismo con uno de los socios principales del bufete, señor…

—Tenía entendido que era Alexis la que se encargaba de la agenda por ti —respondió Everard sin darle su nombre, como había pretendido ella que hiciera.

—¿Eso te dijo? —Robyn se enderezó—. Bueno, ella me ayuda con algunas cosas.

—¡Ah! Te ayuda.

—Es una recepcionista muy competente.

—Estoy seguro. —Everard ladeó la cabeza—. Solo que, cuando alguien ayuda, suele ser con algo puntual, no que te hagan todo el

trabajo y tú solo te beneficies.

Alexis dejó de teclear, sin atreverse a levantar la cabeza. Le ardían las orejas después de lo que había dicho Everard, pero no se decidía sobre si eso había sido lo mejor o lo peor que le había pasado en aquel mostrador en todo el tiempo que llevaba trabajando allí. Nadie la había defendido de esa forma nunca. Nadie se había preocupado por ella.

Robyn tardó un poco en recomponer la sonrisa.

—Bueno, no ha sido decisión mía, así que no puedo hacer nada al respecto. —La voz le había subido medio tono mientras se justificaba—. Pero no importa. Dime, ¿vienes por algún asunto en concreto o…?

—He venido a acompañar a Alexis. Nada más.

Robyn miró entonces al mostrador, como si acabase de recordar que allí había alguien más. Después volvió al genio.

—¿A acompañarla? —Elevó una ceja—. ¿Estáis juntos?

Everard no contestó. Miró hacia Alexis, como si esperara que ella decidiese qué tipo de relación había entre ellos.

—Es un amigo de la familia. Ha venido a pasar unos días a la ciudad.

—Sí —admitió él—. Me quedo en casa de Alexis. Ha sido muy amable al acogerme y le compensaré con lo que ella desee.

Las mejillas de Alexis podrían incendiar el edificio entero como ese hombre siguiese hablando así. Sabía que lo había dicho con segundas intenciones, para molestar a Robyn, pero ella temía que la metiese en más líos con la mujer, así que decidió terminar con aquello.

—De todas formas, ya te ibas, ¿verdad? —Lo miró, con la esperanza de que le hiciese caso.

Sin embargo, antes de que nadie pudiese decir nada, Ace Coleman, que había oído la última parte de la conversación, se acercó y le tendió la mano a Everard.

—Ace Coleman.

Se dieron la mano. Alexis vio cómo Ace apretaba un poco más de lo necesario y cómo el genio no se daba por enterado.

—¿Trabajas en el sector? —preguntó Ace.

—No. Como he dicho, solo he venido a acompañar a Alexis. —Ace pretendía añadir algo más, pero Everard le dio la espalda—. Bueno, yo me voy. Hasta luego, ricura.

Y se marchó hacia la puerta de cristal sin despedirse de nadie más. Robyn, que seguía junto al mostrador, cruzó los brazos e hizo un gesto de disgusto que no se molestó en disimular.

—«Ricura» —repitió.

—Es un mote que me puso hace tiempo.

—Ya.

—Es mayor de lo que parece.

—Seguro. —Robyn recogió su carpeta del mostrador—. Espero, Gardner, que tengas la agenda del señor Harlow lista.

—Se la entregaré en cuanto llegue.

—Más te vale.

Se fue por el pasillo con la barbilla muy alta y sin mirar hacia Ace, que tampoco se había ido todavía. Alexis tenía la sensación de haber ganado algo, pero también le preocupaba que fuese a pagar por ello más tarde.

—Así que un amigo de la familia.

—Sí.

—¿De la tuya?

—Sí. —Que Ace la mirase de aquella forma la ponía más nerviosa de lo que ya estaba cuando entró en el edificio.

—¿Cuánto tiempo lleváis siendo amigos?

—¿Necesitas algo?

—¿Se quedará mucho tiempo en tu casa? —Ace ignoró su pregunta y continuó con el interrogatorio.

—El que quiera.

—Ya. —Ace asintió despacio. Después empujó el vaso de café hacia ella—. Para ti. Está recién hecho. Yo ya me he tomado uno.

Alexis paseó la mirada entre el vaso y Ace, sin saber cómo tomarse aquel detalle. Nunca antes se había fijado en ella y mucho menos le había llevado algo de beber. ¿Qué estaba pasando?

—Gracias —susurró.

—Oye. —Se apoyó en el borde del mostrador, con esa seguridad que solo los buenos abogados parecían dominar—. ¿Puedo decirte una cosa?

—Claro. —Odiaba no poder hablar con algo más que monosílabos, pero delante de Ace siempre se trababa y no quería pasar más vergüenza.

—Tú y yo nos hemos ignorado demasiado tiempo. —Alexis intentó decir algo, pero Ace no se lo permitió—. Pero creo que sé por qué.

—¿Ah, sí?

—Es por Robyn —sentenció—. Piensas que estamos juntos.

Alexis se quedó callada. Después de verlos aquella noche en el bar, de todas las veces en que habían ido a comer juntos y de haberlos pillado en su despacho la semana anterior, no era tan

descabellado pensar eso. Además, Robyn no dejaba de restregárselo por la cara en cada ocasión que tenía.

—No es asunto mío —contestó al final.

—No estamos juntos —zanjó él—. Nunca lo hemos estado, en realidad. Solo ha sido algo pasajero, pero nada más. Lo que pasa es que a ella le divierte que la gente piense lo contrario. Se lo he dicho mil veces y le da igual.

—Ah.

—«Ah» —repitió Ace con una sonrisa—. Semanas de malentendido resueltos con un «ah».

—Es que no sé qué decir.

—Di que sí. —Se inclinó un poco hacia ella—. Vayamos a comer juntos. Algo informal para ir conociéndonos.

Alexis sonrió, sin saber qué respuesta darle. Llevaba años soñando con este momento, debería estar pletórica de felicidad, pero en su pecho solo encontró angustia. ¿Por qué? Aquello era lo que siempre había querido: que Ace Coleman se fijase en ella. Esa comida informal podría ser el inicio de su relación, del matrimonio con hijos que había esperado conseguir con él.

—Vale.

—¿Vale?

—Vale. Comamos.

—A las dos —le propuso Ace—. Hay un italiano ahí al lado que está muy bien. Te va a encantar, Alexa.

—Alexis —lo corrigió.

—Eso he dicho. —Se alejó por el pasillo con el maletín en la mano.

Alexis trató de ignorar el hecho de que, una vez más, había pronunciado mal su nombre y se concentró en eliminar los nervios que le revoloteaban por el estómago. Si quería que aquello funcionase, necesitaba poder hablar con él más de dos palabras sin parecer estúpida. Era su oportunidad para impresionarlo y no podía fallar.

La mañana se pasó entre llamadas y clientes. Y, aunque había esperado que Everard regresase siendo etéreo, en realidad, no lo vio en ningún momento. Quizá le había hecho caso y había aprovechado para ver la ciudad por su cuenta. Quizá ninguna de sus otras amas se lo había permitido y pensar en eso la entristeció. Tener vida eterna, pero no poder disponer de ella a tu antojo debía de ser horrible.



El famoso italiano tenía manteles de papel y una carta plastificada con fotos de los platos. Pero estaba abarrotado, así que Alexis supuso que la comida sería buena, a pesar de que a primera vista el local no fuese tan espectacular.

Llegó un poco tarde porque había esperado como tonta a un Ace que había decidido irse antes sin avisarla.

—Te he pedido la lasaña —le anunció este, muy contento, cuando ella se sentó enfrente de él en la mesa que había ocupado—. Es lo mejor que tienen.

—Ni siquiera te ha preguntado qué querías.

Alexis dio un respingo tan brusco que la silla chirrió contra el suelo. Everard estaba de pie junto a la mesa, con los brazos cruzados y la vista clavada en Ace. Solo ella podía verlo.

—¿Estás bien? —preguntó Ace.

—Sí, sí. Es que… la silla está coja.

—¿Quieres que la cambiemos?

—No hace falta.

Everard se sentó en el sitio vacío, a su lado, lo que le dijo a Alexis que aquella comida no sería tranquila y que lo de intentar darse a conocer a Ace se complicaría bastante.

—¿Qué haces aquí? —musitó Alexis detrás de la servilleta.

—¿Decías algo? —preguntó Ace.

—Que todo tiene muy buena pinta.

—¿Verdad? Es por el horno. Es de leña.

—En realidad tienen una placa eléctrica —le informó Everard—. Lo del horno es de pega, para subir el caché. Algo que, por otra parte, nadie se creería. Este lugar es un poco cutre.

Alexis bebió agua para no contestar, aunque se moría de ganas de decirle que las apariencias no lo eran todo.

—Cuéntame algo de ti, Alexa.

—Alexis —lo corrigió.

—Eso he dicho.

Y, aunque le había pedido que le hablase de ella, al final la conversación giró en torno a él y a su labor como abogado. Alexis lo escuchó, más por el hecho de que así no tenía que hablar, o tartamudear, que porque le interesase lo que decía. Los casos que atendía no eran tan llamativos como para captar la atención de nadie.

—No es para nada egocéntrico —dijo Everard en algún momento de la comida, aburrido de oírlo hablar de sí mismo todo el rato—. Me

pregunto cuántos casos habrá perdido. Porque dudo que los haya ganado todos.

—Es un gran abogado —susurró ella.

—Sí, lo soy. —Ace la había escuchado y pensó que lo estaba alabando.

—Se ha mirado en el reflejo del cristal —informó Everard—. Con esta ya van tres veces.

Alexis bebió agua para controlar la lengua porque estaba deseando sacar de allí al genio. Si comer con Ace ya la ponía nerviosa, temer que Everard pudiese ponerlo otra vez en ridículo de alguna forma era incluso peor.

—Ahora te va a contar lo del máster.

—… y claro, cuando hice el máster, fue una locura porque trabajaba por las mañanas…

Alexis tosió. En esta ocasión, para disimular una risa, por la cara que había puesto Everard cuando acertó.

—¿Estás bien? —se interesó Ace.

—Sí. El agua se me ha ido por otro lado.

—Deberías beber con más cuidado, Alexa.

—Sí, Alexa —terció Everard, equivocando su nombre a propósito—. Bebe con más cuidado. Si te mueres, no podrá terminar de contarte la anécdota del máster.

Ella le lanzó una patada por debajo de la mesa sin recordar que no era sólido y golpeó la pata, por lo que las copas sobre ella temblaron.

—¡Perdón! —Alexis se puso roja—. Me desequilibró la silla coja.

—Te dije que la cambiásemos —rio Ace.

—No importa.

—Claro que importa. Algo que está defectuoso no sirve. Hay que desecharlo.

El comentario la disgustó más de lo que esperaba y prefirió no continuar con esa conversación. Pero tampoco tuvo tiempo de pensar en otro tema, porque Ace siguió hablando del máster.

—Solo piensa en sí mismo —insistió Everard—. ¿Por qué siempre te juntas con estúpidos y egoístas? Te mereces a alguien mucho mejor.

Alexis dejó el tenedor con mucho cuidado, para no hacer ruido y, sobre todo, para tratar de controlar las lágrimas que casi se le escaparon por lo que había dicho el genio. Por suerte para ella, el móvil de Ace vibró sobre el mantel, así que pudo disimular mejor.

Ace le dio la vuelta con dos dedos, miró la pantalla y se le escapó una sonrisa antes de terminar de leer el nombre.

—Perdona un segundo. Es Robyn. Será por lo del informe.

—Claro.

—Vuelvo enseguida.

Se levantó, se llevó el teléfono a la oreja y salió a la calle para oír mejor. Alexis lo observó a través del cristal, de espaldas, con una mano en la nuca. Después, cuando se giró de perfil, pudo ver que reía.

—Es trabajo —se adelantó Alexis.

—Yo no he abierto la boca.

—Pero estabas a punto de hacerlo. —Lo miró de forma acusatoria, solo un segundo para no levantar sospechas.

Everard no añadió nada más, pero Alexis sabía lo que pensaba: una vez más, Robyn había ganado. Poco importaba que, tras unos minutos, Ace regresase con ella, pues le sugirió pedir ya el café y

pagar la cuenta. Tenía que regresar al bufete antes de terminar la hora de descanso.

Ace pagó antes de que a ella le diera tiempo a sacar la cartera. También le sostuvo la puerta al salir. Alexis se lo agradeció en ambas ocasiones, aunque la ilusión de salir con él se había apagado un poco tras aquella llamada. No solo eso, sino también la conversación, pues no volvieron a hablar. La «magia» que había esperado sentir con él se había roto por completo.

—Al menos, ha pagado él la cuenta de ambos —comentó Everard.

—Es suficiente —lo reprendió ella.

—¿Qué dices?

—Que he comido suficiente para el resto del día —aventuró, nerviosa.

—Pero si te has dejado la mitad de la comida —rio Ace—. Sé que intimido un poco, pero no tienes que aparentar delante de mí, Alexia.

—Ni siquiera sabe cómo te llamas. —El genio parecía cada vez más molesto—. Este hombre no te conviene.

—Yo no… Alexis. —Trató de ignorar lo que decía Everard, mientras se concentraba en Ace.

—Eso he dicho.

Volvieron andando al bufete, uno al lado del otro. Robyn estaba allí cuando entraron, con cara de enfado y con una promesa de represalias en la mirada que le lanzó a Alexis. Esta no hizo nada, solo estaba deseando que acabase el día.



Everard se quedó con ella el resto del día, pero no dijo nada, algo que ella le agradeció porque no le apetecía hablar. Sin embargo, al llegar a casa, supo que tenían una conversación pendiente.

—Venga, dilo ya —le pidió nada más entrar en la casa.

—¿Que diga qué?

—Lo que llevas toda la tarde callando. Prefiero que lo sueltes de una vez a que me mires con esa cara.

—Te miro con la que tengo.

—Sabes que no —replicó ella, que se quitó el abrigo con más energía de la necesaria.

Everard se materializó del todo en mitad del salón para apoyarse en el respaldo del sofá.

—La comida ha sido un desastre —dijo, entonces.

—Ha estado bien.

—Ha sido un desastre y lo sabes.

—Ha ido bien. Hemos hablado, hemos…

—No, Alexis —la interrumpió—. Él ha hablado. De sí mismo, todo el rato. Y, luego, cuando Robyn lo llamó, te dejó sola en la mesa.

—Era por trabajo.

—Y lo peor no es eso —continuó él—. Lo peor es que regresó con una sonrisa en la cara que ni una sola vez te dedicó a ti en el tiempo que pasasteis juntos en el restaurante.

Era la primera vez que se ponía así con ella, pero Alexis no estaba dispuesta a admitir que tenía razón. También ella lo había notado, por desgracia.

—Es increíble —le soltó ella, en cambio—. A ti es imposible contentarte, ¿no? Con Max pasó lo mismo. Según tú, no me convenía porque solo buscaba una noche de sexo fácil.

—Y la buscaba.

—A lo mejor yo también quería solo eso.

—¿En serio?

—¡Esa no es la cuestión!

—Entonces dime cuál es.

—¡Que ninguno te vale! —Alexis levantó las manos, frustrada—. Llevas tres semanas en mi vida y ya has decidido que todos los hombres de esta ciudad son idiotas. A este paso me quedo sola.

—Eso no es cierto.

Alexis se dejó caer en el sofá y se pasó las manos por la cara. Estaba cansada y, por desgracia, no tenía nada que ver con la hora que era.

—No es justo —murmuró—. Ace por fin se fija en mí y me invita a comer. Me asegura que lo de Robyn solo fue algo pasajero. Ahora tengo posibilidades reales con él… Y dices que no es suficiente. ¿Esperabas perfección? Pues que sepas que nadie es perfecto.

—No espero que lo sea.

—¿Entonces qué? —Levantó la cabeza para mirarlo—. ¿Qué tiene que hacer un hombre para que a ti te parezca suficiente?

Everard no contestó enseguida. Rodeó el sofá despacio y se sentó en el otro extremo, de lado, con un brazo apoyado en el respaldo. Seguía tan serio que sintió la necesidad de abrazarse para protegerse de su intensa mirada.

—Que te elija —respondió.

—¿Qué?

—Ya te lo dije hace tiempo, Alexis. El hombre que quiera estar contigo tiene que elegirte a ti por encima del resto. Tienes que ser la

primera y no el reemplazo cuando la otra le dice que no. O cuando cree que serás una conquista fácil.

—Ace no…

—Se besó con ella en un bar delante de ti —continuó él, sin subir la voz—. Y los pillaste en su despacho unos días antes de que te invitase a comer. ¡A saber las veces que habrán hecho eso mismo en el trabajo! No lo digo para hacerte daño, sino porque llevas años viéndolo cada día y él siempre te ha ignorado. Hasta que aparecí yo. Entonces, decidió que no le gustaba que otro se llevase lo que creía que era suyo.

Alexis apretó los labios.

—En la comida se levantó de la mesa y te dejó sola porque ella lo llamó. Y, cuando volvió, terminó la cita con prisa.

—Tenía que volver al trabajo.

—¿Justo después de su llamada? ¿Viste la cara que tenía ella? Esos dos estarán ahora mismo echando un polvo de reconciliación.

—¡Everard! —protestó.

—No lo digo para hacerte daño —repitió—. Solo quiero que abras los ojos. Un hombre que no te elija en primer lugar nunca será suficientemente bueno para ti, Alexis. Da igual lo simpático que sea o si te trae café, paga la cuenta o se ríe con tus bromas. Y da igual lo guapo que te parezca, porque un hombre que no se ha aprendido tu nombre en años no te merece.

—Eso no es…

—Alexa. Alexia. ¿Cuántas veces has tenido que corregirlo? ¿Cuántas más lo dirá mal?

Alexis abrió la boca. Luego la cerró. No había nada que rebatir ahí. Aunque le pesase, Everard tenía razón. Solo que ella no estaba

preparada para aceptarlo todavía.

—Es tarde —soltó al fin—. Ha sido un día muy largo y no he dormido bien. Me voy a la cama.

—Alexis.

—Estoy muy cansada, Everard.

Él la observó durante un segundo largo, antes de ponerse en pie. Se acercó a ella y le acarició la mejilla con una ternura que casi logró hacerla llorar.

—Encontrarás al hombre correcto —susurró.

—¿Y si me equivoco otra vez?

—No lo harás. —La acarició de nuevo—. Confío en ti, Alexis. Cuando llegue el momento, sabrás que es él.

Una idea descabellada se le pasó por la cabeza, pero la descartó tan rápido como llegó. Incluso si pasase algo entre ellos, la historia estaba destinada al fracaso. Él era un genio y se marcharía en cuanto pronunciase sus deseos. Mejor no pensarlo siquiera.

—Buenas noches —le dijo.

—Buenas noches, ricura.

Alexis recorrió el pasillo, entró en su cuarto y cerró la puerta con mucho cuidado. Se sentó en el borde de la cama, a oscuras.

«Un hombre que te elija en primer lugar». Everard tenía razón. Y, por más que le doliese, para Ace había sido la segunda opción. Un entretenimiento mientras Robyn no lo reclamaba. Se lo había demostrado con aquella llamada.

Se tumbó de espaldas para mirar al techo y su mente le trajo de nuevo aquel peligroso pensamiento. Porque, desde hacía tres semanas, Everard había estado ahí para ella, incluso cuando le pedía que no lo hiciera. Le había mostrado las maravillas de la naturaleza,

la había hecho reír, y también enfadar, pero, sobre todo, no había tenido que esperar turno cuando lo necesitaba. Él siempre estaba ahí. Y puede que la cuidase para que pidiese los tres deseos, como le había dicho el primer día, pero Alexis creía que había algo más. Al menos, esperaba que la considerase una amiga.

—¿Tú me elegirías, Everard? —susurró, antes de cerrar los ojos e intentar dormir.

En el salón, el genio permaneció inmóvil durante varios minutos, sin decidirse a ir a su cuarto. El primero que había tenido en toda su vida, aparte de la lámpara. Le debía muchas cosas a Alexis y quería que encontrase la felicidad. Tanto si era sola como con alguien. Aun así, había un deseo oculto tras sus intentos de sabotear a cada hombre que se le acercase y es que ninguno la merecía. Si no le ofrecían el mundo entero, para él, esa persona no valdría nada.



SEGUNDO DESEO

El café ya estaba servido cuando Alexis entró en la cocina. Everard la esperaba junto a la encimera con un paño al hombro que no le hacía ninguna falta y levantó la barbilla a modo de saludo.

—Buenos días —respondió ella.

Se sentó a la mesa. El silencio que se instaló entre ambos no resultaba incómodo, pero sí era nuevo. Everard siempre metía alguna pulla para empezar la mañana, pero, en aquella ocasión, no hubo ninguna. Solo la observaba desde el otro lado de la encimera con atención, algo que Alexis prefirió ignorar.

—He hecho tostadas —anunció él al fin.

—Gracias, pero no me apetecen.

Chasqueó los dedos. El pan desapareció del plato y en su lugar quedó un cuenco de avena con miel.

—Everard.

—Es sano. Y dicen que sacia mucho.

—Tampoco me apetece.

Otro chasquido y la avena se convirtió en un plato de huevos revueltos que humeaba como si acabase de salir de la sartén.

—Nadie le hace ascos a esto —aventuró él.

—Normalmente no, pero…

Antes de que pudiese terminar la protesta, los huevos dieron paso a un bol de fruta cortada. Y esta, a un cruasán hojaldrado que soltó

escamas sobre el mantel nada más aparecer. El cruasán, a un plato de churros.

—¿No vas a parar? —preguntó ella.

—No, hasta que comas algo —repuso el genio—. Y te recuerdo que solo te quedan cuarenta y cinco minutos para llegar al trabajo.

Alexis apoyó la frente en la mano. Sabía que era cierto, porque aquel hombre no había cedido en nada desde que salió de la lámpara, ni siquiera en la ropa que ella escogía para salir de casa.

—Tortitas —claudicó—. Ponme tortitas y déjame en paz.

Everard chasqueó los dedos por última vez. En el plato aparecieron tres tortitas apiladas y, encima, dibujada con sirope, una cara sonriente idéntica a la que le había preparado el primer sábado, cuando ella todavía creía que se había vuelto loca. La reconoció al momento y supo que la había hecho a propósito, porque el genio no repetía nada por casualidad. Se le escapó una sonrisa.

—Come —le pidió con suavidad—. Luego ya te enfadas conmigo si quieres.

—No estoy enfadada —dijo, antes de empezar a comer.

Estaban buenas, cómo no, y con cada bocado se sentía un poco peor. No era culpa del desayuno, sino del hecho de que un hombre hubiese pasado media hora buscando algo que le apeteciera a una mujer que ni siquiera le había dado los buenos días con ganas. Nadie se había molestado nunca tanto por ella. Y mucho menos Ace, que llevaba años sin aprenderse su nombre, o cualquiera de los que habían pasado por su vida antes que él. Pero, para su desgracia, el único que lo hacía tenía fecha de caducidad. No, no estaba enfadada con él. Estaba enfadada consigo misma por desear algo que no podía tener ni con la magia de la lámpara.

—Están muy buenas —reconoció.

—Lo sé.

—Podrías fingir modestia alguna vez.

—Podría, pero no quiero —señaló él con esa sonrisa canalla que tanto le gustaba poner—. Además, hemos quedado en ser sinceros el uno con el otro, ¿no?

Alexis dejó el tenedor en el plato con cuidado y levantó los ojos hacia el techo en una señal de hastío, con lo que se ganó otra sonrisa bravucona del genio. Después se levantó y fue a por el abrigo, porque le pareció más sencillo que responder a eso.



Colgó el abrigo, encendió el ordenador y sacó del bolso la agenda del señor Harlow, que había vuelto a cuadrar en casa la noche anterior por unas citas de última hora que le había agregado dos minutos antes de su hora de salida.

—Buenos días, Alexia.

Ace pasó por delante del mostrador con el maletín en una mano y el móvil en la otra. Le guiñó un ojo sin detener el paso y, para cuando Alexis abrió la boca, el abogado ya doblaba el pasillo.

—Alexis —dijo de todos modos, para nadie, decepcionada.

Se había convencido de que esa mañana se pararía en el mostrador para hablar con ella o para invitarla a comer de nuevo. O quizá, incluso, para pedirle una cita más formal. A pesar de lo que le había dicho Everard, no había podido apartar la esperanza de que se equivocase con él. O puede que solo se aferrase a un sueño del pasado para no pensar en el futuro que no podría tener nunca.

—Basta de autocompadecerse. —Se colocó bien el cuello de la camisa y atendió al primer cliente que cruzó la puerta.

Y así pasó la mañana, entre clientes e informes. Hasta que llegó la hora de la comida y vio a Ace salir del despacho con el abrigo puesto. Venía directo a recepción, caminando con seguridad. Alexis notó cómo se le aceleraba el pulso. Sin embargo, Robyn se cruzó en su camino, con el bolso ya al hombro.

—Estaba a punto de bajar —le dijo—. ¿Comemos juntos? Tengo que contarte lo del expediente Marsh y no me apetece hacerlo por correo.

—Claro —aceptó él, sin vacilar.

Alexis bajó la vista al teclado y fingió que revisaba una cita. No quería que ninguno de los dos le viese la cara de tonta que se le debía haber quedado.

—Alexa.

Alzó la cabeza.

—Vente con nosotros. Invito yo.

Robyn no dijo nada, aunque la mirada que le lanzó dejó claro que no la quería allí.

—No puedo —se excusó Alexis, mientras el gesto de Robyn cambiaba a una sonrisa triunfal—. Tengo mucho trabajo.

—Tú te lo pierdes.

No insistió, tampoco pareció que le disgustase no poder comer con ella de nuevo. Solo salió con Robyn colgada del brazo y una sonrisa como la que había puesto después de hablar con ella por teléfono el día anterior. Estaba claro que Ace elegiría a Robyn en primer lugar siempre. Y, aunque creía que tendría que estar

destrozada por tal descubrimiento, en realidad, sintió un alivio que no supo cómo gestionar.



El banco de siempre estaba libre. Alexis se sentó y se apoyó el táper en las rodillas, pero no llegó a abrirlo, porque Everard se materializó a su lado con dos vasos de cartón y un paquete de papel.

—Es de la pastelería de tu calle —explicó—. He tenido que hacer cola como todo el mundo. Casi cuarenta minutos.

—Podías haber chasqueado los dedos.

—Tú siempre dices que tengo que vivir la experiencia completa, así que eso he hecho. Lo que ha incluido a una señora que se me ha colado delante y a la que no he dicho nada porque sentí que tú me criticarías si lo hiciera.

A Alexis se le escapó la primera sonrisa del día.

—Si no me lo hubieses contado, no lo habría sabido.

—Pero mi conciencia no me dejaría en paz hasta confesártelo. —Le tendió uno de los vasos.

—Gracias.

—¿Sigues molesta conmigo? —quiso saber el genio.

—¿Qué?

—Por lo de Ace. Lo que te dije en casa.

—No estoy enfadada contigo, Everard. Es solo que… —suspiró—. Tenías razón.

—Siempre la tengo —dijo con ese engreimiento suyo de siempre, que la hizo sonreír—. Pero ¿en serio te molesta eso? Ya deberías estar acostumbrada.

—Lo que me molesta es no saber elegir mejor. O… —le costaba confesar esa parte— conformarme con menos de lo que merezco.

—El primer paso para cambiar algo es reconocer que existe ese problema.

Alexis abrió el paquete en lugar de contestar. Dentro había dos tartaletas de nata y fresa, las mismas que le había dado a probar semanas atrás. Sus favoritas. Una vez más, Everard sabía cómo hacerla sentir especial.

—Ha ido a comer con Robyn —admitió al final—. Él venía hacia mí, pero ella se adelantó. Y, bueno, me invitó a ir con ellos, pero…

—Pero lo que yo te dije anoche te afectó. —Había pesar en su voz, como si se culpase por haberle causado ese disgusto.

—Si tanto le interesaba yo, le habría dicho que no a ella. —Miró hacia el suelo—. No quiero ser el reemplazo por si le falla la primera opción.

—¿Y por qué no te noto tan convencida?

Alexis se limitó a encogerse de hombros. Luego, comió el postre que le había llevado. El genio dio un mordisco a su tartaleta, masticó despacio y señaló con la barbilla a un hombre de traje que hablaba por teléfono junto a la fuente.

—Ese acaba de mentirle a su jefe.

—No empieces.

—Le ha dicho que está en un atasco para poder llegar más tarde y ahorrarse un tiempo en el trabajo —le aseguró—. Y esa mujer del carrito —continuó— lleva tres semanas sin dormir más de dos horas seguidas. Ha venido al parque porque el niño solo se calla con el ruido de fuera.

—Everard.

—¿Qué?

—Eso lo sabes de verdad, ¿no? —Lo miró—. Como lo de aquellos tres de la calle. No te lo estás inventando.

El genio dejó la tartaleta a medias sobre el papel. Tardó en responder. Cuando lo hizo, había perdido la sorna.

—Veo lo que le pesa a la gente —le confesó—. No sus vidas enteras, ni sus pensamientos. Solo lo que los hace desdichados. Así funciona la lámpara. Ya sabes que no la encuentra cualquiera, sino quien más la necesita. Y yo lo noto.

Alexis se quedó muy quieta con el vaso entre las manos.

—Entonces, cuando me encontraste a mí…

—Cuando me encontraste tú —la corrigió—. Yo no elijo, ricura. La lámpara lo hace. Y sí, aquella noche tu dolor era tan intenso que noté el tirón antes de que llegases al puente.

Se le cerró la garganta al oírlo. Se acordó de sí misma en el barro, con el tacón roto, convencida de que aquel era el peor día de su vida. Y ahora estaba en un banco del parque, con su postre favorito en la mano, porque un hombre había esperado cuarenta minutos en una cola sin ninguna necesidad de hacerlo.

—Ya no me siento así —dijo.

—Lo sé. —El genio sonrió—. Se te nota hasta en cómo andas. Aunque sigues vistiéndote fatal.

—Tenías que decirlo —protestó.

—Prometimos ser sinceros, ¿recuerdas? —se carcajeó él.

—No visto tan mal.

—Porque tú lo digas. Tengo siglos de experiencia, ricura.

—Que seas más viejo que yo no te convierte en más sabio, Everard.

—¿Viejo? —Fingió ofenderse—. ¿A quién llamas tú viejo?

Alexis se rio. Se rio con ganas, sin que le importase que estuvieran en un banco público y cualquiera los pudiera ver. Dos oficinistas que pasaban por delante se giraron a mirarla y a ella le dio igual. Cuando volvió al bufete a las tres, Ace y Robyn todavía no habían regresado. Aquello le pareció, después de muchos meses, un dato sin la menor importancia.



Esa noche sacó del mueble del pasillo la torre de cajas.

—Otra vez no —protestó Everard desde el sofá.

—Otra vez sí, porque me destripas todas las películas. Y sin trampas —le recordó.

—No las he vuelto a hacer desde el primer día.

—Ya, ya.

Empezaron por el dominó, que resultó un desastre, porque el genio calculaba las fichas que le quedaban a Alexis con solo mirarle la cara. Siguieron con un juego de palabras que guardaba desde hacía años en la caja de abajo. Aquello sí que fue un espectáculo. Everard colocó en el tablero cuatro términos que Alexis tuvo que buscar en el diccionario del móvil y que estaban todos recogidos, aunque ninguna persona viva los hubiese pronunciado en dos siglos.

—Eso no vale.

—Está en el diccionario.

—¡Está en el diccionario porque lo usabais vosotros!

—Yo no he usado esa palabra en mi vida —se defendió el genio—. La leí. Hay una diferencia.

—¿Y qué significa?

—Ni idea. Pero puntúa veintiséis.

Alexis le tiró una ficha a la cabeza. Le pasó a través de la sien, rebotó en el respaldo del sofá y aterrizó debajo de la mesa. Los dos miraron el punto donde había desaparecido antes de estallar en carcajadas a la vez.

Entonces, Alexis, mientras Everard recuperaba la ficha y guardaba el juego, comprendió lo bien que le hacía tenerlo en su vida. Llevaba horas sin acordarse de Ace, que era lo que, con toda probabilidad, el genio pretendía. Pero, ahora que era consciente de lo mucho que le estaba ayudando, también lo era de que aquello no duraría para siempre. En tres meses, a lo sumo cuatro, tendría que pedir los deseos que le faltaban y se acabaría todo. Everard regresaría a la lámpara para buscar a una nueva ama, que le pediría dinero y fama y lo desecharía sin más. Sin preocuparse por sus inquietudes o lo que él sentía o quería. Y él lo aceptaría, porque así había sido siempre y porque nunca se le había ocurrido que existiese otra posibilidad. Pero a ella acababa de ocurrírsele: no merecía unos meses buenos. Merecía todos los que quisiera y donde le diera la gana.

—Everard.

—Dime.

—¿Hay alguna forma de sacarte de la lámpara?

—Estoy fuera, ¿no?

—Me refiero a liberarte de ella para siempre —matizó.

El genio dejó de recoger al instante. A Alexis le pareció que la temperatura del salón bajaba un par de grados.

—Alexis.

—Es solo una pregunta.

—No puedo responder a eso.

—¿No puedes o no quieres?

Everard abrió la boca. Alexis vio cómo movía los labios, pero no salió nada de ellos. Ni en aquella ocasión, ni en las otras tres veces que lo intentó. Nunca lo había visto pelearse con nada.

—No puedo —logró decir al fin—. Esa es la única cosa de la que la lámpara no me deja hablar. Puedo contarte lo que quieras de mis amas, de los deseos, de las normas. De eso no.

—Pero sabes cómo hacerlo.

El genio la miró sin contestar. Ese silencio fue la respuesta más clara que le había dado desde que se conocían.

—Lo sabes —insistió ella.

—Alexis, déjalo.

—Si lo deseo, ¿funcionaría? ¿Podrías decírmelo entonces?

Everard se puso en pie. Se pasó la mano por la nuca, dio dos pasos hacia la ventana y volvió. Alexis reconoció el gesto, porque era el mismo que le había visto en la barca de Vieques antes de confesarle que llevaba siglos mintiendo a sus amas.

—Escúchame bien —le pidió—. Te quedan dos deseos porque yo malgasté uno por error. Tienes una hipoteca que no te deja respirar y un trabajo que no te gusta. Pídeme una casa con un parque delante o no tener que hacer las tareas de tus compañeros. Pídeme no volver a estar enferma nunca o viajar gratis a donde quieras por el resto de tus días. Elige lo que sea y te lo doy ahora mismo, sin discutir.

—Pero es que no quiero nada de eso.

—Sí que lo quieres. Lo que pasa es que eres demasiado buena y crees que no tienes derecho a pedir nada para ti.

—Everard…

—Llevo aquí algo más de tres semanas y nunca le has pedido nada a nadie —insistió, con voz temblorosa—. Aunque te veas asfixiada, nunca pides ayuda. Y ahora pretendes gastar un deseo que te pertenece, que podría mejorar tu vida, en un simple dato que no te aportará nada.

Ella se levantó también. Le llegaba a la altura del hombro y tuvo que echar la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada, pero no la apartó ni un segundo.

—Deseo saber cómo se libera a un genio de su lámpara.

El salón se quedó en silencio.

—Retíralo —le pidió él en voz baja—. Todavía estás a tiempo. Dime que no era un deseo de verdad y aquí no ha pasado nada.

—Era un deseo de verdad.

—Alexis.

—Es un deseo de verdad —repitió, para que no le quedase ninguna duda—. Concédemelo.

Everard cerró los ojos un instante. Después hizo lo mismo que aquella noche a la salida de la discoteca, cuando le robó el primero: se inclinó en una reverencia lenta y chasqueó los dedos.

—Tus deseos son órdenes para mí —murmuró—, ama.

A Alexis le dolió el tono de aquella última palabra. Llevaba semanas sin oírsela y supo que la había elegido a propósito, porque no estaba conforme con lo que había pedido.

Sobre la mesa baja apareció un manuscrito. No era un pergamino antiguo, como habría imaginado ella, sino un cuaderno de hojas cosidas a mano, con los bordes gastados y una cubierta de piel oscura sin título. Alexis lo cogió con cuidado.

—Pensé que me lo contarías tú.

—Te dije que no podía —le recordó el genio, que se había apartado hasta la ventana—. Tendrás que leerlo tú.

Alexis lo abrió. No reconoció el alfabeto, pero descubrió que lo entendía. Aunque no era capaz de pronunciarlo, en su mente, las palabras sonaban en su propio idioma. «Cosa de magia», pensó, lo que le puso la piel de gallina más que ninguna otra cosa que Everard hubiese hecho delante de ella.

Se sentó en el borde del sofá y leyó.

Un genio puede ser liberado de su lámpara solo si su ama utiliza uno de sus tres deseos para ello.

Este ha de formularse sin esperar nada a cambio. Si la lámpara halla el menor interés propio, no funcionará y el genio permanecerá atado.

Una vez formulado, el efecto es inmediato e irreversible. La lámpara desaparecerá y el genio perderá su magia.

Alexis leyó las tres normas varias veces. Después, cerró el cuaderno y dejó la mano sobre la cubierta, sin levantar la vista, porque necesitaba un momento para asimilarlo todo.

Si de verdad quería liberarlo, ahora más que nunca, debía mantener eso que empezaba a sentir por él en secreto. Necesitaba concienciarse de que lo haría por él, para que pudiera vivir de verdad y elegir cómo hacerlo. Incluso si eso lo alejaba de ella para siempre.

—Everard.

—Dime —respondió él desde la ventana, sin volverse.

—¿Alguna de tus amas te preguntó sobre esto alguna vez?

El genio se giró por fin. Se apoyó en el alféizar con las manos en los bolsillos y se tomó su tiempo para contestar.

—Las que se interesaron por algo del estilo preguntaban justo lo contrario.

—¿Lo contrario?

—Querían saber cómo conservarme más tiempo, incluso después de los tres deseos. Pero, en cuanto sabían que debían usar un deseo para averiguarlo, dejaban el tema. —Hizo una breve pausa—. Y tú debiste hacer lo mismo, ricura. Ahora solo te queda un deseo para conseguir lo que quieres.

No había reproche en su voz, solo tristeza, y a Alexis le resultó mucho más duro que si le hubiese gritado.

—Lo siento —murmuró.

—La única perjudicada has sido tú. —Everard se separó de la ventana y se acercó a ella—. Nunca lamentes tener un gran corazón, ricura. Aunque en este caso no haya servido de nada.

—¿Tú sabes lo que pone aquí?

—No puedo leerlo. —Se encogió de hombros—. Tampoco hablar de ello.

Alexis asintió. Se levantó del sofá con el manuscrito en la mano y le dio las buenas noches. Él se las devolvió.

Una vez en su cuarto, guardó el cuaderno en el cajón de la mesita, debajo de la nota que le había escrito Everard aquel primer día en el trabajo y que no quería tirar. Luego, se metió en la cama, aunque sabía que no lograría dormirse pronto. Tenía mucho en lo que pensar. Porque, tenía claro que usaría el último deseo para liberarlo, pero necesitaba decidir cuándo sería eso.

Debería haberlo hecho después de leer las reglas; pedir el deseo y acabar con todo. Pero una parte egoísta de sí misma quería disfrutar más tiempo de la compañía del genio. Y eso la hacía sentirse tan mala como las otras amas que solo buscaban conservarlo a su lado para siempre.

—Una semana —se prometió. A pesar de haber pactado cuatro meses, no lo obligaría a permanecer a su lado tantos días, ahora que sabía cómo sacarlo de la lámpara.

«Una semana».



UNA NOCHE ESPECIAL

El armario llevaba abierto veinte minutos y Alexis seguía delante de él con una toalla anudada al pecho. Se debatía entre ponerse ropa cómoda, como le apetecía, o algo sexy para no tener problemas con Everard.

Su vista viajó hasta el vestido burdeos que el genio había materializado para ella. Contrario a lo que creía, no había desaparecido después. Lo descolgó y se lo puso delante, para verse en el espejo. No le quedaba mal, de hecho, resaltaba sus curvas. El hombre había elegido bien, aunque nunca se lo diría. Su ego ya era bastante grande como para que ella lo aumentase.

Se lo puso y, muy a su pesar, tuvo que admitir que se sentía poderosa con él. Imparable. Y puede que, incluso, deseable.

—Te odio —susurró. Aunque, en realidad, era mentira.

Se recogió el pelo y se maquilló. Esta vez usó más color en los ojos y en los labios para que resaltasen. No quería ser invisible. Y no quería admitir que el hecho de que Everard fuese a pasar tiempo con ella y con sus amigas de forma corpórea tuviese nada que ver con su decisión.

—¿Puedo opinar cuando salgas? —preguntó Everard desde el pasillo.

—No.

—Voy a hacerlo igual —le advirtió.

—Lo sé.

Salió de la habitación con los zapatos en la mano y se lo encontró apoyado en la pared, con los brazos cruzados. Llevaba una camisa oscura y unos pantalones que le daban un toque serio, pero informal. Nunca le había visto esa ropa y se preguntó cómo funcionaba eso. ¿Tendría un armario en la lámpara? ¿O solo hacía aparecer lo que quería? Le había dicho que podía materializar todos los objetos que quisiera en la lámpara, así que la segunda opción era factible.

El genio la miró de arriba abajo sin ninguna prisa.

—Vaya.

—No empieces.

—No he dicho nada.

—Has dicho «vaya».

—«Vaya» es una interjección —replicó él—. Podría significar cualquier cosa.

—¿Y qué significa en este caso? —preguntó hastiada.

Everard se apartó de la pared y dio dos pasos hacia ella. Se detuvo a una distancia prudente, con las manos en los bolsillos.

—Significa que llevo casi un mes diciéndote que vistes fatal —respondió— y esta noche no voy a poder hacerlo.

—Pobrecito.

—Es un desastre. Tendré que atacarte por el pelo.

—¿Qué le pasa a mi pelo? —Se lo tocó, en busca de algo que estuviera mal, pero el genio se limitó a sonreír y supo que solo se burlaba de ella—. Eres insoportable.

Alexis se sentó en el brazo del sofá para ponerse los zapatos y evitar que Everard viese la sonrisa que se le escapó. Ya se había

acostumbrado a sus pullas y habían acabado por gustarle, aunque tampoco se lo diría.

—Escúchame —le dijo, señalándolo con un zapato, antes de ponérselo—. Vamos a repasar la versión.

—No hace falta.

—Sí hace falta. Mae te va a interrogar antes del primer plato.

—Que lo haga.

—Everard.

El genio suspiró y se dejó caer en el sillón. Esa vez el cojín sí se hundió bajo su peso.

—Nos encontramos por casualidad —recitó, aburrido—. En la calle.

—El martes —precisó ella—. Delante de la panadería de mi calle.

—Delante de la panadería.

—Y me reconociste del altercado.

—Y te saludé —añadió—. Porque yo no ignoro a las chicas guapas que rescato por las noches.

—Tomamos un café. —Lo miró con desaprobación por su último comentario, pero él le guiñó un ojo.

—Un café que pagué yo, porque soy un caballero. —Levantó un dedo—. Ese detalle es importante. Dará credibilidad al conjunto.

—Estuvimos charlando y…

—Mejor no digas eso. —Everard chasqueó la lengua—. No hace falta añadirlo porque la gente charla cuando toma café. Si lo especificas, parecerá muy forzado.

Alexis pensaba protestar, pero el genio tenía razón. Dar demasiados detalles podía estropear el plan.

—Se te da bien esto.

—He mentido durante siglos a mujeres muy inteligentes, ricura.

—Uy sí, qué orgullo.

—Como soy nuevo en la ciudad y todavía no conozco a nadie —continuó con la mentira que habían inventado—, os he invitado a cenar a las tres esta noche.

—¿Y a qué te dedicas?

—Consultoría.

—¿Consultoría de qué?

—Nadie pregunta eso. —Le dedicó una de esas sonrisas que tanto exasperaban a Alexis—. Confía en mí.

—Vale —dijo a regañadientes—. Bajemos, no quiero que nos vean salir de mi casa juntos.

—¿Te avergüenzas de mí? —bromeó el genio.

—Se supone que nos hemos visto solo un par de veces. Mis amigas saben que no metería en casa a un hombre que no conozco… —se calló al verlo sonreír—. Eres insoportable.

Alexis tomó el bolso y se dirigió hacia la puerta principal. Allí, cogió el abrigo del perchero y salieron de casa. Con cada paso que daba, Alexis se ponía más nerviosa. Muchas cosas podían salir mal, sobre todo, porque sabía cómo era Everard y cuánto le gustaba meterla en aprietos.

—Everard. —Se detuvo frente al ascensor para hablar con él.

—Dime.

—Si dices una sola cosa rara delante de ellas, te devuelvo a la lámpara.

—No puedes hacer eso.

—No me tientes —lo amenazó, incluso si luego se puso colorada, al comprender que lo que había dicho podía tomarse por otro lado—.

Pórtate bien, por favor.

—Seré un santo —prometió con la boca pequeña.

—Ya, ya.

Poco después de salir del edificio, llegaron sus amigas. Les había enviado un mensaje el día anterior para contarles que tenía una sorpresa para ellas esta noche. No había querido decirle qué, para no tener que responder a sus preguntas dos veces.

—Buenas noches —las saludó el genio.

—Buenas noches. —Nat fue la primera en acercarse para darle dos besos de cortesía, pero también lo repasó de arriba abajo con poco disimulo.

Mae fue más comedida, pero no dejó de admirarlo. También le dio dos besos.

—¿Nos vamos? —sugirió Alexis, molesta por las confianzas que se habían tomado sus amigas y consigo misma porque le molestase eso.

En el taxi, Nat averiguó su nombre, su profesión y que estaba soltero. Alexis tuvo que darle la razón, una vez más, al genio cuando su amiga, después de que él dijera que era Consultor, no le preguntase en qué área. La mirada que le lanzó él fue bastante significativa. Ella prefirió mirar por la ventanilla mientras sus amigas lo interrogaban y él, con mucha habilidad, derivaba la conversación hacia ellas para no tener que dar ningún dato que pudiese destapar el engaño.

Entonces el coche giró en una esquina de la calle y Alexis supo, antes incluso de que el conductor frenase, adónde las llevaba el genio.

—No.

—¿Perdona? —preguntó Mae.

—Nada. —Alexis bajó del coche con la mandíbula apretada—. Que no me puedo creer que haya elegido este restaurante.

Porque era en el que trabajaba Max. Y, aunque no podía acusarlo delante de sus amigas de haberlo hecho a propósito porque se suponía que no sabía nada de ellas ni de sus costumbres, también ella supo lanzarle una mirada que lo decía todo.

Everard le abrió la puerta a Mae con una cortesía impecable y esperó a que las tres pasasen delante. Cuando le llegó el turno a Alexis, ella se detuvo a su lado.

—¿Por qué aquí? —susurró.

—Es tu restaurante favorito.

—Sabes por qué te lo pregunto.

—Ricura —murmuró el genio, sin mover apenas los labios—, nadie recuerda nada. La única que se pone tensa al cruzar esta puerta eres tú. Llevas semanas sin pisar un sitio que te gusta por algo que no existe más que en tu cabeza. —Le cedió el paso—. Eso se arregla entrando una primera vez.

—También se arregla si no entro.

—A eso se le llama eludir los problemas.

Alexis le hizo caso porque Mae los observaba desde la mesa con curiosidad y no quería darle motivos para preguntar. Se sentó de espaldas a la barra, en un intento de no tener que ver a Max más de lo necesario. Algo que hizo a los dos minutos, pues el hombre apareció a su lado, libreta en mano.

—¡Chicas! —las saludó—. Ya os echaba de menos. Hacía semanas.

—Hemos estado liadas —respondió Mae.

—Y hoy venimos acompañadas —añadió Nat con entusiasmo.

Max miró a Everard y este le devolvió la mirada. Alexis, que estaba entre los dos, deseó que un agujero se abriese debajo de su silla y se la tragase.

—Bienvenido —dijo el camarero.

—Gracias.

—¿Primera vez por aquí?

—Así es —confirmó el genio—. Me han hablado muy bien de este sitio. Sobre todo del servicio.

Alexis levantó la vista de golpe hacia él, pero Everard miraba la carta. Todos pidieron por turnos, Max lo anotó y se fue a la cocina con la orden. Y no pasó nada.

Max volvió con el vino, bromeó con Mae sobre las oposiciones, le preguntó a Alexis por el trabajo con la misma cordialidad de siempre. No hubo ni un atisbo de vacilación. Para él, la última vez que se habían visto había sido en una cena cualquiera. Para Mae y para Nat también.

Le costó asimilarlo. Puede que, en el fondo, temiese que, al verse de nuevo, todos recordasen el percance, pero no sucedió y se sintió mal por haberles dado largas a sus amigas cada vez que hablaban de ir a comer allí.

—¿Estás bien? —le preguntó Everard en voz baja, mientras las otras dos discutían sobre el segundo plato.

—Sí.

—No lo parece.

—Estoy bien —insistió ella—. Es solo que… —Se llevó la copa a los labios sin llegar a beber—. Es raro ser la única que recuerda algo que los demás no saben ni que pasó.

El genio no contestó enseguida. Cuando lo hizo, había bajado la voz un poco más.

—Lo sé.

Y puede que ella estuviera hablando de sus cosas, pero comprendió que Everard pensaba en sí mismo. En todos los siglos que llevaba a cuestas, con historias que podía contar tantas veces como quisiera, pero que nadie compartiría con él porque la mayoría de los protagonistas ya estarían muertos. Alexis le apretó la mano por debajo de la mesa para que supiera que lo había entendido, y para darle ánimos.

A partir del segundo plato, la cena mejoró. Everard parecía saber qué decir en todo momento para amenizarla sin comprometerse con datos que luego pudiesen crearle problemas. Como cuando Mae lo interrogó sobre su trabajo y él respondió con algunas frases que no tenían sentido, pero lo hizo con tanto aplomo que su amiga asintió convencida.

—¿Has venido por trabajo? —le preguntó Nat.

—Solo estoy de paso. No tengo fecha para irme.

—Todo el mundo la tiene —objetó Nat.

—En realidad, lo mío es más bien un plazo para cumplir mis objetivos.

Alexis apartó la mirada hacia el mantel. Aquello le había recordado que, en dos o tres días, tendría que pedir el deseo para liberarlo.

Lo que no ocurrió en ningún momento, y ella lo había esperado después de cómo lo saludaron al inicio, fue que sus amigas le tirasen los tejos. Nat se pasó la primera media hora con el radar encendido, pero, en algún momento que no pudo concretar, lo apagó. Solo lo

entendió cuando Mae, que era menos sutil, se levantó antes de que llegaran los cafés y arrastró a Nat con ella.

—Vuelvo en un minuto —anunció—. Nat, ven conmigo.

—¿Para qué?

—Vamos, acompáñame.

—Intentan dejarnos a solas —murmuró Alexis, sin saber si le disgustaba o no que estuvieran haciendo lo mismo que había desencadenado el malentendido con Max. Por suerte, con Everard no tendría ningún problema.

—Ya. Nat decidió a la media hora que no estoy disponible para ellas y se lo ha comunicado a Mae con una pequeña inclinación de cabeza hacia ti y un movimiento de cejas. Fue un intercambio interesante. Deberías aprender ese idioma.

—Ya lo conozco.

—Pues parece que no te has enterado de que nos han emparejado. —El genio sonrió con picardía.

—Sí, bueno… ¿Te recuerdo por qué no quería venir a este sitio? Siempre intentan emparejarme con alguien. Según ellas, no vivo con la suficiente intensidad.

—Igual tendrías que hacerles caso.

—¿Para arrepentirme después? —En cuanto lo dijo, vio lo mal que había sonado aquello—. Yo… Lo siento… No iba por ti. Hablaba en general.

—Lo sé, ricura. No te tortures o tendré que borrarnos la memoria a todos —bromeó.

—No malgastaré mi último deseo en eso —bufó—. ¿Podrías hacerlo?

—¿No les borré ya la memoria una vez?

—Me refiero a ti mismo.

—Nunca lo he intentado.

No pudieron continuar con la conversación porque volvieron Mae y Nat, que traían una sonrisa cómplice poco disimulada.

—¡No nos vamos a casa, eh! —sentenció Mae después de que Everard pagase la cuenta—. Ni lo penséis.



Dentro de local había demasiada gente, pero consiguieron un hueco en una esquina de la barra gracias a la habilidad de Mae para abrirse paso. Everard se ofreció a ir a por la primera ronda antes de que ninguna sacase la cartera.

—Me caes bien —le dijo Nat.

—Es lo que suele pasar.

Alexis lo vio alejarse hacia el otro extremo de la barra, donde había menos gente. Se giró hacia sus amigas con la intención de adelantarse a lo que venía. No le dio tiempo, Mae no se andaba con rodeos.

—¿Te lo estás tirando?

—¡Mae!

—Es una pregunta legítima.

—No. No me lo estoy… —Alexis bajó la voz al notar que la pareja de al lado se giraba—. No.

—Pues deberías.

—Es un conocido. Nos tomamos un café y ya.

—Alexis, ese hombre lleva toda la noche mirándote —intervino Nat, que por una vez no lo dijo con sorna—. Y no me refiero a que te mire. —Señaló su cuerpo para hacerse entender—. Te presta

atención cuando hablas, te escucha mientras mantiene sus ojos sobre ti. Muy pocos tíos hacen eso. La mayoría solo espera a que termines para hablar de sí mismo.

—Estáis borrachas.

—Yo llevo una copa —objetó Mae.

—Pues tú estás peor.

Se rieron las tres y Alexis pensó que había esquivado el asunto. Sin embargo, cuando Everard regresó con las bebidas, sus amigas no dejaron de lanzarle miraditas cargadas de intención y de hacerle gestos con la cabeza para que se lanzase con él. Algo que no haría, claro, pero no podía explicarles por qué.

Como eso no funcionó, Mae sugirió moverse hasta la pista de baile. Entonces, empezó una operación conjunta entre Nat y ella que la dejó en brazos del genio antes de que pudiese saber qué pretendían hacer.

—Tus amigas no son nada sutiles. —Everard sonrió, mientras se movía al ritmo de la música, con las manos en la cintura de Alexis.

—Mis amigas siempre me meten en líos de los que después tengo que salir solita.

—Del último te libré yo —le recordó.

—Sí. —Lo miró con mala cara—. Desperdiciando mi primer deseo.

—No vas a dejar de echármelo en cara, ¿verdad?

—Nunca.

Guardaron silencio porque aquella palabra pesó demasiado entre ellos en cuanto Alexis la pronunció. Un «nunca» entre ellos tenía poco peso, pues su tiempo juntos era más corto de lo que les gustaría.

—Voy a pedir otra copa —les avisó Nat.

—Y yo la acompaño —añadió Mae, mientras le hacía un gesto a Alexis para que aprovechase que los dejaban solos.

—Iré yo —se ofreció Everard, que no había visto aquel intercambio. Y antes de que pudieran negarse, ya se movía hacia la barra.

—Los hay más cortos que tú, Ale —suspiró Mae con frustración.

—Quizá es que habéis visto lo que no hay —sugirió ella, a modo de excusa.

Entonces, se giró hacia la pista con la copa vacía en la mano, porque no le apetecía continuar con aquella conversación. Pero allí vio algo que la paralizó.

Ace estaba junto a la columna del fondo, con la camisa remangada y la chaqueta colgada del brazo. Robyn le hablaba al oído con una mano apoyada en su pecho. Él se reía. Y, dos segundos después, mientras la secretaria seguía pegada a él, Ace levantó la vista y le sostuvo la mirada a una chica que pasaba con una bandeja, con una sonrisa que Alexis conocía muy bien porque se la había dedicado a ella en el despacho no hacía tanto tiempo.

Y ahí lo comprendió todo: Ace era un conquistador. Nunca se interesaría por una sola mujer porque las quería a todas. Esperó que la revelación le partiese el corazón, pero solo pudo escuchar la voz de Everard en su mente: «Un hombre que te elija en primer lugar». Y Ace nunca elegiría a una mujer, porque no creía que tuviese que renunciar al resto.

—Ay, madre —murmuró Mae, que había seguido la dirección de su mirada—. Vámonos.

—No.

—Alexis…

—Estoy bien —respondió, y descubrió con asombro que era verdad.

Ya era tarde de todos modos, porque Robyn la había visto. Alexis notó el momento exacto en que ocurrió: la secretaria se separó de Ace, se atusó el pelo con los dedos y echó a andar hacia la barra con la copa en alto y esa sonrisa falsa que tanto usaba cuando se dirigía a ella.

—¡Pero bueno! —exclamó al llegar—. Alexis. Qué casualidad.

—Robyn.

—Estás… —Le dio un repaso de arriba abajo y alargó la pausa lo justo—. Distinta. Te has arreglado. ¿Alguna ocasión especial?

—He salido con mis amigas.

—Ya veo. —Robyn miró a Mae y dio medio paso atrás, por si acaso—. ¿Y no hay nadie más? Porque es que cada vez que te veo fuera de la oficina estáis las tres solas y me da una cosa… Con lo mona que eres cuando te esfuerzas.

—Mira, guapa… —empezó Mae.

—Solo era un comentario. —Se llevó la mano al pecho—. Es que Ace y yo decíamos el otro día que deberíamos presentarte a alguien, Alexis. Un compañero suyo, alguien majo, no sé. Nos das tanta pena.

Alexis abrió la boca sin tener aún la respuesta preparada, que era lo que le pasaba siempre, porque las buenas se le ocurrían de madrugada, cuando ya no podía usarlas. Y entonces notó un vaso frío contra los dedos.

—Perdón por la tardanza —dijo Everard—. Había cola.

Repartió las copas con calma entre las chicas. Después le pasó el brazo por los hombros a Alexis y la atrajo hacia su costado con una

naturalidad que la dejó sin aire.

—No nos han presentado —le dijo a Robyn.

La secretaria tardó tres segundos completos en recomponer la cara.

—Nos conocimos el otro día en el bufete —respondió, como si le ofendiera que no la recordase.

—Ah. —El genio asintió despacio—. Tú eres la que no hace su trabajo.

—¿Cómo?

—Ahora te recuerdo —continuó—. Alexis se ocupa de hacer tu trabajo para que no te despidan. —Le apretó un poco el hombro—. Es que mi Alexis tiene un gran corazón.

Nat se llevó la copa a la boca para tapar la sonrisa. Mae ni lo intentó, disfrutaba demasiado del espectáculo.

—Bueno —rio Robyn, intentado disimular la incomodidad—, en un bufete todos colaboramos.

—Sí, algo así me dijiste el otro día, pero… Es una justificación bastante pobre, la verdad, para tu ineptitud.

—Everard. —Aunque Robyn se mereciese aquel escarmiento, Alexis se sintió mal por ella.

—¿Y tú quién eres para…? —preguntó con rabia la secretaria.

—Un amigo de Alexis —la interrumpió.

—Un amigo —repitió con insolencia—. Qué mono. ¿De los que se van en cuanto consiguen lo que quieren de la desesperada de Alexis?

Fue una pregunta cruel y buscaba una sola cosa: avergonzar a Alexis delante de Ace, que presenciaba el intercambio en silencio.

—De los que se quedan para siempre si ella me lo permite —respondió.

—Sí, claro.

Everard puso dos dedos bajo la barbilla de Alexis, le giró la cara hacia él y la besó sin previo aviso. No fue un beso inocente para probar su punto. Eso fue lo primero que pensó Alexis, cuando todavía era capaz de hacerlo, porque uno de esos habría durado dos segundos y habría sido superficial. Pero aquel le abrió los labios despacio, le pidió permiso sin palabras y esperó a que ella se lo diese, cosa que hizo sin ninguna dignidad. El local desapareció y quedó solo el calor de una mano en su nuca y el sabor de ambrosía en sus labios.

Se agarró a la camisa del genio con la mano libre. Él soltó un sonido bajo contra su boca, que Alexis sintió en el esternón. Y cuando ella se apretó un poco más contra su cuerpo, Everard la sujetó por la cintura y la separó unos centímetros, con la respiración descompuesta y los ojos cerrados, porque había que parar y ninguno de los dos parecía tener la capacidad de hacerlo.

Alexis abrió los ojos y se encontró con el rostro pálido de Robyn y la furia en la mirada de Ace. Pero nada de eso le importaba porque todavía estaba asimilando el mejor beso que había recibido en su vida.

—Nosotros… Ya… Bueno, nos vamos… —acertó a decir la secretaria.

Se dio media vuelta y arrastró a Ace con ella fuera del local.

—Se han ido. Joder, se han ido con el rabo entre las piernas. —Se giró hacia ellos con las manos en la cabeza—. ¡Dios! Ha sido lo mejor que he visto en mi vida.

—Mae —la llamó Alexis.

—Si vieras cómo le ha cambiado la cara mientras os besabais.

—Mae.

—El karma existe.

—Mae —repitió por tercera vez.

—Vale, vale. Ya paro. —Le dio un codazo a Nat—. Nosotras nos vamos.

—¿Qué? Si acabamos de llegar.

—Es que mañana madrugo.

—Es sábado.

—Tengo… —Mae miró alrededor en busca de algo, lo que fuese—. Cosas.

—Y yo he quedado —añadió Nat, que ni se molestó en fingir—. Con nadie en concreto. Con quien surja. Buenas noches.

Desaparecieron entre la gente antes de que Alexis pudiera protestar.

—Deberíamos irnos también —dijo Alexis antes de que el silencio incómodo que creía que surgiría pronto entre ellos se apoderase de ambos.

—Sí.

—Pido un taxi.

—Alexis.

—¿Qué? —Se atrevió a mirarlo.

Everard le tendía la mano, con la palma hacia arriba, sin decir nada más. Ella la miró por un momento y comprendió que no le ofrecía un atajo hasta su piso, sino otra cosa. La elección era suya. Podía llamar al taxi y sentarse veinte minutos en el asiento de atrás, mientras tenía tiempo para pensar en lo que había pasado entre

ellos. Quizá para controlar a su desbocado corazón, que todavía no parecía dispuesto a relajarse, y así poder darle las buenas noches en el pasillo y meterse en su cuarto, sin que sucediese nada más entre ellos.

Le puso la mano encima.

El salón apareció a su alrededor, con la lámpara pequeña encendida, esa que dejaba así cuando salía con sus amigas para poder ver algo, en caso de que llegase muy perjudicada a casa.

Alexis no llegó a soltarlo. Se quedaron los dos de pie en mitad de la habitación, con la tensión vibrando entre ellos.

—Alexis. —La voz del genio sonó ronca—. Necesito que me digas una cosa.

—Everard…

—Escúchame. —Le sujetó la cara con las dos manos, aunque no se acercó más—. Lo del bar lo he hecho por ti. Quería cerrarle la boca a esa mujer y me ha salido bien. Demasiado bien. —Tragó saliva—. Se me ha ido de las manos y no quiero que ahora te sientas obligada a nada. Si me dices que lo olvidemos, no habrá pasado y listo.

—No quiero olvidarlo —susurró ella.

—Necesito oírlo.

Y ahí lo entendió: se lo preguntaba porque, durante siglos, nadie se lo había preguntado a él. Porque ninguna de sus amas había pensado en lo que él quería o en si le apetecía o no. Aquel hombre había aprendido lo que era un «no» de la peor forma posible y, por eso, esa noche, quería un «sí» dicho en voz alta que no albergase ninguna duda.

Alexis le puso las manos sobre las muñecas.

—Te deseo, Everard —le dijo—. No a Ace, ni a nadie más. A ti. —Le sostuvo la mirada—. Y si dentro de dos minutos cambio de opinión, te lo diré. Te prometo que te lo diré.

—Vale.

—¿Vale?

—Vale —repitió el genio.

Y la besó de nuevo. Lo hacía despacio, con una atención minuciosa que la desarmó por completo. Le sujetaba la cara con las dos manos, le recorría el labio inferior, se apartaba por un segundo, antes de volver a empezar. Ella se agarró a su camisa porque las piernas habían decidido dejar de colaborar.

—¿Sigue en pie lo de avisarme? —murmuró él contra su boca.

—Cállate.

—Solo para confirmar.

—Everard, si vuelves a preguntármelo te juro que…

No terminó la amenaza. El genio le puso la mano en la nuca y la besó de una forma distinta, sin la calma anterior. Notó los dedos de él en la cremallera del vestido. Se detuvieron ahí, a la espera. Alexis se separó lo justo para mirarlo a los ojos y asentir. Entonces, oyó el sonido del metal al bajar por su espalda. La tela cedió, se le soltó de los hombros y cayó al suelo.

Se le encendió la cara. Aquel era el momento en que siempre le entraban las ganas de apagar la luz. No es que tuviera un cuerpo feo, para nada, pero se sentía vulnerable al exponerse a un hombre en la intimidad.

—No —le pidió el genio, que le había leído la intención—. Déjala encendida.

—Es que…

—Quiero verte —insistió—. Llevo más de tres semanas imaginándome lo que había debajo de tus mantas con botones. Permíteme descubrirlo ahora.

Alexis soltó una carcajada ante el comentario, que se ahogó en su garganta cuando descubrió la forma en que la miraba Everard. Con deseo, con adoración. Se sintió una diosa.

—Ven aquí —le dijo, antes de levantarla en brazos. Alexis dio un grito, se agarró a su cuello y se echó a reír contra su piel.

—Esto es un clásico —protestó.

—Yo soy un clásico. Aguántate.

El genio se detuvo delante de la puerta del dormitorio y Alexis comprendió el motivo. Le había prohibido entrar desde el primer día y le había cerrado la puerta en las narices muchas veces.

—Puedes pasar —le concedió.

—Vaya. Qué honor.

—Pero no te acostumbres.

Everard la dejó sobre la cama. Después se quedó de pie, con la camisa a medio desabrochar. Alexis se incorporó sobre los codos para mirarlo y luego se acercó a él, de rodillas en el colchón, para recorrer los músculos definidos de su pecho con los dedos.

El genio cerró los ojos.

—Alexis.

—¿Qué?

—Nada. —Tragó saliva—. Sigue.

Alexis entendió que los nervios del hombre no venían por lo que iba a pasar, pues tenía más experiencia que ella, y que cualquiera. Estaba nervioso porque sería la primera vez que nadie le exigía

nada. Entonces, terminó de desabrocharle la camisa, se la quitó y le puso la palma en el pecho para notar el latido de su corazón.

—Dime qué quieres —le pidió.

—¿Qué?

—Que me digas lo que quieres tú. —Le sostuvo la mirada—. Siempre has tenido que complacer los deseos de los demás, ahora te toca a ti pedir.

Everard se quedó callado. Alexis vio cómo movía la mandíbula y, por un segundo, creyó que había estropeado el momento. Después, el genio le cogió la mano que tenía sobre su pecho, se la llevó a la boca y le besó los nudillos uno a uno.

—A ti —respondió con la voz rota—. Te quiero a ti.

La besó en la boca para acallar cualquier otra pregunta. Y, cuando ya la tenía suspirando entre sus brazos, bajó al cuello y al hueco del hombro, donde el roce de sus labios le provocó un escalofrío de placer. Luego, continuó su camino hasta sus pechos y Alexis le hundió los dedos en el pelo para sostenerse porque las piernas le fallaron de nuevo.

—No te contengas, Alexis —le pidió él, al ver cómo mantenía la boca cerrada con fuerza—. Déjame escucharte.

Las manos del genio jugaron con sus pezones, antes de que su boca se uniera a ellas. Alexis soltó un gemido profundo al sentir los dientes de Everard sobre su piel sensible. El hombre tenía experiencia y se notaba en cada paso que daba, pero ella quería darle una experiencia diferente. Él siempre había sido el que lo daba todo, porque se lo exigían, así que ahora quería que recibiese mucho más.

—Espera —lo detuvo y lo obligó a tumbarse de espaldas en la cama.

—¿Qué pasa? ¿Te has…?

—Siempre estás pendiente de mí. —Le besó el pecho entre palabra y palabra, mientras usaba las manos para recorrer su piel desnuda—. Siempre te adelantas a mis necesidades, incluso antes de que yo sepa cuáles son. Deja que sea yo quien haga algo por ti esta vez.

—Ya lo haces, Alexis. Me has dado más de lo que crees. Me has visto como un hombre, no como un objeto. —Le acarició la mejilla—. Me has dado experiencias humanas. Te has interesado por lo que me gusta, lo que me preocupa… lo que quiero. No necesito que hagas nada más por mí. —La giró para que quedase debajo de él—. Solo necesito que me mires así, como ahora, mientras hacemos el amor.

Alexis quiso protestar, pero Everard no se lo permitió. La besó de nuevo y la desnudó, antes de deshacerse de su propia ropa. La urgencia por sentirla piel con piel parecía demasiado grande porque lo hizo a una velocidad que a Alexis le costó seguir.

—Impaciente —rio ella.

—Mucho —repuso él, antes de devorarle la boca.

Alexis le rodeó las caderas con las piernas y Everard se introdujo en ella, sin prisa, con movimientos calculados que solo intensificaban lo que sentían. Se miraron a los ojos todo el tiempo. La vergüenza que siempre sentía ella cuando se acostaba con alguien había desaparecido.

—No sabes el tiempo que llevo esperando esto, Alexis —le confesó Everard—. Lo he recreado mil veces en mi mente, pero nada

se le parece a lo que está pasando ahora. Eres especial y única. Te mereces el amor de un hombre que solo se fije en ti, que solo te adore a ti. —La besó con ternura, sin dejar de moverse—. Pase lo que pase después de hoy, no aceptes menos.

Aumentó el ritmo, mientras bajaba los labios al cuello de Alexis. Esta cerró los ojos por la intensidad que estaba despertando en ella y le clavó las uñas en la espalda cuando alcanzó el clímax.

Después de eso, el mundo se desdibujó para ella. Solo recordaba haberse dormido en brazos de un genio que susurraba su nombre con devoción.



Se despertó de madrugada. La luz del salón entraba por la puerta entornada y dibujaba una franja en el suelo. A su lado, Everard dormía boca abajo, con un brazo cruzado sobre la cintura de ella y la cara girada hacia el otro lado. Alexis se quedó muy quieta para no despertarlo.

Observó su espalda, donde le había dejado la marca de las uñas, y su rostro ardió de vergüenza por haber sido tan intensa con él. Sin embargo, no se arrepentía. Así lo había sentido y, por primera vez en mucho tiempo, se había dejado llevar sin pensar en las consecuencias o en lo que el otro pudiera pensar de ella. Porque Everard nunca la juzgaría. Bueno, bromearía con ella al respecto, pero eso era lo que más le gustaba del genio, aunque la sacase de quicio. Sonrió, feliz.

Entonces, se acordó del cuaderno. De lo que debía hacer para liberarlo. Y tuvo miedo. Miedo de no poder hacerlo o de que la lámpara no lo aceptase.

«El deseo ha de formularse sin esperar nada a cambio. Si la lámpara halla el menor interés propio, no funcionará y el genio permanecerá atado».

Alexis dejó de respirar.

El día que descubrió qué hacer lo tenía claro. Lo quería libre. Lo quería fuera de aquella lámpara y lejos de cualquier otra mujer que quisiese usarlo. Si el precio era no volver a verlo, lo pagaría. Le pareció sencillo. Lo único que sentía por él era pena, por los siglos que había pasado solo. Liberarlo no era por su propio interés, sino por el de Everard.

Ahora, el hombre dormía con un brazo sobre ella, y habría dado cualquier cosa porque no fuera la última vez. Algo en su interior había aparecido esa noche, un anhelo al que no quería poner nombre. Había estado ahí durante días, pero había sido capaz de callarlo. Hasta que se acostó con Everard. Ahora le gritaba fuerte: «que se quede, por favor».

Se llevó la mano a la boca para no hacer ruido, cuando las ganas de llorar la asaltaron. Acababa de comprender que había puesto en riesgo lo único que podía darle a Everard, lo único que ninguna de sus amas le había ofrecido en siglos, por una sola noche. Aunque hubiese sido la mejor de su vida.

Se apartó del brazo del genio con mucho cuidado y se sentó en el borde de la cama. Everard se removió detrás de ella, antes de que pudiese levantarse.

—¿Adónde vas? —murmuró, con la voz espesa de sueño.

—A ninguna parte.

—Ven aquí.

Alexis cerró los ojos. Sabía lo que tenía que hacer, pero no quería hacerlo. Aun así, se giró hacia el genio y empezó:

—Everard.

—Dime.

—Esto no puede volver a pasar.

El hombre se despejó de golpe. Se incorporó para mirarla a los ojos.

—¿Qué?

—Lo de esta noche. —Le costó pronunciar cada palabra—. No me arrepiento. Necesito que tengas eso claro, porque no me arrepiento de nada. Pero no puede repetirse.

—Alexis, si he hecho algo que…

—No has hecho nada. —Alargó la mano y le tocó la mejilla—. Dios, no tengo nada que reprocharte. Ha sido increíble.

—Entonces explícamelo, porque no lo entiendo.

—Tú mismo me has dicho que me merezco a una persona que me elija sobre el resto, para quien yo sea la única. Y yo… Te dije que no me importaría experimentar antes de encontrarlo, pero no es así. No sé separar lo uno de lo otro y… No podemos repetir esto, Everard, porque tú te irás en cuanto pronuncie mi último deseo. —Se le atascaron las palabras en la garganta—. Ya te iba a echar mucho de menos cuando solo éramos amigos, pero ahora… No quiero que signifiques algo más para mí de lo que podré soportar cuando no nos veamos nunca más.

—Alexis.

—No puedo, Everard —le rogó, con los ojos cargados de lágrimas.

—¿Podemos, al menos, dormir juntos esta noche? —le pidió con la mano extendida hacia ella—. Mañana haré como si nada de esto

hubiera pasado. Te lo prometo.

—Vale. —Se tendió en la cama.

—Vale —repitió él, como si intentase concienciarse de que debía cumplir la promesa que le había hecho. Luego se tumbó a su lado y la rodeó con ambos brazos—. Buenas noches, ricura.

—Buenas noches… —suspiró—. Everard.



UNA TARDE DE CHICAS

Everard cumplió su promesa desde el minuto uno. Cuando Alexis salió de la habitación el sábado por la mañana, con el pelo hecho un desastre y sin saber todavía cómo actuar cuando lo volviera a ver, se lo encontró en la cocina con el café servido como siempre y con una burla de las suyas en los labios. No hubo alusiones a la noche anterior, ni la miró de manera diferente al resto de días. Alexis admiró su fuerza de voluntad, pero le dolió aquella indiferencia más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Sus amigas llamaron al telefonillo a la una y traían dos bolsas de comida del chino de la esquina. Y, aunque le encantaba verlas de nuevo, sabía que no habían ido por invitarla a comer, sino para averiguar si Everard había pasado la noche con ella.

—¡Sorpresa! —gritó Nat en cuanto abrió la puerta—. Traemos rollitos.

—Y arroz. Y tallarines. Y una cosa naranja que el chico juró que era pollo —añadió Mae, que ya se dirigía a la cocina como si viviese allí.

—No os esperaba.

—Ese es el concepto de sorpresa, Ale.

—¿Y si ya tuviera la comida hecha? —les respondió ella, mientras lanzaba una mirada de advertencia hacia Everard, que había estado sentado en el sillón hasta hacía bien poco. No quería que se materializara.

—Ninguna sabrá que estoy aquí —le aseguró el genio—. Pero te recuerdo que hay dos tazas en el fregadero.

Alexis se giró hacia la cocina con el corazón en la garganta. Si sus amigas las veían, el interrogatorio sería exhaustivo y, con el genio allí, no podría responder sin que él lo escuchase todo. Eso sería un desastre. Y vergonzoso.

Llegó a la cocina justo cuando Mae dejaba las bolsas sobre la encimera.

—Ya me ocupo yo —se ofreció—. Vosotras esperadme en el salón.

—Si lo hacemos entre todas, acabaremos antes —dijo Mae, que abrió la puerta de la encimera donde Alexis guardaba los platos.

—Vosotras habéis traído la comida, así que me toca hacer el resto —insistió. Y se salió con la suya.

Cuando volvió al salón con la vajilla, Everard observaba a sus amigas, que se habían sentado alrededor de la mesa baja, con las cajas de comida abiertas y los palillos repartidos, como hacían cada vez que comían allí. La sonrisa en la cara del genio no auguraba una tarde tranquila.

Nat se puso a servir. Mae encendió la televisión sin volumen, que era su forma de crear ambiente. Y Alexis pensó, durante unos diez minutos, que a lo mejor aquello salía bien.

—Bueno —dijo Mae, con la boca llena—. ¿Te lo tiraste o no?

Alexis se atragantó con un rollito.

—¿Perdona?

—Anoche, nuestro salvador buenorro te besó, ¿recuerdas?

—¡Y qué manera de besarte! —añadió Nat—. Parecía que quisiera devorarte allí mismo.

—¿Te lo tiraste? —repitió Mae.

—Contesta la verdad, ricura —intervino Everard desde el sillón—. Diles que fui espectacular.

Alexis apretó los palillos hasta que le crujieron entre los dedos.

—No pasó nada —respondió.

—Pero qué mentirosa que eres, Ale —se quejó Nat, que la señaló con un palillo—. He visto las dos tazas en el fregadero.

—Es que vi una mancha en una de ellas cuando iba a servir el café y la cambié por otra —se inventó.

—Había restos de café en las dos —la acusó su amiga—. Y ninguna mancha de otra cosa.

Everard soltó una carcajada que, por suerte, solo oyó ella.

—Defiéndete mejor, ricura, que me estás dejando en mal lugar. Diles que pasamos la mejor noche de toda tu vida y que repetirías sin dudar.

—No te pases —replicó Alexis.

—Solo he dicho lo que vi —se defendió Nat.

Alexis sintió el calor en la cara al comprender que había hablado en voz alta.

—Vale. —Buscó otra alternativa—. Me acompañó a casa, así que lo invité a un café. Era lo mínimo.

—A ver, tampoco te vamos a juzgar —continuó Nat, que se acomodó mejor contra el sofá—. Al contrario. Sería la primera decisión sensata que tomas en dos años.

—¿Qué?

—Admítelo —intervino Mae—. Desde que conociste al rubiales ese que te ignora, aunque tú te empeñes en pensar que tienes posibilidades, has rechazado a cada hombre que se te ha insinuado.

Está bien que te guste alguien, pero cuando esa persona no te hace caso, deberías pasar página y buscar en otra parte.

—Y Everard es un caballero —añadió Nat—. Quedan pocos como él.

—Y estuvo pendiente de ti toda la noche, Alexis. Creo que le gustas mucho, así que, si solo lo has invitado a un café y luego lo has dejado ir, eres tonta.

—¿Sabes? —continuó Nat—. Vinimos de sorpresa porque esperábamos encontrarlo aquí contigo.

—¿Qué? —Parecía un loro, repitiendo la misma pregunta una y otra vez.

—Yo le dije a Nat que antes de abrirnos, lo esconderías en el armario.

—Y yo le aposté que estaría en el baño.

—¿Y pensabais registrar la casa para ver si lo encontrabais?

—Te hemos traído comida. —Mae se encogió de hombros.

—Esto es increíble.

—Tus amigas me gustan —comentó el genio—. Tienen instinto.

Alexis giró la cabeza hacia el sillón antes de poder evitarlo. Everard había apoyado la barbilla en la mano y disfrutaba del espectáculo.

—Solo queremos que seas feliz —se disculpó Nat.

—Vamos, no me digas que lo dejaste escapar —rogó Mae—. Ese hombre merece la pena, Alexis. Y no lo digo solo porque sea guapísimo.

—Muchísimo —corroboró Nat.

—Lo digo por lo del bar —continuó Mae—. Robyn te amarga la vida desde hace seis meses y ninguna de nosotras ha conseguido

pararle los pies. Yo le pegué un puñetazo y solo sirvió para que se creciese. Él le dijo tres frases y la tía se marchó del local humillada. Sin gritar y sin insultarla.

—La llamó inepta.

—La llamó inepta con mucha educación, que es peor. —Mae se inclinó hacia delante—. Pero lo importante no es eso. Lo importante es que lo hizo por ti. Te puso el brazo por encima delante de esa arpía y te defendió.

—Es más, dijo que era de los que se quedan para siempre si tú se lo permites. —Nat abrió mucho los ojos—. Tía. Que un hombre suelte eso en un bar, delante de desconocidos, y encima sin que le tiemble la voz…

—Fue teatro —se excusó ella.

—Y una mierda —dijo Mae.

—Gracias —murmuró Everard con suficiencia.

Alexis cogió la caja de tallarines para tener algo que hacer con las manos. El problema no era que sus amigas se equivocasen, sino que tenían razón. Incluso cuando no podía ser.

—Chicas —empezó, y trató de que sonase razonable—. Everard está de paso.

—Todo el mundo está de paso hasta que decide no estarlo.

—No, en su caso es verdad. Da igual lo que diga o lo que pase, se irá y no volverá.

Lo dijo con la vista en la mesa, porque no se atrevía a enfrentar al genio, aunque notaba su mirada sobre ella. En el silencio que vino después, no oyó ni una sola pulla desde el sillón.

—¿Y qué? —Nat se encogió de hombros—. Existen los aviones.

—No es tan fácil.

—Nunca lo es. —Su amiga apoyó los codos en las rodillas—. Mira, yo he tenido de todo y te puedo decir una cosa con conocimiento profesional: lo de la distancia se sobrevalora como problema. Lo que mata una relación no son los kilómetros, es que a uno de los dos le dé pereza recorrerlos. Y ya te digo yo que a ese hombre no le da pereza nada de lo que tenga que ver contigo.

—Nat…

—Videollamadas, fines de semana, vacaciones —enumeró Mae—. Yo tengo una prima que estuvo cuatro años así con su novio y ahora tienen dos niños y una hipoteca.

—Eso no me consuela.

—No pretendía consolarte, pretendía documentarte.

Alexis podría haberles dicho la verdad, porque sabía que Everard la apoyaría y se mostraría ante ellas si se lo pedía. Pero aquello solo la haría sufrir más cuando él ya no estuviese porque sus amigas no dejarían de hacerle preguntas sobre él. O podría haberse inventado cualquier excusa para que dejasen el tema. Sin embargo, decidió hablar desde el corazón:

—Vale, lo admito. Nos acostamos y fue maravilloso. Pero no quiero volver a quedar con él.

—¿Qué?

—No quiero, porque se irá pronto y no volveremos a vernos. No habrá videollamadas para nosotros… ni aviones, ni fines de semana. No habrá nada y, cuanto más tiempo pase con él ahora, más me va a costar olvidarlo después, así que prefiero cortarlo de raíz.

—Eso es lo más triste que te he oído decir en mi vida —replicó Mae—. Y mira que has dicho cosas tristes.

—Es lo más sensato que he dicho en mi vida —la corrigió.

—En tu caso es lo mismo, Ale.

Aquello le dolió, porque venía de Mae y porque era verdad. Alexis se levantó con la excusa de traer agua y se quedó un momento de más en la cocina, con las dos manos apoyadas en la encimera y la vista fija en las dos tazas del fregadero.

—Podrías decirles la verdad —murmuró Everard, que había aparecido en el marco de la puerta.

—No.

—Ellas podrían ayudarte a superarlo cuando yo no esté.

Alexis levantó la cabeza. El genio la miraba desde el quicio, con los brazos cruzados. No había rastro de burla en él.

—No —repitió.

Everard la observó un segundo largo. Después ladeó la cabeza hacia el salón y le mostró su sonrisa de siempre. ¡Qué bien se le daba fingir que no pasaba nada!

—Tu amiga te está quitando el pollo.

—¡Mae!

Volvió al salón con la jarra en la mano y una mirada de reproche para su amiga. La conversación se desvió hacia el trabajo de Nat, que había atendido esa semana a una pareja con un problema que describió con tanto detalle técnico que Mae tuvo que dejar el rollito a medias. Se rieron mucho, justo lo que Alexis necesitaba.

—Venga, abramos las galletas de la suerte. —Nat rompió la suya y desdobló el papel—. «Un viaje inesperado le traerá alegría». Pues lo acepto.

—La mía dice «La paciencia es la llave de la felicidad» —leyó Mae—. Menuda estafa. Toma, Ale.

Alexis partió la suya, sacó el papelito y lo leyó en silencio.

—¿Qué pone? —preguntó Nat.

—Nada. Está en blanco.

No lo estaba. Decía «El amor es libertad» y a Alexis le pareció una broma de mal gusto por parte del universo. Cerró el puño alrededor del papel.

—Qué timo —protestó Mae—. Deberíamos reclamar.

—Da igual.

—No da igual, has pagado tu parte.

—Es una galleta de la suerte con mensajes genéricos. —Se encogió de hombros—. Lo que ponga ahí no me va a cambiar la vida. ¿O lo de la paciencia ha sido muy revelador para ti?

—Visto así. —Su amiga rio y dejó el tema, que era lo que le interesaba a Alexis.

Se tomaron un café y charlaron de todo y de nada durante varias horas. Los días como aquel eran sanadores para Alexis. Le gustaba salir con sus amigas, pero amaba mucho más pasar la tarde sin hacer nada, solo disfrutando de su compañía. Y escuchando batallitas del pasado que las hacían reír todo el tiempo.

—Bueno —anunció Nat, que se puso en pie de un salto—. Nos vamos al cine. La sesión de las siete y cuarto. Ya he mirado.

—No me apetece.

—No era una pregunta, Ale.

Diez minutos más tarde, después de recogerlo todo, sus dos amigas se colgaron de sus brazos, una por cada lado, y caminaron con ella en medio hacia el cine; y con Everard detrás de las tres, con las manos en los bolsillos.

Nat había elegido una película de miedo, cosa que Alexis descubrió cuando ya era demasiado tarde o se habría negado con

más vehemencia. Se colocaron en la última fila: Mae en el pasillo, Nat en medio y Alexis en el extremo. La butaca de su izquierda estaba libre, como muchas otras en la sala, y fue la que ocupó Everard, aunque nadie podía verlo salvo ella.

—Odio estas películas —le susurró.

—Lo intuía —respondió él, con un deje de diversión.

—¿Por qué siempre te divierte que lo pase mal?

—No es cierto. —Fue Nat la que habló, que la había escuchado—. Te aseguro que esta película no te dará tanto miedo. Es más terror psicológico que otra cosa. Piénsalo como una terapia.

Alexis la miró con disgusto, pero decidió que era mejor no replicar porque saldría perdiendo. Ya estaban allí y no podía cambiarlo. Sin embargo, cuando media hora más tarde el supuesto terror psicológico la hizo saltar en la butaca, notó una mano sobre la suya. No la de Nat, que seguía comiendo palomitas como si nada, sino la de Everard. Tangible, fuerte y segura. Su corazón se calmó al momento.

—¿Crees que es seguro hacer eso? —le susurró al comprender que solo había materializado esa mano.

—Estamos a oscuras y todo el mundo mira al frente. Además, si alguien se fija, pensará que te has traído una mano de postín para entrar en ambiente.

—Muy gracioso.

—Siempre. —Rio.

Alexis pretendía romper el contacto, pero en la pantalla sucedió algo que la hizo apretar con fuerza la mano de Everard. Estaba convencida de que le había hecho daño, pero él no se quejó. Y ella, aunque pudo haberlo soltado después, como pretendía, no lo hizo

porque comprendió que habían prometido comportarse como si nada hubiera pasado entre ellos y, antes de aquella noche, Everard le habría ofrecido ese apoyo sin dudar. Al menos, eso se dijo para no sentirse mal consigo misma cuando el genio comenzó a trazar círculos lentos con el pulgar en el dorso de su mano.

No se soltaron hasta que se encendieron las luces.

—Menuda porquería de final —protestó Mae en la salida.

—Este tipo de películas siempre acaba igual —dijo Alexis.

—Ya, pues podían variarlo un poco.

—Les interesa más dejarlo así para que, si funciona en taquilla, poder explotar la película en plan franquicia —le explicó Nat.

—Ya lo sé. Pero me sigue pareciendo un asco de final.

Se rieron juntas. Las pocas veces que convencían, o la llevaban engañada, a Alexis de ver películas de terror, solían tener la misma conversación al final. Y, aun así, repetían.

Se despidieron en la esquina: sus amigas habían entendido que Alexis no estaba para más salidas aquel día. Nat le dio dos besos y le dijo al oído que pensara en lo de los aviones. Mae la abrazó y le guiñó un ojo, que venía a decir lo mismo, pero sin palabras.

—¿Cansada? —preguntó Everard a su lado, materializado, en cuanto desaparecieron de su vista.

—Un poco.

—¿Demasiado para un paseo nocturno?

Ella lo miró de reojo. Conocía ese tono.

—¿A dónde?

—Todavía no es la hora, así que primero vayamos a cenar. He visto un sitio de camino al cine que me ha llamado mucho la atención.

Resultó ser un puesto callejero con unas mesas destartaladas al borde de la acera. No invitaba a acercarse, pero les sorprendió lo deliciosa que estaba la comida.

Everard le narró algunas de las aventuras más descabelladas que había vivido con sus amas y ella le habló de su infancia y de lo traviesa que había sido. Y, durante aquellas horas, fingieron que eran solo dos personas que se estaban conociendo. No había magia, ni deseos, ni prontas despedidas. Solo ellos y sus anécdotas divertidas.

—Es la hora. Dame la mano.

Alexis no dudó. Puede que en el cine lo hubiera hecho, pero no allí. No con la expectativa de conocer un lugar nuevo y espectacular. Si iba a liberar a Everard pronto, aprovecharía cada instante al máximo.

El asfalto desapareció y dio paso a un silencio absoluto. Uno que gritaba que no habría nadie en muchos kilómetros a la redonda. Estaban en lo alto de una pasarela de madera y a sus pies se extendía un mar de cerros pelados y redondeados.

—¿Dónde estamos?

—En China. En la provincia de Gansu. —Everard se apoyó en la barandilla—. Hemos llegado justo a tiempo para verlo.

—Para ver ¿qué?

Estaba todo oscuro.

—Espera.

El sol inició su ascenso con una calma que le contagió a Alexis, incluso si se moría de ganas de saber por qué habían ido a ese lugar en concreto. Confiaba en el genio, así que se dejó llevar por la tranquilidad del ambiente.

Entonces, como si se produjera magia, las montañas se iluminaron. No con un solo color, sino con todos. Anchas franjas recorrían las laderas en diagonal, rojas y ocres, con vetas verdosas esparcidas por todas partes. Las capas se doblaban y se torcían, subían por un cerro y bajaban por el siguiente, como si alguien hubiese pintado el paisaje entero con un pincel muy grande y luego lo hubiese arrugado. Alexis se agarró a la barandilla con las dos manos, asombrada por el espectáculo.

—Es imposible —susurró.

—Es arenisca. Millones de años de capas de barro y minerales, unas encima de otras, y luego, las placas lo levantaron todo y lo pusieron de lado. —El genio señaló hacia la izquierda—. Lo rojo es hierro. Lo amarillo también, creo, pero oxidado de otra manera. Yo qué sé, ricura, tampoco soy geólogo. Lo leí en un libro.

—Tú te lees todos los libros que existen.

—Tengo mucho tiempo libre en la lámpara.

Alexis se apoyó de espaldas a la barandilla para mirarlo a él en lugar del valle.

—¿Cómo eliges los sitios?

—¿Qué quieres decir?

—Noruega, la bahía, esto. —Señaló hacia atrás con el pulgar—. No son los típicos sitios a los que va la gente. Nadie te dice «me voy de vacaciones a un desierto de Gansu».

—Por eso mismo los elijo. A otros sitios más turísticos puedes ir sola.

—Ya, pero esto… ¿Cómo conoces estos sitios?

El genio tardó en contestar. Se pasó la mano por la nuca, que era lo que hacía siempre antes de hablar con la verdad.

—Cuando estoy dentro de la lámpara, puedo hacer aparecer lo que quiera —respondió al fin—. Puedo leer todos los libros que se han escrito y ver todas las películas. Puedo comer lo que se me antoje, aunque no me haga falta… Lo único que no puedo es salir de ella, así que llevo siglos admirando en imágenes los lugares más impresionantes del planeta y soñando con verlos alguna vez en persona. Pero cuando alguna ama me pide suficiente dinero para viajar, nunca alcanzo a ir con ella.

—Hasta que llegué yo —remató por él. Dirigió la vista a las montañas.

—Eres la única que se ha preocupado por lo que yo deseo.

—También yo me beneficio. —Intentó restarle importancia a algo que ambos sabían que la tenía.

—¿Sabes? —habló Everard—. Con el tiempo y la experiencia, he aprendido que los deseos que se disfrutan de verdad y que más se valoran son aquellos que uno consigue con esfuerzo. Está bien ser rico de repente y no tener que preocuparse nunca más del dinero, pero como no te ha costado conseguirlo, es fácil también que lo malgastes y acabes en la ruina.

—¿Le ha pasado a alguna de tus amas?

—Nunca me quedo el tiempo suficiente como para comprobarlo, pero alguna es posible que acabase mal porque ya era una derrochadora antes de pedir su tercer deseo.

—Supongo que los deseos que concedes son un arma de doble filo.

—El problema viene de cómo lo pides y qué haces una vez se te concede.

—Cierto. —Alexis no pudo evitar pensar en el deseo que estaba a punto de pedir ella. Solo esperaba que saliese bien.

Se quedaron un rato callados, mientras la luz aumentaba y cambiaba los colores cada pocos minutos. Ella pensó que aquello no se parecía a nada que hubiese visto antes. Ni a las auroras. Ni al agua encendida de la bahía. Cada lugar al que la había llevado el genio era único y especial. Y ella los guardaría en su memoria como el tesoro más valioso.

Le entró un escalofrío, tal vez por el frío, tal vez por otra cosa, pero no dijo nada porque no quería estropear el momento. Sin embargo, el genio no necesitaba que se lo dijese para saberlo. Alexis notó el peso de dos brazos que le rodeaban los hombros desde atrás y una barbilla que se le apoyaba en la coronilla. Everard había tapado el aire helado de la meseta con su cuerpo.

—Voy a echar esto de menos —dijo ella en voz baja.

—¿El frío?

—Los viajes. —Tragó saliva—. Noruega. La bahía. Esto. Antes de conocerte, ni siquiera había salido del país, y tú me has enseñado medio planeta en un mes. Cuando te vayas, mi vida volverá a ser una sucesión de trabajo, casa y salidas con mis amigas. Es triste.

Everard tardó en contestar. Ella notó cómo tomaba aire antes de hacerlo.

—Todavía nos quedan meses —le recordó él—. Podemos ir a donde quieras. Islandia en invierno es preciosa. Hay un sitio en Bolivia donde el suelo se convierte en un espejo y no sabes dónde acaba el agua y dónde empieza el cielo. —Le apretó un poco los brazos—. Nos da tiempo de sobra.

Alexis cerró los ojos.

Podía hacerlo en ese momento. Ahí mismo, con las montañas de colores delante y sus brazos alrededor; podía pronunciar las palabras y acabar con todo. Sería un buen sitio para que él fuese libre. Se lo merecía.

Pero no lo hizo. Le pareció que no era justo romper un momento tan bonito como aquel, aunque, en el fondo, sabía que la verdadera razón era mucho más egoísta: quería quedarse un rato más allí. Con él. Quería aquellos brazos y aquella barbilla en su cabeza. Aunque fuese lo peor que podía hacer.

—Sí —respondió. Y no dijo nada más para no mentirle.

Se quedaron así hasta que la luz del sol les empezó a molestar. Entonces Everard chasqueó los dedos y el salón de casa apareció alrededor de los dos. Había hecho magia para volver, pero para ella la magia había desaparecido al marcharse de aquel lugar.

—Es de madrugada —anunció el genio—. Deberíamos dormir ya.

—Odio que tengas razón.

—Es mi único defecto.

—Has vivido cientos de años y ¿solo tienes ese chiste? —bromeó con él.

—¿Por qué cambiar algo que es tan bueno?

—La modestia tampoco es lo tuyo.

—Buenas noches, ricura.

—Everard.

El genio se detuvo delante de la puerta de la habitación de invitados y se giró.

—¿Puedes dormir conmigo esta noche?

Hubo un silencio. Alexis vio cómo su cara pasaba por tres expresiones distintas antes de decidirse por la más insoportable de

todas.

—Vaya. Yo pensaba que habíamos acordado que…

—Dormir —lo cortó ella—. Solo dormir. Con ropa.

—Ya. —Everard se apoyó en el marco—. Pero entiende mi confusión. Ayer me dijiste, muy convencida, que eso no podía repetirse y hoy me invitas a tu cama. Cualquiera diría que la firmeza te dura veinticuatro horas.

—Es que…

—Yo no me quejo. Solo lo señalo. Como observador imparcial.

—Eres insoportable.

—Y tú estás sonriendo.

Así era. Pero no pensaba darle la razón, así que se dirigió a su cuarto y le dio la oportunidad a él de decidir si la seguía o se quedaba en el suyo. Everard no tardó en tumbarse encima de la colcha con la ropa puesta, en un gesto de corrección tan exagerado que Alexis le tiró un cojín a la cara. Él lo esquivó y luego se metió debajo, después de asegurarle que solo se quedaba en calzoncillos porque no usaba pijama. Ella no protestó, pero cuando fue al baño a cambiarse, se revisó más de lo necesario en el espejo, incluso si sabía que no pasaría nada entre ellos.

Regresó a la habitación y apagó la luz después de meterse en la cama. El genio le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia su pecho. Esa vez ninguno de los dos hizo ningún comentario al respecto.

Alexis se quedó despierta un buen rato, con la espalda pegada a él y los ojos abiertos en la oscuridad. Sabía que solo estaba rascando unas horas más con él porque estaba dispuesta a pedir el deseo al día siguiente… o quizá el lunes. Puede que el martes, pero

no mucho más tarde, porque cada día que pasaba le costaba más imaginarse su vida sin él. Y para que la lámpara aceptase el deseo tenía que quererlo libre más de lo que lo quería a su lado.

Todavía era así. Por poco, pero todavía era así. No pensaba arriesgarse a comprobar cuánto más podría aguantar sin estropearlo.



UN LUNES COMPLICADO

El domingo fue un día como cualquier otro de los que habían compartido antes de pasar la noche juntos. Se levantaron tarde, sacaron los juegos de la torre de cajas y Everard volvió a ganar al Cluedo sin hacer una sola pregunta útil. Por la tarde salieron a caminar sin rumbo por el centro, se metieron en dos librerías y en una tienda de discos, donde él quiso saber por qué la gente pagaba por un objeto que solo servía para escuchar algo que ya tenía en el móvil. Acabaron cenando en una terraza, con los codos en la mesa y una conversación sobre nada en concreto, igual que dos amigos que llevan años quedando.

Esa noche Alexis no tuvo que pedirle nada. Se metió en la cama, apagó la luz y, un minuto después, oyó la puerta y sintió el colchón hundirse a su espalda. Él no preguntó si aquello estaba bien y ella no le dijo que se fuera. Estaba tan decidida a liberarlo en breve que aquella noche le serviría a modo de despedida silenciosa.

El lunes, en cambio, empezó como siempre, pero acabó de una forma que Alexis jamás sospechó. De haberlo sabido, quizá habría llamado para decir que estaba enferma y no acudir.

Alexis fichó a la hora de siempre, colgó el abrigo y encendió el ordenador. Aquella era su rutina y ya lo hacía todo por inercia. Everard se había vuelto incorpóreo antes de entrar en el bufete y se había situado detrás de ella, como siempre hacía.

Ace apareció poco después, con el maletín en una mano y el móvil en la otra. Alexis creyó que iba a decirle algo, porque abrió la boca al pasar por delante del mostrador, pero nunca llegó a saber qué, pues el abogado enganchó la puntera del zapato con el borde de la alfombra de la entrada y recorrió metro y medio de vestíbulo con los brazos abiertos antes de recuperar el equilibrio. El maletín se abrió al caer y los papeles se esparcieron a sus pies.

Se hizo un silencio corto e incómodo, en el que a Alexis le costó mantenerse seria. Después el hombre se agachó a recoger todo, muy digno, y desapareció por el pasillo sin mirar a nadie.

Alexis esperó a que se cerrase la puerta del despacho.

—Has sido tú —acusó al genio.

—¿Perdona?

—Everard.

—Pero si no me he movido.

—Te recuerdo que no hace falta que lo hagas para lograrlo.

Y, aunque no le parecía bien que Everard lo dejase en ridículo en cada ocasión que lo tenía cerca, no pudo olvidar en toda la mañana lo gracioso que había sido. Cada vez que atendía a un cliente o cuadraba una cita en la agenda del señor Harlow se acordaba de lo que había pasado y tenía que fingir un ataque de tos. Robyn le lanzó varias miradas desde su mesa, quizá porque le extrañaba verla de buen humor un lunes.

En su descanso, salió a comer al parque. El banco de siempre estaba libre.

—Vale —dijo, en cuanto se sentó con el táper en las rodillas—. Explícamelo.

—¿El qué?

—Everard. —Se giró hacia él, que se había materializado a su lado para comer con ella—. Tú no puedes usar la magia en tu beneficio. Solo en el mío. Eso me dijiste.

—Es cierto.

—Entonces, ¿cómo has podido fastidiar a Ace tantas veces?

El genio se tomó su tiempo. Estiró un brazo por el respaldo del banco y le robó parte de la comida con la mano libre.

—Porque no es en mi beneficio —respondió al fin.

—¿Ah, no?

—No. Es en el tuyo.

—¿En qué me podría beneficiar que se dé de bruces contra el suelo?

—Ahora en nada —admitió—. Pero dentro de un tiempo, lo hará.

Alexis dejó el tenedor en el táper.

—¿Cómo?

—Llevas dos años idealizándolo en la distancia, mientras que él no ha sido capaz ni de aprenderse tu nombre —le explicó—. A eso se le llama falta de interés, ricura, en cualquier idioma y cualquier lugar. Pero decírtelo no bastaría para que lo aceptases, así que tenía que mostrártelo. —Se encogió de hombros.

—¿Y avergonzarlo delante de mí me diría qué clase de persona es?

—Quizá no, pero lo baja del pedestal en el que lo has subido.

—Pero eso es hacer trampas.

—Es prevención. —Levantó un dedo—. Un tropezón hoy te ahorra disgustos mañana. Y a la lámpara le parece bien, por si no te has dado cuenta, porque, de lo contrario, no me dejaría hacerlo.

Alexis se lo quedó mirando con la boca a medio abrir.

—Sabes que acabas de confesarme que eres el culpable, ¿verdad?

—De nada —respondió con prepotencia.

Alexis se echó a reír. Ni siquiera le importó que dos mujeres con carritos de la compra la mirasen desde el paseo. Se sorprendió de la facilidad con la que le salió la risa, cuando cargaba con un gran peso en el pecho que apenas le dejaba respirar cada vez que recordaba que debía dejar marchar a Everard.

—Me tocará seguir buscando a mi príncipe azul —comentó sin más.

—Un día aparecerá una persona en tu vida que te hará entender por qué todas tus otras relaciones no prosperaron —le aseguró Everard.

—Cierto. Se llama psicólogo.

—Muy graciosa.

—He tenido un buen maestro —se burló.

—Lo digo en serio, Alexis.

—Ya lo sé. —Cerró el táper y se limpió las manos en una servilleta—. Y por eso te voy a decir una cosa que no pienso repetir, así que atiende.

—Soy todo oídos.

—Gracias.

El genio parpadeó.

—¿Por qué?

—Por abrirme los ojos. —Alexis centró su atención en la fuente para no tener que mirarlo a él—. Llevaba dos años convencida de que el problema de que me ignorase era yo. Que si fuese un poco más guapa, o más lanzada, o menos rara, Ace se habría fijado en mí y todo habría encajado. Y resulta que no. Que el problema es el ego

desmesurado de Ace, que se cree que puede tener a quien quiera, cuando quiera.

Everard no dijo nada. Ella lo agradeció, porque si llegaba a soltar una de las suyas en aquel momento se le habría escapado algo que no podía decir.

—Bueno —zanjó, y se puso en pie—. Se hace tarde.

—Alexis.

—¿Qué?

—De nada.

Volvió al bufete con la sensación de que el día no iba a ir tan mal después de todo. Pero le duró un suspiro; lo que tardó en sentarse en su puesto y desbloquear el ordenador.

La puerta del despacho de Ace se abrió de golpe y rebotó contra la pared. El abogado salió al pasillo con el nudo de la corbata torcido y la cara congestionada. Iba directo a recepción. Ella se puso de pie sin saber por qué.

—¿Dónde están?

—¿Dónde está qué?

—Mis casos, Alexa. —Plantó las dos manos en el mostrador—. Los casos abiertos. Marsh, Harrison, la herencia de los Dawson. Todo. Las carpetas están vacías.

—Yo… Yo solo marco las citas —se justificó, sin comprender por qué la atacaba a ella—. No tengo acceso a los casos. Eso es…

—¿Sabes lo que más me fastidia? —la interrumpió—. Que me lo veía venir. Te dije con toda la educación del mundo que lo nuestro no iba a ninguna parte. Y tú te lo tomaste tan a pecho… Vale. Muy bien. Sé que es difícil de asumir, pero de ahí a hacer esto…

Alexis se quedó sin palabras. No solo la acusaba de haber borrado sus archivos, sino que había dicho en alto, delante de todo el mundo, que era una venganza porque la había rechazado y ella no lo aceptaba. La había ridiculizado, incluso antes de poder probar que había sido ella.

—¿Perdona?

—Que si te ha dolido, lo siento. Pero esto es mi trabajo. Te has pasado.

—¿Crees que he borrado tus archivos porque me rechazaste?

—No se me ocurre otra explicación.

—Para empezar, fuiste tú el que se me insinuó —le recordó.

—Pero luego te dije que no me interesaba.

—Mentira.

—Mentiras las tuyas —le espetó—. Porque el programa registra las sesiones, ¿lo sabías? Y la última que se abrió en esas carpetas fue desde el ordenador de recepción. Desde ese de ahí y hoy mismo. —Señaló la pantalla con dos dedos—. Ese ordenador no lo toca nadie más que tú, Alexa.

—Alexis —lo corrigió por inercia—. Pero… Yo… Yo no tengo tu contraseña.

—Mira, no sé cómo la has conseguido, ni me importa. —Ace se enderezó y se ajustó el nudo de la corbata con dos tirones secos—. Quién sabe si has entrado en mi despacho a buscarla o se la habrás sacado a alguien. Te creo capaz de eso y de mucho más.

—¿Qué? ¿Por qué haría eso?

—Por despecho —le soltó, y lo dijo tan alto que se oyó en todo el pasillo—. Que es lo que os pasa a todas cuando alguien os dice que no.

Alexis abrió la boca. Tenía cosas que decir, muchas, pero no le salió ninguna. Aquel hombre le estaba gritando delante de todo el mundo por algo que ella no había hecho y lo único que era capaz de hacer su cuerpo era quedarse muy quieto y esperar a que terminase. Se sentía tan avergonzada porque ahora todos la miraban y cuchicheaban sobre ella que se le quedó la mente en blanco.

—Yo no fui. —Logró soltar al final—. Yo no fui, Ace. Te lo juro.

Desde la mesa del fondo, Robyn lo había estado viendo todo sin decir nada y sin hacer ningún gesto. Se había limitado a mirar la escena con las manos quietas sobre el teclado y una expresión de circunstancias muy bien puesta, que ocultó cuando Alexis giró la cara hacia ella.

—Un momento —intervino el genio, muy cerca de su oído—. Alexis, escúchame. Yo puedo…

—Ahora no.

—¿Ahora no qué? —preguntó Ace.

La puerta del despacho principal se abrió antes de que ella tuviese que inventarse una respuesta. El señor Harlow salió al pasillo con las gafas en la mano y la impaciencia pintada en la cara.

—¿Se puede saber a qué viene este escándalo?

Ace se lo explicó al momento, con la versión que a él le convenía. El socio principal escuchó sin interrumpir. Después se volvió hacia el mostrador.

—Señorita Garner.

—Gardiner.

—Será mejor que se vaya a casa.

—Señor Harlow, yo no he tocado esos archivos.

—No he dicho que lo haya hecho. —Se colocó las gafas—. Pero, hasta que esto se aclare, prefiero que no esté delante del ordenador desde el que se hizo todo. Ya la llamaremos.

«Ya la llamaremos». Alexis conocía el significado de esas tres palabras. En realidad, la consideraba culpable, pero no quería decirlo delante de tantos testigos. Porque ¿a quién iba a creer si no? ¿A uno de sus mejores abogados o a una simple recepcionista cuyo nombre nunca acertaba?

—¿Y la recepción?

—Por ahora, las secretarias se ocuparán de los clientes del abogado para el que trabajan. No es lo ideal, pero tendrá que servir.

Alexis cogió el abrigo del perchero y el bolso del cajón, con manos torpes. Todos estaban pendientes de ella y no dejaron de observarla mientras salía a la calle. Era lo más humillante que le había pasado en la vida.

De camino a casa no dijo nada, ni tampoco se lo permitió a Everard. El genio había intentado decirle en varias ocasiones que él podía arreglarlo, pero ella no quería oírlo.

Entró en el piso, dejó caer el bolso al suelo y se apoyó de espaldas contra la puerta.

—Ricura…

—No.

—Alexis.

—He dicho que no. —Se pasó las dos manos por la cara—. Dame un minuto, ¿vale? Solo un minuto.

Pero no le sirvió de nada. Se le empezaron a caer las lágrimas antes de llegar al sofá y para cuando se sentó ya lloraba a mares, con las dos manos apretadas contra la boca. Everard se sentó a su

lado. No habló, pues Alexis lo había callado ya demasiadas veces. Solo le frotó la espalda con una mano y esperó.

—Voy a perder el trabajo —dijo ella al fin.

—Sí.

—Gracias por el consuelo.

—No voy a mentirte. —El genio le apartó un mechón de la cara—. Ese hombre está convencido y tu jefe no se va a pelear con un candidato a socio por una recepcionista cuyo apellido no recuerda nunca. Está complicado.

—Y ahora mismo ni siquiera me gusta —sollozó—. Ese es el chiste. Llevo seis meses diciéndoles a Mae y a Nat que odio ese sitio, y ahora que me van a echar me da un miedo horroroso. La hipoteca, las facturas… Todo. No sé qué voy a hacer.

—Alexis.

—Y lo peor es que no podré probar que no fui yo. Cada vez que Ace se lo cuente a alguien, creerán que soy la loca que borró sus archivos porque me rechazó. —Suspiró con pesadez—. Averigua quién ha sido —le pidió de repente—. Tú sabes cosas de la gente. Mira quién entró en mi ordenador.

—No funciona así.

—Everard, por favor.

—No es que no quiera, ricura, es que no puedo. —Se sentó en el borde de la mesa baja, delante de ella—. Yo veo lo que le pesa a la gente. Lo que la hace desdichada. No veo lo que hace, ni sé lo que piensa. Si me pongo delante de alguien podré decirte qué le quita el sueño, pero no si tocó tu teclado.

—Pues vaya poder más inútil.

—Llevo siglos pensando lo mismo.

Alexis soltó una risa que se le deshizo a mitad de camino.

—¿Y no puedes devolverlos y ya está? Los archivos, digo. Tú me haces aparecer tortitas todas las mañanas.

—Puedo hacer aparecer tortitas porque son para ti —le explicó él—. La magia funciona para ti, pero en las cosas pequeñas del día a día y que no tienen consecuencias en el resto.

—Pues bien que hiciste tropezar hoy a Ace.

—Pero no le pasó nada grave. Meterme en el trabajo de otras personas o deshacer algo que ya pasó es otra historia. Para eso hace falta un deseo. Son las reglas.

Everard se levantó de la mesa. Dio dos pasos y se giró hacia ella. Alexis reconoció el gesto antes de que abriese la boca.

—En realidad, puedo arreglarlo.

—No.

—Ni siquiera me has dejado terminar.

—Sé lo que vas a decir.

—Te queda un deseo —continuó él, sin hacerle caso—. Uno. Pídeme que los archivos aparezcan donde tienen que estar, con la fecha correcta y con el registro limpio, y mañana entras por esa puerta y el señor lo-que-sea te pide disculpas.

—¿Y luego qué?

—No te entiendo.

—Everard, alguien ha entrado en mi ordenador. —Se secó la cara con la manga—. Alguien que trabaja conmigo, que sabe a qué hora me voy y que tiene las claves de Ace. Si los archivos aparecen mañana por arte de magia, esa persona seguirá ahí y lo volverá a hacer. La semana que viene, o dentro de dos meses, cuando tú ya no estés para arreglarlo.

El genio se quedó callado. Ella supo que no había pensado en eso.

—Entonces pide otra cosa —resolvió—. Pide dinero, Alexis. Y que te echen mañana mismo si quieren, porque no vas a necesitar ese trabajo ni ningún otro en toda tu vida.

—No.

—Es la opción sensata.

—He dicho que no.

—¿Por qué? —Everard levantó las manos—. Dame una sola razón para no hacerlo.

Alexis se levantó del sofá. Le temblaban las piernas y le ardía la cara de llorar tanto, pero necesitaba estar en pie para confesarle sus planes. Cruzó el salón hasta el mueble donde habían dejado la lámpara. La cogió con las dos manos. Pesaba menos de lo que debería, teniendo en cuenta todo lo que podía hacer.

—Porque el deseo que me queda no es para mí —respondió, después de dejar la lámpara donde estaba.

—Alexis…

—Deseo que seas libre.

El salón se quedó en silencio.

Everard no se inclinó ni chasqueó los dedos. Se quedó donde estaba, muy quieto. Por primera vez desde que había salido de aquella lámpara, Alexis lo vio perder el color.

—No —dijo.

—No puedes negarte.

—Mírame.

—Es mi deseo.

—Y yo no lo voy a cumplir. —Dio un paso hacia ella—. Retíralo.

—No.

—¡Que lo retires! —Le salió más alto de lo que pretendía y hasta él pareció sorprendido—. Alexis, estás a punto de perder el trabajo. Y tú misma has dicho que no sabes cómo vas a poder pagar tus gastos. Tienes a mano tu último deseo, ¿y lo quieres malgastar en mí?

—No lo voy a malgastar.

—Vale. Si no quieres usarlo para tener dinero, no lo hagas, lo acepto. Te ayudaré a encontrar otro trabajo si es necesario. Tenemos tres meses por delante para batir el récord, ¿recuerdas? Íbamos a ir a muchos sitios nuevos juntos —hablaba deprisa, como si no quisiera darle tiempo a pensar en ello—. Usa ese tiempo para pensar en un deseo para ti. Algo que te ayude a ser feliz. Para eso estoy aquí, Alexis. Mi cometido es que tú seas feliz. Yo no importo.

—Everard…

—Puedo quedarme lo que tú quieras. Haré lo que sea para aguantar tanto tiempo como desees. —Bajó la voz de golpe, y aquello la asustó más que el grito—. Y, si después la lámpara tarda cien años en encontrar otra ama, no me importará porque tendré el recuerdo de estos meses contigo.

A Alexis se le rompió algo por dentro al oírlo.

—¿Y luego? —le preguntó.

—¿Cómo?

—Después de esos cien años. Otra mujer frotará esa lámpara y tú saldrás y le explicarás las normas. Ella te pedirá una casa con piscina, dinero a raudales y a saber qué otra cosa. Y cuando gaste los tres deseos volverás dentro y esperarás de nuevo a poder salir. Y así para siempre, una vez tras otra. —Le sostuvo la mirada aunque

apenas veía a través de las lágrimas—. Yo habré tenido una vida, mejor o peor, y me habré muerto después en paz, pero tú seguirás ahí dentro, viendo películas para pasar el rato, sin que eso se acabe nunca.

Everard no contestó.

—Dime que me equivoco.

—No te equivocas.

—Entonces no me pidas que te deje ahí.

El genio bajó la cabeza. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un hilo de voz que a Alexis le costó reconocer.

—Nadie me ha regalado nunca nada.

—¿Qué?

—En toda mi existencia. Siglos, ricura. —Levantó la vista—. Me han pedido cosas, me han exigido otras e, incluso, me las han quitado. Pero nadie se ha parado a darme una sola. No sé cómo se hace esto. No sé qué se dice.

—No hay que decir nada. Un regalo solo se acepta.

—Claro que hay que decir algo. —Se le quebró la voz en mitad de la frase y tuvo que carraspear—. Lo que me sale decir es que no lo quiero, que prefiero tres meses contigo, aunque luego me pase una eternidad sin ti.

—Pues qué pena que no puedas elegir.

El genio se pasó la mano por la nuca. Miró a la ventana y luego al suelo. A Alexis le pareció que buscaba un argumento para rebatir, pero no encontraba ninguno. Ambos sabían que había llegado el momento de despedirse; aun así, el genio lo intentó una última vez.

—Déjame ayudarte, Alexis. Por favor.

—Me has enseñado que los mejores deseos son aquellos por los que luchas, no los que te dan sin esfuerzo —murmuró, mientras le acariciaba la mejilla—. Encontraré la forma de solucionarlo todo, pero tú mereces ser libre y vivir.

—Alexis.

—Deseo que seas libre, Everard. Es un deseo de verdad. Concédemelo.

Lo dijo despacio, sin apartar los ojos de él. En esa ocasión, el genio no tuvo valor para negárselo. Cerró los ojos un instante y después se inclinó en una reverencia lenta y chasqueó los dedos.

—Tus deseos son órdenes para mí —murmuró—, ama.

No pasó nada. En los siguientes segundos, Alexis pensó que la lámpara lo había notado, que había encontrado el interés propio agazapado en algún rincón de su subconsciente y que había decidido rechazar el deseo.

Entonces, la lámpara comenzó a brillar sobre el mueble.

—Alexis. —Everard se acercó y le cogió la cara con ambas manos—. Escúchame. Cuando esto termine, yo voy a…

—No.

—Déjame decirlo.

—No puedes. —Le puso los dedos en los labios y estuvo a punto de venirse abajo ahí mismo—. No lo estropees. La lámpara no lo permitirá, así que no lo digas. Por favor.

El genio lo comprendió. Alexis vio el momento exacto en que lo hizo, porque le cambió la cara y, por un instante, fue el hombre más solo que había visto en su vida.

—Está bien —susurró.

—Vete y sé feliz —le pidió, con voz segura—. Vive todo lo que no has vivido hasta ahora. Ve a esos sitios que tienes apuntados. Y no vuelvas a dejar que nadie decida por ti lo que te apetece.

—¿Y tú?

—Yo pelearé por lo mío. —Consiguió sonreírle—. Me lo enseñó un tío muy pesado que se metió en mi casa sin que lo invitase.

Everard soltó una risa rota. Se inclinó y le dio un beso en la frente que duró unos cuantos segundos de más.

—Gracias, ricura —le susurró contra el pelo—. Por preguntarme si me aburría.

Y empezó a irse. No se desvaneció de golpe, sino que parecía que alguien lo estaba borrando despacio. Alexis, que había sujetado sus brazos mientras él le daba el beso, encontró aire ahora en su lugar. Lo último que vio de él fueron los ojos color miel, que la miraron hasta el final sin parpadear.

La lámpara estalló en una luz blanca tan potente que Alexis tuvo que apartar la cara. Duró un segundo y cuando volvió a mirar, en el mueble ya solo quedaban la foto de su familia y la planta que siempre se olvidaba de regar. Ni siquiera quedaba una marca. Era como si nunca hubiera estado allí.

Se quedó de pie en mitad del salón, con los brazos todavía en el aire.

—¿Everard?

No hubo respuesta. Y supo que se había acabado. Las piernas le fallaron. Se dejó ir contra el sillón y se deslizó hasta el suelo. Allí se quedó, con las rodillas encogidas contra el pecho, los brazos alrededor de ellas y la cara escondida en el hueco que quedaba entre las dos. Lloró como no lo había hecho nunca, ni siquiera

aquella noche en el barro, cuando había pensado que no podía caer más bajo. ¡Qué equivocada había estado!

Pero había hecho lo que debía y no se arrepentía. Además, había salido bien. La lámpara había aceptado su deseo como legítimo y altruista, así que Everard ahora era libre en algún lugar del mundo.

Pero eso también significaba que lo había perdido para siempre.



HORA DE PEDIR AYUDA

Alexis no supo en qué momento se quedó dormida, pero sí que fue en el sofá y con la ropa del día anterior puesta. Se despertó con los ojos hinchados y la garganta en carne viva. Le dolía la cabeza de haber llorado gran parte de la noche. Tardó un rato en reunir fuerzas para levantarse.

En la cocina no había tortitas ni café. Tampoco estaba el zumo que Everard le servía siempre con el desayuno. Solo quedaban los restos de lo que se había tomado de madrugada: un vaso de agua a medias sobre la encimera y el paquete de galletas abierto, que no había tocado al final.

Puso la cafetera. Mientras esperaba, se apoyó en el fregadero y se quedó mirando el hueco del mueble del salón, donde ya no había nada. Ni marca en la madera, ni polvo alrededor. Como si aquella lámpara jamás hubiese estado allí, salvo por el detalle de que ella la recordaba muy bien.

Durante toda la mañana, se intentó convencer de que era la magia lo que echaba de menos. Era lo lógico. Cualquiera lo haría si podía comer sin tener que cocinar, si la ropa se planchaba sola o si podía viajar a cualquier parte del mundo con un simple chasquido. Pero cuanto más se empeñaba en ello, menos se lo creía.

Lo que le faltaba era mucho más simple: alguien a quien contarle que había dormido mal y con quien hablar de sus preocupaciones sobre el trabajo. Pero que lo hiciese a su manera, con sus salidas

divertidas en medio de un tema serio para hacerla reír y que se relajase. Echaba de menos a Everard, su mejor amigo, aunque sonase raro decir eso de una persona a la que había conocido un mes antes. Pero es que aquel genio loco había entrado en su vida sin permiso para ponerla patas arriba. Y, aunque su única intención había sido quedarse hasta que ella pidiese los tres deseos, en cuestión de semanas, se había convertido en la persona con la que mejor se lo pasaba. Y quien la entendía incluso mejor que ella misma.

Pero lo peor era que, sin darse cuenta, se había enamorado de él. Ahora que lo había liberado, por fin podía admitirlo. Aunque no sirviese de nada, porque él estaba lejos y no tenía forma de encontrarlo.

Se sentó en la mesa del salón con la taza de café entre las manos y se obligó a pensar en lo que tenía arreglo. El señor Harlow había dicho que la llamarían, pero ella sabía de sobra qué significaba aquello. Lo harían para decirle que recogiese sus cosas. Con suerte, le pagarían el finiquito.

Se le vino a la cabeza la larga lista de todo lo que tendría que pagar a final de mes y se agobió. Le temblaron tanto las manos que tuvo que dejar la taza, a riesgo de derramar el líquido sobre la mesa.

—Relájate, Alexis —se dijo en voz alta para enfocarse—. Tú puedes.

Sacó del cajón un cuaderno y un bolígrafo y empezó a escribir todo lo que se había dicho el día anterior. Necesitaba visualizarlo para encontrar un punto desde el que partir para encontrar la solución. Ya no solo porque perdería el trabajo si no demostraba que

no había hecho nada, sino porque quería limpiar su nombre. Y encontrar al culpable.

Anotó cada cosa que Ace había dicho: lo de que el programa registraba los inicios de sesión, lo de que el último había sido desde el ordenador de recepción ese mismo día… Y entonces se detuvo, con la punta del bolígrafo apoyada en el papel. Había dicho ese mismo día.

Se enderezó en la silla al comprenderlo. Ace se había pasado la mañana entera encerrado en su despacho trabajando con aquellos expedientes y solo había salido cuando desaparecieron. Si las carpetas se hubieran vaciado a primera hora, la habría acusado antes, pero no lo hizo. No dio señales de vida hasta que ella volvió del parque. Así que alguien se había metido en su ordenador cuando ella estaba fuera.

Debería haber caído antes en eso porque ella no se levantaba del mostrador ni para ir a por café, porque beberlo la hacía ir más al baño y no quería dejar la recepción sola por mucho tiempo. Y, cuando iba, solía ser rápida. Demasiado para que una persona pudiera sentarse, iniciar sesión, mover los expedientes a otra carpeta, borrar su rastro y cerrarlo todo sin que ella lo pillase in fraganti. Además, el día anterior ni siquiera se había movido de su puesto, salvo a la hora de la comida.

Entonces, recordó aquel otro día en el que el archivo de la agenda del señor Harlow se esfumó sin dejar rastro. Y, aunque Mae lo recuperó de forma remota, nunca encontró una explicación para lo que había pasado. Incluso llegó a pensar que había sido un fallo suyo. Pero quizá ahora podía ponerle nombre y apellido a ese «fallo». Porque Robyn Minnet llevaba semanas presumiendo delante

de ella de que le había robado al hombre que le gustaba. También se colgaba las medallas del trabajo que hacía ella en su lugar, delante de todos. Incluso pronunciaba mal su nombre a propósito, a modo de burla.

Y el viernes por la noche, Everard la había dejado en evidencia delante de medio bar. Y, sobre todo, de Ace Coleman.

No tenía pruebas, ni testigos. Tampoco sabía cómo demostrarlo. Si se presentaba en el despacho del señor Harlow solo con una acusación contra su secretaria, acabaría igual en la calle.

Se pasó las manos por la cara con frustración.

«Nunca pides ayuda, ricura. Serías capaz de subir un piano por las escaleras tú sola antes que llamar a nadie».

Se le escapó una risa corta, más de dolor que de otra cosa. Se lo había soltado en la cocina en una ocasión y ella le había contestado que se metiese en sus asuntos. Pero tenía razón. Como siempre.

Cogió el móvil y buscó el número de Mae.

—Cuando llamas en horario laboral, tiemblo, querida mía —contestó su amiga al segundo tono.

—Necesito que vengas a casa.

Hubo un silencio breve al otro lado. Le acababa de dar la razón.

—¿Qué ha pasado?

—Por teléfono no. —Alexis se aclaró la voz—. ¿Puedes comer aquí?

—A mediodía imposible, tengo una migración que no puedo dejar a medias. —Se oyó el ruido de un teclado—. ¿Aguantas hasta la cena?

—Supongo que sí. —No le quedaba otra.

—Pues cena. Y no cocines, que llevo yo algo.

—Mae. —Apretó el móvil contra la oreja—. Tráete el portátil.

El teclado se detuvo del todo.

—Ahora sí que me has asustado. Voy en cuanto salga.

Colgó y se quedó con el aparato en la mano. Había pedido ayuda. No era la primera vez, muy al contrario de lo que pensaba Everard, pero siempre le costaba dar el paso y esperaba a estar demasiado desesperada como para no tener más alternativa. Sin embargo, en esa ocasión, la había pedido mucho antes. Le habría gustado que él lo viese.



Aparecieron las dos, cómo no. Mae con una bolsa en cada mano y Nat detrás, con una botella de vino.

—Vengo de apoyo moral —anunció Nat, ya sin abrigo y camino de la cocina—. Mae me ha dicho que tenías voz de funeral y no pensaba quedarme en casa delante de la tele.

—Te lo agradezco, pero no hacía falta.

—Claro que hacía falta. —Se asomó al pasillo y miró hacia la puerta cerrada del dormitorio—. ¿Y Everard no está? No me digas que has ignorado mi consejo y le has dado largas. —Se detuvo—. ¿No habrás llamado a Mae porque le has dado largas y necesitas consuelo? Eso explicaría el tono de voz.

Alexis notó cómo se le tensaba todo el cuerpo. Se había preparado para la pregunta durante toda la tarde, pero resulta que no le sirvió de nada.

—Se ha ido ya.

Las dos se quedaron quietas. Mae dejó las bolsas en la encimera con más cuidado del necesario.

—¿A dónde exactamente?

—Se ha ido y no va a volver. —Alexis abrió el cajón de los cubiertos para tener algo que hacer y no mirarlas a los ojos—. Os lo dije, chicas. No habrá aviones, ni llamadas, ni nada por el estilo para nosotros. Se acabó antes de empezar siquiera y no se puede cambiar.

Le dolió pronunciar aquellas palabras, incluso si ya se había hecho a la idea de que sería así.

Nat abrió la boca. Mae le puso una mano en el brazo y se la cerró sin decir palabra.

—Vale —zanjó Mae—. Hoy no hablaremos de eso.

Se lo agradeció en silencio. Sacaron los platos, repartieron la comida y se sentaron las tres a la mesa baja del salón, que era donde acababan siempre. Entonces Alexis les contó lo del lunes. Sin adornos, con todos los detalles.

Nat soltó el tenedor a mitad del relato.

—¿Que dijo qué?

—Que es lo que nos pasa a todas cuando alguien nos dice que no.

—Voy a ir mañana a ese bufete y le voy a explicar a ese cretino, con vocabulario técnico, todo lo que le pasa a él.

—Nat.

—Es que soy sexóloga y sé de qué pie cojea ese. —Se echó hacia atrás en el sillón, con los brazos cruzados—. Pero lo peor es lo de tu jefe, que te manda a casa como si ya hubiera decidido aceptar la versión de ese cretino.

—Ya. —Alexis empujó un trozo de pollo por el plato sin llegar a comérselo—. Por eso llamé a Mae. Alguien entró en mi ordenador

mientras yo estaba en el parque y creo que fue la misma persona que me borró el archivo de la agenda hace un mes.

Mae dejó los cubiertos en la mesa y se limpió las manos con la servilleta. Tardó demasiado en contestar.

—Antes de que sigas, tengo que contarte una cosa. Y no te va a gustar.

—Mae.

—Cuando te recuperé el archivo, no me pareció normal que desapareciese de la forma en que lo hizo, así que te dejé instalado un programa en el equipo de recepción.

Alexis levantó la cabeza.

—¿Un programa de qué?

—De registro. —Mae se encogió de hombros, aunque no le salió muy natural. Estaba preparada para la bronca—. Graba lo que pasa en la pantalla. Y también en la cámara, porque va todo en el mismo paquete.

El salón se quedó en silencio. Nat miró a una y después a la otra, con la copa a medio camino de la boca.

—¿Me estás diciendo que llevas semanas grabando mi puesto de trabajo?

—Te estoy diciendo que…

—¡Sin avisarme! —Alexis se puso en pie. Le salió una voz extraña que apenas reconoció—. ¿Y los clientes, Mae? Por ese mostrador pasan divorcios, herencias y gente que viene a hablar de cosas que no le cuenta ni a su familia. Yo les cojo el teléfono y les tomo los datos.

—Alexis, escúchame…

—¿Cómo pudiste hacerlo sin preguntar primero? —Se le quebró la voz y tuvo que parar en seco.

Se quedó de pie en mitad del salón, con las manos apretadas. Y puede que lo de los clientes fuese verdad y le importase, pero lo que la había alterado no tenía nada que ver con ellos. El problema era que se había pasado semanas hablando con un hombre al que nadie podía ver y que no aparecía en ninguna cámara. Puede que disimulase al hacerlo para que no la creyesen una loca, pero en un vídeo se haría más evidente. Y todo eso estaba guardado en un disco duro, listo para que alguien lo viese y sacase la única conclusión posible.

Mae se levantó también, pero no se acercó.

—No los miro.

—Ya.

—En serio, Alexis. —Lo dijo despacio, para que lo asimilase—. El programa guarda una semana de vídeos y luego los borra. Sé lo importante que es la privacidad de los clientes, trabajo en eso, ¿recuerdas? Pero necesitaba hacer algo para tener pruebas en caso de que alguien lo intentase de nuevo. Ese archivo no se escondió solo. Alguien lo hizo. Si estaba intentando que te echaran del trabajo, yo… —No terminó la frase, pero Alexis lo entendió—. Pero no los miro nunca. Te lo juro.

—Vale. —Alexis cedió.

Sabía que su amiga no la perjudicaría a propósito y que hubiese hecho eso le ayudaría ahora a demostrar su inocencia. Y la había creído cuando le aseguró que no los miraba, así que su secreto seguía a salvo.

—Entonces el lunes está grabado.

—Exacto.

Nat dejó la copa en la mesa con un golpe seco.

—Pues abre eso ya, por Dios.

Se sentaron las tres en el sofá, apretadas, con el portátil de Mae en el regazo de su dueña. Tardó un rato en entrar. Alexis le dio la franja: desde que salió a comer hasta que volvió, ni un minuto más, porque no quería que vieran nada de lo que había pasado fuera de ese tiempo.

La imagen apareció en blanco y negro, algo torcida, con el mostrador vacío y el pasillo al fondo. Mae adelantó el vídeo. Vieron pasar a lo lejos un repartidor y luego a una de las secretarias con una carpeta bajo el brazo. Y después entró Robyn en el encuadre. Pero no por el pasillo como los otros, sino frente al ordenador. Se sentó en la silla de Alexis, sin mirar alrededor, y se colocó bien la falda antes de empezar.

—Ahí está —murmuró Nat.

Robyn tecleó sin detenerse a pensar. No consultó ningún papel, ni dudó. Inició sesión con los datos de Ace, abrió el listado de carpetas, seleccionó los expedientes y los movió a otra ubicación del propio equipo. Una tan escondida como lo había estado el archivo de la agenda. Después cerró todo y dejó la pantalla igual que estaba. Se levantó, se estiró la chaqueta y se fue por donde había venido.

Mae paró la imagen.

—No ha dudado ni una vez —señaló—. Sabía dónde estaba cada cosa. Se ve que es una experta.

—Y parecía tonta, la mosquita muerta —añadió Nat—. Fíate de las apariencias.

Alexis seguía mirando la pantalla congelada, con la silueta de Robyn a medio salir del encuadre. Medio año cargando con la agenda del señor Harlow porque, si se lo daban a la pobre Robyn, se le complicaba. Seis meses de trabajo extra por el mismo sueldo para que aquella mujer no perdiese su trabajo. Y ahora la desagradecida intentaba que la echaran a ella.

—Me ha estado utilizando —dijo en voz baja.

—Desde el primer día, cielo. —Nat le pasó un brazo por los hombros—. Y gratis, que tiene más mérito.

Mae ya estaba tecleando otra vez.

—Te mando el trozo del vídeo al correo. Solo la parte en la que estás ausente tú, que es cuando entra ella en acción. —Levantó la vista—. Y necesito que mañana enciendas el equipo de recepción antes de hablar con nadie para entrar en él desde el trabajo y devolver los archivos a su lugar. Como hice la otra vez.

—¿Pero puedes enviarlos al ordenador de Ace?

—Es mi trabajo. —Se permitió media sonrisa.

Nat, que llevaba un rato demasiado callada, levantó un dedo.

—Espera. Tenemos un problema.

—¿Cuál? —preguntó Mae.

—¿Cómo va a explicar Ale que tiene ese vídeo? —Las miró a las dos—. Porque si dice que una amiga le instaló un programa espía, la que sale por la puerta es ella y de cabeza.

Se hizo un silencio incómodo.

—Di que fue sin querer —propuso Mae—. Que te dejaste la cámara conectada después de una videollamada.

—No hago videollamadas en el trabajo. —Alexis se frotó la frente—. Me van a preguntar con quién y no voy a saber qué

contestar, porque querrán comprobarlo hablando con esa persona.

—Pues algo habrá que…

—Lo tengo. —Alexis levantó la cabeza de golpe—. La cámara se me encendió un par de veces al bloquear el equipo cuando instalaron el sistema nuevo. Di parte al departamento de informática y prometieron mirarlo. Podría decir que pasó de nuevo.

Mae la señaló con el dedo.

—Y encima podría haber sido cierto. Nadie sospechará.

—¿Se lo van a tragar? —preguntó Nat.

—No lo sé. —Alexis se encogió de hombros—. Pero si les demuestro que la secretaria de uno de los socios principales borró los expedientes de uno de sus abogados estrella, no creo que les importe de dónde ha salido la grabación. Y menos, si recuperan los archivos después.

—Creo que mejor los dejaré donde están y te enseñaré a localizarlos a ti, por si tus jefes quieren ver en directo cómo lo haces —añadió Mae—. Una cosa es entrar con tu usuario desde casa para ver un vídeo y otra andar moviendo archivos de un sitio a otro. Eso ya son palabras mayores y no sabrías explicar cómo lo has hecho. No quiero que tengas problemas.

—¿Y crees que sabré utilizar ese programa?

—Es sencillo. Instalas un programita que te enviaré al correo y lo abres. Él se encargará de todo. Y si te preguntan por el programa, puedes decir que no es la primera vez que te desaparecen cosas y que por eso lo tienes. Intenta que entiendan que es cosa de esa bruja para que el castigo sea mayor.

—De acuerdo. —Suspiró para intentar relajarse.

Nat alzó su copa.

—Por la cámara defectuosa y los programas milagrosos.

—Por la cámara defectuosa y los programas milagrosos —repitió Mae.

Alexis solo acertó a brindar con ellas porque la última parte le recordó al genio y, de haber hablado, la voz la habría traicionado. Lo echaba muchísimo de menos.



Al día siguiente, entró en el bufete después de ver llegar al señor Harlow y avanzó hacia el despacho del hombre con seguridad.

Robyn, que había llegado diez minutos antes que su jefe, le salió al paso a mitad de camino, con una carpeta contra el pecho.

—Vaya. —La miró de arriba abajo—. Hay que tener valor para presentarse aquí después de lo que hiciste.

Alexis se paró. No porque le tuviese miedo, sino porque quería que fuese ella quien anunciase su llegada y que, además, supiese el motivo por el que había ido.

Le sonrió.

—Avisa al señor Harlow de que estoy aquí y de que necesito hablar con él. —Hizo una pausa muy corta—. Tengo pruebas de que no fui yo.

La actitud de Robyn cambió en lo que dura un parpadeo, pero Alexis la vio: la sorpresa en su mirada y los nervios en la forma en que apretó con más fuerza la carpeta.

—No está.

—¿No? Pues lo vi entrar hace un minuto escaso.

—Tiene la mañana ocupada. —Se recompuso deprisa—. Y no creo que le apetezca perder el tiempo contigo.

—Infórmalo de mi presencia y que sea él quien decida si lo pierde o no.

—Mira, Alexa —pronunció mal su nombre a propósito—, te dijeron que no…

—Alexis —la corrigió.

Sonó la puerta de la calle a su espalda y las dos se giraron a la vez para ver entrar al señor Lambert con el abrigo en la mano. Se detuvo en seco al verlas en mitad del pasillo. Era el otro socio fundador, un hombre mayor, de esos que saludan a la limpiadora por su nombre. Ya estaba casi jubilado, de ahí que buscasen nuevos socios a los que incorporar al bufete. Solía ir tres o cuatro veces al mes, o cuando atendía en persona a los clientes más importantes. Aquella mañana tenía una reunión programada; Alexis lo sabía porque la había apuntado ella misma en el calendario.

—Señorita Gardiner. —Se le iluminó la cara—. Precisamente íbamos a hablar de usted.

—Buenos días, señor Lambert.

—Venga conmigo y aclaremos este asunto de una vez, que ya está durando demasiado. —Le tendió el abrigo a Robyn sin apenas mirarla—. Me daría mucha pena perderla. Es una trabajadora incansable y atiende a nuestros clientes mejor que nadie en esta casa.

El señor Harlow sí estaba en su despacho. Levantó la vista de los papeles con cara de pocos amigos y la cambió en cuanto vio entrar a su socio.

—Traigo a la señorita Gardiner —anunció Lambert, ya sentándose—. Y tengo la sensación de que le debemos una disculpa.

—Aún no sabemos…

—Yo sí lo sé —lo interrumpió Alexis.

Sacó el móvil con manos temblorosas, lo desbloqueó y lo dejó sobre la mesa, con el vídeo listo. Después les explicó lo de la cámara que se activaba a veces al bloquear la pantalla y que había dado parte al departamento informático, pero que no lo habían arreglado todavía. Por suerte para ella.

—Cuando llegué a casa, recordé que había tenido que apagarla al llegar de mi descanso —continuó—. Y, bueno, no sé si hice bien accediendo al ordenador desde mi casa para eso, pero estaba tan disgustada porque me acusaran de algo que no había hecho que busqué ese vídeo por si podía servirme de ayuda. —Alexis lo inició—. Encontré esto.

Cuando la figura de Robyn se sentó en la silla del mostrador y empezó a teclear, el señor Harlow se quitó las gafas y se acercó a la pantalla.

—Fíjate —murmuró Lambert al final, sin apartar los ojos del móvil—. Un pequeño error nos ha librado de perder a una excelente trabajadora.

El señor Harlow no dijo nada. Se había quedado pálido.

—Estoy segura de que no borró los expedientes —añadió Alexis—. Los habrá escondido en algún lugar del ordenador de recepción.

—¿Cómo puede estar segura de eso? —se interesó el señor Lambert.

—Porque creo que… Bueno, de esto no tengo pruebas, así que no es una acusación formal, pero creo que hace un mes fue ella quien escondió el archivo donde anoto las citas del señor Harlow para después ajustarlas en su agenda del día. Al final, lo encontré con un programa que me descargué. Sé que no está permitido hacer esas

cosas —se apresuró a disculparse—, pero estaba desesperada y pensé que no haría daño a nadie.

—¿Y encontró el archivo?

—Sí. Solo estaba bien oculto.

—¿Cree que si buscamos en el ordenador aparecerán los expedientes del señor Coleman? —preguntó el señor Harlow.

—Estoy convencida de que sí.

—De acuerdo. —El abogado descolgó el teléfono y llamó a Ace. Después le pidió a Robyn que entrase—. Primero aclararemos este asunto con ellos y luego comprobaremos si los archivos están ahí. Quizá no necesitemos ese programa, si Robyn confiesa.

Alexis recordaría durante años lo que ocurrió en aquel despacho a continuación. Ace entró convencido de que presenciaría cómo la despedían por lo que había pasado, pero se quedó blanco cuando el señor Harlow le puso el móvil delante. Miró la pantalla, luego a Robyn y, por último, a la pantalla de nuevo.

—¿Tú? —Robyn no contestó—. Te he defendido —insistió él, con la voz cada vez más alta—. Le he dicho a todo el mundo que la loca era ella. ¿Por qué ibas tú a…?

—¡Porque me dejó en ridículo delante de ti! ¡De todo el mundo! —Le salió de golpe, con una rabia que llevaba mucho tiempo guardada—. En el bar, ¿recuerdas? Y tú ni siquiera me defendiste. —Le señaló con un dedo tembloroso—. Es más, creo que incluso lo disfrutaste. Vi cómo la mirabas, Ace. No iba a permitir que una donnadie como ella estuviese con alguien tan exitoso como tú. Te mereces a alguien mejor.

—¿A alguien como tú? —rio él—. Sabes que lo nuestro no iba en serio, ¿verdad? Yo no me comprometo con nadie. Te lo dije el primer

día.

Los dos socios se quedaron callados unos segundos, como si estuviesen atando cabos con los datos que acababan de recibir.

—A ver si lo he entendido —dijo el señor Lambert al fin—. Por una discusión sentimental en un bar, hemos perdido unos valiosísimos expedientes del bufete.

Alexis vio cómo el hombre le guiñaba un ojo después de contar aquella pequeña mentira y ella escondió la sonrisa como pudo. Ace y Robyn permanecieron en silencio.

—Recoja sus cosas, señorita Minnet. En breve recibirá noticias de nuestro abogado laboralista.

—Pero los archivos no están perdidos, solo los oculté para darle una lección a… —intentó defenderse.

—No la despedimos por los expedientes, aunque es un alivio saber que podremos recuperarlos —la interrumpió su jefe—, sino porque ha abusado de la confianza que hemos depositado en usted. Ha jugado con las vidas y los negocios de nuestros clientes, solo por despecho. No nos interesa tener en nómina a gente así. Ahora, váyase.

Robyn salió del despacho sin mirar a nadie, avergonzada de que la hubieran pillado y asustada por las consecuencias que aquello le acarrearía.

—En cuanto a usted, señor Coleman —continuó el señor Harlow—, ya no se encuentra en la lista de candidatos a socios. Al menos, por ahora —matizó después.

—Necesitamos gente seria en el bufete —añadió el señor Lambert—. Y las relaciones entre empleados que interfieren en el trabajo son de todo menos profesionales.

Ace no se defendió como había hecho Robyn porque sabía que eso solo lo empeoraría. Asintió y regresó a su despacho, después de que le aseguraran que tendría los expedientes de vuelta en breve. Cuando se quedaron los tres, el señor Harlow carraspeó y se removió en su sillón. A Alexis le hizo gracia comprobar que no sabía cómo pedir disculpas.

—Señorita Gardiner. —Al menos, en esa ocasión, acertó con el apellido—. ¿Le interesaría el puesto de secretaria? Ha quedado libre.

—¿Yo?

—De todos modos, ya hace usted la parte más pesada.

Ahí estaba. No era una disculpa ni un gracias, pero era lo más parecido a ambos. Alexis se lo pensó unos segundos y le sorprendió lo poco que le costó decidirse.

—Se lo agradezco, pero prefiero quedarme en recepción. —Respiró hondo—. Aunque sí querría pedirle una cosa.

—Usted dirá.

—Que me quite la agenda. Llevo seis meses haciendo un trabajo que no me corresponde y por el que no se me paga.

—¿En serio? —El señor Lambert lo miró con censura—. ¿No le subiste el sueldo cuando le asignaste esa tarea extra?

—Solo es una agenda.

—La mía es «solo» una agenda —concretó su socio—. La tuya es un Tetris que no para de cambiar. Se merecía que le doblases lo que cobra solo por tener que cuadrar tus citas cada día.

Las mejillas del señor Harlow se colorearon y Alexis tuvo que contenerse para no soltar una exclamación de sorpresa.

—De acuerdo —accedió después—. Pero, si no le importa, ¿podría ocuparse de ella hasta que encontremos a otra secretaria?

—Eso sí puedo hacerlo.

—Y en su próxima nómina tendrá una retribución adecuada al trabajo que ha estado haciendo estos seis meses sin que le correspondiese —le aseguró el señor Lambert.

Volvió a su puesto con las piernas flojas. El pasillo estaba lleno de gente que fingía trabajar y la miraba de reojo; los mismos que dos días antes la habían visto salir por esa puerta con el abrigo colgado del brazo. Se sentó, colocó el bolso en el cajón de siempre y encendió la pantalla. Usó el programa que le había enviado Mae para localizar los archivos de Ace y se los mandó de regreso en cuanto los encontró.

Ace apareció al cabo de un rato. Se paró al otro lado del mostrador, con las manos en los bolsillos.

—Alexis.

Había dicho su nombre bien a la primera. Al parecer, aquel era el día en que todos recordaban cómo se llamaba.

—Dime.

—Quería pedirte perdón. —Se pasó la lengua por los labios—. Me equivoqué contigo y lamento haberte tratado tan mal. —Usó una sonrisa de las suyas—. Deja que te invite a cenar y lo compensamos.

—No, gracias.

—Vamos, déjame compensarte.

—He dicho que no. —Alexis apoyó las manos en el mostrador y le sostuvo la mirada—. Me acusaste delante de toda la oficina de ser una despechada y una vengativa. Que eso era lo que todas hacíamos cuando nos rechazan. Y lo dijiste sabiendo que no era verdad, porque el que se me insinuó fuiste tú.

Ace bajó la vista.

—Los hombres como tú me dan asco —continuó ella, con una calma que hasta le sorprendió a ella—. Así que, de aquí en adelante, nuestra relación va a ser estrictamente profesional. Te paso tus llamadas, te apunto tus citas y no vuelves a acercarte a este mostrador si no es por alguna consulta de trabajo.

Él tardó en reaccionar. Abrió la boca, luego la cerró y asintió una sola vez, con la mandíbula tensa.

—Está bien.

Se dio la vuelta y se marchó con las orejas coloradas. Ya no se movía con la misma seguridad de siempre. Alexis pensó que debía de ser la primera vez que una mujer le decía que no. No le pareció mal inaugurar la lista.

Se sentó, con el corazón a mil y una sensación de ligereza en el pecho, como si le hubieran quitado de encima una pesada mochila que cargaba desde hacía años. Le habían devuelto el puesto y la razón, y se lo había ganado ella sola.

Bueno, ella sola no. Esta vez había pedido ayuda a tiempo.

Se giró hacia la izquierda, hacia el hueco donde solía ponerse él. No había nadie, claro. Lo sabía, pero no pudo evitar buscarlo igual, como si, con solo desearlo, él apareciese de nuevo.

Volvió la vista a la pantalla, tragó saliva y esperó a que se le pasase el escozor de los ojos antes de que alguien lo notase. Sacó el móvil por debajo del mostrador y escribió en el grupo de amigas.

«He ganado».

Las respuestas llegaron una detrás de otra. Nat mandó una fila entera de emoticonos y una propuesta de celebración que incluía cócteles entre semana. Mae escribió que se lo había ganado a pulso y que la cámara defectuosa iba a pasar a la historia.

Alexis sonrió con el móvil escondido en el regazo. Estaba feliz por haber logrado aquel éxito, pero la persona a quien más deseaba contárselo no estaba allí. Y eso le dolió más de lo que esperaba.



LA VUELTA A LA RUTINA

El jueves fue el primer día de su vuelta a la aburrida rutina que había imperado en su vida… antes de él. Alexis se levantó a la hora de siempre y se preparó el café. Se lo bebió de pie en la cocina, con la vista en la ventana, y salió de casa con la sensación de que se dejaba algo dentro. Le pasó lo mismo el viernes. Bajó las escaleras, comprobó dos veces que llevaba las llaves y siguió sin saber qué era lo que le faltaba. En el fondo, sabía que no era una cosa, aunque no quisiera admitirlo.

En el bufete todo había vuelto a su cauce. O casi, porque la mesa de Robyn seguía vacía. En aquellos dos días, entraron y salieron del despacho del señor Harlow innumerables candidatas a secretaria a las que Alexis daba paso con una sonrisa profesional. Después de la tercera, ya se sabía el guion de memoria: cinco minutos de espera, quince dentro y una despedida cortés que no les garantizaba nada. ¿Tan difícil le resultaba decantarse por una?

Ace la saludaba por su nombre cada mañana, algo que ahora la irritaba un poco. Había tenido dos años para aprendérselo y solo lo había hecho cuando a ella ya no le importaba nada de lo que tuviese que ver con él. Pero mientras se mantuviese profesional, todo estaría bien.

El viernes, una de sus compañeras se acercó al mostrador a la hora del descanso para proponerle tomar juntas un café. Le pareció extraño porque hasta ese momento había sido más bien invisible en

el trabajo. Claro que, después de que se corriese la voz de lo que había hecho Robyn, todos sabían quién era. Y, aunque le agradecía el gesto, no estaba segura de querer ese tipo de atención. Algo le decía que solo buscaba conocer la historia completa y de primera mano. Así que le dijo que tenía mucho lío y esperó a que desapareciera por el pasillo para coger sus cosas e ir a su lugar predilecto: un banco en el parque que siempre estaba vacío cuando ella llegaba.

El mayor problema para Alexis empezaba al cruzar la puerta de su casa. Dejaba el bolso en el mueble del recibidor y se quedaba unos segundos de pie en el pasillo, sin saber qué hacer. Antes tenía a Everard, que no se callaba ni aunque le tapases la boca. Ahora todo era silencio. Antes tenía con quién compartir juegos y risas. Ahora estaba sola. Pero lo peor no eran ese silencio o la soledad. Lo peor era atesorar lo que le pasaba en el día para poder contárselo después.

No lo hacía a propósito, era automático. Una clienta se presentaba con un perro diminuto vestido de marinero y ella pensaba «esto se lo tengo que contar». Las viejas a las que el genio había asustado uno de los primeros días se persignaban cada vez que se cruzaba con ellas de camino al parque y ella no veía la hora de reírse con él sobre eso. Y así con todo.



El jueves, a media tarde, apareció un mensaje de Nat en el grupo de WhatsApp que tenían las tres. Así se llamaba, «Las tres». Era poco original, pero en su momento les había hecho mucha gracia.

«Cañas esta noche? El sitio nuevo de la plaza tiene terraza».

«No puedo».

Después de haberlas avisado de que había ganado, sus amigas habían intentado quedar con ella para celebrarlo, pero les había dado largas. Desde entonces, escribían a cada rato en el grupo, pero ella intervenía poco. Aunque sí las leía y le hacían reír a veces. Sabía que les debía una quedada, pero no tenía ánimos para ello.

«Motivo».

La pregunta venía de Mae.

«Colada».

Respondió de la misma forma y hubo una pausa larga en el grupo.

«¿Colada por la noche?», contestó Nat. «No creo que tus vecinos estén muy contentos contigo ahora mismo, Ale».

Les envió el emoticono de la chica con los brazos encogidos.

El viernes lo intentaron con el cine. Alexis dijo que se había tenido que llevar la agenda del jefe a casa para cuadrarla. Nat lanzó una retahíla de insultos al hombre por no haber elegido todavía una secretaria que le quitase ese trabajo, como habían quedado. Mae no escribió nada, lo cual era mucho peor, porque eso significaba que estaba planeando algo.

Al final se salió con la suya y no hubo cine, pero tuvo que salir igual de casa. Era día de supermercado.

Cogió un carro por costumbre. Demasiado tarde se dio cuenta de que no le hacía falta. Recorrió los pasillos a paso lento, mientras cogía lo de siempre: pasta, tomate, café, leche… Cuando llegó al pasillo de los desayunos, se descubrió a sí misma a punto de meter en el carro el bote de sirope grande, el de tamaño familiar, porque Everard se echaba tanto en las tortitas que le duraba un suspiro. Se

quedó así, con el brazo estirado, hasta que comprendió que no habría más tortitas porque a ella se le daban fatal. Devolvió el bote a su sitio y se fue a la caja. La compra le cupo en una única bolsa. Una semana antes, Everard había salido del supermercado con dos bolsas en cada mano, mientras ella protestaba porque no le había dejado ayudarle.

Aquella noche se acostó pronto, con la tonta esperanza de que dormir mucho haría que los días pasasen más deprisa. Pero lo único que consiguió fue madrugar demasiado el primer día libre que tenía después de la partida de Everard. ¡Lo largo que se le haría ese fin de semana!

O eso creía ella, porque el telefonillo sonó antes, incluso, de que le diese tiempo a hacer la cama.

—¿Sí?

—Abre.

—Mae, ¿qué…?

—Abre, Alexis. —No le dejó terminar la pregunta.

Cuando abrió la puerta, en pijama y con el pelo hecho un desastre, se encontró a Nat con dos cafés para llevar en un portavasos de cartón y a Mae con el suyo en la mano y un gesto serio en la cara.

—Buenos días —saludó Nat, que entró sin esperar invitación—. Tienes cuarenta minutos.

—¿Para qué?

—Para ducharte, vestirte y quedar presentable. —Le puso uno de los cafés en la mano—. Hoy toca día de chicas.

—No me apetece.

—¿No me digas? No nos habíamos dado cuenta —ironizó Mae, que cerró la puerta a su espalda—. Por eso hemos venido en persona. Así no te escaqueas.

Alexis abrió la boca para protestar y no encontró nada convincente. Se le habían acabado las excusas.

Nat ya iba por el pasillo, camino del dormitorio, dispuesta a encontrarle algo adecuado en el armario. Mae se quedó en el recibidor y esperó a que las dos se quedasen solas.

—Estás hecha un asco.

—Me acabo de levantar —se defendió—. ¿No habéis venido muy temprano?

—Llevas tres días contestando a los mensajes con una palabra. Eso cuando lo haces. Se supone que deberías estar feliz porque has conservado el trabajo y le has dado una lección a la impresentable de Robyn. —Ladeó la cabeza—. Pero, por algún motivo, pareces más muerta que viva. ¿Vas a contarnos qué te pasa o tenemos que sacártelo por la fuerza?

Desde el fondo del pasillo llegó la voz de Nat, que anunciaba que había encontrado un vestido verde precioso que resaltaría su figura. También le insistió en que se metiese rápido en la ducha.

Alexis se bebió medio café antes de contestar.

—No me pasa nada.

—Estamos preocupadas por ti, Ale. —Pensó en algo y continuó—. ¿Es por Everard? ¿No has sabido nada de él?

—Ya os dije que eso no tenía futuro. —Le dolió tener que admitirlo en voz alta—. Que cuando se fuera sería para siempre.

—Y lo echas de menos —constató su amiga.

—Más de lo que debería —le confesó al fin.

—¡Ay, mi niña! —Mae la abrazó.

Nat reapareció en el pasillo con el vestido verde y, cuando las vio, corrió a envolverlas en un abrazo, sin importarle si se arrugaba la ropa.

—¿A quién tenemos que matar? —preguntó después, lo que hizo reír a las otras dos.

—A nadie —respondió Alexis.

—Nuestra Alexis echa de menos al guapo y misterioso consultor —dijo Mae.

—¿No tienes su número? Llámalo —le pidió Nat.

—No sé dónde está, ni qué es de él. Tampoco tengo forma de contactarlo. —Aquello fue lo más cerca que podría estar nunca de la verdad con ellas—. Os lo dije, Nat, no habría un mañana para nosotros.

—Pues menudo asco. Pero… —arrastró la «e»— hoy conseguiremos que te olvides de él. Ya verás, lo tenemos todo planeado. Tú déjanoslo a nosotras.

La empujó hacia el baño y le entregó el vestido para que se lo pusiera. Por primera vez, Alexis no protestó. Quizá un día con sus amigas le vendría bien, después de todo.

Mientras el agua se calentaba, se miró en el espejo y entendió por qué Mae le había dicho que la veía mal. No solo era el pelo, sino su cara. Parecía como si llevara varias semanas sin dormir. Por suerte, el maquillaje lo solucionaría.



Desayunaron en su cafetería favorita y pasaron la mañana de tienda en tienda en el centro comercial. No compraron mucho, pero

se divirtieron probándose los modelitos más absurdos que lograban combinar.

Para comer, eligieron un restaurante japonés que las atrajo por el delicioso olor que atravesaba las puertas abiertas del mismo. Nat aprovechó para practicar su japonés, nivel principiante, con el camarero, lo que les granjeó más risas. A estas alturas, Alexis ya se sentía mucho mejor. Y también se arrepentía de no haber quedado antes con sus amigas.

Por la tarde, Mae, que había obtenido un dinero extra por resolver una incidencia en tiempo récord, las invitó a una sesión de spa: masaje corporal relajante y limpieza de cutis, con manicura y pedicura incluidas. Para cuando salieron de allí, se sentían rejuvenecidas.

Para la cena, eligieron el restaurante de siempre. Alexis hubiera preferido no encontrarse con Max, pero no tuvo esa suerte.

Se sentaron junto a la ventana. Nat pidió vino para las tres y se lanzó a contar una anécdota de la consulta en la que estaba implicado un manual sexual mal traducido y una pareja aventurera a la que no le salió del todo bien el asunto. Mae se reía en alto, sin importarle que la escuchase alguien. Alexis era más discreta, pero tampoco pudo mantenerse seria por mucho tiempo.

—¿Mis chicas favoritas, dos fines de semana seguidos? —las saludó Max, con la libreta en la mano—. Esto es que ha pasado algo.

—Ha pasado que a esta la despidieron y la readmitieron en dos días —soltó Nat—. Y que todavía no lo habíamos celebrado.

—¿En serio?

—No me despidieron —corrigió Alexis—. Estuvo cerca, eso sí. Pero conseguí que despidiesen a la verdadera culpable.

—Pues eso hay que celebrarlo, sí, señora. —Max apoyó una mano en el respaldo de su silla y se inclinó un poco más de lo necesario para leer la carta con ella—. ¿Y qué va a tomar la heroína del bufete?

Alexis pidió lo primero que vio, solo para que se alejase de ella. Pero el mal ya estaba hecho. En cuanto Max se marchó, después de anotar lo de todas, Nat le dio un codazo a Mae y esta le devolvió una mirada de aprobación. Alexis, que las conocía bien, supo lo que iba a ocurrir. Sobre todo, porque ya había pasado, aunque ninguno de los tres lo recordara. Y como no podía detenerlas todavía porque lo negarían, esperó el momento adecuado para impedir el desastre.

Cuando Mae se levantó a pagar y Nat la siguió con la excusa de dividir la cuenta, Alexis las vio hablar con Max y también notó la sonrisa de este al saber que, quizá esta noche, acabaría en su cama. Pero eso no iba a pasar.

Nat propuso ir a tomar unas copas a un bar antes de finalizar el día de chicas y las otras dos estuvieron de acuerdo.

—Esperad, chicas. Necesito ir un momento al baño —anunció Alexis. Prefería hablar con él en el restaurante, sin testigos.

Se quedó en el pasillo del fondo, junto a la puerta de la cocina, y esperó a que Max saliese con el delantal ya doblado bajo el brazo.

—Anda, mira —dijo él—. ¿Te has perdido?

—Tenemos que hablar un segundo.

Max se apoyó en la pared y le sonrió.

—Suena a que me vas a dar malas noticias.

—Mis amigas te han dicho que te vengas luego con nosotras, ¿verdad?

—Sí.

—Y te habrán dado a entender que yo estoy interesada, o que necesito distraerme y que tú podrías ayudarme, o alguna otra cosa que hayan inventado y con la que creen que me ayudan.

Max tardó un momento en contestar. La sonrisa desapareció.

—Algo así.

—Pues no es verdad. Y prefiero decírtelo yo, aquí, antes de que aparezcas y esto acabe en un lío. —Respiró hondo—. No es por ti. Eres guapísimo y lo sabes de sobra.

—Empezamos bien —bromeó.

—Pero estoy enamorada de otra persona. Y ellas no lo saben, así que…

Lo dijo sin adornos y más firme de lo que esperaba. Era la primera vez que aquellas palabras le salían de la boca delante de alguien. Resultó que decirlas en voz alta dolía y aliviaba a la vez.

—Vaya —murmuró Max—. ¿Y esa persona lo sabe o le pasa como a tus amigas?

—No, tampoco lo sabe.

—¿Y por qué no se lo dices?

—Porque se ha ido y no va a volver.

Max la miró tanto tiempo que se sintió incómoda. Después se enderezó, se pasó el delantal doblado de un brazo al otro y asintió.

—De acuerdo.

—¿En serio?

—¿Qué esperabas, que me pusiera pesado?

Alexis se sintió un poco ridícula, porque era justo lo que había pensado.

—No lo sé. A veces la gente…

—Ya. —Se encogió de hombros—. Mira, yo tonteo, no lo voy a negar. Y con vosotras tres más que con nadie, porque me hacéis reír y venís desde hace años. Y sí, tú me gustas, tampoco voy a negar eso, pero nunca te habría ofrecido nada serio, porque no es lo que busco. Así que no seré tan imbécil como para insistir cuando me has rechazado por una buena razón. Además, no querría enfadar a las clientas que me dejan la mejor propina —bromeó para restar seriedad al asunto. Alexis rio con él.

—Gracias.

—No hay de qué. —Guardó silencio por un instante, antes de añadir algo—. Oye, ¿voy o no voy? Porque si no aparezco por allí después de decirles que sí, el próximo día que vengáis a cenar tendré que inventarme una excusa para tus amigas.

—Ven. Como amigo.

—Eso puedo hacerlo. —Le tendió el brazo y Alexis lo rodeó con el suyo para salir juntos del restaurante.

—Mirad a quién me he encontrado por el camino —les dijo ella—. Se unirá a nosotras. ¿Os importa?

—Para nada —dijeron al unísono, sin saber que su plan había fracasado ya.

Sin embargo, llevarlo como amigo fue todo un acierto. Resultó que contaba las historias del restaurante con una gracia que las tenía a las tres riendo todo el tiempo. Como aquella vez en que un compañero dejó el teléfono metido en la máquina del hielo sin darse cuenta.

—¿Y lo sacasteis? —preguntó Mae.

—A las tres horas. Vibraba cada vez que lo llamaban. —Max se echó hacia atrás en el taburete—. Pero el jefe decía que era el hielo,

que se asentaba.

Nat lloraba de risa, a Mae le dolía el estómago de los espasmos que le daban y Alexis no dejaba de taparse la boca con las manos para que nadie escuchara sus escandalosas carcajadas.

Luego, cuando pasaron a temas más pausados, Mae le hizo prometer a Max que se presentaría a las oposiciones de junio y que las avisaría del resultado. Si aprobaba, tenían que celebrarlo los cuatro juntos. Y si suspendía, se emborracharían juntos también para olvidar la pena.

En algún momento de la noche, Nat se inclinó hacia Alexis con la copa en la mano y una mirada que auguraba una conversación incómoda.

—Oye, que Max es majísimo. Y está soltero.

—Nat.

—Solo lo digo.

—Pues no lo hagas. Ya sé que quieres verme feliz, pero emparejarme con él no es la solución, te lo aseguro. Es un mujeriego, Nat. No busca lo mismo que yo.

Nat la miró un momento, se encogió de hombros y brindó con ella. No volvió a sacar el tema.

Hacia el final de la noche, Alexis se sorprendió al descubrir que se lo estaba pasando bien. No solo durante el día, sino allí, en el bar, con sus amigas y con un Max que era un gran amigo, aunque no tan bueno como pareja.

Se había reído, había discutido con Nat sobre una canción horrorosa que sonaba en el local, se había bebido dos copas y ahora tenía ese calor agradable en el cuerpo que hacía que todo pareciese

más sencillo. Durante un buen rato no se había acordado de Everard.

Pero ahora que ya se separaban, la cosa cambió. Cuando Max se despidió con dos besos y un «hasta el próximo finde», cuando Mae paró un taxi y las tres se metieron en él, cansadas y en silencio, cuando ella se bajó la primera, como siempre, y caminó por la acera en solitario. Ahí volvió el dolor de la ausencia. Porque lo que más le apetecía en el mundo, después de un día tan bueno, era contárselo a él.

Entró en casa sin encender la luz del pasillo. Se quitó los zapatos junto a la puerta, colgó el abrigo y fue directa al dormitorio. Se sentó en el borde de la cama y abrió el cajón de la mesilla. Sabía que eso solo lo empeoraría, pero ni siquiera vaciló. Sacó el papel, doblado en cuatro, con los pliegues ya blandos de tanto abrirlo. Se lo había dado en el bufete, lo había deslizado por el mostrador sin que nadie lo viese, el día que ella acompañó hasta la puerta a aquella clienta mayor a la que Ace no había querido atender.

Lo desdobló con cuidado, aunque se lo sabía de memoria.

«Tienes un buen corazón, Alexis, no lo pierdas nunca».

Aquel día se había ruborizado y no había sabido qué contestar. Le parecía increíble haber tenido delante a un hombre capaz de escribirle aquello y haber tardado tantas semanas en entender lo que significaba.

Se metió en la cama con la nota en la mano. La leyó otra vez. Luego la dobló y la guardó en su sitio porque no quería que se estropeara. Era lo único que le quedaba de un hombre que se había llevado su corazón con él. «El amor es libertad», eso había leído en

la galleta de la suerte aquel día. Y puede que fuera cierto, pero dolía mucho. Demasiado.



LA VIDA CONTINÚA

Los lunes nunca habían sido buenos. Lo nuevo era que a Alexis ya le daba igual, porque los martes tampoco lo eran, ni los miércoles, ni ninguno de los días que venían detrás. Se levantaba, iba al bufete, hacía su trabajo con la misma eficacia de siempre y volvía a casa. Por fuera funcionaba. Por dentro, llevaba diez días en punto muerto.

Los fines de semana eran otra cosa, y no por mérito suyo. Sus amigas se habían repartido el calendario sin decírselo, aunque ella se había dado cuenta enseguida. El domingo después de aquella cena con Max se le presentaron a media tarde con palomitas para parar un tren y la firme intención de ver películas hasta que les doliera el trasero. Alexis puso las mantas, el sofá y la tele.

Al final, solo vieron dos películas. En la tercera, Nat se durmió con la boca abierta y Mae le hizo una foto. «Por si un día la necesito como arma contra ella», le dijo a Alexis, que sonrió.

El sábado siguiente fue peor, o mejor, según se mirase. Aparecieron a primera hora con el coche de Mae cargado y le anunciaron un viaje exprés a la costa que no admitía discusión. Dos días de carreteras estrechas en busca de playas solitarias y acantilados que quitaban el aliento de lo impresionantes que eran. Y, por la noche, una carrera contrarreloj para encontrar un lugar decente donde dormir. «Es lo que tiene la improvisación», se excusó Nat cuando acabaron en un hotel pequeño, con las paredes muy

finas y una pareja muy fogosa en la habitación de al lado. Al menos, las risas estaban garantizadas.

Ya de madrugada, Alexis se levantó sin hacer ruido y se sentó en el balcón, mientras las otras dos aún dormían, para mirar el agua negra y pensar en el hombre que llevaba siglos apuntando sitios como aquel en una libreta.



En el bufete, al menos, las cosas se habían asentado. Alexis ya no tenía que ocuparse más de la agenda del señor Harlow, lo que le bajó los niveles de estrés al mínimo. Ahora volvía a disfrutar de su puesto como cuando la habían contratado, dos años atrás.

La nueva secretaria de su jefe, una mujer de unos cuarenta años llamada Judith Anderson, había llegado a mediados de la semana anterior y se había ocupado de manera rápida y eficaz de todas las labores que le correspondían, entre ellas el calendario laboral del abogado. Era rápida, sí, pero también agradable. Aunque se tomaba en serio su trabajo, siempre tenía una sonrisa y buenas palabras para todos. Además, no se había equivocado ni una sola vez con su nombre.

Lo más curioso del asunto es que la había contratado el señor Lambert. Eso se lo había dicho ella en una ocasión. Harlow había ido descartando candidatas durante una semana con excusas poco profesionales, hasta que su socio se hartó de su indecisión, revisó los currículos que había apartado y llamó él mismo a la que le pareció más apta.

—Me dijo que yo era perfecta para el puesto —le contó Judith, sin darle mayor importancia—. Y que si el señor Harlow no estaba

conforme, que fuese a protestarle a él. Me da que a este le impresionan más dos tetas —le susurró— que dos décadas de experiencia.

Y Alexis comprendió así la verdadera razón por la que su jefe nunca tenía suerte con las secretarias: buscaba motivos para contratarlas que no tenían nada que ver con el trabajo para el que postulaban.

En el descanso salió al parque. El banco de siempre estaba libre, como todos los días. Se sentó con el táper en las rodillas y comió sin prestar mucha atención a nada. Aquel era su lugar predilecto desde hacía tiempo, un remanso de paz en el caos de su vida, pero ahora también suponía un recordatorio de unas risas y unas bromas que no volverían. La tranquilidad que había encontrado antes le resultaba esquiva esos días. Se había propuesto cambiar de banco, pero sentía que la llamaba.

Estaba a mitad de la comida cuando lo oyó.

—Deberían ponerle tu nombre a este banco, ricura.

Alexis dejó de masticar.

—Sabía que te encontraría aquí, incluso antes de llegar.

No se movió. No se giró. Se quedó con el tenedor a medio camino y los ojos clavados en la fuente. Lo primero que pensó, con una claridad absurda, fue que se había vuelto loca. Había creído escucharlo por la casa, en el bufete e, incluso, cuando estuvo con sus amigas en aquel hotelucho de mala muerte, al que él nunca había ido. Su cabeza le jugaba malas pasadas y no quería seguir teniendo esperanzas, para llevarse luego el golpe de la realidad. Así que lo mejor que podía hacer era ignorarlo.

Pasaron unos segundos.

—¿Alexis?

Oyó pasos sobre la gravilla. Alguien rodeó el banco despacio y se colocó delante de ella.

Era él.

Llevaba un abrigo oscuro que no le había visto nunca y el pelo algo más corto. Tenía las manos metidas en los bolsillos y la miraba con una expresión que le costó reconocer en él, porque era la primera vez que veía a Everard Wolfe con cara de no saber qué hacer.

—Estás llorando —dijo él—. ¿Por qué estás…?

No llegó a terminar. Alexis dejó el táper en el banco, se puso en pie y se le echó encima con tanto ímpetu que él tuvo que dar un paso atrás para sostenerlos a los dos.

—¡Has vuelto!

Le rodeó el cuello con los brazos y apretó. Notó las manos de él en su espalda, primero con cuidado y después con fuerza, y notó también que era un cuerpo entero, sólido. Un hombre normal y real.

Se quedaron así un buen rato. Cuando por fin lo soltó, tuvo que limpiarse la cara con las dos manos.

—Perdona. Estoy hecha un desastre.

—Estás preciosa. —Le apartó un mechón de la frente—. Pero mucho más delgada de lo que me gustaría.

—Eso me dice todo el mundo.

—Pues hazles caso.

Alexis se sentó porque las piernas no le aguantaban. Él lo hizo a su lado.

—No lo entiendo —dijo ella al fin—. Everard, yo te liberé. La lámpara desapareció, tú desapareciste. Se acabó.

—Cierto —confirmó él—. Pero después pasó algo que no venía en el cuaderno que leíste.

—¿Qué?

—Ni siquiera yo lo sabía. —Se pasó una mano por la nuca.

Le explicó lo que ocurrió después de la luz blanca. El momento en el que no estaba en ningún sitio y en todas partes al mismo tiempo. No supo describírselo mejor. Y ahí, fue cuando la lámpara, antes de apagarse del todo, le concedió un deseo.

—¿Un deseo? ¿En serio?

—Uno solo. —Levantó un dedo—. Con normas, por supuesto. Podía elegir cualquier época en la que ya hubiera estado y cualquier oficio que quisiera ejercer allí para empezar mi vida como un simple mortal. Nada más.

—Y elegiste esta época.

—Estoy aquí, ¿no?

—Bueno, tiene sentido. —Se limpió la cara otra vez, ya más relajada—. Es mucho más fácil que las otras en las que estuviste. Hay sanidad, transporte público, oportunidades para cualquiera que se lo trabaje. Puedes viajar a cualquier parte del mundo, puedes…

—Alexis.

—… estudiar una carrera aunque no seas noble, puedes…

—Alexis. —Se giró entero hacia ella—. Elegí esta época porque estabas tú.

Ella se calló.

—Lo que dices es cierto, pero no pensé en ello cuando elegí. —Everard le sostuvo la mirada—. He visto épocas mejores y peores que esta. Ninguna me interesaba, porque en ninguna estabas tú. No hay más misterio.

A Alexis le empezó a temblar la barbilla otra vez y no hizo nada por evitarlo.

—Everard…

—Déjame terminar, que lo llevo ensayando desde el jueves y se me va a olvidar. —Respiró hondo—. Te agradezco lo que hiciste. Me diste algo que nadie me había dado nunca y no se me olvidará mientras viva, que ahora es un tiempo finito, y mucho más valioso por ello. Pero quiero que sepas que yo habría renunciado a la libertad por quedarme unos meses más contigo. Sin pensarlo.

—Lo sé.

—Eres una persona increíble, Alexis —continuó él—. Altruista y generosa. Como cuando ayudaste a aquella anciana de manos temblorosas a tener su charla con el cretino aquel que no quería atenderla. O cuando me ofreciste la habitación de invitados, aun cuando sabías que yo no necesitaba dormir. —Negó con la cabeza—. Llevo siglos viendo a gente pedir cosas para sí misma. Y de repente apareces tú, que solo piensas en los demás. Que deberías ser un poco más egoísta de vez en cuando, ricura. Por tu salud mental. Es un consejo profesional.

—¿Que ahora eres psicólogo? —Alexis intentó restarle seriedad a la confesión.

—Lo soy.

—¿En serio?

—Bueno, ¿recuerdas el día que te dije que aparecería alguien en tu vida que te haría entender por qué ninguna de tus relaciones había funcionado?

—Yo te dije que esa persona se llamaba psicólogo. —¡Cómo olvidarlo!

—Pues eso. —Sonrió.

Alexis se lo quedó mirando. Tardó un par de segundos en asimilarlo, pero, cuando lo hizo, tuvo que taparse la boca con la mano, porque no supo si le salía una risa o un sollozo. O ambos a la vez.

—Everard.

—La verdad es que llevo siglos escuchando a personas contarme lo que las hace desdichadas. Tengo experiencia —dijo, como si aquella conversación fuera parte de una entrevista de trabajo—. Claro que, cuando era un genio, podía saber lo que les pasaba antes de que lo dijeran, pero resulta que se me sigue dando bien sin magia. Y encima, me pagan por ello.

Alexis se rio con la nariz taponada. Everard regresó a la seriedad.

—Alexis, yo… —Parecía buscar las palabras adecuadas—. La noche que pasamos juntos me confirmó algo que yo ya empezaba a sospechar. —La miró a los ojos—. No solo he elegido esta época porque me parezcas la mujer más auténtica que he conocido, sino porque me he enamorado de ti.

—¿Qué?

—Sé que una noche no me da ningún derecho —añadió, antes de que ella le pudiese dar una réplica—. Sobre todo, porque fue la razón por la que decidiste liberarme antes del tiempo que habíamos pactado, cosa que, la verdad, no me tranquiliza demasiado…

—No fue por eso —lo interrumpió.

—Déjame acabar, ricura, que ya queda poco. —Levantó una mano—. Yo te amo y, a riesgo de que me alejes para siempre de tu vida, vengo a proponerte algo. —Se enderezó—. Estoy dispuesto a enamorarte. Poco a poco si es necesario. Con paciencia, que me

sobra, y sin trampas, que ya no puedo hacer ni querría contigo. Solo necesito que me dejes intentarlo.

Alexis lo miró un rato largo.

—No hace falta que lo intentes.

—¿Cómo?

—Que llegas tarde, Everard —le explicó, con lágrimas en los ojos y el corazón reblandecido por la declaración—. Cuando desapareciste del salón, te llevaste mi corazón contigo y ni siquiera me preguntaste si podías.

A él se le descompuso la cara entera.

—¿Qué?

—¿Por qué crees que te liberé antes de tiempo? —Se le quebró la voz a mitad de la pregunta—. Mi intención siempre fue usar mi último deseo en ti, pero… La noche que pasamos juntos me hizo comprender que compartir cuatro meses contigo no era una buena idea. Cada día me costaba más mantenerme lejos y pensar con objetividad. Y tuve miedo de que llegara un momento en que ya no fuese capaz de dejarte marchar sin que la lámpara notase que mi deseo no era tan altruista como debería. Lo habría rechazado y te habrías quedado atrapado para siempre por mi culpa. Así que lo hice mientras todavía podía fingir que no me había enamorado de ti. Y lo siento —continuó—. Sé que te lo solté de golpe y que no te di ni la oportunidad de…

No terminó porque Everard le sujetó la cara con las dos manos y la besó. Que Alexis le confesase que también lo amaba parecía haber sido el detonante, pero, en cuanto sus labios se tocaron, las razones para que lo hubiera hecho le dieron igual. Se concentró en

sentir todo lo que el hombre le decía sin palabras e intentó hacerle ver que era algo mutuo.

—Tengo que volver —se quejó, casi sin aliento, con la frente apoyada en la de él—. Se ha acabado mi descanso.

—Voy contigo.

—¿A trabajar? —Lo miró con diversión—. Ahora no te puedes volver invisible, Everard.

—Me quedaré en la sala de espera. —Se levantó y le tendió la mano—. Llevo diez días sin verte. No pienso quedarme aquí sentado, esperando a que salgas.

Y así fue como Everard Wolfe entró en el bufete Harlow & Lambert por su propio pie, una segunda vez. Solo que en esa ocasión, se instaló en uno de los sillones de la entrada con un libro que se sacó del bolsillo del abrigo.

No pasó ni un cuarto de hora antes de que Judith se acercase al mostrador con un montón de carpetas en la mano.

—¿Ese señor tiene cita?

—No.

—¿A quién espera?

—A mí.

Judith asintió despacio, con la vista en el sillón.

—Muy bien —dijo, tan eficaz como siempre, y se volvió a su mesa sin una sola pregunta más.

El resto del día resultó relajado. Alexis cogió el teléfono, pasó algunas llamadas y apuntó varias visitas. Entre una cosa y otra levantaba la vista hacia la entrada para encontrárselo allí, con el libro abierto en el regazo, pero sin haber pasado una sola página en

toda la tarde. Y cada vez que ella miraba, él ya la estaba observando.

A la cuarta o quinta vez, Alexis se rindió y le sonrió desde el mostrador. Él levantó el libro y fingió leer con una concentración exagerada, que era su forma de reconocer que lo habían pillado.

Ace pasó por delante camino de su despacho y saludó a Everard con un movimiento de cabeza incómodo, seguro de conocerlo, pero sin saber de qué. Everard le devolvió el gesto con toda la cordialidad del mundo. Alexis se mordió el interior de la mejilla para no sonreír con el intercambio.

A la hora de cerrar, Alexis apagó el ordenador y cogió el abrigo a toda prisa. Luego, salieron juntos a la calle y él la llevó hasta un coche gris aparcado en la esquina y le abrió la puerta del copiloto.

Alexis se quedó plantada en la acera.

—¿Esto es tuyo?

—Sube, que llueve.

—Es que yo llevo varias semanas sin coche —protestó, sin moverse—. El mío sigue en el taller. Ya ni pregunto. ¿Y tú tienes un coche nuevo propio?

—Y que funciona de maravilla.

—¿Y sabes conducir?

—Yo sé pedir bien los deseos —le contestó, muy digno—. No como otras, que tienen más bien poca experiencia y acaban regalándolos.

—Serás…

Se subió. Él arrancó, puso el intermitente y se incorporó al tráfico con una soltura que a ella le pareció ofensiva.

—A ver —dijo Alexis—. Explícamelo.

—Cuando la lámpara me ofreció el deseo, no me apresuré. Llevo siglos viendo cómo la gente los pide sin pensarlo bien y pierden oportunidades interesantes. Si solo me iba a conceder uno, tenía que ser más listo que la lámpara. Desear ser psicólogo, en realidad, no me convertiría en uno —señaló—, así que le dije que necesitaría ciertos conocimientos y, por supuesto, el título.

—Por supuesto —ironizó ella.

—Además, un profesional sin un sitio donde ejercer, tampoco sería la gran cosa, de modo que hacía falta una consulta. Y, desde luego, requería de un medio de transporte propio, y todo lo que eso conlleva.

—Ajá.

—Y por último, pero no menos importante, mientras el negocio arrancaba, habría que comer, pagar alquiler y todas esas cosas, así que necesitaba cierta cantidad de dinero de partida.

—Pero todo eso supone más de un deseo.

—En realidad, si sabes cómo pedirlo, va todo enlazado en uno. Sin dinero, sin estudios, sin coche, no podría ejercer como psicólogo, así que la lámpara debía proporcionármelo todo para cumplir mi deseo.

—¿Y te lo concedió?

—Claro. —Everard cambió de marcha—. Creo que después de tantos siglos de servidumbre mi petición le pareció justa. O igual solo quería que me callase de una vez.

—Yo apuesto por lo segundo.

—Yo también.

Lo único que la lámpara no le dio fue el sitio: colocó la consulta donde ella quiso. Y eso resultó ser a cuatro horas largas de la ciudad

donde residía Alexis.

—Por eso he tardado. —Adelantó a un autobús—. Tenía que vender el despacho y encontrar otro por aquí. Firmé el viernes. El sábado por la mañana temprano fui a verte, pero no parecía haber nadie en tu piso.

—¿Estuviste en mi casa? Bueno, este fin de semana, Mae y Nat me llevaron de viaje a la costa.

—Esas son las amigas de verdad. —Le sonrió—. Yo habría venido a verte nada más convertirme en un humano normal y corriente, pero ya no me funciona eso de chasquear los dedos.

—Es lo que tiene ser un humano normal y corriente.

—Sí, todo un fastidio —bromeó—. De haber sabido lo difícil que lo tenéis los humanos para conseguir las cosas, te habría insistido en que usaras el deseo para ti.

Alexis se echó a reír y no paró en un buen rato, porque Everard se dedicó a protestar sobre la burocracia y el papeleo que había tenido que rellenar. Lo exageraba todo, claro, y la miraba de reojo de vez en cuando, con esa media sonrisa que ella tanto había echado de menos, antes de continuar hablando.

En un semáforo, Alexis sacó el móvil y abrió el grupo. Se quedó con el dedo encima de la pantalla un momento y volvió a guardarlo en el bolso. Mae y Nat merecían conocer la noticia, pero sabía que tendría que responder a muchas preguntas después, así que decidió guardar silencio. Ya se lo contaría al día siguiente. Esa tarde quería a Everard para sí misma.



—¿Y bien? —preguntó él cuando ya estaban en el piso. Habían pedido comida para llevar y la estaban esperando—. ¿Qué pasó con Ace y Robyn?

—Después de que te fuiste, llamé a Mae para contárselo. Apareció con Nat, cómo no, así que se lo expliqué a las dos. Mae me confesó que había puesto un programa espía en mi ordenador después de que perdiera la agenda de aquella forma tan misteriosa y, gracias a las grabaciones, supimos que había sido Robyn quien lo había hecho. Volví al bufete y les mostré las pruebas. A ella la despidieron, Ace recuperó sus expedientes y yo ya no me encargo de la agenda del señor Harlow. Todo salió bien.

Everard escuchó sin interrumpir ni una sola vez, cosa que no había hecho en su vida.

—Sabía que podrías —dijo al final, con un orgullo tan descarado que a ella se le subió el color a las mejillas.

—¡Pero si tú me suplicabas que gastara el deseo en eso! —protestó entre risas—. «Pídeme que los archivos aparezcan donde tienen que estar». Me lo dijiste dos veces.

—Porque sabía que no lo harías.

—Mentiroso.

—Un poco. —Se acercó más a ella y dejó un beso corto en sus labios—. Pero solo un poco. Después de lo mal que lo pasaste al malgastar el primer deseo, tuve claro que los otros dos no los ibas a usar en ti. Lo que no me imaginé nunca fue que me los regalarías a mí.

Alexis le acarició la mejilla.

—Te los merecías más que yo, Everard. Llevabas siglos ayudando a los demás a encontrar su lugar en el mundo. Ya tocaba que

encontrases el tuyo.

Él no contestó enseguida. Se limitó a observarla con un amor infinito que le iluminaba la mirada.

—Mi lugar está contigo, Alexis.

—Y el mío contigo, Everard.

Se inclinó sobre él y lo besó para sellar una promesa de futuro que ninguno de los dos había pronunciado, pero que ambos querían cumplir.



EPÍLOGO

Un año más tarde

—Esto está casi —anunció Everard, sin levantar la vista de la parrilla—. Cinco minutos y os quiero a todos sentados.

—Dice el hombre que lleva media hora diciendo cinco minutos —contestó Nat desde la mesa.

—Dice el hombre que sabe lo que hace —replicó él.

—Dice el hombre que se ha quemado dos veces —añadió Nat.

—Una. La otra fue una chispa y no cuenta.

Everard y ella siempre participaban en aquel juego de las discusiones que tantas risas le arrancaban al resto. Todo había empezado cuando descubrieron que era psicólogo y no consultor. Él les había dicho que no solía contar la verdad la primera vez que conocía a alguien porque todo el mundo le pedía después una consulta gratis. Nat le había soltado una pulla al respecto y ya no habían dejado de «discutir» desde entonces. Era parte del encanto de su amistad.

Alexis salió de la casa con una fuente en cada mano y se quedó parada un momento en el escalón del porche, con la misma sensación rara que la asaltaba de vez en cuando, al no acabar de creerse dónde estaba.

El jardín no era grande, pero tenía un cerezo torcido en una esquina y espacio suficiente para poner una mesa larga, con

barbacoa incluida. Everard y ella habían pintado juntos la valla de madera que lo rodeaba, con un resultado que Mae calificaba de «entrañable». La casa estaba a las afueras, en una calle por donde no pasaban coches y donde los vecinos saludaban con una sonrisa sincera. Alexis todavía se despertaba algunas mañanas convencida de que oiría al del quinto arrastrando la silla.

A sus amigas les habían contado que Everard se marchó por trabajo y que volvió porque no soportaba estar lejos de ella. Se lo creyeron las dos sin pestañear. Nat porque llevaba desde el primer día empeñada en que aquel hombre miraba a Alexis con cara de enamorado y Mae porque debajo de esa coraza suya de sargento había una romántica de las que lloraban incluso con los anuncios. Ninguna de las dos volvió a preguntar y Alexis se lo agradecería toda la vida.

Aquel año había pasado muy deprisa. Everard había alquilado una consulta pequeña, en vista de que todavía no tenía pacientes. Algo que duró poco, pues se corrió la voz de que era un gran psicólogo y que le bastaban unas pocas frases para encontrar la solución. En cuatro meses tenía lista de espera. En seis, tuvo que cambiar de oficina y ampliar el horario. Y una semana después de estrenar la consulta nueva, se sentó frente a Alexis para decirle que necesitaba a alguien que le organizase la vida porque había puesto a dos pacientes a la misma hora y no tenía tiempo para atender al teléfono.

—¿Y quieres que te busque a una secretaria?

—Quiero que seas tú. Y antes de que digas nada: pago mejor que ese bufete y aquí nadie confundirá tu nombre.

Ella se rio. Aun así, se lo pensó durante tres días antes de decir que sí porque le preocupaba trabajar con él, por si eso desgastaba la relación. Algo que no sucedió.

Lo que vino luego fue una sorpresa mayor. Porque Everard no solo trabajaba: invertía. Y lo hacía con el olfato propio de quien había visto caer y levantarse economías enteras desde primera fila. En cuanto empezaron a ver los frutos de esas inversiones, vendieron el piso de Alexis, donde habían estado viviendo hasta el momento, y compraron aquella casa.

El coche de Alexis, por cierto, salió del taller ocho meses después de entrar en él, tras una gran discusión que mantuvo con el mecánico. Alexis lo vendió a la semana siguiente y con el dinero pagaron la mesa del jardín.

—Oye, una cosa —dijo Nat, señalando la valla—. ¿Eso lo pintasteis vosotros de verdad o le pagasteis a alguien y fingís porque os da vergüenza admitir que malgastasteis el dinero?

—La pintamos nosotros —respondió Alexis.

—Ya.

—¡Oye! Que tardamos un sábado entero.

—Alexis, cielo, se nota.

—Es rústica —terció Everard desde la parrilla, sin volverse.

—Está hecha un desastre.

—Es rústica y está hecha un desastre —convino él—. Y eso la hace única.

—¿Te ayudo? —Mae se acercó a quitarle una de las fuentes de las manos de Alexis.

Se instalaron todos alrededor de la mesa. Nat colocaba los cubiertos, Max se ocupaba de las sillas y contaba los sitios en voz

alta como si pudieran salirle mal las cuentas con cinco personas.

Le sentaba bien el trabajo nuevo. Había aprobado las oposiciones en junio y había entrado en el hospital en septiembre. Ahora solía quejarse a todas horas de una supervisora que, según él, tenía el don de aparecer justo cuando uno se sentaba. Había empezado a salir con ellos más a menudo una vez cambió de trabajo y se había convertido en uno más de la pandilla.

Entre Nat y él hubo algo en su momento. Empezó en verano y duró unos meses, pero se acabó sin drama, porque los dos sabían desde el primer día que solo era diversión. Alexis se había preparado para lo peor cuando se enteró de que lo habían dejado, pero no hubo tensiones ni incomodidades. La primera vez que se juntaron los cinco después, Nat le robó una croqueta del plato a Max y este le dijo que por eso lo habían dejado. Una broma como otra cualquiera y todo siguió como siempre entre los cinco.

—La carne —anunció Everard.

Alexis se levantó a ayudarlo. Él le pasó la fuente pequeña, se quitó el trapo del hombro y la siguió hasta la mesa con la grande.

Comieron sin prisa, pues tenían toda la tarde para compartir. Aquellas barbacoas de los sábados se estaban convirtiendo en costumbre.

Nat contó una historia de la consulta sobre una pareja de recién jubilados que pretendía cumplir una lista de propósitos un tanto extraña. Max explicó que en el hospital lo habían confundido dos veces en una semana con un médico, a pesar de llevar puesto el uniforme de celador. Y Mae protestó por un proyecto que llevaba tres meses de retraso por culpa de un cliente que cambiaba de opinión cada viernes por la tarde.

Alexis contó que había convencido a Everard de reservar el último hueco de cada día para las urgencias, sin cobrarlas.

—¿Sin cobrarlas? —Nat levantó la vista del plato.

—Es una hora al día —se defendió Alexis.

—Cinco horas a la semana, que a tu tarifa son…

—Ya lo sé. Pero no es para tanto.

—Eso —intervino Everard, que había dejado los cubiertos y la miraba con una solemnidad exagerada— tiene un nombre clínico.

—No empieces.

—Sale en los manuales de Psicología.

—Everard.

—Tendencia a resolverle la vida a desconocidos en detrimento de la propia. —Se encogió de hombros—. Yo conozco a un profesional muy bueno, si quieres que te dé su teléfono.

—Y me cobrará un pastón.

—A ti no. A ti te haría precio.

—En realidad, ya me lo hace —le contestó ella—. Me paga por trabajar con él y encima me deja quedarme a vivir en su casa.

—Es que la casa es tuya.

—Eso también.

Mae se rio y Nat le tiró una servilleta a Everard, que la esquivó sin despeinarse siquiera. Y Alexis, que llevaba un año oyendo la misma broma en distintas versiones, ocultó la sonrisa para no darle la razón delante de todos.

Everard nunca le contaba a nadie de dónde venía, ni siquiera con las medias verdades que se había inventado para el resto de situaciones. No hablaba de ello y punto. Si alguien le preguntaba por su juventud o su infancia, contestaba con una excusa que sonaba a

anécdota y cambiaba de tema con una habilidad que Alexis admiraba. Aunque, a veces, también le daba un poco de pena. En alguna ocasión, ella le había sugerido contarles la verdad a sus amigos, solo para que no tuviera que andar con tanto cuidado con ellos, que eran a los que más veían. Pero Everard se había negado. «No vamos a ir por ahí, ahora que ya no hay motivo para ello».

Así que solo hablaba de su pasado con ella. En casa, a solas, le contaba cómo se viajaba en un carro tirado por bueyes o por qué en cierto siglo la gente se casaba en invierno. Alexis lo escuchaba, embelesada, y no le decía que aquellas eran sus historias favoritas porque él ya lo sabía.

En la mesilla de su lado, en el dormitorio nuevo, había un marco pequeño con un papel dentro. Un papel corriente, con los dobleces todavía marcados y los bordes blandos de tanto abrirlo y cerrarlo.

Ella nunca le había contado que lo guardaba desde aquel día en que se lo había entregado, pero él lo encontró a los pocos días de la mudanza, mientras vaciaba una caja. No dijo nada, pero se lo devolvió semanas después, por su cumpleaños, enmarcado. Alexis abrió el regalo delante de sus amigas y tuvo que contarles la historia, inventada a medias, porque se había puesto a llorar de la emoción.

«Tienes un buen corazón, Alexis, no lo pierdas nunca».

Everard no le preguntó nunca por qué estaba tan gastado. No hacía falta.

—Bueno —dijo Mae de repente, y dejó la copa en la mesa antes de continuar—. Ya que estamos todos…

—Uy —soltó Nat.

—Estoy viendo a alguien.

Se hizo un silencio que Nat cortó, al segundo, con un grito tan alto que los pájaros del cerezo salieron volando.

—¿Cómo que estás viendo a alguien? ¿Desde cuándo? ¿Quién es? ¿Por qué me entero yo la última?

—Te enteras a la vez que todos.

—¡Eso es peor!

Se llamaba Jayden y trabajaba con ella. Llevaban meses metidos en el mismo proyecto, con jornadas larguísimas y cenas de máquina expendedora. En algún punto de esas semanas, Mae había pasado de verlo solo como un compañero competente a pensar en él cuando salía del trabajo.

—No es nada formal todavía —aclaró, con una mano levantada para frenar a Nat—. Llevamos tres citas. No pongáis esas caras.

—Tres citas es formalísimo —sentenció Nat—. Yo me he casado con menos.

—Tú no te has casado nunca.

—Por eso lo digo con conocimiento de causa.

Alexis se levantó y rodeó la mesa para abrazar a su amiga por detrás. Mae le sujetó ambos brazos para devolverle el gesto.

—Me alegro mucho —le dijo al oído.

—Gracias. Pero no te pongas sensible.

—No lo hago.

—¡Uh! Claro que sí. —Rieron juntas porque, en realidad, Alexis tenía los ojos húmedos ya.

Max levantó su copa y propuso un brindis por Jayden, a quien no conocía nadie. Todos lo imitaron. Mae los miró con cara de pocos amigos y les dijo que eran insoportables, aunque desde el cariño.

Fue entonces cuando Everard se puso en pie.

—Ya que estamos todos… —repitió la introducción que había usado Mae.

Alexis se quedó a medio camino. Ni tiempo le había dado de sentarse de nuevo. Él rodeó la silla y se colocó junto a ella, ambos de pie, uno frente al otro.

—Voy a decirlo ahora, delante de estos tres, porque si me espero a la noche es posible que se me olvide la mitad.

—Empieza fatal, loquero —murmuró Nat.

—Cállate, Natasha.

Nadie volvió a hablar.

Everard miró a Alexis un buen rato, antes de soltar el aire con lentitud. A ella se le puso el corazón en la garganta.

—He vivido mucho —empezó él—. Muchísimo. Más de lo que le contaría a nadie que no fueses tú.

Alexis notó cómo Mae y Nat se miraban de reojo, encantadas con lo que ellas interpretaban como una salida romántica de las suyas.

—He visto sitios que ya no existen y he conocido a gente a la que nadie recuerda. He estado en épocas mejores que esta y en otras que no se las deseo ni a mi peor enemigo. —Se pasó la lengua por los labios—. Pero no cambiaría este año contigo ni por todas las eras del mundo.

Ella entendió lo que le decía, mientras sus amigos sonreían pensando que era una manera preciosa de decir «te quiero».

—Eres el amor de mi vida —dijo Everard—. Y me ha costado bastante llegar hasta aquí, así que voy a hacerlo bien.

Y se arrodilló.

Nat se llevó las dos manos a la boca. Mae soltó un «ay, madre» que le salió del alma. Max, sin hacer ruido, apartó la fuente de la

carne para que no estorbase en el vídeo que ya estaba grabando con el móvil.

Everard se sacó una cajita del bolsillo del pantalón, la abrió y levantó la cara hacia Alexis.

—Alexis Gardiner. ¿Quieres casarte conmigo?

A Alexis se le llenaron los ojos de lágrimas. Le tembló la barbilla mientras intentaba controlar el llanto y le tembló la mano cuando la alargó hacia él.

—Sí —dijo—. Sí quiero.

Everard se puso en pie para abrazarla y el jardín se convirtió en un escándalo. Nat chillaba, Mae aplaudía y Max silbaba con dos dedos.

—Te quiero muchísimo. —Alexis le sujetó la cara con las dos manos, igual que había hecho él en aquel banco—. Dejarte ir fue lo más difícil que he hecho en mi vida. Y no pienso cometer el mismo error dos veces.

—¡Que se fue por trabajo, cielo, que no lo echaste tú! —protestó Nat desde la mesa.

—Tú déjala —la cortó Mae, que se estaba secando un ojo con el dorso de la mano para disimular.

Everard sonrió.

—Más te vale —contestó—. Porque he esperado siglos para escuchar un sí de tu parte.

Alexis se rio. Después lo besó, allí mismo, en el jardín de su casa, con dos amigas todavía gritando y un amigo haciendo ya fotos. Y con toda una vida por delante con el hombre que le había concedido cada deseo sin necesidad de una lámpara mágica.



UN POCO DE LA AUTORA



Creció entre libros y acabó creando los suyos a escondidas de ojos críticos.

Lleva más de veinte años escribiendo sin atreverse a mostrar lo que hace, pero, ahora, guardarse esos lugares y personajes le parece egoísta, así que ha decidido darse a conocer al fin.

Si te gusta el romance en todas sus variantes, de ese que hace reír, llorar, gritar y emocionar, prueba a leerla.

Y si te engancha, que sepas que tendrás Norah Wallace para rato.